



La  
**BIBLIA**  
Popular

Habacuc

Sofonías

Hageo

Zacarías

Malaquías

Mateo

Marcos

**Lucas**

Juan

Hechos

Romanos

1 Corintios

Victor H. Prange

# **La Biblia Popular**

ROLAND CAP EHLKE

*Editor General*

ARMIN J. PANNING

*Editor del Nuevo Testamento*

LOREN A. SCHALLER

*Editor del Manuscrito*

## **Lucas**

**Victor H. Prange**

EDITORIAL NORTHWESTERN  
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers. El mapa de la Palestina del tiempo de Cristo fue dibujado por Dr. John C. Lawrenz

Todos los pasajes bíblicos son tomados de la Santa Biblia, versión Reina Valera Estándar 1995 [América Latina], derechos reservados.

Derechos Reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida, ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier medio sea: electrónico, mecánico, fotocopia, grabado, etc., excepto por citas breves en artículos analíticos, sin permiso previo de la casa de publicaciones.

EDITORIAL NORTHWESTERN

Milwaukee, Wisconsin

LOC NUMBER: 98-68699

Northwestern Publishing House

1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226-3284

© 1999 por Northwestern Publishing House

Publicado en 1999

Impreso en los Estados Unidos de América

ISBN: 0-8100-0995-1

# CONTENIDO

---

<i>Prefacio del Editor</i> .....	v
<i>Prefacio a la edición en español</i> .....	vi
Introducción a Lucas.....	1
Preparación para el ministerio .....	7
El Siervo lleva a cabo la obra de preparar a la gente para el Reino de Dios con su predicación, enseñanza, curaciones, evangelización, y capacitación .....	45
El Siervo lleva a cabo la obra de abrir las puertas del Reino con su sufrimiento, muerte, y resurrección.....	219



# ILUSTRACIONES

---

La adoración de los pastores.....	<i>cubierta</i>
Lucas .....	6
El Magnificat .....	18
Juventud de Jesús.....	31
Resurrección del hijo de la viuda de Naín .....	81
El hombre ara la tierra .....	125
La mujer que vivió encorvada por dieciocho años .....	165
Lázaro a la puerta del hombre rico .....	196
A César lo que es de César.....	233
La gente se golpea el pecho .....	272
Los discípulos en el camino a Emaús .....	278

## PREFACIO DEL EDITOR

---

La Biblia Popular es precisamente lo que su nombre implica: un comentario bíblico para el pueblo. Incluye el texto completo de las Sagradas Escrituras usando la *Versión Reina-Valera 95*. Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen el trasfondo histórico, explicaciones del texto y aplicaciones personales.

Los autores de La Biblia Popular son eruditos que tienen un discernimiento intelectual práctico, adquirido en años de experiencia en la enseñanza y la prédica ministeriales. Han intentado evitar el vocabulario técnico que ha hecho que otras series de comentarios sean material solamente útil para estudiosos profesionales de la Biblia.

La característica más importante de estos libros es que tienen como centro a Cristo. Hablando de las Escrituras del Antiguo Testamento, Jesús mismo dijo: “Ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de La Biblia Popular dirige nuestra atención a Jesucristo quien es el centro de toda la Biblia, nuestro único Salvador.

Los comentarios cuentan con mapas, ilustraciones e incluso información arqueológica, cuando es apropiado. Todos los libros disponen de encabezamientos en las páginas, que permiten que el lector encuentre fácilmente el pasaje que busca.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión sobre Literatura Cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Es nuestra oración que este empeño continúe tal como comenzó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al bien de su pueblo

*Roland Cap Ehlke*

## PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

---

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original para su mejor adaptación a la *Versión Reina-Valera 95*.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la *New International Version*, no concuerda plenamente con el de la *Versión Reina-Valera 95*, se cita la Nueva Versión Internacional o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión en español no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

Este volumen fue traducido por el pastor Otoniel Rodríguez, misionero en Chile del Sínodo Evangélico Luterano. El pastor Rodríguez, médico egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México, se graduó del Seminario Luterano Confesional y actualmente es pastor de la Iglesia Cristiana de la Reforma Luterana en Chile. La Sra. Albina Teigen, natural de Lima, Perú y esposa de un pastor que trabaja en Mankato, Minnesota, hizo la revisión de este libro. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

El Decimoquinto Domingo después de Pentecostés de 1998  
Paul Hartman, director  
Publicaciones para Latinoamérica  
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin  
El Paso, TX

# LUCAS

## INTRODUCCIÓN

---

Jesucristo es el centro y el corazón de la Biblia. La historia de su vida, su muerte y su resurrección se narra en los cuatro evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Ninguno de los escritos llamados “evangelios” tuvo un título originalmente, pero cuando se hicieron las recopilaciones de los libros del Nuevo Testamento, cada uno de ellos recibió un título.

El título “Evangelio según San Lucas” se encuentra al final de los papiros griegos más antiguos que existen copiados del texto de Lucas. Datan de entre el año 175 al 225 d.C. Los primeros escritores cristianos por lo general referían a Lucas como el autor del tercer evangelio. Sin embargo, su nombre no aparece en el escrito mismo.

Las tres menciones que se hacen de Lucas en el Nuevo Testamento están en las cartas de Pablo. En Filemón 24 se menciona a Lucas, junto con otros tres, como “colaborador”. Pablo le envía saludos a la iglesia cristiana de Colosas de parte de “Lucas, el médico amado” (Colosenses 4:14). Pablo se encontraba en prisión cuando le escribió su segunda carta a Timoteo. En ella dice que “solo Lucas está conmigo” (2 Timoteo 4:11). Claramente Lucas fue uno de los que trabajó en estrecha colaboración con Pablo.

Al considerar el asunto del autor del tercer evangelio, se debe tomar en cuenta el escrito titulado “Hechos de los Apóstoles”. Tanto el evangelio de Lucas como el libro de Hechos le fueron dirigidos a Teófilo (Lucas 1:3; Hechos 1:1). En el libro de los Hechos hay una referencia de Lucas que dice “en mi primer escrito”, eso sólo se puede referir al tercer evangelio.

En el libro de los Hechos existe un número de secciones en las que el autor se incluye a sí mismo a la narración de la historia, son las secciones bien conocidas como “nosotros” (16:10-17; 20:5-

15; 21:1-18; 27:1-28:16). Aquí hay un testigo ocular que relata lo que él experimentó personalmente con Pablo el apóstol.

Aun así, el escritor del tercer evangelio niega explícitamente que haya sido testigo ocular de los acontecimientos que narra de la vida de Jesús (Lucas 1:2). No pudo haber sido uno de los doce apóstoles, porque sus relatos fueron el resultado de haber “investigado con diligencia todas las cosas desde su origen” (Lucas 1:3). Pablo estaba en esa misma situación en cuanto a que había escuchado información de segunda mano acerca del ministerio terrenal de Jesús.

Juntando estos hechos y aceptando el testimonio universal de la iglesia antigua, casi no hay duda de que Lucas haya sido el autor del evangelio que lleva su nombre. También es probable que él haya sido un gentil, aunque eso no se puede afirmar de manera absoluta. Lucas fue un hombre de estudios, dotado como escritor, y cuya profesión era la de doctor en medicina.

No hay duda de que los escritos de Lucas fueron destinados especialmente para la gente con la que Pablo había hecho contacto en sus viajes misioneros, que eran en su mayoría gentiles. Algunos eran bastante adinerados; muchas de esas personas eran mujeres. La iglesia primitiva por tradición sugiere que Lucas escribió desde la grande e importante ciudad de Antioquía, lugar que fue la base de operaciones de Pablo en sus viajes misioneros. Fue en esa ciudad donde a los discípulos de Jesús se les llamó “cristianos” por primera vez (Hechos 11:26).

Lucas mismo no le da el nombre “evangelio” a su escrito; en su libro habla de otros que habían “tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas” (Lucas 1:1). La palabra griega que se traduce como “historia” se refiere a varias clases de escritos, especialmente a la narración de acontecimientos históricos. La palabra literalmente se refiere a una composición escrita que “va hasta el fin”. Eso es exactamente lo que hace Lucas: comenzando con el nacimiento de Jesús, avanza hasta el fin, hasta su muerte y su resurrección.

Note especialmente que Lucas habla de “las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas”. Cuando Jesús se les apareció el Domingo de Pascua a los dos discípulos que iban de camino a Emaús, “les declaraba, en todas las Escrituras, lo que de él decían” (Lucas 24:27). Después, esa noche Jesús les dijo a los discípulos reunidos que “era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos” (24:44). El propósito de Lucas fue mostrarles a los primeros cristianos que, como los de Berea andaban “escudriñando cada día las Escrituras” (Hechos 17:11), que Jesucristo fue verdaderamente el cumplimiento del Antiguo Testamento. Este fue un punto de controversia con los maestros de religión de los judíos.

Lucas le presenta al mundo romano una persona a la que los cristianos proclamaban como el Salvador del pecado, y aun así, una persona que había sido crucificada por orden del gobernador romano Poncio Pilato. Lucas sostiene que Jesús fue inocente de todo crimen que mereciera la muerte; y que esa muerte fue el resultado de las artimañas urdidas por los líderes religiosos judíos. Sin embargo, a fin de cuentas la muerte de Jesús fue el resultado de “el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hechos 2:23). La muerte de Jesús fue divinamente necesaria “según lo que está determinado” (Lucas 22:22), aunque había sido ocasionada por seres humanos. El mundo romano necesitaba conocer la verdadera razón de la muerte de Jesús en una cruz romana.

Este evangelio fue escrito para una iglesia misionera. Lucas incluye en su libro muchas de las afirmaciones de Jesús que hablan de las responsabilidades de los que llevarán a cabo la misión de predicar las buenas nuevas a todo el mundo. Muchas de las palabras y de los actos de Jesús fueron dirigidos a sus propios discípulos; su ministerio en la tierra fue el tiempo en que los capacitó en teología y en la obra misionera.

En el Evangelio de Lucas abundan las historias familiares que no se pueden encontrar en ninguna otra parte de las Escrituras: el

Buen Samaritano, el Hijo Pródigo, el Fariseo y el Cobrador de Impuestos, Zaqueo, y más. Al narrar la historia de Jesús, Lucas hace mención especial de la importancia de mujeres como: Elisabet, María (la madre de Jesús), Ana, María y Marta, la viuda de Naín y otras. Los primeros capítulos resuenan con cantos que la iglesia ha continuado cantando durante todos estos siglos hasta nuestros días: El Magníficat, el Benedictus, el Gloria in Excelsis y el Nunc Dimitis.

Al presentar un breve bosquejo del libro, la palabra “siervo” ha sido escogida para caracterizar toda la vida de Jesús. La noche antes de su muerte en la cruz Jesús les dijo a sus discípulos: “Yo estoy entre vosotros como el que sirve” (Lucas 22:27). Jesús preparó a un grupo de siervos y los envió al mundo como testigos suyos. Todo creyente es un siervo del más grande de todos los siervos, Jesucristo. La lectura del Evangelio de Lucas lo ayuda a uno a apreciar de una manera más completa el servicio que Jesús prestó. Además les ayudará a todos los que siguen a Jesús a llegar a ser mejores siervos.

### ***Bosquejo de Lucas***

#### **JESUCRISTO, EL SIERVO DE DIOS**

- I. Preparación para el ministerio (1:1-4:13)
  - A. Prefacio al Evangelio de Lucas (1:1-4)
  - B. El nacimiento de Juan y el de Jesús (1:5-2:40)
  - C. La presentación del Siervo de Dios (2:41-4:13)
  
- II. El Siervo lleva a cabo la obra de preparar a la gente para el reino de Dios con su predicación, enseñanza, curaciones, evangelización y capacitación (4:14-19:27)
  - A. Su servicio en Galilea (4:14 9:50)
  - B. Su servicio en el camino a Jerusalén (9:51-19:27)
    1. Jesús exhorta a la gente a prepararse para la venida del reino (9:51-13:21)
    2. Jesús revela algunas sorpresas, como quién heredará el reino (13:22- 17:10)



3. Jesús quiere que la gente esté consciente de que la obra del reino ya está en acción ahora mismo (17:11-19:27)

III. El Siervo lleva a cabo la obra de abrir las puertas del reino con su sufrimiento, muerte y resurrección (19:28-24:53)

- A. Jesús llega a Jerusalén (19:28-21:38)
- B. Sufrimiento y muerte de Jesús (22:1-23:56)
- C. Resurrección de Jesús y su Ascensión al cielo (24:1-53)



*Lucas*

### *Prefacio al Evangelio de Lucas*

#### *Introducción*

**1** Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, <sup>2</sup> tal como nos las enseñaron los que desde el principio las vieron con sus ojos y fueron ministros de la palabra, <sup>3</sup> me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, excelentísimo Teófilo, <sup>4</sup> para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido.

Lucas es el único de los cuatro evangelistas que introduce su evangelio con algo así como un prefacio personal. Establece con claridad el propósito de su escrito: “Para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido”. Lucas no quiere que sus lectores tengan duda alguna acerca de la verdad con respecto a Jesucristo, el siervo de Dios. Alrededor de la época en que Lucas escribió su evangelio, comenzaron a circular otros relatos de la vida y las enseñanzas de Jesús. Lucas les asegura a sus lectores que él ha investigado todas las cosas desde su origen y ahora les da este relato ordenado de la verdad.

¿Quién es este Teófilo a quien Lucas le dirige su evangelio? El nombre literalmente significa “el que ama a Dios”. Tal vez Teófilo haya sido un cristiano prominente de la iglesia antigua; algunos sugieren que probablemente pagó por el pergamino sobre el que se escribió este evangelio. Sin embargo, es posible que el nombre haya sido simbólico y que se refiera en general a cualquier creyente que ame a Dios. El nombre de Teófilo aparece otra vez en el segundo volumen de los escritos de Lucas, los Hechos de los

Apóstoles. Este libro comienza diciendo: “En mi primer escrito, Teófilo, me referí a todas las cosas que Jesús hizo y enseñó desde el comienzo”. Cada persona que lea este evangelio lo debe escuchar como si fuera dirigido a ella misma, mencionada como “la que ama a Dios” y que busca conocer la verdad acerca de Jesucristo.

*El nacimiento de Juan y el nacimiento de Jesús*  
*La predicción del nacimiento de Juan Bautista*

**<sup>5</sup> Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, de la clase de Abías; su mujer era de las hijas de Aarón y se llamaba Elisabet. <sup>6</sup> Ambos eran justos delante de Dios y andaban irreprensibles en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor. <sup>7</sup> Pero no tenían hijos, porque Elisabet era estéril. Ambos eran ya de edad avanzada.**

**<sup>8</sup> Aconteció que ejerciendo Zacarías el sacerdocio delante de Dios, según el orden de su clase, <sup>9</sup> le tocó en suerte entrar, conforme a la costumbre del sacerdocio, en el santuario del Señor para ofrecer el incienso. <sup>10</sup> Toda la multitud del pueblo estaba fuera orando a la hora del incienso. <sup>11</sup> Entonces se le apareció un ángel del Señor puesto de pie a la derecha del altar del incienso. <sup>12</sup> Al verlo, Zacarías se turbó y lo sobrecogió temor.**

**<sup>13</sup> Pero el ángel le dijo:**

**—Zacarías, no temas, porque tu oración ha sido oída y tu mujer Elisabet dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Juan. <sup>14</sup> Tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán por su nacimiento, <sup>15</sup> porque será grande delante de Dios. No beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre. <sup>16</sup> Hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor, su Dios. <sup>17</sup> E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los**

**corazones de los padres a los hijos y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.**

**<sup>18</sup> Zacarías preguntó al ángel:**

**—¿En qué conoceré esto?, porque yo soy viejo y mi mujer es de edad avanzada.**

**<sup>19</sup> Respondiendo el ángel, le dijo:**

**—Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios, y he sido enviado a hablarte y darte estas buenas nuevas. <sup>20</sup> Ahora, por cuanto no creíste mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo, quedarás mudo y no podrás hablar hasta el día en que esto suceda.**

**<sup>21</sup> El pueblo, entretanto, estaba esperando a Zacarías, y se extrañaba de que se demorara en el santuario. <sup>22</sup> Cuando salió, no les podía hablar; entonces comprendieron que había tenido una visión en el santuario. Él les hablaba por señas, y permaneció mudo. <sup>23</sup> Cumplidos los días de su ministerio, se fue a su casa.**

**<sup>24</sup> Después de aquellos días concibió su mujer Elisabet, y se recluyó en casa por cinco meses, diciendo: <sup>25</sup> «Así ha hecho conmigo el Señor en los días en que se dignó quitar mi afrenta entre los hombres.»**

Lucas hace un paralelo entre el nacimiento de Juan y el nacimiento de Jesús. En los dos casos es el ángel Gabriel el que anuncia con anticipación el nacimiento. Tanto la madre de Jesús como el padre de Juan cantan himnos de alabanza; uno lo hace antes y el otro lo hace después del nacimiento de su hijo. Después viene la descripción de los dos nacimientos y le sigue el rito de la circuncisión. Aunque hay algunas semejanzas entre Juan y Jesús, debemos reconocer sobre todo que Jesús es mucho más importante que Juan. Los dos son siervos de Dios, pero el servicio que Jesús prestó es muy superior a cualquiera que Juan haya hecho, especialmente porque Jesús es el Hijo de Dios; Juan es sólo el fruto bendito de dos padres humanos ya ancianos y muy piadosos.

Zacarías y Elisabet oraron con fervor al Señor pidiéndole que les diera un hijo. No obstante, Elisabet ya había llegado al punto de la vida en que las mujeres normalmente ya no conciben hijos. Así, cuando el ángel Gabriel le anunció a Zacarías que iba a engendrar un hijo, el anciano se quedó pasmado, y no creía lo que escuchaba. Como castigo de Dios por su incredulidad, Zacarías no pudo hablar durante los nueve meses del embarazo de su esposa.

Gabriel describe el papel especial que este Juan (cuyo nombre significa “El Señor ha mostrado su favor”) iba a cumplir: “Tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán por su nacimiento, porque será grande delante de Dios... hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor su Dios”. Juan iba a ser como el gran profeta Elías del Antiguo Testamento; su llamado fue a “preparar para el Señor un pueblo bien dispuesto”.

Zacarías estaba sirviendo en su turno como sacerdote en el Templo cuando el ángel se le apareció. Aarón tuvo veinticuatro nietos, uno de cuales se llamaba Abías (1 Crónicas 24:10). Juan nació de esa familia sacerdotal y creció muy consciente de las exigencias de la ley. En el plan de la salvación, él fue precisamente la persona apropiada para servir como el precursor del Salvador.

El nacimiento de Juan tuvo lugar en la época de Herodes, rey de Judea; este es el mismo Herodes que mandó matar a muchos niños inocentes después del nacimiento de Jesús. El anuncio del nacimiento de Juan está vinculado al reinado de un rey que era muy insignificante comparado al gran César de Roma. El nacimiento de Jesús iba a estar relacionado con los actos de un gran líder mundial, César Augusto (2:1).

No podemos dejar esta historia sin mencionar el gozo de Elisabet y la manera como reconoció la gracia del Señor para con ella: “Así ha hecho el Señor conmigo en los días en que se dignó quitar mi afrenta entre los hombres”. ¡He aquí a una madre que verdaderamente se anticipa al nacimiento de su hijo como un regalo bendecido del Señor!

*Se predice el nacimiento de Jesús*

**<sup>26</sup> Al sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, <sup>27</sup> a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María. <sup>28</sup> Entrando el ángel a donde ella estaba, dijo:**

**—¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres.**

**<sup>29</sup> Pero ella, cuando lo vio, se turbó por sus palabras, y pensaba qué salutación sería ésta. <sup>30</sup> Entonces el ángel le dijo:**

**—María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. <sup>31</sup> Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. <sup>32</sup> Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre; <sup>33</sup> reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su Reino no tendrá fin.**

**<sup>34</sup> Entonces María preguntó al ángel:**

**—¿Cómo será esto?, pues no conozco varón.**

**<sup>35</sup> Respondiendo el ángel, le dijo:**

**—El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que va a nacer será llamado Hijo de Dios. <sup>36</sup> Y he aquí también tu parienta Elisabet, la que llamaban estéril, ha concebido hijo en su vejez y éste es el sexto mes para ella, <sup>37</sup> pues nada hay imposible para Dios.**

**<sup>38</sup> Entonces María dijo:**

**—Aquí está la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra.**

**Y el ángel se fue de su presencia.**

Ya habían pasado seis meses desde el anuncio que le hizo Gabriel a Zacarías; ahora el Señor envía a su mensajero a otra misión. En esta ocasión, Gabriel no va a la ciudad santa de



Jerusalén, sino a un pueblo humilde de Galilea; no a un Templo, sino a una casa; no a un anciano, sino a una joven doncella. El niño que les fue prometido a Zacarías y Elisabet fue una respuesta a muchas oraciones; el niño que le fue prometido a María fue una sorpresa total y completa. Un niño iba a nacer de una virgen, algo totalmente asombroso y nuevo. No es una pareja de ancianos que finalmente van a tener a su primer hijo, sino una doncella que lleva en su seno a un bebe concebido por el Espíritu Santo. ¡Ciertamente éste es el milagro más grande!

María estaba comprometida para casarse con José, que era descendiente de David. Ella misma también descendía de esa familia real; a su hijo se le iba a dar el trono de su padre David. Pero aun más: el niño prometido sería Hijo del Altísimo, el Hijo de Dios. Su reino no tendrá fin.

¿Es difícil de creer? ¡No hay duda de que lo es! Sin embargo, así resplandeció la fe de María en contraste con las dudas del sacerdote Zacarías: “Aquí está la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra”. Zacarías también era un siervo, cumplía con su deber en el Templo. El servicio de María fue especial y único: ser la madre de Dios.

### *María visita a Elisabet*

**<sup>39</sup> En aquellos días, levantándose María, fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá; <sup>40</sup> entró en casa de Zacarías y saludó a Elisabet. <sup>41</sup> Y aconteció que cuando oyó Elisabet la salutación de María, la criatura saltó en su vientre, y Elisabet, llena del Espíritu Santo, <sup>42</sup> exclamó a gran voz:**

**—Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. <sup>43</sup> ¿Por qué se me concede esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí?, <sup>44</sup> porque tan pronto como llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. <sup>45</sup> Bienaventurada la que creyó, porque se cumplirá lo que le fue dicho de parte del Señor.**

Cuando el ángel Gabriel le anunció a María que iba a ser madre de un niño, también le anunció que Elisabet había concebido. María no perdió tiempo, sino que se apuró a visitar a su anciana parienta. Viajó desde su ciudad de Nazaret a la región montañosa de Judá. Difícilmente pudo haber esperado la clase de bienvenida que le dio Elisabet.

Lucas nos dice que el Espíritu Santo llenó el alma de Elisabet y exclamó: “¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!” Estaba maravillada del gran favor que le había mostrado “la madre de mi Señor” al ir a visitarla. Elisabet ya sabía esta verdad porque había tenido una revelación especial del Espíritu Santo. El niño que estaba en su vientre se unió a la alabanza y saltó de gozo. Más adelante en el evangelio Jesús exhorta a sus discípulos para que hagan lo mismo: “Gozaos en aquel día y alegraos, porque que vuestra recompensa es grande en los cielos” (6:23).

Elisabet alaba en especial la fe de María. Recordemos que por este tiempo no salía ningún sonido de los labios de Zacarías por causa de su incredulidad. Elisabet tenía buenas razones para maravillarse de la fe de María.

Honar a María en la forma que Elisabet lo hace es ciertamente del agrado de Dios; esa alabanza fue motivada por el Espíritu Santo. Nosotros los cristianos de hoy en día también honramos a María como un ejemplo de fe y de servicio, pero no iremos más allá de eso, ni consideraremos a María como a una persona que fue diferente de nosotros, porque ella también era pecadora. El niño que iba a nacer de María sería su Salvador del pecado como lo es también para nosotros.

### *El cántico de María*

**<sup>46</sup> Entonces María dijo:**

**«Engrandece mi alma al Señor**

**<sup>47</sup> y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador,**

**48 porque ha mirado la bajeza de su sierva,  
pues desde ahora me dirán bienaventurada todas las  
generaciones,  
49 porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso.  
¡Santo es su nombre,  
50 y su misericordia es de generación en generación  
a los que le temen!  
51 Hizo proezas con su brazo;  
esparció a los soberbios en el pensamiento de sus  
corazones.  
52 Quitó de los tronos a los poderosos  
y exaltó a los humildes.  
53 A los hambrientos colmó de bienes  
y a los ricos envió vacíos.  
54 Socorrió a Israel, su siervo,  
acordándose de su misericordia  
55 —de la cual habló a nuestros padres—  
para con Abraham y su descendencia para siempre.»  
56 Se quedó María con ella como tres meses; después se  
volvió a su casa.**

En la traducción de la Biblia al latín, el canto de María comienza así: “Magnificat anima mea Dominus”. La primera palabra: “Magnificat”, se ha usado para darle nombre a este cántico que al comienzo encontró un lugar en las vísperas diarias de adoración de la iglesia. Músicos de la fama de Bach han compuesto una música enaltecedora para estas palabras. Este cántico contiene palabras que todo cristiano puede cantar.

Los versículos 46-49 se centran en las bendiciones personales que le llegaron a María. Note el pronombre personal “me”. María reconoce su humilde condición como sierva. Será alabada por las generaciones futuras a causa de lo que el Altísimo hizo por ella. No es santo el nombre de María, sino el nombre del Señor. Es como si María viera ya la excesiva adoración que se iba a acumular

sobre ella en los siglos venideros y como si ella quisiera rechazar esa adulación.

En el versículo 50, María vuelve su atención a “los que le temen (al Señor)”. La palabra “temor” es un término bíblico muy común, se refiere a la reverencia y el respeto santos que uno tiene por el Altísimo, de quien María acababa de hablar. Ese temor conducirá a la adoración y a la obediencia. María misma es ejemplo de una persona temerosa del Señor. La misericordia del Señor rodea a los que lo veneran.

María continúa recordando algunos de los grandes actos misericordiosos del Señor, la manera en que él obra en formas que parecen estar en contraste. Al orgulloso lo derrumba mientras que al humilde lo enaltece; al hambriento lo llena con buenas cosas, pero al rico lo envía vacío. Su misericordia para con Israel, su siervo, se remonta hasta los tiempos de Abraham. El tema del Magníficat de María se verá plenamente realizado en el ministerio de su Hijo. En una forma que supera toda la historia del Antiguo Testamento, la obra salvadora de Jesucristo pone al descubierto la misericordia de Dios “de generación en generación para aquellos que le temen”.

María se quedó con Elisabet por tres meses, precisamente hasta el tiempo en que Juan iba a nacer. Fue una buena compañía para su anciana parienta y ocupó el lugar de Zacarías en las conversaciones del hogar. ¡Qué tiempos tan felices debieron haber pasado estas dos mujeres cuando estaban juntas, cada una esperando ansiosamente el nacimiento de su totalmente inesperado hijo!

### *El nacimiento de Juan el Bautista*

**<sup>57</sup> Cuando a Elisabet se le cumplió el tiempo de su alumbramiento, dio a luz un hijo. <sup>58</sup> Al oír los vecinos y los parientes que Dios había engrandecido para con ella su misericordia, se regocijaron con ella.**

**<sup>59</sup> Aconteció que al octavo día vinieron para circuncidar al niño, y lo llamaban con el nombre de su padre, Zacarías;**

**<sup>60</sup> pero su madre dijo:**

**—¡No! Se llamará Juan.**

**<sup>61</sup> Le dijeron:**

**—¿Por qué? No hay nadie en tu parentela que se llame con ese nombre.**

**<sup>62</sup> Entonces preguntaron por señas a su padre cómo lo quería llamar. <sup>63</sup> Él, pidiendo una tablilla, escribió: «Juan es su nombre.» Y todos se maravillaron. <sup>64</sup> En ese momento fue abierta su boca y suelta su lengua, y comenzó a bendecir a Dios. <sup>65</sup> Se llenaron de temor todos sus vecinos, y en todas las montañas de Judea se divulgaron todas estas cosas. <sup>66</sup> Los que las oían las guardaban en su corazón, diciendo: «¿Quién, pues, será este niño?» Y la mano del Señor estaba con él.**

Finalmente llegó el momento del nacimiento del hijo de Elisabet y Zacarías. Los vecinos y parientes compartieron el gozo de la madre; Zacarías difícilmente parecía estar en esta escena, pero su tiempo ya se acercaba.

La ley del Antiguo Testamento decretaba que los hijos fueran circuncidados al octavo día. Dios le había dicho a Abraham: “Todo varón de entre vosotros será circuncidado. Circuncidaréis la carne de vuestro prepucio, y será por señal del pacto entre mí y vosotros” (Génesis 17:10,11). Ningún varón incircunciso podía comer la Pascua (Éxodo 12:48). La circuncisión se llevaba a cabo en el hogar, y al mismo tiempo se le daba el nombre al niño.

En el día de la circuncisión, al octavo día después del nacimiento, se reunieron los vecinos y parientes una vez más. Le propusieron a Elisabet que el niño llevara el nombre de su padre (¿Tal vez para alegrar un poco al anciano Zacarías?), pero Elisabet no necesitaba que nadie le diera consejo acerca del nombre que iba a llevar el niño dado que el nombre ya le había sido dado por el ángel: “Y le pondrás por nombre Juan”. Nada haría cambiar el parecer de Elisabet.

Habiendo fracasado en el intento de convencer a la madre, los bien intencionados amigos de la familia se volvieron a Zacarías, que había permanecido en silencio por largo tiempo, con la esperanza de que él pudiera invalidar la decisión de su esposa. Para asombro de todos, Zacarías escribió en una tablilla: “Juan es su nombre”.

De repente, Zacarías pudo hablar, y de su boca fluyeron palabras de alabanza. Aquí se encuentra la conversión: la duda se convirtió en fe, el escepticismo fue reemplazado por la adoración. Con razón la gente de la región montañosa de Judea no habló de otra cosa por algún tiempo: “¿Quién, pues, va a ser este niño?” Esta era una pregunta que el nuevo padre podría contestar.

*El canto de Zacarías*

**<sup>67</sup> Zacarías, su padre, fue lleno del Espíritu Santo y profetizó, diciendo:**

**<sup>68</sup> «Bendito el Señor Dios de Israel,  
que ha visitado y redimido a su pueblo,**

**<sup>69</sup> y nos levantó un poderoso Salvador  
en la casa de David, su siervo**

**<sup>70</sup> —como habló por boca de sus santos profetas que  
fueron desde el principio—,**

**<sup>71</sup> salvación de nuestros enemigos y de la mano de todos  
los que nos odiaron,**

**<sup>72</sup> para hacer misericordia con nuestros padres  
y acordarse de su santo pacto,**

**<sup>73</sup> del juramento que hizo a Abraham, nuestro padre,  
que nos había de conceder**

**<sup>74</sup> que, librados de nuestros enemigos,  
sin temor lo serviríamos**

**<sup>75</sup> en santidad y en justicia delante de él todos nuestros  
días.**



*El Magnificat*



- 76 Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado,  
porque irás delante de la presencia del Señor para  
preparar sus caminos,  
77 para dar conocimiento de salvación a su pueblo,  
para perdón de sus pecados,  
78 por la entrañable misericordia de nuestro Dios,  
con que nos visitó desde lo alto la aurora,  
79 para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra  
de muerte,  
para encaminar nuestros pies por camino de paz».**
- 80 El niño crecía y se fortalecía en espíritu, y estuvo en  
lugares desiertos hasta el día de su manifestación a Israel.**

Zacarías había sido incapaz de hablar durante largo tiempo; ahora se llena del Espíritu Santo para confesar su fe. El canto de Zacarías también lleva el nombre tomado del latín: “Benedictus Dominus”; la Reina-Valera Versión 95 lo traduce: “Bendito el Señor”. Este cántico se ha usado por siglos en el servicio diario matutino (maitines) de la iglesia.

Debemos tomar muy en serio la palabra “profetizó” que aparece en el versículo 67. Zacarías habla de la salvación que va a venir mediante Jesús como un hecho ya consumado. ¡Y esto fue aun antes de que Cristo hubiera nacido! Así concluye la época del Antiguo Testamento, el tiempo de la promesa. Con el capítulo dos de Lucas entramos a la era del Nuevo Testamento, el tiempo del cumplimiento.

Zacarías alaba al Señor “que ha visitado y redimido a su pueblo, y nos levantó un poderoso Salvador, en casa de David su siervo, como habló por boca de sus santos profetas, que fueron desde el principio”. David mismo, en el Salmo 18, dijo que el Señor es “mi escudo y la fuerza de mi salvación, mi alto refugio”. Ahora Zacarías usa el mismo término “la fuerza de mi salvación” (NVI) para referirse al Mesías. Jesús vino de la casa de David y como siervo del Señor traerá la salvación de todos los enemigos.

El rescate efectuado por Cristo capacitará al pueblo para servir a Dios. El sacerdote Zacarías había dedicado su vida a servir al Señor, a representar al pueblo en el Templo. Ahora Zacarías ve una nueva era en la que todos los creyentes como sacerdotes adorarán a su Salvador.

Después de hablar de la venida del Mesías y de su obra, el padre vuelve la atención a su hijo recién nacido y a la tarea que le espera a Juan. Su ministerio será el de preparar el camino delante del Señor; en su predicación le dará al pueblo el conocimiento de la salvación mediante el perdón de los pecados. El sol brillará para los que viven en tinieblas y para los que viven a la sombra de la muerte. Y Juan es enviado a preparar el camino. Su llamamiento será a guiar los pies de los demás al camino de la paz. Así cantó el anciano Zacarías.

El capítulo uno del evangelio de Lucas concluye con la nota de que el niño crecía y se fortalecía en espíritu. El crecimiento de Juan no fue solamente físico; sus fibras espirituales también se fortalecían para la tarea que tenía por delante. Hizo su hogar en el desierto hasta que llegó su tiempo de servicio. No hay duda de que tanto el padre como la madre ya habían muerto antes de que su ministerio comenzara. Pero ellos habían visto lo necesario con los ojos de la fe, y eso fue suficiente.

### *El nacimiento de Jesús*

**2** Aconteció en aquellos días que se promulgó un edicto de parte de Augusto César, que todo el mundo fuera empadronado., <sup>2</sup> Este primer censo se hizo siendo Cirenio gobernador de Siria. <sup>3</sup> E iban todos para ser empadronados, cada uno a su ciudad.

<sup>4</sup> También José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto era de la casa y familia de David, <sup>5</sup> para ser empadronado con María su mujer, desposada con él, la cual estaba encinta.

**<sup>6</sup> Aconteció que estando ellos allí se le cumplieron los días de su alumbramiento. <sup>7</sup> Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.**

¡Ningún acontecimiento de la historia del mundo se ha celebrado tanto, con palabras y con cantos, como el nacimiento de Jesucristo! Aun así esta historia es narrada por Lucas en una forma totalmente ausente de dramatismo. El significado de lo que ocurrió aquí en el pesebre de Belén ya se reveló en el capítulo uno con el anuncio que le hizo el ángel a María. El nacimiento del bebé se relata en las palabras más sencillas: “Dio a luz a su hijo primogénito”. Así el Hijo de Dios entra a nuestro mundo en la más completa humildad y sin ninguna fanfarria.

Hubo un censo que fue ordenado por César Augusto, gobernador del Imperio Romano desde los años 27 a.C. al 14 d.C., que hizo que María y José fueran de Nazaret a Belén. El propósito de ese censo fue para el pago de los impuestos. Todo el mundo viajó a su pueblo ancestral a registrarse en la nómina de impuestos. María y José hicieron el viaje de unos 130 kilómetros desde su ciudad de Galilea hasta la antigua ciudad de Belén, que fue el hogar familiar del famoso rey David. Allí nació este niño cuyo reino iba a ser mucho más grande que el de su antepasado. Todo ocurrió para que se cumpliera la promesa que fue hecha por Dios en el Antiguo Testamento, de que el Mesías iba a nacer en Belén y no en Nazaret.

Algunos críticos de la Biblia dicen que es una falla el hecho de que Lucas diga que Cirenio era gobernador de Siria cuando tuvo lugar este censo, porque los registros históricos mencionan a Cirenio como el gobernador de Siria casi diez años *después* de la muerte del rey Herodes; hubo un censo que se llevó a cabo en ese tiempo (6-7 d.C.). Sin embargo, dado que Jesús nació mientras Herodes era rey (Herodes murió cerca del año 4 a.C.), algunos afirman que Lucas comete aquí un error. Pero antes de llegar a esa

conclusión, se deben tomar en cuenta algunas posibilidades: 1) Lucas dice que este es el *primer* censo mientras Cirenio fue gobernador de Siria; Cirenio pudo haber hecho un censo antes como parte de sus deberes con Siria, eso se insinúa en un documento antiguo que se ha conservado hasta el día de hoy. 2) Algunos eruditos griegos sugieren que la palabra “primero” se podría traducir mejor como “antes de”; entonces la traducción sería: “Este censo fue *antes de* que Cirenio fuera gobernador de Siria”. Nosotros en la actualidad difícilmente disponemos del conocimiento de hechos que ocurrieron hace dos mil años. No nos atrevemos a juzgar a Lucas, que escribió por inspiración del Espíritu de Dios “después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen” (Lucas 1:3).

Después del nacimiento de Jesús, su madre lo envolvió en bandas de tela y lo puso en un pesebre. Esa era la forma común de vestir a un recién nacido, así como nosotros le ponemos “pañales” a un niño. Solamente al final de la historia nos enteramos de que las posadas estaban llenas en Belén, lo cual los obligó a buscar un lugar menos apropiado para albergarse. Así fue que Jesús nació entre los animales y luego fue colocado en un pesebre, que es el lugar donde se les ponen los alimentos a los animales. ¡Es con razón que esta escena ha cautivado la atención de artistas y poetas! Sin embargo, no debemos permitir que las versiones dulces de este acontecimiento nos hagan olvidar su verdadero significado. El niño acostado en ese pesebre es el Verbo de Dios hecho carne por nosotros y para nuestra salvación. ¡Gloria a Dios en las alturas!

### *Los pastores y los ángeles*

**<sup>8</sup> Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigias de la noche sobre su rebaño. <sup>9</sup> Y se le presentó un ángel del Señor y la gloria del Señor los rodeó de resplandor, y tuvieron gran temor. <sup>10</sup> Pero el ángel les dijo:**

**—No temáis, porque yo os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: <sup>11</sup> que os ha nacido hoy, en la**

**ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. <sup>12</sup> Esto os servirá de señal: hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre.**

**<sup>13</sup> Repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios y decían:**

**<sup>14</sup> «¡Gloria a Dios en las alturas  
y en la tierra paz,  
buena voluntad para con los hombres!»**

**<sup>15</sup> Sucedió que cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo, los pastores se dijeron unos a otros:**

**—Pasemos, pues, hasta Belén, y veamos esto que ha sucedido y que el Señor nos ha manifestado.**

**<sup>16</sup> Vinieron, pues, apresuradamente, y hallaron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. <sup>17</sup> Al verlo, dieron a conocer lo que se les había dicho acerca del niño. <sup>18</sup> Todos los que oyeron, se maravillaron de lo que los pastores les decían. <sup>19</sup> Pero María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón.**

**<sup>20</sup> Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, como se les había dicho.**

Se supone que muy poca gente en Belén sabía del nacimiento de este bebé que estaba acostado en un pesebre; y que María y José guardaban en secreto su origen divino. Todo eso cambia cuando Dios hace públicas las buenas noticias. Su salvación no es sólo para Zacarías, Elisabet y María. Al contrario, Jesucristo es el Salvador de toda la humanidad. Los primeros en oír las buenas nuevas fueron un grupo de pastores que vivían en el campo en las afueras de Belén. El rey David había sido pastor en esos mismos campos. Ahora se les comunican a los pastores las noticias del nacimiento de uno que es más importante que David.

La oscuridad de la noche queda interrumpida con la radiante luz de los seres angelicales. Esta es la tercera aparición de los

ángeles en el Evangelio de Lucas. Los ángeles sirven como mensajeros de Dios para interpretar los acontecimientos que de otra forma pasarían inadvertidos o serían mal entendidos. A los pastores se les dice que el bebé envuelto en trozos de tela tan comunes y que yace en un pesebre no es otro que el Salvador, ¡Cristo el Señor!

Esta es la primera mención que se hace del nombre “Cristo” en el Evangelio de Lucas, el cual proviene de la palabra griega que significa “el Ungido”. Es el equivalente del nombre hebreo: “Mesías”. La palabra se encuentra, por ejemplo, en el Salmo 2:2 donde se nos dice que los reyes de la tierra se levantan contra el Señor y contra “su Ungido”. En la traducción griega se puede encontrar la palabra “Cristo”. Y como era una costumbre ungir a los reyes del Antiguo Testamento, la palabra “Cristo” pone de manifiesto el hecho de que Jesús es un rey, descendiente de David y destinado a gobernar para siempre. El nacimiento de Jesús fue el cumplimiento de la promesa que hizo Dios en el Antiguo Testamento, de que iba a enviar a un rey, un Mesías, para salvar a su pueblo.

Esas buenas nuevas de gran gozo se amplían con la repentina aparición de una multitud de huestes celestiales que cantan alabanzas a Dios. Su canto nos es familiar en el servicio de adoración dominical en el que todavía cantamos el *Gloria in Excelsis* (Gloria en las Alturas). El canto de los ángeles tiene un doble enfoque: en lo más alto de los cielos resuenan gloriosas alabanzas a Dios por su generoso regalo de un Salvador; y en la tierra hay paz para los hombres que gozan del favor de Dios.

Los ángeles desaparecieron tan repentinamente como habían aparecido; una vez más los pastores se quedaron solos con su rebaño. Sin embargo, difícilmente podían continuar con su vigilancia nocturna como si nada hubiera pasado, por lo cual se apresuraron a ir a Belén para ver lo que el Señor les había manifestado.

El ángel les había dado una señal para que pudieran reconocer al bebé: “acostado en un pesebre”. De esa manera, encontraron lo

que buscaban. Aunque no sabemos cuánto tiempo permanecieron allí ni lo que dijeron, sí sabemos que los pastores no guardaron en silencio esas noticias, sino que las esparcieron por el mundo. Su mensaje no fue tanto acerca de un bebé que estaba en un pesebre, sino que compartieron el mensaje del ángel: “Os ha nacido... un Salvador, que es Cristo el Señor”. No es sorprendente que la gente que escuchaba las palabras de los pastores se quedara atónita; se pudieron haber preguntado si acaso esos pastores no estaban un poco perturbados. Sin embargo, los pastores sabían lo que habían escuchado y lo que habían visto. Y repitieron las alabanzas de los ángeles con sus propios cantos terrenales al regresar a su rebaño.

La reacción de María a todas estas cosas fue mucho más discreta; se nos dice que ella “guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”. Sus tesoros no eran reliquias terrenales: un poco de la paja del pesebre, la ropa en la que el bebé había sido envuelto, o uno de los bastones que habían sido dejados por los pastores. Su álbum de esos acontecimientos lo llevaba dentro, en su corazón. Una y otra vez consideraba mentalmente lo que había ocurrido y estaba sorprendida de lo grandiosa que era la obra de Dios.

Aquí tenemos dos aspectos de la Navidad: uno es muy público, el otro es privado. Ambos son necesarios. Debemos hacer públicas las buenas nuevas, compartiéndolas con los demás y celebrando su nacimiento con palabras y con cantos. Sin embargo, el ejemplo de María es algo que también nosotros debemos seguir: ¡Qué cosa tan maravillosa ha hecho Dios por mí personalmente! ¡Este niño es mi Salvador personal del pecado, de la muerte, de Satanás y del infierno! Él es nuestro tesoro más precioso.

### *Jesús es presentado en el Templo*

**<sup>21</sup> Cumplidos los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre Jesús, el cual le había sido puesto por el ángel antes que fuera concebido.**

**<sup>22</sup> Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos**



conforme a la Ley de Moisés, lo trajeron a Jerusalén para presentarlo al Señor <sup>23</sup> (como está escrito en la Ley del Señor: «Todo varón que abra la matriz será llamado santo al Señor»), <sup>24</sup> y para ofrecer conforme a lo que se dice en la Ley del Señor: «Un par de tórtolas o dos palominos».

<sup>25</sup> Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. <sup>26</sup> Y le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes que viera al Ungido del Señor. <sup>27</sup> Movido por el Espíritu, vino al Templo. Cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al Templo para hacer por él conforme al rito de la Ley, <sup>28</sup> él lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios, diciendo:

<sup>29</sup> «Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz,  
conforme a tu palabra,  
<sup>30</sup> porque han visto mis ojos tu salvación,  
<sup>31</sup> la cual has preparado en presencia de todos los  
pueblos;  
<sup>32</sup> luz para revelación a los gentiles  
y gloria de tu pueblo Israel».

<sup>33</sup> José y su madre estaban maravillados de todo lo que se decía de él. <sup>34</sup> Los bendijo Simeón, y dijo a su madre María: —Éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha <sup>35</sup> (y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones.

<sup>36</sup> Estaba también allí Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada. Había vivido con su marido siete años desde su virginidad, <sup>37</sup> y era viuda hacía ochenta y cuatro años; y no se apartaba del Templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones. <sup>38</sup> Ésta, presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén.

**<sup>39</sup> Después de haber cumplido con todo lo prescrito en la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret.**  
**<sup>40</sup> El niño crecía y se fortalecía, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios era sobre él.**

De la misma manera que Juan, que fue circuncidado y que se le puso el nombre al octavo día, así se hizo con Jesús. San Pablo toma nota especial del hecho de que Jesús nació “bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley” (Gálatas 4:4,5). La circuncisión es una parte de la obediencia activa de Cristo: él cumplió la Ley perfectamente en nuestro lugar. Además, su circuncisión le puso fin a nuestra necesidad como cristianos del Nuevo Testamento de practicar la circuncisión como un rito religioso en cumplimiento de la ley del Antiguo Testamento. En este sentido, Cristo es verdaderamente el fin de la Ley (Romanos 10:4).

El ángel Gabriel le había revelado a María cómo debía llamar a su niño (1:31). El nombre Jesús viene de dos palabras hebreas: “Jehová” y “salva”. Mateo 1:21 da esta interpretación del nombre de Jesús: “Él salvará a su pueblo de sus pecados”. ¡Verdaderamente el nombre apropiado para este niño!

La circuncisión se llevó a cabo en el hogar de los padres. No sabemos con precisión donde se quedaron María y José mientras permanecieron en Belén. Sin duda ya hubieron encontrado un lugar más apropiado para hospedarse después de que la multitud de gente ya había abandonado Belén luego de haberse registrado en el censo.

Cuando Jesús tenía cuarenta días hicieron un viaje breve a Jerusalén para la purificación de María y para la presentación del niño en el Templo. La ley de la purificación de una madre se encuentra en Levítico 12. A una persona pobre se le pedía que llevara dos tórtolas o dos palominos como su ofrenda de sacrificio. La ley también exigía que el varón primogénito fuera consagrado al Señor (Éxodo 13:2). Si el niño no era dado para el servicio del

Señor, los padres lo debían redimir con el pago de cinco siclos (Números 3:46,47). María y José no hicieron ese pago porque Jesús había sido consagrado al Señor en la forma más completa posible. A los cuarenta días de haber nacido, Jesús le fue presentado al Señor.

Ahora Lucas nos presenta a dos personas muy piadosas y ancianas, a Simeón y Ana. Ellos nos recuerdan a otras dos personas, Zacarías y Elisabet, a quienes conocimos al comienzo de esta historia del nacimiento de Juan y de Jesús. Así como Zacarías cantó un himno de alabanza a Dios, también lo hizo Simeón.

El Espíritu Santo le había prometido a Simeón que no iba a morir antes de haber visto al Cristo del Señor. Cuando María y José entraron en los patios del Templo, el Espíritu dirigió a Simeón a hacer lo mismo. Al ver al niño Jesús, Simeón lo tomó en sus brazos y alabó a Dios con el canto que conocemos hoy en día como el *Nunc Dimitis* (que viene de las primeras palabras del himno en su traducción al latín). Aún se canta este cántico como parte de la liturgia para la Santa Comunión y en el servicio de vísperas.

Realmente Simeón no le estaba haciendo en este canto ninguna petición al Señor, sino que estaba afirmando una verdad: “Ahora Señor, estás despidiendo a tu siervo en paz”. Había llegado a su fin el servicio de Simeón en el Templo como guardián mientras esperaba el cumplimiento de la promesa del Antiguo Testamento. La espera había terminado; y ahora el siervo se podía retirar en paz. Con los ojos de la fe, Simeón vio más que a un simple bebé cargado en sus brazos; vio al Salvador muriendo en la cruz. Vio la salvación que es para todos los pueblos, tanto para los israelitas como para los gentiles.

José y María se maravillaron de las palabras que dijo Simeón, pero el anciano aún no había terminado de hablar. Mostró una gran clarividencia, que sólo se pudo dar por una revelación especial del Espíritu con respecto al destino de este niño. Israel se iba a dividir contra Jesús: él haría que algunos cayeran y que otros se levantaran. Para algunos Jesús sería una piedra que constituiría

motivo de ofensa y sobre la cual tropezarían. Para otros sería la piedra viviente de salvación. María iba a ser testigo de los sufrimientos del Señor en la cruz. Su propia alma sería atravesada por una espada.

Entonces Simeón sale de la escena para ser reemplazado por Ana, una viuda de ochenta y cuatro años. Ana había servido fielmente al Señor por muchos años con adoración, ayunos y oraciones. Ahora agrega su acción de gracias a la de Simeón y les habla del niño a todos los que esperan con ansiedad la redención de Jerusalén.

José y María debieron haber tenido mucho de qué hablar en el regreso a Belén después de la visita al Templo. Por el momento decidieron quedarse en Belén. Lucas no menciona la historia de la visita de los magos ni dice nada acerca de la huida a Egipto (Mateo 2). Sólo informa que después de haber hecho todas las cosas que exigía la ley del Señor, ellos regresaron a Galilea, a su propia ciudad de Nazaret. Ahí crecería Jesús, fortaleciéndose día tras día, lleno de sabiduría y de la gracia de Dios.

### *La presentación del Siervo de Dios*

#### *El niño Jesús en el Templo*

**<sup>41</sup> Iban sus padres todos los años a Jerusalén en la fiesta de la Pascua. <sup>42</sup> Cuando tuvo doce años, subieron a Jerusalén conforme a la costumbre de la Fiesta. <sup>43</sup> Al regresar ellos, acabada la Fiesta, se quedó el niño Jesús en Jerusalén, sin que lo supieran José y su madre. <sup>44</sup> Pensando que estaba entre la compañía, anduvieron durante un día, y lo buscaban entre los parientes y los conocidos; <sup>45</sup> pero como no lo hallaron, volvieron a Jerusalén buscándolo.**

**<sup>46</sup> Aconteció que tres días después lo hallaron en el Templo, sentado en medio de los doctores de la Ley, oyéndolos y preguntándoles. <sup>47</sup> Y todos los que lo oían se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas. <sup>48</sup> Cuando lo vieron, se sorprendieron. Su madre le dijo:**

**—Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos buscado con angustia.**

**<sup>49</sup> Entonces él les dijo:**

**—¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?**

**<sup>50</sup> Pero ellos no entendieron lo que les dijo.**

**<sup>51</sup> Descendió con ellos y volvió a Nazaret, y les estaba sujeto. Su madre guardaba todas estas cosas en su corazón.**

**<sup>52</sup> Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres.**

Al tiempo que transcurrió entre el nacimiento de Jesús y el comienzo de su ministerio terrenal a veces se le llama “los años silenciosos”. Hay una sola referencia que rompe el silencio, la historia del niño Jesús en el Templo. Aunque esta historia está incluida en el segundo capítulo de Lucas, es claro que encaja mejor con lo que sigue en el capítulo tres. Aun a los doce años, Jesús se manifestó como el siervo de su Padre celestial. El niño que fue presentado en el Templo ahora se sentó entre los maestros de la palabra de Dios para gran sorpresa de los que estaban presentes.

Lucas nos dice que María y José iban con regularidad a Jerusalén para la fiesta anual de la Pascua, la cual celebraba la redención del pueblo de Israel de su esclavitud en Egipto y fue observada cada año en la primavera. Era la fiesta más importante de los judíos, y la Ley exigía que todos los hombres asistieran.

Al terminar la fiesta de la Pascua, María y José iniciaron el regreso a Nazaret, pensando que Jesús estaba entre el grupo de peregrinos que viajaban juntamente con ellos. No obstante, al anochecer, no pudieron encontrar al niño por ninguna parte. Comenzaron una búsqueda desesperada que terminó tres días después cuando encontraron a Jesús en los patios del Templo, los cuales se encontraban alrededor del santuario y se usaban como lugar de instrucción y de estudio de la palabra de Dios.

Jesús estaba causando gran impresión entre la multitud que se había reunido. Se dieron cuenta de que este no era un niño



*Juventud de Jesús*

ordinario ya que sus preguntas y respuestas mostraban un conocimiento y entendimiento superiores. María y José también estaban atónitos y algo perturbados cuando lo encontraron. Eso se ve en las palabras de María: “¿Hijo, por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos buscado con angustia.” Cualquier padre que haya sufrido el trauma de haber perdido a un hijo puede imaginar bien lo que sufrieron María y José. María se debió sentir muy culpable por no haber vigilado más de cerca a este hijo que el Señor le había confiado a su cuidado.

Las palabras que Jesús le dirigió a su madre son las primeras palabras del Salvador que se registran en cualquiera de los evangelios. María le había hecho una pregunta, y Jesús respondió con una pregunta doble: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” En estas preguntas hay una suave reprimenda para María; en ocasiones a ella se le olvidaba que Jesús no era un niño común, y pensaba que tenía un control completo sobre él.

María tenía que aprender, como sucedió más tarde en las bodas de Caná, que Jesús estaba dirigido por una voluntad más grande, la voluntad del Padre celestial. Eso era algo que María y José no entendían. Para ellos fue una experiencia muy aleccionadora. Y para todos los que fueron testigos de la sabiduría de este niño de doce años en el Templo, esta fue una forma dramática de conocer al siervo de Dios.

Lo que Jesús hizo no fue un acto de rebelión contra sus padres; su completa obediencia siguió siendo demostrada al regresar a Nazaret con ellos. Para María este incidente fue algo más para atesorar en su corazón, aunque ya se estaba dando cuenta de lo que significaban las palabras que le dijo Simeón: “Una espada traspasará tu misma alma”.

Lucas termina esta historia diciendo que Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres. Se supone que Jesús pasó los siguientes dieciocho años de su vida en Nazaret y sus alrededores trabajando como carpintero (vea Marcos 6:3 donde se le hace la pregunta: “¿No es éste el

carpintero?”). Después de esto, la otra oportunidad en que oímos nuevamente de Jesús es cuando Juan lo bautiza en el río Jordán, casi a los treinta años de edad (3:23).

### *Juan Bautista prepara el camino*

**3** En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisaniás tetrarca de Abilinia, <sup>2</sup> y siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino palabra de Dios a Juan hijo de Zacarías, en el desierto. <sup>3</sup> Y él fue por toda la región contigua al Jordán predicando el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados, <sup>4</sup> como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías, que dice:

«Voz del que clama en el desierto:

“Preparad el camino del Señor,  
enderezad sus sendas.

<sup>5</sup> Todo valle se rellenará

y se bajará todo monte y collado;  
los caminos torcidos serán enderezados,  
y los caminos ásperos allanados,

<sup>6</sup> y verá toda carne la salvación de Dios.”»,

<sup>7</sup> Y decía a las multitudes que salían para ser bautizadas por él:

—¡Generación de víboras!, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? <sup>8</sup> Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: “Tenemos a Abraham por padre”, porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. <sup>9</sup> Además, el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa al fuego.

<sup>10</sup> La gente le preguntaba, diciendo:



—Entonces, ¿qué haremos?

<sup>11</sup> Respondiendo, les decía:

—El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo.

<sup>12</sup> Vinieron también unos publicanos para ser bautizados, y le dijeron:

—Maestro, ¿qué haremos?

<sup>13</sup> Él les dijo:

—No exijáis más de lo que os está ordenado.

<sup>14</sup> También le preguntaron unos soldados, diciendo:

—Y nosotros, ¿qué haremos?

Les dijo:

—No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro salario.

<sup>15</sup> Como el pueblo estaba a la expectativa, preguntándose todos en sus corazones si acaso Juan sería el Cristo,

<sup>16</sup> respondió Juan, diciendo a todos:

—Yo a la verdad os bautizo en agua, pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. <sup>17</sup> Su aventador está en su mano para limpiar su era. Recogerá el trigo en su granero y quemará la paja en fuego que nunca se apagará.

<sup>18</sup> Con éstas y otras muchas exhortaciones anunciaba las buenas nuevas al pueblo. <sup>19</sup> Entonces Herodes, el tetrarca, era reprendido por Juan a causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano, y por todas las maldades que Herodes había hecho. <sup>20</sup> Sobre todas ellas añadió además ésta: encerró a Juan en la cárcel.

La última vez que oímos acerca de Juan el hijo de Zacarías fue en 1:80. Allí Lucas informó que Juan “estuvo en lugares desiertos hasta el día de su manifestación a Israel”. Esa aparición pública no fue decidida por Juan, sino por la palabra de Dios que vino a él. Eso nos recuerda los llamamientos similares a servir que

recibieron los profetas del Antiguo Testamento. Jeremías dice: “Vino, pues, palabra de Jehová a mí” (Jeremías 1:4). Dios llamó a Juan para que preparara el camino para Jesús.

La naturaleza pública del ministerio de Juan es enfatizada por el contexto que Lucas le da, señalando que la palabra de Dios vino a Juan en el decimoquinto año del reinado de Tiberio César. Ese emperador romano fue el sucesor de César Augusto, que murió en el año 14 d.C. El decimoquinto año de Tiberio habría sido entre los años 28 a 29 d.C. En ese tiempo Poncio Pilato, el que condenó a muerte a Jesús, era el gobernador de Judea. La ciudad capital de Jerusalén estaba localizada en la provincia de Judea y estaba bajo el gobierno directo de Roma. Pilato se desempeñó como gobernador entre los años 25 a 36 d.C.

Otras partes del país de Palestina permanecían bajo el control de la familia de Herodes el Grande que había sido rey de toda Palestina cuando Jesús nació. Herodes el Grande tuvo diez esposas. Lucas menciona a dos de sus muchos hijos: a Herodes tetrarca de Galilea y a su hermano Felipe tetrarca de Iturea y Traconite. El Herodes que aquí se menciona llegó a ser el gobernador de Galilea y de Perea a la muerte de su padre en el año 4 a.C. Este es el Herodes que el Evangelio de Lucas menciona varias veces. También se le conoce como Herodes Antipas. El título “tetrarca” originalmente designaba al gobernador de una de las cuatro divisiones de un país o de una provincia; con el tiempo ese título llegó a ser el estereotipo que se usaba para los príncipes de poca importancia.

Lucas menciona a dos líderes religiosos: los sumos sacerdotes Anás y Caifás. Anás fue sumo sacerdote entre los años 6 y 15 d.C. Continuó ejerciendo gran influencia en los asuntos del Templo durante el sacerdocio de su yerno Caifás (18-36 d.C.). Este es el contexto religioso y político en el que se llevarán a cabo tanto el ministerio público de Juan como el de Jesús.

Zacarías, el padre de Juan, había dicho de su hijo: “Irás delante de la presencia del Señor para preparar sus caminos; para dar conocimiento de salvación a su pueblo, para el perdón de sus

pecados” (1:76,77). Y Juan hizo exactamente eso en los lugares que estaban alrededor del río Jordán. Se cumplieron las palabras que están escritas en el libro de Isaías, el profeta: “Voz que clama en el desierto: Preparad un camino a Jehová” (Isaías 40:3). La cita termina con esta nota significativa: “Y verá toda carne la salvación de Dios”. La predicación de Juan preparó el camino para el Salvador de todos los pueblos.

Juan fue un predicador del arrepentimiento. La palabra “arrepentimiento” se usa en la Biblia en dos sentidos. A veces la palabra sólo significa: “pesar por los pecados”; un ejemplo de este uso es el resumen del mensaje de Jesús: “¡Arrepentíos y creed en el evangelio!” (Marcos 1:15). La predicación de Juan llamando al arrepentimiento también incluía el llamamiento a la fe en el Salvador venidero, lo cual es evidente en la afirmación que hace Lucas de que Juan “con estas y otras muchas exhortaciones anunciaba las buenas nuevas al pueblo”. La respuesta a su predicación del arrepentimiento incluía tanto el pesar por los pecados como la fe en las buenas nuevas del perdón de pecados.

Juan no sólo predicó, sino también bautizó (por lo cual se le ha dado el nombre de “Juan el Bautista”). Su bautismo fue un bautismo de arrepentimiento para el perdón de pecados. La gente que se bautizaba confesaba sus pecados (vea Mateo 3:6). La palabra de Dios que le llegó a Juan incluía sin duda el mandato de bautizar. Ese fue otro medio por el que Juan dejaba listo el camino para la venida de Jesús. Juan reconoció que su bautismo era sólo de preparación para lo que había de venir: “Yo... os bautizo en agua, pero viene uno más poderoso que yo... él os bautizará en Espíritu Santo y fuego”. El bautismo de Juan fue un medio de gracia efectivo para el perdón de los pecados, pero sólo fue preparatorio para el bautismo de Jesús que iba a seguir después.

Lucas incluye algunos ejemplos de la predicación de Juan. Es evidente que no andaba con rodeos cuando se dirigía a la multitud de los que acudían a ser bautizados por él. Los llamaba “generación de víboras”, que también se ha traducido como

“engendro” (NVI) o “raza” (DHH) de víboras, que se refiere a un grupo de hijos o descendientes. Las palabras de Juan reflejan la clase perversa de hijos espirituales que los líderes religiosos criaron. Esa generación sentía la venida del juicio pero eran como ovejas sin pastor; no sabían la forma de escapar de la ira venidera. Juan les señaló el camino: producir frutos dignos de un arrepentimiento sincero. Los frutos de la fe muestran el arrepentimiento auténtico. Ser físicamente los hijos de Abraham no es ninguna garantía de que el árbol infructuoso escapará del hacha ni del fuego del juicio.

La predicación de Juan llevó a la multitud a preguntarse: “Y nosotros, ¿qué haremos?” Juan les señaló algunos de los frutos del arrepentimiento sincero. Los exhortó a compartir su túnica y su comida con el pobre y con el necesitado. A los cobradores de impuestos les dijo que fueran justos y honrados; a los soldados les dijo que evitaran la extorsión para obtener dinero de la gente mediante falsas acusaciones; más bien, deberían estar conformes con el pago que recibían. Note que Juan sugiere frutos de fe que les traigan beneficios a otras personas. Esa la forma de prepararse para Aquel que dio el gran mandamiento: Ámense los unos a los otros.

El ministerio de Juan suscitó en el corazón de la gente la idea de que él posiblemente era el Mesías prometido, el Cristo. Es obvio que Juan no quería ni oírlo. Su ministerio fue el de preparar el camino para el que iba a venir: uno infinitamente más poderoso, que bautizaría con el Espíritu Santo, y que finalmente sería el juez de los vivos y de los muertos. Juan no se consideraba a sí mismo digno ni siquiera de desatar la correa de las sandalias del que venía. El ministerio de Juan se interrumpió cuando fue encarcelado por orden de Herodes. Juan reprendió a Herodes por las maldades que había hecho. En especial, habló en contra del adulterio que cometió Herodes cuando se divorció de su propia esposa y tomó a la esposa de su hermano, Herodías. Como Juan descubrió, la palabra de Dios no es bien recibida por el mundo pecador. Su

encarcelamiento por predicar la palabra es una siniestra introducción al ministerio de Jesús y presagia la cruz sobre la cual va a morir.

### *El bautismo y la genealogía de Jesús*

**<sup>21</sup> Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado y, mientras oraba, el cielo se abrió <sup>22</sup> y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma; y vino una voz del cielo que decía: «Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.»**

**<sup>23</sup> Jesús, al comenzar su ministerio, era como de treinta años, hijo, según se creía, de José hijo de Elí <sup>24</sup> hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Melqui, hijo de Jana, hijo de José, <sup>25</sup> hijo de Matatías, hijo de Amós, hijo de Nahúm, hijo de Esli, hijo de Nagai, <sup>26</sup> hijo de Maat, hijo de Matatías, hijo de Semei, hijo de José, hijo de Judá, <sup>27</sup> hijo de Joana, hijo de Resa, hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel, hijo de Neri, <sup>28</sup> hijo de Melqui, hijo de Adi, hijo de Cosam, hijo de Elmodam, hijo de Er, <sup>29</sup> hijo de Josué, hijo de Eliezer, hijo de Jorim, hijo de Matat, <sup>30</sup> hijo de Leví, hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo de Jonán, hijo de Eliaquim, <sup>31</sup> hijo de Melea, hijo de Mainán, hijo de Matata, hijo de Natán, <sup>32</sup> hijo de David, hijo de Isaí, hijo de Obed, hijo de Booz, hijo de Salmón, hijo de Naasón, <sup>33</sup> hijo de Aminadab, hijo de Aram, hijo de Esrom, hijo de Fares, hijo de Judá, <sup>34</sup> hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abraham, hijo de Taré, hijo de Nacor, <sup>35</sup> hijo de Serug, hijo de Ragau, hijo de Peleg, hijo de Heber, hijo de Sala, <sup>36</sup> hijo de Cainán, hijo de Arfaxad, hijo de Sem, hijo de Noé, hijo de Lamec, <sup>37</sup> hijo de Matusalén, hijo de Enoc, hijo de Jared, hijo de Mahalaleel, hijo de Cainán, <sup>38</sup> hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios.**

Después de narrar el ministerio de Juan, Lucas nos presenta una vez más a Jesús quien estaba entre la gente que esperaba ser

bautizada por Juan. Jesús se identifica con la gente a quien vino a salvar. Mateo nos dice que la asociación de Jesús con los pecadores que acudían para ser bautizados suscitó protestas de parte de Juan. La respuesta de Jesús hace notar su obra de total cumplimiento de la voluntad de Dios en favor de nosotros: “Así conviene que cumplamos toda justicia” (Mateo 3:15). El que es sin pecado no se separa de los pecadores, sino que se convierte en uno de ellos por su bautismo.

La forma en que Lucas relata el bautismo de Jesús hace mirar en retrospectiva el ministerio de Juan. Es claro que Jesús fue bautizado antes que Juan fuera encarcelado. Aquí no se sigue el orden cronológico de los acontecimientos, sino más bien el orden teológico. Lucas quiere terminar la narración del ministerio de Juan, antes de introducir el ministerio de Jesús. Y por esa razón se guarda el relato del bautismo de Jesús hasta este punto de la historia.

Jesús fue un hombre de oración; eso se destaca especialmente en el Evangelio de Lucas. Fue mientras Jesús oraba después de su bautismo que se abrió el cielo y el Espíritu Santo descendió sobre él en la forma corporal de una paloma. En Hechos 10:38, Pedro, al predicar en la casa de Cornelio, hace referencia al hecho de que “ungió Dios con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret”. El descenso visible de la paloma es un testimonio público del hecho de que él verdaderamente es el Mesías, el Cristo, el Ungido. Para Juan, esa fue la señal de Dios que le reveló al Mesías (Juan 1:32,33).

El punto culminante de la escena bautismal viene con la afirmación de que Jesús no es otro sino el Hijo de Dios. La voz del Padre que desde los cielos presenta a su Hijo: “Tu eres mi hijo amado; en ti tengo complacencia”. Antes de que Jesús comenzara su ministerio público, el Padre puso su sello de aprobación sobre él. Todas las cosas que se relatan acerca de Jesús en este evangelio se deben ver desde esta perspectiva: él es el Hijo de Dios. Leer el evangelio sólo como la historia de un hombre que murió en la cruz es perder por completo la esencia de esa historia. El que muere

por los pecadores es el Hijo de Dios.

No queremos dejar este acontecimiento sin hacer notar la presencia de la Santa Trinidad: la voz del Padre desde los cielos, el Hijo que está siendo bautizado, y el Espíritu Santo que desciende en la forma de una paloma. Cuando Jesús dio el mandato de bautizar a todas las naciones, nos dijo que debemos bautizar “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19). Nuestro bautismo hoy en día continúa confesando la Santa Trinidad que se reveló en el bautismo de Jesús.

Lucas nos dice que Jesús tenía cerca de treinta años al comenzar su ministerio. Estaba físicamente maduro y espiritualmente estaba listo para llevar a cabo el servicio difícil que finalmente lo iba a llevar a la cruz.

Sin embargo, antes de comenzar la historia de ese ministerio, Lucas hace una pausa para demostrar que Jesús es tanto el Hijo de Dios como el Hijo del hombre, tanto divino como humano. Para enseñar esta verdad Lucas utiliza una larga lista de nombres, la genealogía de Jesús. Cuando leemos hoy el Evangelio de Lucas nos podemos sentir inclinados a pasar de largo todos esos nombres ya que no significan mucho para nosotros.

Hay setenta y ocho nombres en la genealogía. El primero es el de José, del que se creía que era el padre de Jesús (el lector del evangelio sabe que eso no es verdad, por supuesto, debido a lo que leímos en el primer capítulo). El último nombre es el de Dios. En contraste con Mateo, que comienza la genealogía de Jesús con Abraham (Mateo 1:1-17), Lucas hace remontar la ascendencia de Jesús hasta Dios mismo.

El penúltimo nombre de la lista es el de Adán: su caída en el pecado creó la necesidad del segundo Adán (1 Corintios 15:45-47), Jesucristo, que vino a este mundo. Adán fue creado por Dios del polvo de la tierra, Jesús no es el Hijo de Dios porque fue creado, sino que, como dicen las palabras de explicación que da Lutero al Segundo Artículo del Credo Apostólico, Jesucristo es “engendrado del Padre en la eternidad”.

Aunque es el unigénito Hijo de Dios, Jesús también tiene una genealogía humana. De hecho, es descendiente de muchos israelitas famosos. Parecería que Lucas nos ha dado el árbol genealógico de José. Sin embargo en Mateo 1:15,16, Jacob es nombrado como el padre de José. En el Evangelio de Lucas, el padre de José se llama Elí. Los otros nombres desde José hasta David difieren también por completo en las dos listas.

Se han hecho algunas sugerencias para explicar las diferencias que existen entre las dos listas de nombres. Algunos creen que los registros de Lucas son realmente el árbol familiar de María, aunque comienzan con el nombre de su esposo. Otros explican la diferencia de nombres como el resultado del cumplimiento de la ley judía del levirato: un niño recibía el nombre legal del esposo muerto de una mujer, aunque físicamente era el hijo del hermano del hombre muerto pero con un nombre diferente. Finalmente debemos admitir que con nuestros conocimientos actuales de la forma en que se construían las genealogías en tiempos antiguos, simplemente no podemos explicar por qué difieren en la lista de Lucas y en la de Mateo.

Esta genealogía muestra que Jesús es la culminación de la historia de Israel. Entre sus antepasados, mencionan hombres como Noé, Abraham, Jacob, Judá y David. Jesús viene de seres humanos, pero al mismo tiempo viene de Dios. Él es único que está capacitado para llevar a cabo la obra de salvar a todos los pueblos. Él es el siervo de Dios.

### *Las tentaciones de Jesús*

**4** Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto <sup>2</sup> por cuarenta días, y era tentado por el diablo. No comió nada en aquellos días, pasados los cuales tuvo hambre.

<sup>3</sup> Entonces el diablo le dijo:

—Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan.



**<sup>4</sup> Jesús, respondiéndole, dijo:**

—Escrito está: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios.”,

**<sup>5</sup> Luego lo llevó el diablo a un alto monte y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. <sup>6</sup> Le dijo el diablo:**

—A ti te daré todo el poder de estos reinos y la gloria de ellos, porque a mí me ha sido entregada y a quien quiero la doy. <sup>7</sup> Si tú, postrado, me adoras, todos serán tuyos.

**<sup>8</sup> Respondiendo Jesús, le dijo:**

—Vete de mí, Satanás, porque escrito está: “Al Señor tu Dios adorarás y sólo a él servirás.”

**<sup>9</sup> Entonces lo llevó a Jerusalén, lo puso sobre el pináculo del Templo y le dijo:**

—Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, <sup>10</sup> pues escrito está: “A sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden”, <sup>11</sup> y “En las manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra.”

**<sup>12</sup> Respondiendo Jesús, le dijo:**

—Dicho está: “No tentarás al Señor tu Dios.”

**<sup>13</sup> Cuando acabó toda tentación el diablo, se apartó de él por un tiempo.**

La tentación por el diablo es el episodio final en la preparación de Jesús para su ministerio. En el huerto de Edén, Adán y Eva fueron tentados por la astuta serpiente y cayeron. En el desierto de Sinaí, el pueblo de Israel añoró con codicia los platos de carne de Egipto y murmuraron contra el líder del Señor. Pero Jesucristo demuestra que es el verdadero siervo del Señor al triunfar sobre el diablo.

El diablo una vez fue un ángel obediente de su Creador, pero ese papel no le satisfizo; se rebeló contra la voluntad de Dios y fue arrojado del cielo. Con el permiso de Dios, Satanás pone a prueba la fe de los creyentes. Sin embargo, el combate entre Cristo y el diablo es la batalla más importante y culminante.

El Espíritu Santo dirigió a Jesús a entrar en esa disputa. Después de su bautismo en el río Jordán, el Espíritu llevó a Jesús al desierto, que nos recuerda el lugar desolado en el que Israel fue guiado por Moisés. La tentación duró cuarenta días; otra vez eso nos hace recordar los cuarenta años después del éxodo de Egipto. Los cuarenta días que Jesús pasó en el desierto son el origen del período de cuarenta días que dura la cuaresma.

Durante esos cuarenta días Jesús ayunó, es decir, que no comió nada, y por eso tenía un hambre terrible. Israel también sufrió hambre y sed en el desierto. El diablo sopesó la situación y le sugirió a Jesús esta solución: “Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan”. No es realmente que el diablo estuviera desafiando a Jesús para que probara su origen divino, sino que lo estaba tentando para que usara ese poder con un propósito egoísta, para satisfacerse a sí mismo, para proveerse de pan. En su respuesta, Jesús cita una porción de Deuteronomio 8:3. Estas son las palabras que Moisés le dirigió a Israel: “Te afligió (Dios), te hizo tener hambre y te sustentó con maná, comida que ni tú ni tus padres habían conocido, para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, sino de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre”. El diablo había puesto el énfasis sólo sobre el pan, pero Jesús dirigió su atención al que está más allá del pan. Jesús habría fracasado en su misión si hubiera usado su poder divino para los propios intereses egoístas de satisfacer sus necesidades terrenales.

La segunda tentación que Lucas nos relata (el orden de las tentaciones es distinto en Mateo 4:1-11), es de naturaleza política. El diablo llevó a Jesús a un lugar alto y le mostró en un instante todos los reinos de la tierra, y después vino la prueba: “A ti te daré todo el poder de estos reinos y la gloria de ellos... Si tú postrado me adoras, todos serán tuyos”. Como Hijo de Dios, Jesús era todopoderoso. Fácilmente se podría haber convertido en un gran líder mundial y hubiera podido tener bajo su control a las naciones del mundo. Sin embargo, al buscar este fin habría rechazado la

voluntad de su Padre (así como hizo Satanás). Jesús derrotó a Satanás con una cita tomada de Deuteronomio 6:13: “Al Señor tu Dios adorarás y sólo a él servirás”.

Ahora el diablo dirige a Jesús al punto más alto del Templo de Jerusalén. Le dice que se lance desde lo alto, y le asegura con una cita tomada del Salmo 91:11,12 (aunque omite la frase clave “en todos tus caminos”) que los ángeles lo cuidarán. En el desierto, el pueblo de Israel había puesto a prueba al Señor en una forma similar. Jesús rechazó esa sugerencia al citar otra vez las Escrituras (Deuteronomio 6:16).

Jesús ganó la victoria sobre el diablo usando la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios. Hizo lo que Adán y el pueblo de Israel no fueron capaces de hacer. Como nosotros, él fue tentado en todo, pero no se dejó vencer (Hebreos 4:15). Él nos deja el ejemplo de cómo podemos usar la palabra de Dios para salir victoriosos en las tentaciones a las que nos somete Satanás.

Sin embargo, la derrota de Satanás en el desierto no es el fin de la historia, Lucas termina con este comentario que es más bien premonitorio: “Cuando acabó toda tentación el diablo, se apartó de él por algún tiempo”. Jesús iba a enfrentar varias tentaciones durante su ministerio terrenal, la más grave de las cuales sería la cruz. A lo largo de todas esas pruebas, Jesús continuó haciendo la voluntad de su Padre. Encontramos consuelo en el hecho de que aunque nosotros somos vencidos por el diablo, Cristo no. Él es nuestro campeón; por la fe en él tenemos la seguridad de la victoria final sobre el pecado, la muerte y el poder del diablo.

**EL SIERVO LLEVA A CABO LA OBRA DE PREPARAR  
A LA GENTE PARA EL REINO DE DIOS CON SU:  
PREDICACIÓN, ENSEÑANZA, CURACIONES,  
EVANGELIZACIÓN Y CAPACITACIÓN  
4:14-19:27**

---

*Su servicio en Galilea*

*Jesús es rechazado en Nazaret*

<sup>14</sup> Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea, y se difundió su fama por toda la tierra de alrededor. <sup>15</sup> Enseñaba en las sinagogas de ellos y era glorificado por todos.

<sup>16</sup> Vino a Nazaret, donde se había criado; y el sábado entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer.

<sup>17</sup> Se le dio el libro del profeta Isaías y, habiendo abierto el libro, halló el lugar donde está escrito:

<sup>18</sup> «El Espíritu del Señor está sobre mí,  
por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los  
pobres;

me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón,  
a pregonar libertad a los cautivos

y vista a los ciegos,  
a poner en libertad a los oprimidos

<sup>19</sup> y a predicar el año agradable del Señor.»

<sup>20</sup> Enrollando el libro, lo dio al ministro y se sentó. Los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. <sup>21</sup> Entonces comenzó a decirles:

—Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.

<sup>22</sup> Todos daban buen testimonio de él y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca. Decían:

—¿No es éste el hijo de José?

<sup>23</sup> Él les dijo:

—Sin duda me diréis este refrán: “Médico, cúrate a ti mismo. De tantas cosas que hemos oído que se han hecho en Capernaúm, haz también aquí en tu tierra.”

<sup>24</sup>Y añadió:

—De cierto os digo que ningún profeta es bien recibido en su propia tierra. <sup>25</sup>Y en verdad os digo que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado por tres años y seis meses y hubo una gran hambre en toda la tierra; <sup>26</sup>pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón. <sup>27</sup>Y muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo, pero ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán el sirio.

<sup>28</sup>Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de ira. <sup>29</sup>Levantándose, lo echaron fuera de la ciudad y lo llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos, para despeñarlo; <sup>30</sup>pero él pasó por en medio de ellos y se fue.

Ya se había completado el tiempo de su preparación; el Siervo del Señor ya estaba listo para comenzar su obra la cual era primeramente preparar a la gente para el reino de Dios. Con la predicación, la enseñanza, curaciones, evangelización y capacitación, Jesús proclamó la venida del reino de Dios. Cuando se le preguntó acerca de cuándo vendría el reino de Dios, Jesús respondió: “El reino de Dios está entre vosotros” (17:21). Él mismo trae el reino, invitando a todos a entrar a ese reino al confiar en él como el Salvador.

Galilea es la escena del comienzo de su ministerio. Jesús había crecido en esa provincia del norte, gobernada por Herodes. De muchas formas en esta área se había sentido la influencia de los romanos y de otros gentiles, más que en las áreas judías circunvecinas de Jerusalén. Por esa razón los galileos eran tratados con cierto desdén por los líderes religiosos del sur.

El Jesús que regresó a Galilea estaba lleno del poder del Espíritu. En su bautismo había escuchado la voz de su Padre y el

Espíritu se posó sobre él. En el desierto había derrotado a Satanás. En muy poco tiempo, las noticias acerca de él y de sus actividades se difundieron a lo largo de todo el país. Fue a las sinagogas de los pueblos pequeños para instruir a la gente. Esas sinagogas eran los edificios de reunión de la gente para el culto de adoración y para el estudio del Antiguo Testamento. En todas partes fue alabado Jesús.

Después de un relato general sobre los comienzos del ministerio de Jesús en Galilea, Lucas nos habla de un incidente específico que sucedió en Nazaret y que muestra un contraste a la respuesta usualmente favorable de recibimiento a Jesús. Nazaret tenía fama de una sola cosa: ser la aldea insignificante donde Jesús había crecido. María probablemente continuaba viviendo allí; parece que José ya había muerto para entonces, ya que no se hace ninguna mención de él después de la historia del niño Jesús en el Templo.

Jesús estaba en Nazaret el día sábado. Como lo había hecho con frecuencia en el pasado, fue a la sinagoga del pueblo en ese día. El servicio de la sinagoga incluía la lectura de la ley y de los profetas del Antiguo Testamento. A Jesús le dieron el pergamino del profeta Isaías y leyó Isaías 61:1,2. El texto contiene las palabras del siervo del Señor que afirma que el Espíritu está sobre él. Había sido ungido para predicar las buenas nuevas a los pobres, para abrirles los ojos a los ciegos, para liberar al oprimido y para proclamar el año del favor del Señor.

Cuando Jesús terminó la lectura, enrolló el pergamino y se lo entregó al encargado. Con la sola lectura de este pasaje ya había impresionado profundamente a todos los presentes, porque los ojos de todos estaban fijos en él cuando tomó asiento para explicar el texto. Al principio sus palabras los complacieron: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros”. La era del Mesías había llegado; el siervo del Señor ya estaba aquí.

No obstante, gradualmente entendieron las implicaciones de lo que Jesús decía. Él mismo era el siervo del Señor que había sido ungido con el Espíritu. Fue el ministerio de él predicar, enseñar y

sanar. Eso era demasiado para la gente ya que ellos sabían quién fue que les estaba diciendo estas cosas: “¿No es éste el hijo de José?”

La aldea que vio crecer a Jesús no lo había conocido como alguien que hiciera milagros cuando estuvo entre ellos. Hasta ellos habían llegado los rumores de algunas curaciones que había hecho Jesús en Capernaúm, pero la gente de Nazaret necesitaba convencerse de que Jesús era más que un estudiante precoz de la Biblia. Jesús hizo referencia a las dudas de sus coterráneos en el proverbio bien conocido que pide que el médico pruebe su capacidad llevando a cabo su propia curación.

Ninguna curación vino ahora de Jesús. En vez de eso, él afirmó que su ministerio era mucho más que sólo impresionar a la gente de su aldea. Citó dos historias bien conocidas del Antiguo Testamento acerca de los profetas Elías y Eliseo. Elías fue enviado para ayudarle a sobrevivir a una viuda no israelita de la severa hambre aun cuando había muchas viudas que estaban sufriendo en las ciudades judías (1 Reyes 17:7-24). Eliseo sanó al general gentil Naamán aunque había muchos leprosos en Israel (2 Reyes 5:1-19).

La gente captó las implicaciones de lo que Jesús decía. Era necesario terminar con el estrecho punto de vista de que el Mesías venía solamente a establecer un reino terrenal para los judíos. El siervo del Señor vino a buscar y a salvar a los que estaban perdidos dondequiera que estuvieran y quienesquiera que fueran. Eso fue demasiado para los nazarenos; llenos de furia llevaron a su hijo nativo fuera del pueblo hasta el borde de la colina sobre la que estaba edificada la ciudad, e intentaron arrojarlo por el precipicio (lo cual nos recuerda la tentación del diablo cuando le pidió a Jesús que se arrojara desde lo alto).

Sin embargo, aún no había llegado el momento de la muerte de Jesús. Haciendo uso de su poder divino, caminó en medio de la muchedumbre y siguió su camino. Jesús no fue a predicar a otros porque había rechazado a la gente de Nazaret, sino porque ellos habían rechazado a él al oír que iba a ir a predicar a otros. Más

tarde la gente de Capernaúm tendría la misma reacción cuando Jesús se apartó de ellos; trataron de retenerlo para ellos mismos (4:42). La respuesta de Jesús fue: “Es necesario que también a las otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios, porque para esto he sido enviado”.

La historia del rechazo en Nazaret es un adelanto de toda una serie de rechazos que Jesús habría de experimentar. “A lo suyo vino, pero los suyos no lo recibieron” (Juan 1:11). La terquedad egoísta y el orgullo de las personas continúan resistiéndose a las buenas nuevas del reino de Dios. Sólo el poder del Espíritu mediante la palabra de Dios vence esa resistencia y dirige a la fe en Jesucristo como Salvador.

*Jesús expulsa un espíritu inmundo*

**<sup>31</sup>Descendió Jesús a Capernaúm, ciudad de Galilea, y los sábados les enseñaba; <sup>32</sup>y se admiraban de su doctrina, porque su palabra tenía autoridad.**

**<sup>33</sup>Estaba en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu de demonio impuro, el cual exclamó a gran voz, <sup>34</sup>diciendo:**

**—¡Déjanos! ¿Qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Yo sé quién eres: el Santo de Dios.**

**<sup>35</sup>Jesús lo reprendió, diciendo:**

**—¡Cállate y sal de él!**

**Entonces el demonio, derribándolo en medio de ellos, salió de él sin hacerle daño alguno. <sup>36</sup>Todos estaban maravillados, y se decían unos a otros:**

**—¿Qué palabra es esta, que con autoridad y poder manda a los espíritus impuros, y salen?**

**<sup>37</sup>Y su fama se difundía por todos los lugares de la región.**

Al salir de Nazaret, Jesús bajó a la ciudad de Capernaúm que estaba situada sobre el mar de Galilea. Ese era un lugar más importante que Nazaret ya que los romanos tenían apostada ahí



una compañía de soldados. Muchos incidentes de la vida de Jesús tuvieron lugar en la ciudad de Capernaúm. La podemos considerar como su hogar durante los inicios de su ministerio terrenal (vea Marcos 2:1). Ahí vivían Pedro y Andrés, trabajando como pescadores.

El día sábado Jesús estaba nuevamente en la sinagoga instruyendo a la gente. Su mensaje poseía un poder y una autoridad que sorprendió a los que lo escuchaban. En toda esta sección del evangelio, Lucas destaca el poder de Jesús en palabra y en obra.

Mientras estaba en la sinagoga, Jesús fue enfrentado por un hombre que había sido poseído por un demonio, un espíritu maligno e inmundo. Todo mal y toda enfermedad, tanto mental como física, son el resultado del pecado que vino al mundo porque Adán y Eva le obedecieron al diablo. Desde el principio hasta el fin de su ministerio, Jesús se muestra como el adversario de toda forma de enfermedad. El diablo reconoce que Jesús es el enemigo, llamándolo “el Santo de Dios”, y sabe que su final será la destrucción.

Jesús mostró su poder y su autoridad al sanar inmediatamente a ese hombre, mandando al demonio que saliera de él. Esta es la primera de las veintiuna historias milagrosas que incluye Lucas en su evangelio. Esos milagros benefician a los que están afligidos y atribulados; también revelan la divinidad de Jesús, el Hijo de Dios.

El diablo entendía la verdadera naturaleza de Cristo, pero los que estaban en la sinagoga de Capernaúm sólo se limitaron a hacer preguntas. Estaban sorprendidos del poder de Jesús que le permitió inclusive mandar a los espíritus malignos. Las noticias se seguían difundiendo y la popularidad de Jesús iba en aumento.

### *Jesús sana a muchos*

**<sup>38</sup> Entonces Jesús se levantó, salió de la sinagoga y entró en casa de Simón. La suegra de Simón tenía una gran fiebre; y le rogaron por ella. <sup>39</sup> E inclinándose hacia ella, reprendió a**

**la fiebre; y la fiebre la dejó, y levantándose ella al instante, les servía.**

**<sup>40</sup> Al ponerse el sol, todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades los traían a él; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba. <sup>41</sup> También salían demonios de muchos, dando voces y diciendo:**

**—¡Tú eres el Hijo de Dios!**

**Pero él los reprendía y no los dejaba hablar, porque sabían que él era el Cristo.**

**<sup>42</sup> Cuando ya era de día, salió y se fue a un lugar desierto. La gente lo buscaba y, llegando a donde estaba, lo detenían para que no se fuera de ellos. <sup>43</sup> Pero él les dijo:**

**—Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios, porque para esto he sido enviado.**

**<sup>44</sup> Y predicaba en las sinagogas de Galilea.**

Después de salir de la sinagoga, Jesús se encaminó a la casa de Simón. Este es el mismo hombre a quien en 5:8 se le llama Simón Pedro, nombre que le fue dado por Jesús (6:14). Jesús había conocido a Simón por una conversación anterior (Juan 1:42), así que no nos sorprende que fuera a su casa.

Al llegar Jesús, se encuentra a la suegra de Simón con una fiebre alta. Ahora por primera vez en este evangelio se le pide ayuda a Jesús. Su respuesta es reprender a la fiebre (en la palabra “reprender” se puede sentir la presencia del diablo) y la mujer fue sanada. Inmediatamente se levantó y comenzó a servirles a Jesús y a los presentes. Tal vez ella fue una de las mujeres que menciona Lucas en 8:2,3 como las que ayudan a sustentar el ministerio de Jesús.

Al final del día sábado cuando el sol ya se estaba poniendo, las calles que llevaban a la casa de Pedro estaban llenas de personas que llevaban a sus enfermos ante Jesús. ¡Qué milagros se hicieron! ¡Qué gozosa experiencia! ¡Qué demostración de poder! Verdaderamente aquí hay una evidencia del control que

tiene Dios sobre los estragos del pecado; es una escena que se repetirá el día de la resurrección.

Esta gente, incluyendo a Pedro y su familia, no comprendió por completo la naturaleza divina de Jesús. Estaban familiarizados con las historias del Antiguo Testamento acerca de las curaciones que Dios obró por medio de los profetas, y pensaron que Jesús obraba en la misma forma. Sólo los demonios (mostrando su raíz angelical) reconocieron plenamente a Jesús; ellos sabían que él era el Hijo de Dios y lo decían a gritos. Ellos sabían que Jesús era el Mesías, el Cristo.

Jesús no quería ningún testimonio por parte de esos espíritus malignos ya que ellos daban testimonio con deseos malvados y con la intención de socavar el verdadero propósito de la misión de Cristo. También era probable que la gente llegara a pensar en el Mesías solamente como alguien que obra milagros y no como el siervo de Dios que había venido para redimir a los pecadores de la muerte eterna y del infierno.

Temprano el domingo por la mañana, Jesús se retiró a un lugar solitario. El día anterior, el sábado, había sido un día largo y arduo; había sostenido una batalla amarga contra el diablo. Ahora necesitaba tiempo para meditar y orar. Sin embargo, la gente no lo dejaba solo, salieron en tropel de Capernaúm y le rogaron que regresara. Sin embargo, Jesús no pudo responder a sus peticiones; pues su ministerio *tenía que* llevarlo a otras ciudades para predicar el reino de Dios.

Las copias más antiguas del Nuevo Testamento en griego no tienen el nombre “Galilea”, sino “Judea”. Copias posteriores tienen la palabra “Galilea” que aparece también en la Reina-Valera. Evidentemente este es un caso en el que un copista posterior cambió la palabra griega para hacerla encajar mejor con la idea que tenía del lugar donde Jesús estaba predicando. El uso que hace Lucas de la palabra “Judea” sin duda se refería al nombre romano para el país completo (como en 1:5) que podía incluir también a Galilea. Eso amplía el alcance territorial de la predicación de Cristo.

## *El llamamiento de los primeros discípulos*

**5** Aconteció que estando Jesús junto al Lago de Genesaret, el gentío se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios. <sup>2</sup> Vio dos barcas que estaban cerca de la orilla del lago; los pescadores habían descendido de ellas y lavaban sus redes. <sup>3</sup> Entró en una de aquellas barcas, la cual era de Simón y le rogó que la apartara de tierra un poco. Luego, sentándose, enseñaba desde la barca a la multitud.

<sup>4</sup> Cuando terminó de hablar, dijo a Simón:

—Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar.

<sup>5</sup> Respondiendo Simón, le dijo:

—Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y nada hemos pescado; pero en tu palabra echaré la red.

<sup>6</sup> Cuando lo hicieron, recogieron tal cantidad de peces que su red se rompía. <sup>7</sup> Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca para que acudieran a ayudarlos. Ellos vinieron y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían. <sup>8</sup> Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo:

—Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador.

<sup>9</sup> Por la pesca que habían hecho, el temor se había apoderado de él y de todos los que estaban con él, <sup>10</sup> y asimismo de Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Pero Jesús dijo a Simón:

—No temas; desde ahora serás pescador de hombres.

<sup>11</sup> Trajeron a tierra las barcas y, dejándolo todo, lo siguieron.

Hasta este punto Lucas ha presentado a Jesús andando solo en su ministerio de proclamación de las buenas nuevas del reino, es decir, que parece que Jesús va solo, sin ningún compañero, cuando va a las sinagogas. Sin embargo, muy pronto ese ministerio solitario llega a su fin cuando llama a los primeros discípulos permanentes.

Si tuviéramos solamente el Evangelio de Marcos, la llamada de los primeros discípulos parecería algo inesperado (Marcos 1:16-20), pero por la lectura de los Evangelios de Lucas y Juan nos damos cuenta de que Jesús y los primeros discípulos ya se conocían bien antes de que él los llamara a seguirlo. En la sección anterior escuchamos que Jesús había ido a casa de Simón y que había sanado a su suegra. Ahora cuando Jesús usa la barca de Simón, no parece nada extraño, Simón simplemente estaba correspondiendo a un favor que se le había hecho.

Jesús necesitaba usar la barca de Simón porque había una multitud que se apretujaba a su alrededor en el lago de Genesaret para escuchar la palabra de Dios. Genesaret es el nombre de un distrito pequeño situado al oeste del comúnmente llamado mar de Galilea. La multitud de oyentes destaca la popularidad de Jesús como maestro y también la autoridad con la que él hablaba. La necesidad de tener ayudantes en este ministerio se hace cada vez más evidente.

Cuando Jesús terminó de hablar, le dijo a Simón que remara mar adentro y echara las redes para pescar. Simón contestó diciendo que toda la noche de pesca había sido improductiva; era muy improbable conseguir una buena pesca estando mar adentro durante el calor y a luz del día. No obstante, Simón siguió las instrucciones de Jesús. ¿Por qué? “Pero en tu palabra echaré la red”. Simón cedió a la palabra de esta persona que él sabía que hablaba y actuaba con una autoridad extraña y misteriosa.

¡La pesca fue sorprendente! Parecía que las redes se iban a romper, hasta que fue necesario que trajeran otra barca para que los ayudara, y las dos barcas estaban tan llenas de peces que comenzaban a hundirse. Simón nunca había visto nada parecido en toda su vida; realmente ese fue el sueño de todo pescador convertido en realidad.

Y ahora Lucas usa el nombre completo de este hombre, Simón Pedro, cuando cae de rodillas delante de Jesús, diciendo: “¡Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador!” Pedro habló sinceramente acerca de sí mismo: él era un hombre pecador. El

milagro que experimentó lo abrumó y le hizo reconocer que estaba ante la presencia del Santo de Dios. El pecador no se atreve a estar en esa compañía; Pedro le ruega al Señor que se aparte.

Sin embargo, Jesús, en vez de apartarse, le dice al pecador Pedro que le espera una nueva ocupación: “Desde ahora serás pescador de hombres”. La última pesca de Pedro fue la más impresionante de todas las que había conseguido como pescador; ese fue un anticipo de las cosas que habían de venir. En el domingo de Pentecostés, Pedro predicó un sermón que llevó a la conversión y al bautismo a tres mil personas. Ese día hubo una pesca mucho mayor que la que tuvo lugar en el lago de Genesaret.

Pedro y sus compañeros, Jacobo y Juan, que eran los hijos de Zebedeo, llevaron su barca a la playa, lo abandonaron todo, y siguieron a Jesús. Hicieron ciertamente un gran sacrificio al dejar atrás el equipo de pesca y un negocio que era el sustento de varias familias; la poderosa palabra de Jesús impulsó a esos hombres a seguirlo. Ellos se convirtieron en los primeros discípulos, destinados a estar con Jesús en el monte de la transfiguración, en el huerto de Getsemaní y en el aposento con las puertas cerradas con cerrojo en la noche del domingo de Pascua, cuando otra vez habrían de escuchar las palabras de Jesús: “No teman; sean mis testigos en todo el mundo”.

### *El leproso*

**<sup>12</sup> Sucedió que estando él en una de las ciudades, se presentó un hombre lleno de lepra, el cual, viendo a Jesús, se postró con el rostro en tierra y le rogó, diciendo:**

**—Señor, si quieres, puedes limpiarme.**

**<sup>13</sup> Jesús entonces, extendiendo la mano, lo tocó, diciendo:**

**—Quiero, sé limpio.**

**Y al instante la lepra se fue de él. <sup>14</sup> Jesús le mandó que no lo dijera a nadie. Le dijo:**

**—Ve, muéstrate al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés, para testimonio a ellos.**

**<sup>15</sup> Pero su fama se extendía más y más; y se reunía mucha gente para oírlo y para que los sanara de sus enfermedades.**

**<sup>16</sup> Pero él se apartaba a lugares desiertos para orar.**

Pedro había caído de rodillas ante Jesús reconociendo que era pecador. El leproso cayó a tierra y le rogó a Jesús que lo limpiara.

La palabra lepra viene directamente del griego y no se refiere necesariamente a lo que la medicina moderna define como lepra, la enfermedad causada por el bacilo de Hansen. Parece que en los tiempos bíblicos había varias clases de enfermedades de la piel tales como la psoriasis (dermatitis crónica), el lupus y la tiña que estaban incluidas en el término general de lepra. Las enfermedades de la piel eran muy comunes y con frecuencia se menciona a los leprosos en los evangelios.

La Ley del Antiguo Testamento aislaba a la persona que padecía de alguna enfermedad infecciosa de la piel. “El leproso que tenga llagas llevará vestidos rasgados y su cabeza descubierta, y con rostro semicubierto gritará: ‘¡Impuro! ¡Impuro!’ Todo el tiempo que tenga las llagas, será impuro. Estará impuro y habitará solo; fuera del campamento vivirá” (Levítico 13:45,46).

Este marginado sabe que Jesús lo puede dejar limpio; sólo pregunta si Jesús está dispuesto a hacerlo. Su oración es un modelo para nosotros los cristianos. No debe haber ninguna duda en nuestra mente de que Dios nos puede ayudar, sino que nuestras oraciones siempre deben ser: “Hágase tu voluntad”. En humildad, nosotros nos sometemos a la voluntad de Dios.

La respuesta de Jesús es como música para los oídos de ese hombre: “Quiero; sé limpio”. Y él fue limpiado de su lepra. En la misma forma, la palabra perdonadora de Dios nos limpia de todo pecado. ¡Esta es una buena razón para alegrarse!

Jesús inmediatamente envió a este hombre que se presentara ante el sacerdote para ofrecer el sacrificio apropiado que había sido ordenado por la Ley de Moisés (Levítico 14:1-7). Por medio de esa acción Jesús quería demostrarles a las autoridades religiosas

que no había venido para derrocar la ley ni el orden. Jesús reconoció que hay un lugar apropiado para la ley en la vida de la gente. La ley concerniente al examen de los leprosos tenía el propósito de proteger la salud pública, y Jesús observó esta ley. En varias de las historias que vienen a continuación nos enteraremos de la manera en que Jesús entra en conflicto creciente con los fariseos y con los maestros de la Ley sobre algunas de sus actividades que ellos consideran como pecaminosas.

En 4:37, Lucas nos hace ver que se estaban difundiendo las noticias acerca de Jesús. Ahora esa información se repite para darle énfasis a la creciente popularidad de Jesús. Así como había ocurrido en Capernaúm (4:40), la multitud fue para escucharlo y para ser sanada, y la gente era como un torrente que se acercaba a Jesús. Con frecuencia Jesús necesitaba tiempo para estar solo y orar, para refrescarse y renovarse espiritualmente en su agitada vida de servicio.

### *Jesús sana a un parálítico*

**<sup>17</sup> Aconteció un día que él estaba enseñando, y estaban sentados los fariseos y doctores de la Ley, los cuales habían venido de todas las aldeas de Galilea, de Judea y Jerusalén; y el poder del Señor estaba con él para sanar. <sup>18</sup> Sucedió que unos hombres que traían en una camilla a un hombre que estaba parálítico, procuraban entrar y ponerlo delante de él. <sup>19</sup> Pero no hallando cómo hacerlo a causa de la multitud, subieron encima de la casa y por el tejado lo bajaron con la camilla y lo pusieron en medio, delante de Jesús. <sup>20</sup> Al ver él la fe de ellos, le dijo:**

**—Hombre, tus pecados te son perdonados.**

**<sup>21</sup> Entonces los escribas y los fariseos comenzaron a pensar, diciendo: «¿Quién es éste que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?»**

**<sup>22</sup> Jesús entonces, conociendo los pensamientos de ellos, les preguntó:**



—¿Qué pensáis en vuestros corazones? <sup>23</sup> ¿Qué es más fácil, decir: “Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate y anda”? <sup>24</sup> Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados — dijo al paralítico—: A ti te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.

<sup>25</sup> Al instante se levantó en presencia de ellos, tomó la camilla en que estaba acostado y se fue a su casa glorificando a Dios. <sup>26</sup> Y todos, sobrecogidos de asombro, glorificaban a Dios. Llenos de temor, decían:

—Hoy hemos visto maravillas.

Esta historia es la primera de varias que narran el conflicto creciente entre Jesús y los líderes religiosos. Lucas menciona aquí a los fariseos y a los maestros de la Ley por primera vez en su evangelio. El nombre fariseo probablemente significa “los apartados”. No eran sacerdotes, sino intérpretes de la Ley que defendían la práctica rigurosa de todos los mandamientos, tanto los escritos como los transmitidos (según ellos lo creían) por la tradición oral de los padres de Israel. Se apartaban de la compañía de aquellos a quienes consideraban que no seguían de manera estricta la observancia de la ley.

A los maestros de la Ley también se les llama escribas o abogados en algunas traducciones de la Biblia. Es probable que hayan sido un grupo específico entre los fariseos que era especialista en el estudio y en la enseñanza de la Ley. Se reunieron algunos de esos observadores de la Ley provenientes de todo el país para investigar las actividades del maestro y sanador galileo que estaba causando tanta sensación entre el pueblo.

Mientras Jesús se encuentra enseñando y hay algunos fariseos sentados entre la audiencia, entran cuatro hombres que llevan a un paralítico sobre una camilla e intentan entrar a la casa para ponerlo delante de él. Y como se les hace imposible hacerlo porque es muy grande la multitud, quitan una de las partes flojas de la

construcción en el techo de la casa y por ahí bajan al inválido directamente frente al Salvador.

La fe de ese paralítico y la de sus amigos era evidente para Jesús. Inmediatamente dijo: “Hombre, tus pecados te quedan perdonados”. Jesús había aceptado a un pecador llamado Pedro, como uno de sus discípulos; había sanado al leproso impuro; y ahora declara a este paralítico libre de pecados simplemente sobre la base de su fe. Pero eso es más de lo que los fariseos y maestros de la Ley podían soportar.

Nadie protestó, pero Jesús sabía lo que estaban pensando los fariseos: “¡Esto es una blasfemia! Este hombre se está igualando a Dios, porque solamente Dios puede perdonar los pecados.”

Jesús se propuso demostrar su poder divino para perdonar haciendo que el paralítico caminara. Sin esperar la respuesta de los fariseos, Jesús le ordenó al hombre que tomara su lecho y que se fuera a su casa. Inmediatamente se levantó de en medio de ellos y emprendió su camino alabando a Dios. Todos repitieron la alabanza. Aquí hay otro acontecimiento “maravilloso”. La palabra griega que usa Lucas para “maravillas” en español es la palabra “paradoja”. A veces se traduce “contrario a la opinión, inesperado, extraño”.

Era contrario a la opinión de los judíos que los seres humanos tuvieran el poder para perdonar los pecados de alguien que no había hecho ninguna clase de ofrenda de sacrificio. Jesús demuestra que “el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados”. El título “Hijo del hombre” es bastante común en los evangelios. Cuando se le aplica ese título a Jesús, es porque se quiere poner el énfasis en su naturaleza humana. Como un ser humano, Jesús tiene el poder para perdonar pecados. Ese es el mismo poder que Jesús les transmitió a sus discípulos y de esa manera a la iglesia entera (vea Juan 20:23). Por lo que sigue, es evidente que los fariseos, que dudaban del poder que tuviera Jesús para perdonar, siguieron sin convencerse. Su oposición a Jesús se iba a volver cada vez más encarnizada y finalmente lo iba a llevar a la cruz.

*El llamamiento de Leví*

**<sup>27</sup> Después de estas cosas salió y vio a un publicano llamado Leví, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo:**

**—Sígueme.**

**<sup>28</sup> Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió.**

**<sup>29</sup> Leví le hizo un gran banquete en su casa; y había mucha compañía de publicanos y de otros que estaban a la mesa con ellos. <sup>30</sup> Los escribas y los fariseos murmuraban contra los discípulos, diciendo:**

**—¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores?**

**<sup>31</sup> Respondiendo Jesús, les dijo:**

**—Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. <sup>32</sup> No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento.**

En la historia del llamamiento de Leví a ser su discípulo, continúa la asociación de Jesús con los pecadores. Mateo 9:9 dice que el nombre de este hombre es “Mateo”, lo que sugiere dos posibilidades: la primera, que tenía originalmente dos nombres; y la segunda, que tal vez Jesús le había cambiado el nombre.

Leví es un cobrador de impuestos. La traducción latina utiliza el término “publicanus”, que designa un agente de rentas públicas, del que viene el término familiar de “publicano”. Podría ser más exacto decir que la ocupación de Leví era la de “cobrador de impuestos”, una persona que tenía la ocupación de cobrar los impuestos indirectos tales como las cobranzas de cuotas, tarifas y aduanas. Por lo general, los judíos miraban a esas personas con desprecio porque trabajaban para los romanos que eran paganos. Además los publicanos tenían la reputación de ser deshonestos porque cobraban más de la cuenta.

De la misma manera que hizo Pedro cuando recibió el llamado de Jesús, Leví lo abandonó todo y lo siguió. Para celebrar su nueva vida, Leví ofreció un gran banquete para Jesús, invitando a una gran multitud de sus antiguos amigos que también trabajaban

en el oficio de la cobranza de impuestos. Los fariseos y los escribas estaban ofendidos y les hicieron saber su queja a los discípulos de Jesús. Los fariseos observaban celosamente la ley de Levítico 10:10: “(Debes) discernir entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio”. Era evidente que Jesús no estaba siguiendo ese precepto bíblico.

Jesús respondió a las acusaciones de los que lo condenaron por asociarse con los pecadores comparándose a sí mismo con un médico. La tarea del médico es la de asociarse con los enfermos, porque ellos son los únicos que necesitan de sus cuidados profesionales. De la misma manera, Jesús debe estar con los pecadores para llevarlos al arrepentimiento. Con su actitud santurrón, los fariseos no entendieron esa preocupación amorosa de Jesús por los pecadores.

*Interrogan a Jesús acerca del ayuno*

**<sup>33</sup> Entonces ellos le preguntaron:**

**—¿Por qué los discípulos de Juan ayunan muchas veces y hacen oraciones, y asimismo los de los fariseos, pero los tuyos comen y beben?**

**<sup>34</sup> Él les dijo:**

**—¿Podéis acaso hacer que los que están de bodas ayunen entre tanto que el esposo está con ellos? <sup>35</sup> Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado; entonces, en aquellos días, ayunarán.**

**<sup>36</sup> Les dijo también una parábola:**

**—Nadie corta un pedazo de un vestido nuevo y lo pone en un vestido viejo, pues si lo hace, no solamente rompe el nuevo, sino que el remiendo sacado de él no armoniza con el viejo. <sup>37</sup> Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo romperá los odres y se derramará, y los odres se perderán. <sup>38</sup> Pero el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar, y lo uno y lo otro se conservan. <sup>39</sup> Y nadie que**

**haya bebido del añejo querrá luego el nuevo, porque dice:  
“El añejo es mejor.”**

La palabra “ellos” con la que comienza esta sección parece que se refiere a los fariseos de la historia anterior. Al comparar estos versículos con Mateo 9:14 y Marcos 2:18, es claro que la referencia se hace al pueblo y a los discípulos de Juan. Ellos son los que preguntaron a Jesús sobre la costumbre del ayuno. Sin embargo, la respuesta de Jesús se dirige no sólo a ellos, sino también a los fariseos que encontraron las enseñanzas de Jesús muy deficientes con respecto a la práctica del ayuno.

Ayunar significa abstenerse de comida y en ocasiones hasta de beber agua. Los religiosos decidían ayunar por varias razones: para concentrarse en sus oraciones y meditaciones, como una forma de castigarse por algún pecado cometido, o como una evidencia del desdén que sentían por el cuerpo y sus necesidades. Lucas 7:33 sugiere que Juan fue reconocido como uno de los que practicaban el ayuno y les había enseñado lo mismo a sus discípulos. Así lo hacían los fariseos también. ¡Qué diferentes eran Jesús y sus discípulos! Varias veces se nos ha dicho que Jesús asistió a algún banquete; algunas de sus parábolas comparan el reino de Dios con un banquete. La pregunta que se le hace a Jesús es válida.

Jesús responde con una pregunta y con una parábola. La pregunta compara el tiempo de la presencia terrenal de Jesús con la presencia del novio en un banquete de bodas. Es evidente que los invitados no practican ningún ayuno mientras están juntos celebrando la gozosa ocasión, pero una vez que el novio ya se ha ido, entonces pueden ayunar. Jesús les dice que vendrá un tiempo en que sus discípulos ayunen, después de su ascensión a los cielos. Jesús no prohíbe ni manda que sus discípulos ayunen, sino simplemente afirma lo que harán. Puede haber buenas razones por la que los creyentes hoy en día quieran ayunar, pero de ninguna manera se atreverán a despreciar a otras personas que se nieguen a hacerlo.

La parábola que Jesús narra ilustra una verdad general acerca de sus enseñanzas. Al usar el ejemplo de un retazo nuevo para un vestido viejo y de poner vino nuevo en odres viejos para almacenar, Jesús hace un contraste de lo antiguo con lo nuevo. Jesús es un ministro del nuevo pacto, es decir, el pacto del perdón. La nueva vida en el Espíritu se desliga de la antigua mentalidad de esforzarse en encontrar fallas y que se concentra en las observancias meritorias de la ley. Lo nuevo no se puede poner como parche en lo viejo; lo nuevo no se puede derramar dentro de lo viejo. Al aplicarle esta parábola a la pregunta específica acerca del ayuno, Jesús parece indicar que el ayuno está incluido entre las antiguas prácticas que no se pueden parchar con la nueva vida de fe en el Espíritu.

El comentario final que hace Jesús en el versículo 39 refleja un hecho que se observa con frecuencia: a la gente le gusta conservar lo viejo y lo familiar. El vino viejo es mucho mejor que el nuevo. Lo nuevo que Jesús trae encuentra una fuerte oposición por parte de los que se aferran a lo viejo. Esta es una verdad que también se puede ver en la vida de los cristianos: el viejo hombre lucha contra el nuevo. Pero no nos equivoquemos, Jesús está al lado de lo nuevo.

### *Señor del sábado*

**6** Aconteció que un sábado, pasando Jesús por los sembrados, sus discípulos arrancaban espigas y, restregándolas con las manos, comían. <sup>2</sup> Algunos de los fariseos les dijeron:

—¿Por qué hacéis lo que no es lícito hacer en sábado?

<sup>3</sup> Respondiendo Jesús, les dijo:

—¿Ni aun esto habéis leído, lo que hizo David cuando él y los que con él estaban tuvieron hambre?, <sup>4</sup> ¿cómo entró en la casa de Dios y tomó los panes de la proposición, de los cuales no es lícito comer sino sólo a los sacerdotes, y comió, y dio también a los que estaban con él?

**<sup>5</sup> Y les decía:**

**—El Hijo del hombre es Señor aun del sábado.**

**<sup>6</sup> Aconteció también en otro sábado que él entró en la sinagoga y enseñaba; y estaba allí un hombre que tenía seca la mano derecha. <sup>7</sup> Y lo acechaban los escribas y los fariseos para ver si en sábado lo sanaría, a fin de hallar de qué acusarlo. <sup>8</sup> Pero él, que conocía sus pensamientos, dijo al hombre que tenía la mano seca:**

**—Levántate y ponte en medio.**

**Él, levantándose, se quedó en pie.**

**<sup>9</sup> Entonces Jesús les dijo:**

**—Os preguntaré una cosa: En sábado, ¿es lícito hacer bien o hacer mal?, ¿salvar la vida o quitarla?**

**<sup>10</sup> Y, mirándolos a todos alrededor, dijo al hombre:**

**—Extiende tu mano.**

**Él lo hizo y su mano fue restaurada. <sup>11</sup> Ellos se llenaron de furor y hablaban entre sí qué podrían hacer contra Jesús.**

Guardar el sábado como día de reposo era una de las leyes fundamentales de los judíos. Desde el monte santo del Sinaí, Israel había escuchado al Señor decir: “Acuérdate del día del sábado para santificarlo... porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra... y reposó en el séptimo día; por tanto Jehová bendijo el día del sábado y lo santificó” (Éxodo 20:8 y 11). En Éxodo 34:21, esta prohibición de trabajar es aplicada específicamente: “Aun en tiempo de siembra y de cosecha, descansarás”. El reposo del sábado era para recordarles a los creyentes israelitas la gracia de Dios y la maravillosa creación del mundo y de todas las cosas que hizo.

Con el paso de los años, los sacerdotes y los maestros de la Ley habían elaborado una complicada serie de reglas para ayudarle a la gente a determinar qué se podía y qué no se podía hacer el día sábado, qué actividades estaban dentro de la Ley y cuáles estaban prohibidas. Este día, Jesús y sus discípulos fueron sorprendidos

en dos de las actividades prohibidas: recoger espigas y ayudar a alguien cuya vida no estaba en peligro.

Para responder a la primera acusación, Jesús narra la historia de 1 Samuel 21:1-6 que relata cómo David comió del pan consagrado en la casa de Dios en Nob. Ese era el pan que sólo los sacerdotes debían comer, pero fue el mismo sumo sacerdote quien les dio el pan a David y a sus compañeros. La ley fue quebrantada para saciar el hambre humana. Además, Jesús declara que tiene una autoridad más grande aún que la autoridad judicial precedente, respecto a lo que habían hecho sus discípulos. Jesús había permitido que sus discípulos recogieran espigas porque “el Hijo del hombre es Señor hasta del sábado”.

Después de esta declaración de señorío sobre el sábado, no nos sorprende que los fariseos y los maestros de la Ley estuvieran atentos para descubrir si es él también quebrantaba otras prohibiciones. En otro día sábado, mientras estaban con Jesús en la sinagoga, encontraron lo que buscaban: Jesús sanó a un hombre cuya mano estaba atrofiada. La ayuda que Jesús le dio bien pudo haber esperado otro día que no fuese sábado, pero Jesús mostró que uno no debe esperar para hacer el bien.

Los fariseos y los maestros de la Ley se enojaron; el griego literalmente dice: “Ellos se llenaron de furor”. Eso nos recuerda a la gente de la sinagoga de Nazaret que intentó matar a Jesús cuando lo condujeron a una colina para lanzarlo a un abismo (Lucas 4:29). Las discusiones entre los enemigos de Jesús se concentraron en este tema: ¿Qué haremos con Jesús? Usted notará que la cruz siempre aparece como trasfondo a medida que Jesús se va identificando cada vez más con el pecador y con el desamparado.

Antes de dejar esta historia, es necesario hacer un comentario adicional acerca de la observancia del Tercer Mandamiento. Este es el único de los Diez Mandamientos que no repiten Jesús ni sus apóstoles en el Nuevo Testamento como obligatorio para los cristianos. A lo contrario, Pablo les escribió a los colosenses: “Por



tanto, nadie os critique en asuntos de comida o de bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o sábados” (2:16). Tampoco debemos considerar el domingo como un tipo de sábado del Nuevo Testamento. El domingo es el primer día de una nueva semana y no celebra la antigua creación, sino la nueva vida iniciada por la resurrección de Cristo de entre los muertos.

### *Los doce apóstoles*

**<sup>12</sup> En aquellos días él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios. <sup>13</sup> Cuando llegó el día, llamó a sus discípulos y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles: <sup>14</sup> Simón, a quien también llamó Pedro, su hermano Andrés, Jacobo y Juan, Felipe y Bartolomé, <sup>15</sup> Mateo, Tomás, Jacobo, hijo de Alfeo, Simón llamado Zelote, <sup>16</sup> Judas hermano de Jacobo, y Judas Iscariote, que llegó a ser el traidor.**

En esta sección Lucas aparta nuestra atención de los conflictos de Jesús con los fariseos y los maestros de la Ley para relatar la capacitación de los doce apóstoles. Los enemigos de Jesús tenían la intención de deshacerse de él; al escoger a los doce apóstoles Jesús garantizó que aun después de haber terminado su servicio en esta tierra, iba a continuar la misión de llevar el evangelio a todo el mundo.

La elección de los apóstoles vino después de que Jesús había pasado toda una noche en las colinas orando a Dios. Así como había doce tribus en Israel, también Jesús escogió a doce hombres de entre el gran número de sus discípulos para que fueran los líderes del nuevo Israel, la santa iglesia cristiana.

La palabra “discípulo” significa “el que aprende”. La palabra “apóstol” significa “el que es enviado, un misionero”. La lista de nombres que da Lucas difiere sólo ligeramente de la que da Marcos en 3:16-19. A Judas, el hijo de Jacobo, Marcos le da el nombre de Tadeo, tal vez con el propósito de diferenciarlo de Judas el traidor.

*Bienaventuranzas y ayes*

**<sup>17</sup> Descendió con ellos y se detuvo en un lugar llano, en compañía de sus discípulos y de una gran multitud de gente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón que había venido para oírlo y para ser sanados de sus enfermedades; <sup>18</sup> también los que habían sido atormentados por espíritus impuros eran sanados. <sup>19</sup> Toda la gente procuraba tocarlo, porque poder salía de él y sanaba a todos.**

**<sup>20</sup> Alzando los ojos hacia sus discípulos, decía:**

**«Bienaventurados vosotros los pobres,  
porque vuestro es el reino de Dios.**

**<sup>21</sup> Bienaventurados los que ahora tenéis hambre,  
porque seréis saciados.**

**Bienaventurados los que ahora lloráis,  
porque reiréis.**

**<sup>22</sup> Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, os aparten de sí, os insulten y desechen vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre.**

**<sup>23</sup> »Gozaos en aquel día y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos, porque así hacían sus padres con los profetas.**

**<sup>24</sup> »Pero ¡ay de vosotros, ricos!, porque ya tenéis vuestro consuelo.**

**<sup>25</sup> »¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados!, porque tendréis hambre.**

**»¡Ay de vosotros, los que ahora reís!, porque lamentaréis y lloraréis.**

**<sup>26</sup> »¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!, porque así hacían sus padres con los falsos profetas.**

Ya que ha escogido a los doce apóstoles, Jesús comienza ahora a darles una preparación intensiva. Antes que nada los

presenta a la multitud de gente que necesita de su ministerio. Después de haber descendido de las colinas donde habían estado (6:12), Jesús y los doce permanecieron en un lugar llano para recibir a las multitudes. No sólo había una gran multitud de discípulos reunidos, sino también un gran número de personas provenientes de toda Judea, de Jerusalén, y de la región costera de Tiro y de Sidón, que habían acudido a escuchar y a ser sanadas. Esta es la primera vez que Lucas menciona a Tiro y a Sidón, ciudades ubicadas en la costa del mar Mediterráneo, mayormente habitadas por gentiles. Los estrechos límites de la sinagoga judía quedan atrás cuando Jesús se enfrenta a esa muchedumbre que proviene de todas partes. Los que están atormentados por espíritus inmundos son sanados; todos los enfermos se apretujan alrededor de él buscando tan solo tocarlo para ser sanados. Verdaderamente es una asombrosa experiencia para los discípulos (muy parecida a la pesca milagrosa de Pedro).

Es en este contexto que Lucas registra palabras de Jesús que él debió haber dicho en varias ocasiones. Palabras muy similares se encuentran en Mateo 5-7, en el Sermón del Monte. La enseñanza es específicamente para sus discípulos a quienes se dirige con la segunda persona “vosotros”. Estas son palabras que los apóstoles deben oír por sí mismos; también sirven como modelo para la predicación apostólica en el futuro.

La enseñanza comienza con las bienaventuranzas y los ayes. Cada una de las ocho afirmaciones es una paradoja, una declaración que es contraria a lo que generalmente piensa la gente. El mundo difícilmente considera al pobre, al hambriento, al que llora, y a los que son odiados como bienaventurados, pero esta es la afirmación que Jesús hace. El mundo no piensa que sean desafortunados los ricos, los prósperos, los que ríen, y aquellos de quienes todos hablan bien. Aun así este es el ¡ay! pronunciado por Jesús.

El término bienaventuranza se usa para describir las oraciones que comienzan con la expresión “Bienaventurados los...” Esta es una forma que es muy familiar en la Biblia. El Salmo

1 comienza diciendo “Bienaventurado el varón que...” Proverbios 3:13: “Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría y obtiene la inteligencia”. Hay siete bienaventuranzas en el Apocalipsis de Juan, incluyendo las palabras: “Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero” (19:9). Las bienaventuranzas pueden describir la felicidad que se disfruta en esta vida o en la vida por venir.

Jesús estaba hablando acerca de la felicidad que sus discípulos iban a gozar en los cielos. En esta vida pueden ser pobres y odiados, pueden estar hambrientos y tristes. Sin embargo, cuando lleguen días así, él los exhorta a que se regocijen y a que salten de gozo “porque vuestra recompensa es grande en los cielos”. Antes de enseñarles acerca de cómo se deben conducir en este mundo, Jesús pone ante los discípulos la meta principal.

Cada una de las cuatro bienaventuranzas corresponde a la palabra de advertencia: “¡Ay!” Lucas 11:42-52 tiene una serie de ayes que fueron pronunciados contra los fariseos y contra otros adversarios de Jesús. Pero en esta sección de Lucas los ayes significan una advertencia para los discípulos. Se les advierte para que no busquen consuelo en las riquezas, en la buena comida, en el entretenimiento, o en una reputación obtenida eludiendo el compromiso auténtico hecho con Cristo. Con qué facilidad se reemplazan las verdaderas bendiciones por los placeres terrenales. Jesús les advierte a sus discípulos para que estén en guardia.

Cada uno de las bienaventuranzas y los ayes termina con una referencia a la forma en que sus padres trataron a los profetas, tanto verdaderos como falsos. La expresión “sus padres” se refiere al Israel del Antiguo Testamento que con frecuencia escuchaba a los falsos profetas pero rechazaba las advertencias de los verdaderos profetas. Al predicar ante el sanedrín judío, Esteban les gritó: “¡Duros de cerviz! ... Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros” (Hechos 7:51). Jesús estaba preparando a sus discípulos para la persecución que iba a venir con frecuencia de sus mismos paisanos de la casa de Israel. Qué importante es que los seguidores de Jesús tengan siempre

presente la meta final: las bendiciones de la vida en el reino de Dios.

*Amad a vuestros enemigos*

**<sup>27</sup>»Pero a vosotros los que oís, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian; <sup>28</sup>benedicid a los que os maldicen y orad por los que os calumnian. <sup>29</sup>Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite la capa, ni aun la túnica le niegues. <sup>30</sup>A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no pidas que te lo devuelva. <sup>31</sup>Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos.**

**<sup>32</sup>»Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que los aman. <sup>33</sup>Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores hacen lo mismo. <sup>34</sup>Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis?, pues también los pecadores prestan a los pecadores para recibir otro tanto. <sup>35</sup>Amad, pues, a vuestros enemigos, haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es benigno para con los ingratos y malos. <sup>36</sup>Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso.**

En la cuarta bienaventuranza (6:22), Jesús alertó a sus discípulos acerca del hecho de que iban a ser odiados, excluidos e insultados. Una persona que sufre un trato así se puede sentir tentada a responder de una forma similar. Sin embargo, Jesús les mandó un comportamiento bastante diferente, un comportamiento que sería totalmente inesperado en este mundo; les dijo a sus oyentes: “Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian; benedicid a los que os maldicen; orad por los que os maltratan”.

Un escritor griego que vivió algunos años antes del nacimiento de Jesús expresa lo que era el sentimiento común de la época: “Yo consideré como una cosa establecida que uno debe hacerles daño a sus enemigos y ayudar a sus amigos”. ¡Qué diferente es el consejo de Jesús! Jesús cita tres situaciones y describe una respuesta amorosa para cada uno de ellos: Qué hacer cuando alguien te golpea en la mejilla, cuando alguien se lleva tu túnica, o cuando alguien se apropia de lo que te pertenece.

¿Está Jesús hablando en serio? ¿Realmente puede uno vivir de esa forma en el mundo actual? ¿Acaso no es un idealismo imposible de llevar a cabo? Es claro que Jesús está muy al tanto del mundo real; él conoce la forma en que reacciona la gente por lo general en las situaciones descritas. De una manera que nos choca, Jesús dice que sus discípulos necesitan actuar en forma diferente a como actúa el mundo. Una persona de amor no responderá de manera automática en la forma usual. El mandato específico de Jesús no es tanto una regla de conducta para seguirla mecánicamente, sino que más bien sirve como estímulo para que la imaginación extraiga implicaciones para la vida en general. Como discípulos de Jesús, necesitamos actuar con amor en el trato con la gente, aun con nuestros enemigos.

Las tres situaciones que plantea Jesús van seguidas por tres preguntas que concluyen con las mismas palabras: “¿Qué mérito tenéis?” Amar a los que te aman, hacer el bien a los que te hacen el bien, prestarles a aquellos de quienes esperan devolución, todas estas cosas también las hacen los pecadores (los que no son discípulos). Jesús está buscando una norma de conducta que sea más elevada, les enseña a sus discípulos a romper el patrón de la reciprocidad, el patrón de hacer el bien o el mal con base en lo que los otros nos hagan. Jesús está diciendo: “No hagan el mal porque les hagan el mal; ni hagan el bien sólo a los que los han tratado bien”.

Se citan dos motivos para esta clase de conducta. El primero es la bien conocida “regla de oro”. El que ha experimentado plenamente el amor inmerecido sabe lo maravilloso que es esto, y

quiere tratar a los demás en la misma forma. El segundo motivo es la forma en la que el Padre celestial trata a las personas: él es amoroso con el ingrato y con el impío. Sean misericordiosos como él.

Jesús les promete una gran recompensa a los que actúan en esa forma. Utilizó la misma palabra en 6:23 (“recompensa... en el cielo”). La mención de una recompensa de ninguna manera implica que nosotros seamos salvos por nuestras buenas obras, ni por nuestro amor, sino que es la recompensa que Jesús promete gratuita y misericordiosamente para consolar a sus discípulos odiados y perseguidos. Es una recompensa que viene a ellos en forma totalmente inesperada, no una recompensa por la que ellos trabajen conscientemente.

### *No juzgar a otros*

**<sup>37</sup>»No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. <sup>38</sup>Dad y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo, porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir.»**

**<sup>39</sup>Les dijo también una parábola: «¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo? <sup>40</sup>El discípulo no es superior a su maestro; pero todo el que sea perfeccionado, será como su maestro.**

**<sup>41</sup>»¿Por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? <sup>42</sup>¿O cómo puedes decir a tu hermano: “Hermano, déjame sacar la paja que está en tu ojo”, no mirando tú la viga que está en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu propio ojo y entonces verás bien para sacar la paja que está en el ojo de tu hermano.**

El amor y la generosidad van juntos. Una persona tiene que ser sumamente generosa para poder amar a un enemigo; la persona

amorosa da sin esperar nada a cambio. Lo opuesto a la persona amorosa es la persona que siempre encuentra faltas en los otros y condena sus acciones.

La tentación de juzgar y condenar a otros es muy real para los discípulos de Jesús. La persona que en verdad busca practicar el amor se puede volver más consciente de la manera en que otros fallan en el amor a los demás. Por eso es la advertencia: “No juzguéis... no condenéis”. Jesús une esta prohibición con la promesa: “No seréis juzgados... no seréis condenados”. Eso se podría referir tal vez al juicio humano: los que critican a otros, también recibirán con frecuencia las críticas de los demás. O la referencia puede ser respecto al juicio final de Dios.

Estas oraciones negativas son equilibradas por dos oraciones que son positivas: perdonar y dar. Jesús utiliza una imagen sacada del mundo comercial. El mercader primero pone el grano en una vasija que usa como medida, lo presiona, lo agita y permite que rebose; después la vacía en “vuestro regazo”, es decir, en el manto que servirá como bolsa para llevar el grano a casa. Esa es la generosidad que disfrutará el discípulo que es generoso. Aquí tenemos otra aplicación de la regla de oro (6:31).

La enseñanza de Jesús concluye con cuatro parábolas (6:39-49), que son cuatro ilustraciones de la vida. La primera es sobre la importancia de ser capaz de ver antes de atreverse a guiar a otros; un ciego nunca servirá de buen guía. El discípulo que no está bien preparado, no debe atreverse a tomar las responsabilidades del maestro. En el versículo 40, parece ser que Jesús estuviera dirigiendo algunas palabras contra sus propios estudiantes que pensaban que sabían más que su maestro. Ningún estudiante de Jesús nunca debe atreverse a corregir al maestro, sino que debe tratar de ser continuamente como su maestro.

La segunda parábola es muy familiar y se cita con frecuencia. Está dirigida contra el discípulo que está ciego a sus propias fallas pero que siempre está listo para tomar el papel de investigador de los defectos en la vida de los demás discípulos. Los términos contrastantes que usa Jesús, la paja en el ojo del hermano y la viga



en el propio ojo, provocan risa. Pero el término “hipócrita” que les aplica a esas personas muestra la seriedad con la que Jesús advierte contra el hecho de buscar faltas en los demás. La manera en que Jesús usa esta palabra tiene un significado más general que el de sólo designar al que pretende ser lo que no es. Este es un término fuerte de condenación que se les aplica con frecuencia a los fariseos; aquí se dirige contra uno que dice ser discípulo de Jesús. Cualquier discípulo que desee ser un maestro de otros debe ver claramente antes de atreverse a corregir la vida de los demás. Un ciego no puede ser guía de otros ciegos.

### *El árbol y sus frutos*

**<sup>43</sup>»No es buen árbol el que da malos frutos, ni árbol malo el que da buen fruto, <sup>44</sup>pues todo árbol se conoce por su fruto, ya que no se cosechan higos de los espinos ni de las zarzas se vendimian uvas. <sup>45</sup>El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo, porque de la abundancia del corazón habla la boca.**

Después de la parábola que habla de la paja y de la viga en el ojo, Jesús dirige la atención de sus oyentes al árbol de vida. Juan el Bautista había advertido que “todo árbol que no produce buen fruto se corta y se echa al fuego” (3:9). Jesús también usa el árbol y sus frutos como una ilustración de la vida de una persona, sacando dos lecciones. Primero, la calidad del fruto demuestra el valor del árbol; segundo, la clase de fruto que produce identifica al árbol. Se le puede dar nombre a un árbol por sus frutos. Se ilustra esta lección con dos ejemplos adicionales: nadie cosecha higos de los espinos, ni uvas de la zarza. Nuevamente Jesús señala dos razonamientos: lo bueno (higos, uvas) no proviene de lo malo (espinos, zarza); y una planta se identifica por la clase de frutos que da.

Entonces, Jesús les aplica a las personas estas lecciones de la naturaleza. El hombre bueno saca cosas buenas de lo que atesora en su corazón. En comparación, el hombre malo saca cosas malas de la maldad que atesora en su corazón. No se puede esperar nada diferente, tal como se ve también en la naturaleza. La clase de fruto que una persona produce identifica la calidad de esa persona.

Todas las acciones, hasta las palabras que uno dice, se originan en el corazón. Para que los discípulos produzcan los frutos de la fe, es decir, una vida caracterizada por el amor y la generosidad, lo primero que debe ser bueno es el corazón. Un corazón bueno es un corazón que en toda humildad confiesa sus pecados y se aferra a Cristo para el perdón y la paz. Ese corazón producirá buenos frutos.

*El constructor prudente y el insensato*

**<sup>46</sup>»¿Por qué me llamáis “Señor, Señor”, y no hacéis lo que yo digo? <sup>47</sup>Todo aquel que viene a mí y oye mis palabras y las obedece, os indicaré a quién es semejante. <sup>48</sup>Semejante es al hombre que, al edificar una casa, cavó y ahondó y puso el fundamento sobre la roca; y cuando vino una inundación, el río dio con ímpetu contra aquella casa, pero no la pudo mover porque estaba fundada sobre la roca. <sup>49</sup>Pero el que las oyó y no las obedeció, semejante es al hombre que edificó su casa sobre tierra, sin fundamento; contra la cual el río dio con ímpetu, y luego cayó y fue grande la ruina de aquella casa.»**

En esta cuarta parábola, con la que Jesús concluye su enseñanza, habla acerca de dos hombres que construyeron cada uno una casa. Uno puso los cimientos sobre la roca; el otro simplemente construyó su casa sobre la tierra. La primera casa soportó el torrente del agua que golpeó contra ella cuando vino la inundación; la otra se desmoronó y quedó en ruina total.

Estos dos constructores son como dos clases de oyentes: uno escucha las palabras de Jesús y las pone en práctica; el otro sólo escucha pero no pone las palabras en práctica. Se nos recuerda una de las bienaventuranzas que Jesús dijo más adelante en este evangelio: “Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la obedecen” (11:28). Jesús no quiere que sus discípulos solamente lo llamen “Señor”, sino que también hagan lo que él dice. En eso consiste construir una casa que permanezca firme ante los embates de la vida.

Cuando nosotros los cristianos examinamos nuestra vida, nos encontramos que fallamos en hacer lo que Jesús dice. Su enseñanza en esta parte de Lucas es principalmente la ley. Uno de los propósitos de la ley de Dios es revelar nuestro pecado y dirigirnos a los brazos del Salvador. Cuando consideremos las enseñanzas de Jesús acerca del amor y de la generosidad, nos haremos conscientes de nuestros propios defectos, confesaremos nuestros pecados y pediremos perdón.

La ley también funciona como una guía para el cristiano y le da dirección a su vida. Hay muchas cosas que podemos aprender al repasar con frecuencia estas enseñanzas de Jesús: las bienaventuranzas y los ayes, el mandamiento de amar y las advertencias contra el juzgar a otros. La vida recta empieza en el corazón, donde la fe debe yacer sobre el cimiento firme de Cristo y de su amor. El constructor de una casa así soportará cualquier inundación que pueda venir.

El sermón de Jesús se presentó en una llanura, en la presencia de una gran multitud de discípulos y de un gran número de personas provenientes de varias partes (6:17). En la conclusión, Lucas no dice nada acerca de la respuesta de la multitud. Con frecuencia cuando Jesús hacía algún milagro, Lucas hace notar el asombro y las alabanzas de la gente. Aquí es casi como si las enseñanzas de Jesús dejaran a los discípulos y a la gente atónitos. También ésta puede ser nuestra respuesta cuando pensamos seriamente en lo que Jesús enseña aquí acerca de nuestra vida como discípulos.

## *La fe del centurión*

**7** Después que terminó todas sus palabras al pueblo que lo oía, entró en Capernaúm. <sup>2</sup>Y el siervo de un centurión, a quien éste quería mucho, estaba enfermo y a punto de morir. <sup>3</sup>Cuando el centurión oyó hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos, rogándole que viniera y sanara a su siervo. <sup>4</sup>Ellos se acercaron a Jesús y le rogaron con solicitud, diciéndole:

—Es digno de que le concedas esto, <sup>5</sup>porque ama a nuestra nación y nos edificó una sinagoga.

<sup>6</sup>Jesús fue con ellos. Pero cuando ya no estaban lejos de la casa, el centurión envió a él unos amigos, diciéndole:

—Señor, no te molestes, pues no soy digno de que entres bajo mi techo, <sup>7</sup>por lo que ni aun me tuve por digno de ir a ti; pero di la palabra y mi siervo será sanado, <sup>8</sup>pues también yo soy hombre puesto bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes, y digo a éste: “Ve”, y va; y al otro: “Ven”, y viene; y a mi siervo: “Haz esto”, y lo hace.

<sup>9</sup>Al oír esto, Jesús se maravilló de él y, volviéndose, dijo a la gente que lo seguía:

—Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe.

<sup>10</sup>Y al regresar a casa los que habían sido enviados, hallaron sano al siervo que había estado enfermo.

Después de terminar la enseñanza a las multitudes, Jesús regresó una vez más a la ciudad de Capernaúm. Lucas mencionó anteriormente esa ciudad en 4:31; en esa ocasión Jesús había ido a la sinagoga donde sanó a un hombre que estaba poseído por un demonio. Era la misma sinagoga que había sido construida por el centurión romano que aparece en la presente historia.

La palabra centurión designaba al capitán de una compañía de 100 soldados. Dado que Herodes Antipas era el gobernador de Galilea, donde estaba ubicada la provincia de Capernaúm, este centurión pudo haber estado a su servicio en algún puesto oficial.

Se había despertado una buena amistad entre este hombre y los ancianos judíos que tenían a su cargo la sinagoga.

En varias ocasiones, Lucas relata curaciones hechas por Jesús sin darnos muchos detalles (4:40; 6:18,19). En esta ocasión nos da la historia completa por distintas razones: no hay duda de que este centurión era un gentil; este hombre muestra gran fe en el poder de la palabra de Jesús; es un modelo para los muchos creyentes gentiles que iban a llegar a la iglesia en el futuro.

La delegación de ancianos judíos que fueron enviados por el centurión para pedir ayuda para su siervo que estaba enfermo de gravedad, le dijo a Jesús que “es *digno* de que le concedas esto”. Estaban pensando en el amor que ese hombre había demostrado hacia la nación judía.

Sin embargo, el centurión no se sentía digno. Cuando Jesús se aproximaba a su hogar, envió a unos amigos para que le dijeran: “*No soy digno* de que entres bajo mi techo”. Fue por ese sentimiento de indignidad que no se había atrevido a acudir por sí mismo ante Jesús, sino que envió a la delegación de ancianos judíos (aquí Lucas da un relato más completo de esta historia que también podemos encontrar en Mateo 8:5-13.)

El centurión procedió declarando su gran confianza en la palabra de Jesús; no era necesario que Jesús ni tocara al siervo enfermo (como los enfermos que habían tratado de tocar a Jesús en 6:19). Así como este capitán con una palabra les daba órdenes a los que estaban bajo su mando, también Jesús sólo necesitaba decir la palabra y el siervo sería sanado.

¡Ahora le tocó a Jesús quedar sorprendido! Muchos se habían quedado pasmados con lo que Jesús había dicho y hecho; pero la fe de este centurión hizo que Jesús se maravillara (Lucas usa la palabra griega que tiene ese significado). La fe de este gentil era mayor que cualquiera otra que Jesús hubiera encontrado entre el pueblo judío. La curación que Jesús obró no es tan celebrada en esta historia como lo es la maravillosa fe del centurión. ¡Aquí también hay un milagro! Haremos bien en celebrar igualmente hoy

en día el maravilloso milagro de la fe que obra el Espíritu mediante la palabra.

*Jesús resucita al hijo de una viuda*

**<sup>11</sup> Aconteció después, que él iba a la ciudad que se llama Naín, e iban con él muchos de sus discípulos y una gran multitud. <sup>12</sup> Cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, llevaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, que era viuda; y había con ella mucha gente de la ciudad.**

**<sup>13</sup> Cuando el Señor la vio, se compadeció de ella y le dijo: —No llores.**

**<sup>14</sup> Acercándose, tocó el féretro; y los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo:**

**—Joven, a ti te digo, levántate.**

**<sup>15</sup> Entonces se incorporó el que había muerto y comenzó a hablar. Y lo dio a su madre. <sup>16</sup> Todos tuvieron miedo, y glorificaban a Dios diciendo: «Un gran profeta se ha levantado entre nosotros», y «Dios ha visitado a su pueblo.»**

**<sup>17</sup> Y se extendió la fama de él por toda Judea y por toda la región de alrededor.**

La ayuda que Jesús le dio al centurión al sanar a su siervo se extiende ahora a una mujer cuyo único hijo había fallecido. Tanto los gentiles como las mujeres se encontraban marginados en la sociedad judía. Así Jesús se mostró como el Salvador de toda persona.

Naín es una ciudad que está situada al sur de Galilea a pocos kilómetros al suroeste de Nazaret, un poco más de cuarenta kilómetros de Capernaúm. Jesús viajó a esa ciudad acompañado de sus discípulos y de una gran multitud. Todos ellos iban a ser testigos de este milagro público y sorprendente.

Cuando Jesús se aproximó a las puertas de la ciudad, se encontró con una procesión fúnebre. Los entierros tenían lugar en las afueras de las ciudades, y se han encontrado tumbas al sureste

de Naín. Lucas narra que estaban llevando el cuerpo del difunto en un féretro abierto, que sin duda que era algo similar a una camilla.

Inmediatamente Jesús se hizo cargo de la situación. A la madre que se encontraba llorando amargamente, le dijo: “No llores”. De inmediato, con actitud de autoridad, puso las manos sobre el féretro, y la procesión se detuvo. Sus palabras sonaron claramente: “Joven, a ti te digo, levántate”. Por lo común uno no le dirige esas palabras a un cadáver, pero Jesús no es una persona común. En respuesta a su orden, el muerto se incorporó.

Es digno de notar que Lucas introduce la palabra “Señor” en esta historia. Este es el Señor cuyo corazón se llena de compasión por esa viuda. Jesús es el Señor que tiene autoridad para perdonar pecados (5:24). Él es Señor del sábado (6:5). Aquí también se muestra como Señor de la muerte misma. El centurión fue testigo del poder de esta palabra, y aquí se da evidencia plena del mismo.

Como ocurría con frecuencia cuando Jesús realizaba un milagro público, la multitud se llenó de temor y de alabanzas a Dios, diciendo que Jesús era “un gran profeta”. Tal vez lo estaban comparando con el gran profeta Elías del Antiguo Testamento y recordaban lo que Elías había hecho.

En 1 Reyes 17:17-24, se encuentra el relato de la manera en que Elías resucitó a un muchacho que había muerto, al tenderse tres veces sobre el muchacho y suplicarle al Señor, diciendo: “Jehová Dios mío, te ruego que hagas volver el alma de este niño a él”. Sus oraciones fueron respondidas, y leemos que “Elías... lo entregó a su madre”. Lucas usa palabras similares para describir la manera en que Jesús le devolvió el hijo ya vivo a la madre.

No obstante, la forma en que Jesús obró este milagro es mucho más grande que en el caso de Elías. Por su propia palabra, sin oraciones a ningún ser superior, Jesús le ordenó al joven que se levantara. En verdad él es el Señor, verdadero Dios y verdadero hombre. ¡Aun la muerte tiene que inclinarse ante él!





*Resurrección del hijo de la viuda de Nain*



*Jesús y Juan Bautista*

**<sup>18</sup> Los discípulos de Juan le dieron las nuevas de todas estas cosas. Y llamó Juan a dos de sus discípulos, <sup>19</sup> y los envió a Jesús para preguntarle: «¿Eres tú el que había de venir o esperaremos a otro?»**

**<sup>20</sup> Cuando, pues, los hombres vinieron a él, le dijeron:**

**—Juan el Bautista nos ha enviado a ti para preguntarte: “¿Eres tú el que había de venir o esperaremos a otro?”**

**<sup>21</sup> En esa misma hora sanó a muchos de enfermedades, plagas y espíritus malos, y a muchos ciegos les dio la vista.**

**<sup>22</sup> Respondiendo Jesús, les dijo:**

**—Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres es anunciado el evangelio; <sup>23</sup> y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí.**

**<sup>24</sup> Cuando se fueron los mensajeros de Juan, comenzó a hablar de Juan a la gente:**

**—¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? <sup>25</sup> ¿O qué salisteis a ver? ¿A un hombre cubierto de vestiduras delicadas? Pero los que tienen vestidura preciosa y viven en deleites, en los palacios de los reyes están.**

**<sup>26</sup> Entonces ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. <sup>27</sup> Éste es de quien está escrito:**

**»“Yo envió mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti.”**

**<sup>28</sup> »Os digo que entre los nacidos de mujeres no hay mayor profeta que Juan el Bautista; y, sin embargo, el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él.**

**<sup>29</sup> El pueblo entero que lo escuchó, incluso los publicanos, justificaron a Dios, bautizándose con el bautismo de Juan.**

**<sup>30</sup> Pero los fariseos y los intérpretes de la Ley desecharon los**

**designios de Dios respecto de sí mismos, y no quisieron ser bautizados por Juan.**

**<sup>31</sup> Agregó el Señor:**

**—¿A qué, pues, compararé a los hombres de esta generación? ¿A qué son semejantes? <sup>32</sup> Semejantes son a los muchachos sentados en la plaza, que se gritan unos a otros y dicen: “Os tocamos flauta, y no bailasteis; os entonamos canciones de duelo y no llorasteis”. <sup>33</sup> Vino Juan el Bautista, que ni comía pan ni bebía vino, y decís: “Demonio tiene”.**

**<sup>34</sup> Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: “Éste es un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores”. <sup>35</sup> Pero la sabiduría es justificada por todos sus hijos.**

En la sección anterior nos enteramos de la manera en que la multitud había considerado a Jesús: Lo tomaron como “un gran profeta”. A muchos kilómetros de distancia del acontecimiento que tuvo lugar en Naín, un prisionero oyó las noticias de lo que estaba ocurriendo en Galilea; el prisionero era Juan el Bautista. Herodes Antipas lo había encarcelado (3:20) en la fortaleza de Maqueronte, que estaba localizada en una cumbre solitaria al este del mar Muerto. Sus ruinas todavía se pueden ver hoy en día.

Juan envió a dos de sus discípulos ante el Señor Jesús con la pregunta: “¿Eres tú el que habría de venir, o esperamos a otro?” Esa pregunta ha sido interpretada en dos formas. Algunos sostienen que Juan mismo estaba convencido de que Jesús era el Mesías prometido, el que había de venir, pero quería renovar la fe de sus discípulos y por eso los envió a Jesús para fortalecerlos.

Sin embargo, otros ven esta pregunta como un ejemplo de cómo aun personas como Juan, el mensajero que fue llamado a preparar el camino del Señor, podían dudar. Como prisionero, aislado y excluido de los acontecimientos que estaban sucediendo, pudo haber sido presa fácil de las dudas. Juan había hablado del papel que Jesús iba a cumplir como justo juez (3:17). Hasta este

punto los discípulos de Juan le habían contado acerca de la aclamación popular que recibió Jesús, pero había pocas señales de su papel como juez del mundo. Es probable que Juan se sintiera confuso al oír estas noticias.

La pregunta que hace Juan por medio de sus discípulos le da a Jesús la oportunidad de hacer notar otra vez su papel como el Mesías, el siervo de Dios. Eso ya lo había hecho en la sinagoga de Nazaret (4:18,19) citando las palabras de Isaías 61:1,2. Ahora Jesús cita nuevamente esas palabras y muestra la manera en que él las está cumpliendo. Envio de regreso a los discípulos de Juan para decirles lo que habían escuchado y visto. Además, señaló sus milagros, incluyendo la resurrección del muerto de Naín, como evidencia de que él era el que había sido prometido en el Antiguo Testamento. El mensaje que le envió a Juan fue simplemente: No busque a ningún otro Mesías.

La respuesta que les dio Jesús a los discípulos de Juan concluye con una bienaventuranza: “Y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí”. La palabra “tropiezo” procede del verbo griego que describe a una persona que se cae por haber tropezado en una piedra. Jesús es la piedra sobre la cual algunos tropiezan (1 Pedro 2:8). Los fariseos y los maestros de la Ley tropezaron con Jesús, así como también tropezó el pueblo de Nazaret en su misma sinagoga. Jesús exhortó a Juan y a sus discípulos para no que no cayeran. Nosotros necesitamos las mismas palabras de ánimo.

Jesús había hablado de su obra como el Mesías; después de la partida de los mensajeros de Juan, comenzó a hablar de la obra del precursor. Quería que los oyentes se dieran cuenta de la importancia que tuvo Juan en el plan de la salvación de Dios y que lo apreciaran.

Tres veces Jesús desafió a la multitud con la pregunta: “¿Qué salisteis a ver al desierto?” El uso de la palabra “ver” da la impresión de que para muchos Juan era un personaje que despertaba curiosidad, un espectáculo que se debía ver. Es seguro que la gente no iba con la esperanza de ver a un hombre frágil y

quebradizo, como una caña delgada sacudida por el viento. Tampoco iban al desierto a presenciar un desfile de modas; el palacio es el lugar apropiado para llevar ropa costosa.

Jesús les dio respuesta a su propia pregunta diciéndoles a los presentes lo que ellos esperaban de Juan: lo tomaron por un profeta, y lo era. Pero Jesús agrega: “Os digo... no hay mayor profeta que Juan”. Juan fue un profeta muy especial; fue el profeta que había sido prometido en Malaquías 3:1, el mensajero que fue enviado a preparar el camino del Señor. La gente de Naín había identificado a Jesús como un gran profeta. En el caso de Jesús, este título se queda corto en la descripción de su verdadera identidad, pero es claro que ese título es apropiado para Juan. En realidad Jesús le hace a Juan el elogio más elevado: no hay ningún ser humano que sea más importante que Juan. Juan recibe esta gran alabanza por el papel que le había sido asignado, el de ser el mensajero que preparó el camino para el siervo escogido de Dios, el Señor Jesucristo.

A pesar de lo importante que es Juan, Jesús dice que el menor en el reino de Dios es mayor que él. Jesús habla de la gloria eterna que todos los creyentes gozarán en los cielos. Al referirse a la gloria que gozará aun el más pequeño en los cielos, Jesús no intenta retractarse de las alabanzas que le ha hecho a Juan. Más bien, Jesús nos aparta de las preguntas que se hacen acerca de las grandezas terrenales y nos lleva hacia los gozos indescriptibles que nos esperan en los cielos. Esta fue una dura lección de aprender, aun para sus mismos apóstoles.

Lo que sigue en los versículos 29 y 30 debe estar colocado entre paréntesis porque es un comentario de Lucas y no son palabras de Jesús. Toda la gente que había sido bautizada por Juan, incluyendo a los cobradores de impuestos, estaban de acuerdo con lo que Jesús había dicho acerca de Juan, que él verdaderamente era el profeta mediante el cual Dios estaba obrando. Por otra parte los fariseos y maestros de la Ley no quisieron ser bautizados por Juan, y así también rechazaron el camino de la salvación que les ofrecía Dios.

Después de este pequeño paréntesis, Jesús continúa hablando. Critica a la gente que vive en ese tiempo porque encuentran faltas tanto en Juan como en él mismo. Jesús hace una comparación con los muchachos que se gritan uno al otro en sus juegos: tocamos música para ti y no bailaste, cantamos un canto fúnebre pero nadie lloró. No había nada que pudiera conmover a la gente. Juan era demasiado estricto y sobrio para ellos; a Jesús lo criticaron por aconsejar contra el ayuno y por comer en compañía de los cobradores de impuestos y de los pecadores. Aunque las multitudes alababan las poderosas obras de Jesús, su corazón no se había convertido a él.

Jesús concluye con un proverbio breve: “La sabiduría es justificada por todos sus hijos”. Esta es una expresión semejante a nuestro dicho: “El tiempo lo dirá”. Al final, la gente se dará cuenta de que tanto Juan como Jesús tenían que cumplir un papel en el plan de la salvación de Dios. La obra de Juan fue la de preparar el camino del Señor al advertir acerca del juicio venidero; la obra de Jesús fue la de personificar el amor y la misericordia de Dios por todos los pecadores, y buscar y salvar a los que se habían perdido. Fue este papel el que lo llevó finalmente a la cruz.

*Jesús es ungido por una pecadora*

**<sup>36</sup> Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiera con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa.**

**<sup>37</sup> Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; <sup>38</sup> y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los secaba con sus cabellos; y besaba sus pies y los ungía con el perfume. <sup>39</sup> Cuando vio esto el fariseo que lo había convidado, dijo para sí: «Si este fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que lo toca, porque es pecadora.» <sup>40</sup> Entonces, respondiendo Jesús, le dijo:**

—Simón, una cosa tengo que decirte.

Y él le dijo:

—Di, Maestro.

<sup>41</sup>—Un acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro, cincuenta. <sup>42</sup>No teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos lo amará más?

<sup>43</sup>Respondiendo Simón, dijo:

—Pienso que aquel a quien perdonó más.

Él le dijo:

—Rectamente has juzgado.

<sup>44</sup>Entonces, mirando a la mujer, dijo a Simón:

—¿Ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para mis pies; pero ella ha regado mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos. <sup>45</sup>No me diste beso; pero ella, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. <sup>46</sup>No ungiste mi cabeza con aceite; pero ella ha ungido con perfume mis pies. <sup>47</sup>Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; pero aquel a quien se le perdona poco, poco ama.

<sup>48</sup>Y a ella le dijo:

—Tus pecados te son perdonados.

<sup>49</sup>Los que estaban juntamente sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí:

—¿Quién es éste, que también perdona pecados?

<sup>50</sup>Pero él dijo a la mujer:

—Tu fe te ha salvado; ve en paz.

Parece que Jesús no rechazaba muchas invitaciones a comer: asistió a las bodas de Caná (Juan 2:1-11) y aceptó la invitación de Leví, el cobrador de impuestos, para asistir al banquete que había en su casa (5:29). En esta ocasión los fariseos y los escribas culparon a Jesús por comer en compañía de los cobradores de impuestos y de los pecadores. Esa fue la queja contra Jesús que

expresaron muchos de los de su generación, como lo oímos en la sección anterior del Evangelio de Lucas (7:34).

En vista de la rápida aceptación de las invitaciones que le hacían, no nos sorprende que Jesús estuviera dispuesto a asistir a una cena en la casa de un fariseo llamado Simón. Más bien uno se sorprende de que ese fariseo le hiciera la invitación. Es muy probable que no lo invitara por amor a Jesús ni por el deseo de aprender más acerca de él; al contrario es probable que el fariseo en realidad haya querido agregar algo más a la lista de críticas contra Jesús. La recepción poco sociable que Jesús tuvo de parte de este hombre (vv.44-46) indica que no sentía un profundo afecto por él.

El incidente nos recuerda lo que se relata en 6:7: “Lo acechaban los escribas y fariseos para ver si en sábado lo sanaría”. La presencia de esta mujer pecadora dio un motivo más para que este fariseo acusara a Jesús.

A la mujer que había llevado una vida de pecado no se le identifica por su nombre. Según la tradición fue María Magdalena, la que había estado poseída por siete demonios (vea 8:2), pero no hay prueba de eso. La vida pecadora de la mujer bien pudo haber sido la de una prostituta. Al enterarse de que Jesús estaba en la casa del fariseo, la mujer llevó un recipiente de alabastro con perfume. El alabastro es un tipo de piedra suave, de color crema o amarillo.

En tiempos de la Biblia, los que asistían a un banquete se reclinaban en un diván o sofá mientras comían, con los pies y las piernas extendidos; eso hizo posible que la mujer se situara detrás de Jesús y a sus pies. Comenzó a regar los pies de Jesús con sus lágrimas y luego los secó con sus cabellos; los besó, derramando perfume sobre ellos. No podemos juzgar ese acto bajo nuestros puntos de vista modernos. En Palestina, donde era una costumbre lavarse los pies con agua, la acción de la mujer no parecía estar tan fuera de lugar, aunque aun así, era fuera de lo común. Hacemos notar la forma amable en que Jesús recibió esta señal de amor y de afecto.

El fariseo también lo notó y se ofendió. No dijo nada en voz alta, pero sus pensamientos estaban llenos de disgusto. La multitud consideraba que Jesús era un gran profeta (7:16), pero el fariseo saca otra conclusión: “Si este fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que lo toca, porque es pecadora”.

Sabiendo lo que pensaba el fariseo, Jesús le contó una historia. Dos hombres debían dinero, uno diez veces más que el otro (el denario era una moneda equivalente a un día de salario). Ninguno de los dos podía pagar la deuda que tenían; en su misericordia, el prestamista les canceló la deuda a los dos. Simón captó el punto de la parábola: el hombre que tenía la deuda más grande tendría más amor para con el prestamista.

Ahora Jesús les aplica la parábola al fariseo y a la mujer pecadora. El fariseo no había mostrado amor por Jesús, mientras que la mujer había mostrado gran amor. Con su amor esta mujer demostró la abundancia del perdón que había recibido.

El versículo 47 parece decir que esta mujer pecadora fue perdonada por causa del gran amor que había demostrado, pero la parábola de Jesús muestra claramente que el perdón le había llegado antes de la demostración de amor: primero la deuda fue cancelada, lo cual resultó en amor hacia el prestamista. Primero la mujer había recibido el perdón de Jesús; después ella demostró su amor por él. La revisión de 1977 de la Reina-Valera de este versículo aclara esto: “Quedan perdonados sus pecados que son muchos; por eso muestra mucho amor”.

Con el fin de tranquilizar a la mujer y para beneficio del fariseo y de sus invitados Jesús le dice: “Tus pecados te son perdonados”. Esto provoca la misma pregunta que surgió en 5:21 en el caso del paralítico. Jesús no responde a la pregunta sino más bien le da una bendición final a la mujer pecadora: “Tu fe te ha salvado; ve en paz”.

Jesús había alabado la gran fe del centurión (7:9). Aquí, otra persona marginada de la sociedad, una mujer que había llevado una vida de pecado, prueba su gran fe con su amor. La fe salva, pero la fe nunca está sola. Una fe viva se demostrará por medio



del amor al Salvador. Esta mujer escogió demostrar su amor de una forma única y poco común. Todos los que en verdad han experimentado el perdón de los pecados encontrarán formas de demostrar su amor por Jesús.

### *La parábola del sembrador*

**8** Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios. Lo acompañaban los doce <sup>2</sup> y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, <sup>3</sup> Juana, mujer de Chuza, intendente de Herodes, Susana y otras muchas que ayudaban con sus bienes.

<sup>4</sup> Juntándose una gran multitud y los que de cada ciudad venían a él, les dijo por parábola:

<sup>5</sup> «El sembrador salió a sembrar su semilla; y mientras sembraba, una parte cayó junto al camino, fue pisoteada y las aves del cielo se la comieron. <sup>6</sup> Otra parte cayó sobre la piedra y, después de nacer, se secó, porque no tenía humedad. <sup>7</sup> Otra parte cayó entre espinos, y los espinos que nacieron juntamente con ella la ahogaron. <sup>8</sup> Y otra parte cayó en buena tierra, nació y llevó fruto a ciento por uno.»

Hablando estas cosas, decía con fuerte voz: «El que tiene oídos para oír, oiga.»

<sup>9</sup> Sus discípulos le preguntaron:

—¿Qué significa esta parábola?

<sup>10</sup> Él dijo:

—A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de Dios, pero a los otros por parábolas, para que viendo no vean y oyendo no entiendan.

<sup>11</sup> »Ésta es, pues, la parábola: La semilla es la palabra de Dios. <sup>12</sup> Los de junto al camino son los que oyen, pero luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra para que no

**crean y se salven. <sup>13</sup> Los de sobre la piedra son los que, habiendo oído, reciben la palabra con gozo, pero no tienen raíces; creen por algún tiempo, pero en el tiempo de la prueba se apartan. <sup>14</sup> La que cayó entre espinos son los que oyen pero luego se van y son ahogados por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto. <sup>15</sup> Pero la que cayó en buena tierra son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia.**

En muchos pasajes, Lucas incluye resúmenes generales de las actividades de Jesús. Uno de esos pasajes se encuentra en 4:43,44, en el que se hace mención específica del hecho de que Jesús predicaba en las sinagogas. En el resumen con el que comienza el capítulo ocho, no se hace mención de las sinagogas. Parece que cada vez más Jesús predica al aire libre (vea 6:17). Su mensaje sigue siendo el mismo que proclamó en la sinagoga de Nazaret (4:18): las buenas nuevas del reino de Dios.

En este viaje de predicación Jesús estuvo acompañado por los doce apóstoles y por algunas mujeres. Para los apóstoles esta es una preparación práctica para el tiempo en que serían enviados a trabajar (9:1). Se hace mención de tres mujeres: María que venía del pueblo de Magdala que estaba en la costa oeste del mar de Galilea; Juana, cuyo esposo tenía un puesto importante en la corte de Herodes Antipas; y Susana. Además había otras mujeres a las que no se nombra. La mención de Herodes indica que el mensaje de Jesús estaba llegando al hogar de algunas familias importantes de la región. Estas mujeres ayudaron a sostener el ministerio de Jesús con su dinero. Con eso dejaron un excelente ejemplo para los cristianos de hoy en día, tanto hombres como mujeres.

En su evangelio, Lucas les presta una atención especial a las mujeres, como, por ejemplo, Elisabet, María, Ana, la suegra de Simón, la viuda en Naín y la mujer pecadora de la historia anterior. Las mujeres que se nombran aquí son testigos importantes de la resurrección; se las menciona presenciando la sepultura de Cristo

(23:55). Lucas menciona a María Magdalena y a Juana entre las mujeres que fueron a la tumba la mañana del domingo de Pascua (24:10).

Juzgando por el número de personas que se reunían para escuchar la predicación de Jesús, se puede decir que sus viajes tuvieron mucho éxito. Sin embargo, por la parábola que Jesús narra es evidente que no todos los que acudían estaban realmente oyendo. Al experimentar eso en su ministerio, Jesús quería que sus discípulos entendieran también esta realidad.

La parábola del sembrador es una parábola muy conocida; también la registran Mateo y Marcos. Jesús narra la historia de un agricultor que estaba sembrando la semilla, la cual cayó en varios lugares: a lo largo del sendero, sobre un terreno rocoso, entre espinas y también en buena tierra. La semilla que cayó en buena tierra produjo una cosecha cien veces mayor que lo sembrado. La semilla que cayó en otras partes no produjo cosecha por las razones que se dan en la parábola.

Cuando Jesús terminó la parábola, retó a su audiencia: “El que tiene oídos para oír, oiga”. Este llamado a escuchar se repite en Lucas 14:35 y también se encuentra en una forma ligeramente diferente en la conclusión de cada una de las siete cartas a las siete iglesias que aparecen en Apocalipsis 2 y 3. Jesús sabe lo difícil que es que la gente realmente escuche su palabra, ya que hay muchas distracciones y tentaciones que evitan que la palabra dé fruto. Por lo tanto este desafío es para los que tienen oídos: ¡Escuchen!

Nosotros, que hemos oído con frecuencia la explicación que hace Jesús de la parábola podríamos encontrar difícil de entender por qué los discípulos le pidieron a Jesús que les explicara el significado de esta historia del agricultor y de la semilla. Jesús les responde dando primero las razones que tenía para hablar en parábolas. A los discípulos se les dan a conocer los secretos del reino de Dios; para los otros (para los que no son discípulos) todo seguiría siendo una parábola, una adivinanza. La gente por lo general queda encantada con la sencillez de las parábolas que dijo

Jesús, pero sin la iluminación del Espíritu Santo, nadie sería capaz de entender. La parábola se convierte en una forma del juicio de Dios sobre los oyentes que realmente se niegan a escuchar.

Jesús cita Isaías 6:9 para respaldar lo que les dice acerca de la palabra de Dios que viene en las parábolas. A Isaías el Señor le encargó que le predicara su palabra a Israel, pero como parte del discurso de su comisión, el Señor le dijo a Isaías que la gente oiría pero no entendería; vería pero no percibiría. Los resultados de la predicación de la palabra no siempre tienen un éxito general tal como Isaías, Jesús y los apóstoles lo descubrieron. Hoy en día nosotros también llegamos a la misma conclusión.

Al explicar la parábola del sembrador, Jesús divide a los que la oyen en cuatro clases: 1) algunos han permitido que el diablo les quite la palabra que habían escuchado aun antes de que ésta empiece a crecer en su corazón y en su vida; 2) algunos reciben la palabra con gozo pero cuando viene el tiempo de las pruebas, caen; 3) en algunos, la planta inmadura de la fe es ahogada por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de este mundo; 4) otros escuchan la palabra, la retienen y producen una buena cosecha de fe y de buenas obras.

Sembrar la semilla de la palabra podría ser un trabajo muy decepcionante si solamente hubiera las tres primeras clases de oidores; pero lo que hace que el agricultor siga sembrando, lo que mantiene al predicador sembrando la semilla de la palabra de Dios, es el hecho de que algunas semillas caen en buena tierra y producen una maravillosa cosecha. Jesús no dejó de predicar porque la respuesta de muchos de sus oidores fuera superficial y sin fruto. Jesús siguió predicando porque él sabía que solamente sembrando la semilla de la palabra finalmente se producirá una buena cosecha. Los hombres y las mujeres fieles que siguieron a Jesús durante su ministerio terrenal fueron las primicias o los primeros frutos de la cosecha que iba a venir después y que iba a ser mucho más grande. Por la gracia de Dios, usted y yo estamos incluidos en este número.

*Una lámpara en lo alto*

**<sup>16</sup>»Nadie enciende una luz para después cubrirla con una vasija, ni la pone debajo de la cama, sino que la pone en un candelero para que los que entren vean la luz. <sup>17</sup> Así nada hay oculto que no haya de ser descubierto, ni escondido que no haya de ser conocido y de salir a la luz. <sup>18</sup> Mirad, pues, cómo oís, porque a todo el que tiene, se le dará, y a todo el que no tiene, aun lo que piensa tener se le quitará.**

Por lo que Jesús dijo acerca de la razón que tenía para hablar en parábolas (8:10), uno podría llegar a la conclusión de que él no está realmente interesado en que la gente entienda la palabra. Esa es ciertamente una conclusión falsa, ya que Jesús lo indica claramente con la historia de la lámpara en lo alto. La palabra de Dios es como una lámpara encendida; nadie enciende una lámpara para luego ocultarla debajo de una vasija ni para ponerla debajo de la cama. Más bien uno pone la lámpara en lo alto, de modo que los que entren puedan ver la luz. Este relato se repite en Lucas 11:33.

Así es con la palabra de Dios; es para alumbrar a las personas. Los seguidores de Jesús deben tener un serio interés en que esta luz brille, no deben pensar en ocultarla ni en guardarla solamente para ellos.

El versículo 17 se repite en Lucas 12:2 y nos ayuda a explicar la afirmación que hizo Jesús de que “a vosotros (es decir, a los discípulos) os es dado conocer los misterios del reino de Dios” (8:10). Este conocimiento les fue dado a los discípulos durante su ministerio terrenal. Jesús les dijo algunas cosas que no les dijo a las multitudes, pero finalmente los apóstoles compartieron esos conocimientos mediante su predicación y sus escritos. Todos los secretos que Jesús les reveló a los discípulos salieron a la luz. Los apóstoles no guardaron sólo para ellos ninguna enseñanza secreta que todavía esté por revelarse.

Por la responsabilidad que tienen de dar a conocer la palabra, Jesús exhorta una vez más a sus discípulos para que escuchen con todo cuidado. Esta advertencia trae consigo una promesa que se encuentra una vez más en 19:26. Jesús promete que cuanto más tenga uno de la palabra, más recibirá. Por otra parte, la persona que no la tiene, perderá hasta lo que piensa que tiene. El discípulo tiene la gran responsabilidad de escuchar la palabra para su propio bien y para el beneficio de aquellos a quienes él se la dará a conocer.

*La madre y los hermanos de Jesús*

**<sup>19</sup> Entonces su madre y sus hermanos vinieron a él; pero no podían llegar hasta él por causa de la multitud. <sup>20</sup> Y se le avisó, diciendo:**

**—Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte.**

**<sup>21</sup> Él entonces respondiendo, les dijo:**

**—Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la obedecen**

Esta historia de la visita de María y de sus hijos, que van a ver a Jesús, probablemente no ocurrió cuando Jesús dijo la parábola del sembrador. Por el versículo 20 parece que Jesús se encontraba en una casa que estaba llena de gente (algo muy parecido a los acontecimientos que se registran en 5:19). Lucas registra este incidente en este punto de su evangelio porque destaca una vez más lo importante que es escuchar la palabra de Dios.

Algunos comentaristas, especialmente los católicos romanos que continúan creyendo que María se conservó virgen toda su vida, interpretan la palabra “hermanos” como “parientes”. Es verdad que en algunas ocasiones la palabra que se usa aquí en griego puede tener ese significado, pero la interpretación más probable es que María sí tuvo otros hijos. Marcos da el nombre de cuatro hermanos de Jesús; ellos son Jacobo (Jacobo), José, Judas y Simón (Marcos 6:3).

Sin embargo, el propósito de esta breve historia no es el de destacar la clase de relación sanguínea que Jesús tuviera. Jesús dice que hay una relación que es mayor que cualquier otro lazo familiar en esta tierra; esa relación se basa en oír la palabra de Dios y en ponerla en práctica. En 6:47, Jesús dijo que el que obra de esa manera es como un hombre que construye su casa y pone los cimientos sobre la roca. Aquí, al que escucha la palabra de Dios y la pone en práctica Jesús lo llama “mi madre y mis hermanos”. ¡Qué importante es ser oidor y hacedor de la palabra!

### *Jesús calma la tempestad*

**<sup>22</sup> Aconteció un día, que entró en una barca con sus discípulos y les dijo:**

**—Pasemos al otro lado del lago.**

**Y partieron. <sup>23</sup> Pero, mientras navegaban, él se durmió. Y se desencadenó una tempestad de viento en el lago, y se anegaban y peligrosaban. <sup>24</sup> Vinieron a él y lo despertaron, diciendo:**

**—¡Maestro, Maestro, que perecemos!**

**Despertando él, reprendió al viento y a las olas; y cesaron y sobrevino la calma.**

**<sup>25</sup> Y les dijo:**

**—¿Dónde está vuestra fe?**

**Atemorizados, se maravillaban y se decían unos a otros:**

**—¿Quién es éste, que aun a los vientos y a las aguas manda, y lo obedecen?**

Lucas introduce la historia de la tempestad que fue calmada por Jesús con las palabras: “Aconteció un día”. Por Marcos 4:35 sabemos que fue el mismo día en que Jesús había dicho la parábola del sembrador. Lucas no vincula tanto esta historia con el día anterior de enseñanza, sino con la siguiente historia, la curación del hombre que había sido poseído por el demonio. Después de

cruzar el mar de Galilea Jesús entró a territorio gentil, donde fue enfrentado por un pagano.

Mientras Jesús y sus discípulos cruzaban el mar, Jesús se durmió. Repentinamente se levantó una tormenta (algo bastante común en el mar de Galilea). Las palabras griegas que se usan aquí son muy coloridas, literalmente fue “una intensa succión de viento”, tal vez como un tornado. Esta descripción ayuda a entender el terror que sintieron los discípulos cuando vieron que su bote se estaba anegando.

Temiendo lo peor, los discípulos despiertan a Jesús. El Maestro se levanta y reprende al viento y a las furiosas aguas; la tormenta disminuye y todo vuelve a la calma. ¡Milagro! Hasta aquí el Evangelio de Lucas sólo ha registrado milagros que muestran el poder de Jesús sobre las enfermedades de la gente; aquí tenemos un milagro que revela el poder que controla aun a las fuerzas de la naturaleza.

Los discípulos estaban asombrados de que Jesús pudo mandar aun a los vientos y a las aguas y que éstos le obedecieran. La palabra “obedecer” se deriva del verbo griego que incluye la palabra “oír”. Lo que los seres humanos no hacen tan bien, los vientos y las aguas sí lo hicieron: escucharon a Jesús cuando él les habló. ¡La naturaleza conoce a su Señor!

El temor de los discípulos, aunque puede ser muy comprensible ante nuestros ojos, muestra la pequeñez de su fe. Ellos todavía estaban aprendiendo acerca del poder omnipotente que poseía Jesús. Se preguntaban: “¿Quién es éste?” La respuesta vendría a ellos gradualmente.

### *La curación del endemoniado*

**<sup>26</sup> Arribaron a la tierra de los gadarenos, que está en la ribera opuesta a Galilea. <sup>27</sup> Al llegar él a tierra, vino a su encuentro un hombre de la ciudad, endemoniado desde hacía mucho tiempo; no vestía ropa ni habitaba en casa, sino en los**



sepulcros. <sup>28</sup> Al ver a Jesús, lanzó un gran grito, y postrándose a sus pies exclamó a gran voz:

—¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te ruego que no me atormentes.

<sup>29</sup> (Jesús le ordenaba al espíritu impuro que saliera del hombre, pues hacía mucho tiempo que se había apoderado de él; y lo ataban con cadenas y grillos, pero, rompiendo las cadenas, era impelido por el demonio a los desiertos.) <sup>30</sup> Jesús le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Él dijo:

—Legión.

Muchos demonios habían entrado en él <sup>31</sup> y le rogaban que no los mandara al abismo. <sup>32</sup> Había allí un hato de muchos cerdos que pacían en el monte; y le rogaron que los dejara entrar en ellos. Él les dio permiso. <sup>33</sup> Entonces los demonios salieron del hombre y entraron en los cerdos, y el hato se precipitó por un despeñadero al lago, y se ahogó.

<sup>34</sup> Los que apacentaban los cerdos, cuando vieron lo que había acontecido, huyeron y dieron aviso en la ciudad y por los campos. <sup>35</sup> Y salieron a ver lo que había sucedido; vinieron a Jesús y hallaron al hombre de quien habían salido los demonios sentado a los pies de Jesús, vestido y en su cabal juicio; y tuvieron miedo. <sup>36</sup> Los que lo habían visto les contaron cómo había sido salvado el endemoniado.

<sup>37</sup> Entonces toda la multitud de la región alrededor de los gadarenos le rogó que se alejara de ellos, pues tenían gran temor. Entró, pues, Jesús en la barca y se fue. <sup>38</sup> El hombre de quien habían salido los demonios le rogaba que lo dejara quedarse con él, pero Jesús lo despidió, diciendo:

<sup>39</sup> —Vuélvete a tu casa y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios contigo.

Él, entonces, se fue, publicando por toda la ciudad cuán grandes cosas había hecho Jesús con él.

El viaje a través del mar de Galilea llevó a Jesús y a los discípulos a la región de los gadarenos. La ciudad llamada Gadara se encuentra a sólo 8 kilómetros de distancia del mar de Galilea. También esta región se conocía como la tierra de los gerasenos (véase Lucas 8:26 en la NVI) por causa de la ciudad de Gerasa (la moderna Jerash) que está localizada a unos 50 kilómetros al sureste del mar de Galilea. Otro nombre, gergesenos, que aparece en algunos manuscritos antiguos griegos del Nuevo Testamento, tal vez venga del nombre del pueblo Gergesa, que está situado en la costa este del lago. Todos esos nombres se refieren a la misma región en general, por lo que es evidente que la historia tuvo lugar muy cerca del lago (véase el versículo 33).

Esta era un área en la que vivían muchos gentiles, como lo indica el hecho de que un hato de cerdos paciera allí. El hombre que estaba poseído por el demonio se puede calificar con el término “pagano”. Aquí Jesús se dirige a territorio pagano, lejos de las sinagogas judías, lejos del pueblo de Israel y de su tierra, y usa su poder de curación en un pagano.

El hombre que sale al encuentro de Jesús está en malas condiciones: está desnudo, viviendo en las tumbas (tal vez en cuevas). La gente había tratado de encadenarlo y de mantenerlo bajo custodia, pero cuando el espíritu maligno se apoderaba de él, rompía las cadenas y se escapaba a los lugares solitarios. Como estaba bajo el control del poder de un espíritu maligno, el hombre reconoció a Jesús (vea 4:34) y respondió a las preguntas que hicieron los discípulos en la historia de la sección anterior: Jesús es el Hijo del Dios Altísimo. Los espíritus malignos saben que merecen la condenación, la tortura eterna en el abismo del infierno (vea Apocalipsis 20:1-3).

Cuando Jesús le pregunta cuál es su nombre, el hombre responde: “Legión”. En los tiempos de César Augusto, una legión romana estaba integrada por seis mil soldados. El hombre usa el término en un sentido general, refiriéndose al gran número de demonios que se habían apoderado de él. Esta legión de demonios

le suplicó a Jesús que no les ordenara ir al infierno, sino que le diera permiso para entrar en un hato de cerdos que pacían en la colina (Marcos 5:13 relata que había allí 2.000 cerdos). Jesús les dio el permiso, lo que a su vez hizo que la manada se precipitara colina abajo, se despeñara por el abismo, cayera al mar y se ahogara. Esa es una manera de dar a conocer del lago de fuego dentro del que Satanás finalmente será echado (Apocalipsis 20:10). El agua de donde los discípulos habían escapado por el poder de Jesús vino a ser el destino final de esa manada de cerdos endemoniados. Jesús muestra su poder sobre el diablo también en territorios paganos.

Es necesario decir que ese hombre se encontraba totalmente indefenso ante los demonios. Era incapaz de salvarse a sí mismo; estaba completamente controlado por el poder del mal. En esas condiciones, sólo Jesús lo podía rescatar. Esa es una imagen viva de la naturaleza de nuestra condición espiritual, de estar bajo el poder de Satanás. Damos gracias a Dios porque Cristo nos ha rescatado de ese espantoso poder con su vida de obediencia y con su muerte y resurrección.

Algunos han sugerido que esta historia muestra a Jesús siendo cruel con los animales. Difícilmente se puede llegar a esa conclusión considerando el hecho de que los demonios son los que piden que les conceda entrar en los cerdos para provocar así su muerte. El permiso que les da Jesús sirve como una lección objetiva con respecto al poder destructor del diablo. Lo que le interesa a Jesús es la salvación de los pecadores perdidos; es bajo esa luz que se debe interpretar la destrucción de los cerdos.

Cuando los pobladores de la región de los gadarenos se enteraron de lo que les había sucedido a los cerdos y vieron al hombre vestido y en su sano juicio, le pidieron a Jesús que abandonara el lugar. Es sorprendente que le hayan hecho esa petición a una persona que obviamente era muy poderosa y que potencialmente les podría hacer mucho bien. Lucas señala dos veces el motivo que había detrás de esa petición: tenían miedo. Es el mismo sentimiento que experimentó Pedro cuando se encontró

frente a la pesca milagrosa. El hombre pecador se llena de espanto cuando se enfrenta al santo Dios; ese es el temor que estos gentiles sintieron. El bien que Cristo le hizo al hombre endemoniado está a la altura del juicio que cayó sobre los demonios. El juicio es lo que teme el pecador; sólo en la cruz desaparece este temor.

Jesús responde a la petición de esa gente: se va de la misma forma que había venido. El hombre que había quedado libre de los demonios les suplicó que lo dejaran ir con ellos, quería ser seguidor de Jesús, pero Jesús tenía otro trabajo para encomendarle a este hombre: debía ser un testigo. Inclusive antes de que Jesús enviara a sus propios apóstoles como testigos, envió a este hombre que tenía una maravillosa historia de salvación para contar. Aquí tenemos a un pagano convertido que estaba listo para compartir lo que había experimentado debido a que había aprendido a conocer a Cristo como su Salvador.

*Una niña muerta y una mujer enferma*

**<sup>40</sup> Cuando volvió Jesús, lo recibió la multitud con gozo, pues todos lo esperaban. <sup>41</sup> Entonces llegó un hombre llamado Jairo, que era un alto dignatario de la sinagoga; postrándose a los pies de Jesús, le rogaba que entrara en su casa, <sup>42</sup> porque tenía una hija única, como de doce años, que se estaba muriendo.**

**Y mientras iba, la multitud lo oprimía.**

**<sup>43</sup> Pero una mujer que padecía de flujo de sangre desde hacía doce años, y que había gastado en médicos todo cuanto tenía y por ninguno había podido ser curada, <sup>44</sup> se le acercó por detrás y tocó el borde de su manto. Al instante se detuvo el flujo de su sangre. <sup>45</sup> Entonces Jesús dijo:**

**—¿Quién es el que me ha tocado?**

**Todos lo negaban, y dijo Pedro y los que con él estaban:**

**—Maestro, la multitud te aprieta y oprime, y preguntas:**

**“¿Quién es el que me ha tocado?”**

**<sup>46</sup> Pero Jesús dijo:**

—Alguien me ha tocado, porque yo he sentido que ha salido poder de mí.

<sup>47</sup> Entonces, cuando la mujer vio que había sido descubierta, vino temblando y, postrándose a sus pies, le declaró delante de todo el pueblo por qué causa lo había tocado y cómo al instante había sido sanada. <sup>48</sup> Él le dijo:

—Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz.

<sup>49</sup> Estaba hablando aún, cuando vino uno de casa del alto dignatario de la sinagoga a decirle:

—Tu hija ha muerto; no molestes más al Maestro.

<sup>50</sup> Oyéndolo Jesús, le respondió:

—No temas; cree solamente y será salva.

<sup>51</sup> Entrando en la casa, no dejó entrar a nadie consigo, sino a Pedro, a Jacobo, a Juan y al padre y a la madre de la niña.

<sup>52</sup> Todos lloraban y hacían lamentación por ella. Pero él dijo:

—No lloréis; no está muerta, sino que duerme.

<sup>53</sup> Y se burlaban de él, porque sabían que estaba muerta.

<sup>54</sup> Pero él, tomándola de la mano, clamó diciendo:

—¡Muchacha, levántate!

<sup>55</sup> Entonces su espíritu volvió, e inmediatamente se levantó; y él mandó que se le diera de comer. <sup>56</sup> Sus padres estaban atónitos; pero Jesús les mandó que a nadie dijeran lo que había sucedido.

Lucas no menciona la ciudad a la que regresó Jesús después de su viaje a través del Mar de Galilea. Es tentador imaginar que regresó a Capernaúm. Eso podría vincular a Jairo, que era jefe de la sinagoga, con el edificio que construyó el centurión cuyo siervo había sido sanado por Jesús (7:5). En todo caso, parece que Jairo conocía personalmente a Jesús y que estaba familiarizado con su poder para sanar. Eso lo llevó a caer de rodillas para suplicarle que fuera a su casa donde su única hija se encontraba gravemente enferma. El hecho de que se haya registrado el nombre de Jairo parece indicar que era una persona bien conocida en la iglesia antigua.

Hay un marcado contraste entre Jairo y el hombre de la historia anterior. Jairo era judío, instruido en la ley y en la vida de la sinagoga; tenía un hogar donde vivía con su esposa y su hija. Pero en ambos casos los dos hombres están en problemas, y sólo Jesús los puede ayudar. En el caso del pagano que estaba endemoniado para ayudarlo, Jesús se le acercó a él. En el caso de Jairo, él se acerca a Jesús para suplicarle que lo ayude.

Cuando Jesús se encuentra de camino a la casa de Jairo, la multitud se apretuja alrededor de él. En ocasiones anteriores, Lucas mencionó que la multitud se apretujaba alrededor de Jesús (5:19; 8:19). En ambos casos, a una persona que buscaba a Jesús no se le permitió llegar hasta el Señor. En esta historia las multitudes sirven para disimular la presencia de una mujer que parece demasiado avergonzada para pedirle ayuda a Jesús; esa mujer había sufrido de sangrado menstrual durante doce años. Sus problemas médicos habían comenzado el mismo año en que nació la hija de Jairo. La mujer había buscado la ayuda de los médicos de su época, pero sin ningún resultado. Ahora ella tocó el borde del manto de Jesús con la esperanza de ser sanada (en 6:19 nos enteramos de otros que trataron de tocar a Jesús porque sabían que tenía el poder de sanar). Inmediatamente se le detuvo el flujo de sangre. Había recuperado la buena salud.

Jesús se dio cuenta de inmediato de que alguien que estaba entre la multitud lo había tocado de una forma especial, y dijo: “Yo he sentido que ha salido poder de mí”. Este es el poder del Espíritu (4:14), el poder del Señor para sanar (5:17), el poder que no se agota. La afirmación que hace Jesús de que un poder había salido de él es un ejemplo de la forma de hablar de Dios en un lenguaje que los humanos podamos entender. Al hacer esta afirmación su propósito es hacer que se presente la persona que lo ha tocado y hacer que el entendimiento espiritual de esa persona sea más profundo.

Viendo que no había pasado inadvertida, la temblorosa mujer cayó a los pies de Jesús en presencia de la multitud y narró su historia. Era evidente que para ella no era fácil hablar acerca de

algo que la había tenido profundamente agobiada por tantos años, algo que había tratado de mantener oculto ante los demás de la mejor manera que le había sido posible. Ahora está en una situación en la que debe decir todo. Jesús quiere corregir una idea equivocada acerca de esa curación, como si el solo hecho de tocar mecánicamente a una persona que tiene este poder pudiera lograr una curación. Jesús le dijo a la mujer frente a la multitud: “Hija, tu fe te ha sanado; ve en paz”. ¡Esta mujer tuvo fe en el poder sanador de Jesús, y la fe salva!

Mientras tanto, en el hogar de Jairo, había ocurrido algo trágico: antes de que el divino sanador llegara, la niña de doce años había muerto. A Jairo le dan la noticia: “Tu hija ha muerto; no molestes más al Maestro”. En este punto Jairo se pudo haber sentido disgustado por la interrupción que había tenido lugar, evitando así que Jesús llegara a tiempo, antes de que su hija muriera.

Jesús le dice palabras tranquilizadoras al desconsolado padre: “No temas; cree solamente, y será salva”. Algunas versiones traducen “sanada” en lugar de “salva”, pero eso no le hace justicia a la palabra griega que se usa en el original. En efecto, Jesús le estaba diciendo: “La gente que ha muerto será salvada; sólo tenga fe”.

Al llegar Jesús a la casa de Jairo, mandó parar todo llanto y pesar. La afirmación que hizo de que la niña no estaba muerta sino sólo dormida hizo reír a los presentes. Esto es evidencia del hecho de que aquí ocurrió una verdadera resurrección de los muertos y no era el caso de alguien que salía de un estado comatoso.

Jesús permitió que sólo entraran con él a la casa el padre y la madre de la niña, además de sus discípulos Pedro, Jacobo y Juan. A Pedro, a Jacobo y a Juan se les mencionó juntos también cuando Jesús los llamó a que lo siguieran (5:8-10). Estarán con él en el monte de la transfiguración (9:28) y en el huerto de Getsemaní. Ahora son testigos de la resurrección de esta niña de entre los muertos.

Ante el mandato de Jesús, la niña se incorpora. Jesús pide que se le dé algo de comer, como una demostración de que está verdaderamente viva (vea 24:41-43). Esta es la segunda vez que Lucas relata la resurrección de alguien de entre los muertos. En 7:11-17, el hijo único de una viuda es devuelto a la vida; aquí la hija única de Jairo y de su esposa es devuelta a la vida. ¡Qué gozo es el que trae Jesús a la vida de las personas! Ese es el poder del Señor de la vida.

¿Por qué les ordena Jesús a los sorprendidos padres que no le digan nada a nadie? Es posible que nosotros no entendamos por completo las razones que tuvo para dar esta orden. Debemos notar dos cosas: en la historia anterior Jesús envió al hombre de la región de los gentiles a que se fuera a casa y contara lo mucho que Dios había hecho por él (8:39); y en la siguiente historia Jesús envía a sus apóstoles a predicar el reino de Dios (9:2). En el caso de la niña resucitada de los muertos, es como si Jesús estuviera diciendo: “No le digan nada a la gente, sino dejen que saquen sus propias conclusiones. Ellos pueden ver por sí mismos que la niña vive.” Para todo el que realmente quisiera ver, el poder de Jesús era evidente; no había necesidad de más testimonio en esa ciudad.

### *Jesús envía a los doce*

**9** Reunido a sus doce discípulos, les dio poder y autoridad sobre todos los demonios y para sanar enfermedades. <sup>2</sup>Y los envió a predicar el reino de Dios y a sanar a los enfermos. <sup>3</sup>Les dijo:

—No toméis nada para el camino: ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero; ni llevéis dos túnicas. <sup>4</sup>En cualquier casa donde entréis, quedad allí, y de allí salid. <sup>5</sup>Dondequiera que no os reciban, salid de aquella ciudad y sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos.

<sup>6</sup>Y saliendo, pasaban por todas las aldeas anunciando el evangelio y sanando por todas partes.



**<sup>7</sup> Herodes, el tetrarca, oyó de todas las cosas que hacía Jesús, y estaba perplejo, porque decían algunos: «Juan ha resucitado de los muertos»; <sup>8</sup> otros: «Elías ha aparecido»; y otros: «Algún profeta de los antiguos ha resucitado.» <sup>9</sup> Y dijo Herodes:**

**—A Juan yo lo hice decapitar; ¿quién, pues, es éste de quien oigo tales cosas?**

**Y procuraba verlo.**

El capítulo anterior del Evangelio de Lucas comenzó diciendo que los doce apóstoles y algunas mujeres acompañaban a Jesús en su viaje de predicación recorriendo “todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el reino de Dios”. Ahora en este capítulo noveno, Lucas nos dice que es tiempo de que los apóstoles sean enviados a predicar el evangelio y a sanar enfermedades. Todo esto era parte de su capacitación para un ministerio que se habría de prolongar después de la ascensión de Cristo a los cielos.

Una y otra vez hemos oído acerca del poder y de la autoridad que Cristo poseía como el siervo ungido de Dios. Jesús ahora les concede a los doce el poder y la autoridad para echar fuera demonios y para sanar enfermedades. El libro de los Hechos de los Apóstoles da un buen número de ejemplos de la manera en que ellos siguieron usando ese poder sanador en la antigua iglesia.

Jesús quiere que viajen con un mínimo de equipaje, como soldados que viven de lo que encuentren en el camino. No deben cargar bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni ropa extra. La prohibición del bastón (que se permite en Marcos 6:8) quizá signifique que no deben llevar uno extra en caso de que el bastón que normalmente usan los caminantes se quiebre o se pierda (vea también Mateo 10:10). La posada y la alimentación les serían provistas en las casas hospitalarias de cada ciudad. Y si no fueran bienvenidos, Jesús les dice a sus apóstoles que “al salir de aquella ciudad sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos”, que se deshagan de todo lo que pudiera adherirse a ellos y que pertenezca a ese pueblo. Los doce habían dejado todo para

seguir a Jesús (5:11); ahora iban a tener una prueba de lo que realmente significaba eso. Esta fue la lección acerca de cómo dejar todo en las manos del Señor.

Mientras los apóstoles estaban en su viaje de predicación, Lucas añade una nota acerca de la perplejidad de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y de Perea. La esposa de Chuza, el administrador de la corte de Herodes, apoyaba con sus bienes al popular predicador y sanador de Galilea (8:3). La pregunta que hace Herodes es una pregunta que otros también se estaban haciendo: “¿Quién es éste?” Algunos decían que Jesús era Juan el Bautista que había resucitado de entre los muertos o Elías, o algún otro profeta del Antiguo Testamento que había vuelto a la vida. Herodes recuerda que había hecho decapitar a Juan (la historia se encuentra en Marcos 6:17-29) y es seguro que aquí no se trata de que un muerto haya regresado. Sin embargo, no encuentra respuesta a su pregunta y trata de ver a Jesús. Ese deseo le será concedido cuando Pilato le envíe a Jesús para enjuiciarlo (23:8). La curiosidad de Herodes acerca de Jesús no lo guía hacia la fe.

### *Jesús alimenta a los cinco mil*

**<sup>10</sup> Al regresar los apóstoles, le contaron todo lo que habían hecho. Y tomándolos, se retiró aparte, a un lugar desierto de la ciudad llamada Betsaida. <sup>11</sup> Cuando la gente lo supo, lo siguió; y él los recibió, les hablaba del reino de Dios y sanaba a los que necesitaban ser curados.**

**<sup>12</sup> Pero el día comenzaba a declinar. Acercándose los doce, le dijeron:**

**—Despide a la gente, para que vayan a las aldeas y campos de alrededor y se alojen y encuentren alimentos, porque aquí estamos en lugar desierto.**

**<sup>13</sup> Él les dijo:**

**—Dadles vosotros de comer.**

**Dijeron ellos:**

—**No tenemos más que cinco panes y dos peces, a no ser que vayamos nosotros a comprar alimentos para toda esta multitud.**

**<sup>14</sup> Eran como cinco mil hombres. Entonces dijo a sus discípulos:**

—**Hacedlos sentar en grupos de cincuenta.**

**<sup>15</sup> Así lo hicieron, haciéndolos sentar a todos. <sup>16</sup> Y tomando los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo, los bendijo, los partió y dio a sus discípulos para que los pusieran delante de la gente. <sup>17</sup> Comieron todos y se saciaron; y recogieron lo que les sobró: doce cestas de pedazos.**

Herodes había preguntado: “¿Quién es éste?” La respuesta a esa pregunta sobresale de entre la serie de historias que siguen a continuación. Este es un capítulo clave en el Evangelio de Lucas: la alimentación de los cinco mil, la confesión de Pedro acerca de Cristo, la primera y la segunda predicción del sufrimiento y de la muerte de Cristo, la transfiguración y el comienzo del viaje a Jerusalén. Todo ayuda a responder a la pregunta acerca de la identidad de Jesús.

Los apóstoles habían regresado de su primer viaje de predicación y le informaron a Jesús lo que habían hecho. Pero su preparación está lejos de ser completa; la siguiente gran lección que van a aprender será en un lugar solitario cerca de la ciudad de Betsaida. En 10:13, este es uno de los lugares que Jesús señaló especialmente para condenación debido a que sus habitantes se negaron a arrepentirse a pesar de haber sido testigos de sus milagros. Betsaida significa “casa de pesca o caza” y se encuentra en la costa noreste del mar de Galilea; los apóstoles Felipe, Pedro y Andrés provenían de esa ciudad (Juan 1:44). En el versículo 12, se indica que Jesús no se encontraba en la ciudad misma de Betsaida, sino en sus alrededores.

Jesús se retiró con sus discípulos a un lugar apartado con la finalidad de estar lejos de las multitudes, pero no fue posible; las multitudes lo siguieron y Jesús les dio la bienvenida. Les habló

acerca del reino de Dios y también llevó a cabo algunas curaciones. Los apóstoles se estaban dando cuenta de lo difícil que es alejarse de las personas que necesitan ayuda.

Al declinar el día, los apóstoles comenzaron a inquietarse acerca del alojamiento y de la alimentación que iba a necesitar la muchedumbre. Los apóstoles acababan de regresar de un viaje donde ellos mismos habían experimentado esa necesidad, sabían cuáles eran los apuros en los que se iban a encontrar todas esas personas. Por lo tanto, le sugieren a Jesús que les diga que se vayan. Sin embargo, Jesús se niega a hacerlo y les dice: “Dadles vosotros de comer”. Jesús obliga a los apóstoles a tomar la iniciativa de proveer los alimentos.

En su viaje no habían llevado consigo ningún alimento (9:3); pero aquí sí tienen a la mano cinco panes y dos peces, lo que es suficiente para ellos mismos, pero de ningún modo suficiente para cinco mil hombres con sus respectivas familias.

Jesús se hace cargo de la situación tal como lo hizo en las bodas de Caná cuando se acabó el vino (Juan 2:1-11). A los discípulos les dice que sienten a la gente en grupos de cincuenta en cincuenta (tal vez para hacer la distribución más ordenada y para que nadie se quedara sin comer). Jesús tomó los cinco panes y los dos peces, alzó los ojos al cielo, dio gracias y los partió. Luego se los dio a sus discípulos para que los distribuyeran (la iglesia antigua vio en toda esta acción un símbolo de la Santa Cena del Señor, que Jesús instituyó más tarde; las palabras que describen lo que Jesús hizo son muy similares a las palabras de la institución).

A la multitud todo este episodio le parece algo muy común. Todos comen, quedan satisfechos y siguen su camino. No hay ninguna reacción ni ningún reconocimiento por parte de los presentes acerca del milagro que acaba de ocurrir. Como ocurrió con el maestra sala del banquete de las bodas de Caná, la multitud ni siquiera se dio cuenta de dónde había venido esta comida.

¡Pero los discípulos sí lo sabían! Ese fue un milagro para ellos, uno de los secretos del reino (8:10). Cada uno tuvo una cesta

llena de sobras que era la prueba de la alimentación sobrenatural que provino de tan solo cinco panes y dos peces. Lo que Jesús se negó a hacer para sí mismo cuando fue tentado por el diablo, lo hizo por la muchedumbre como una experiencia aleccionadora para sus discípulos. Ellos aprendieron en un sentido literal la verdad de las palabras de María: “A los hambrientos colmó de bienes” (1:53). Ellos serían los privilegiados que alimentarían a todas las naciones con el pan de vida, un recurso que satisfaría y que nunca se agotaría. El Señor provee.

Este es el único milagro del ministerio de Jesús en Galilea que registran los cuatro evangelistas. Claramente es un acontecimiento importante debido a la magnitud de la multitud y a la importancia teológica que Jesús le da a la alimentación en un sermón posterior que está registrado en Juan 6:25-71. La multitud continúa deseando el pan terrenal suponiendo que éste es el propósito del ministerio de Cristo. Jesús dice que él es el pan de vida y les promete la vida eterna a los que comen de este pan.

### *La confesión de Pedro acerca de Cristo*

**<sup>18</sup> Aconteció que mientras Jesús oraba aparte, estaban con él los discípulos; y les preguntó, diciendo:**

**—¿Quién dice la gente que soy yo?**

**<sup>19</sup> Ellos respondieron:**

**—Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, que algún profeta de los antiguos ha resucitado.**

**<sup>20</sup> Él les dijo:**

**—¿Y vosotros, quién decís que soy?**

**Entonces, respondiendo Pedro, dijo:**

**—El Cristo de Dios.**

**<sup>21</sup> Pero él les mandó que a nadie dijeran esto, encargándoselo rigurosamente, <sup>22</sup> y diciendo:**

**—Es necesario que el Hijo del hombre padezca muchas cosas y sea desechado por los ancianos, por los principales**

sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto y resucite al tercer día.

<sup>23</sup> Y decía a todos:

—Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame. <sup>24</sup> Todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará, <sup>25</sup> pues, ¿qué aprovecha al hombre si gana todo el mundo y se destruye o se pierde a sí mismo?, <sup>26</sup> porque el que se avergüence de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del hombre cuando venga en su gloria, y en la del Padre y de los santos ángeles. <sup>27</sup> Pero en verdad os digo que hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios.

“¿Quién es éste?” fue la pregunta que se hicieron los discípulos después que Jesús ya había calmado la tempestad en el mar (8:25) y también fue la misma pregunta que se hizo Herodes cuando escuchó acerca de las cosas que Jesús estaba haciendo (9:9). Ahora es Jesús quien les hace esa pregunta a sus discípulos, pidiendo primero que le digan quién dice la gente que él es y después que le digan qué es lo que ellos mismos piensan que él es. Esta es también una pregunta que la gente debe contestar hoy en día: ¿Quién es Jesús?

Hemos leído mucho acerca de las multitudes que se apretujaban alrededor de Jesús en todos los lugares a donde iba, pero cuando Jesús hace esta pregunta acerca de su identidad, está solo con sus discípulos al norte del mar de Galilea, cerca de Cesárea de Filipo (Marcos 8:27). Para Jesús, este es un tiempo de oración y de meditación, y también es una oportunidad para hacerles una sorprendente revelación a sus discípulos.

En respuesta a la pregunta de Jesús, los discípulos le relatan una variedad de opiniones sostenidas por la muchedumbre, todas ellas incorrectas. Es Pedro, como portavoz del grupo, quien responde a la pregunta de Jesús con una confesión personal,

identificando correctamente a Jesús como el Cristo de Dios. Para el lector del Evangelio de Lucas esta identificación no es ninguna sorpresa. El nombre Cristo lo usó el ángel en la anunciación del nacimiento a los pastores, y los demonios le habían dado a Jesús este mismo título (4:41). Pero ahora por primera vez se oye la palabra “Cristo” de los labios de un ser humano.

El título “Cristo” estaba en gran peligro de ser mal entendido ya que la opinión general era que el papel del Cristo prometido (el Mesías) sería el de establecer un reino terrenal judío. Es por eso que Cristo hace esta prohibición a sus discípulos, advirtiéndoles que no digan nada acerca de su verdadera identidad. Pues, como pronto les iba a revelar, su verdadero papel como Cristo es el de sufrir y morir en la cruz.

Esta es la primera de las tres predicciones que hace Jesús con respecto a su muerte y su resurrección. Se refiere a sí mismo como el Hijo del hombre para dar énfasis su verdadera naturaleza humana. Lucas no menciona ninguna reacción de parte de los discípulos ante esta predicción, pero Marcos 8:31-33 nos dice que Pedro fue el que inició la protesta contra esta manera de terminar la vida de Jesús.

Lucas va directo a las implicaciones que el mensaje de la cruz tiene para los seguidores de Jesús. Seguir a Jesús significa la abnegación; eso significa sacrificar la voluntad propia por causa de Cristo. La cruz aquí no se refiere a las aflicciones y los problemas que por lo común llegan a la vida de los cristianos y de los no cristianos por igual. Más bien la cruz consiste en aceptar cualquier sufrimiento que pueda resultar de un compromiso sincero con Cristo y su reino. Para muchos de los discípulos, confesar a Cristo iba a significar la muerte.

Sin embargo, Jesús pone en claro que una vida entregada a la sobrevivencia personal es una vida perdida, mientras que una vida perdida por causa del Señor es una vida salvada. Ganar el mundo entero a costa de la propia vida no vale la pena. La vida en este mundo significa algo más que sólo lo físico. Jesús habla de la vida en dos sentidos: la terrenal y la eterna. Relaciona directamente

la abnegación de una persona en esta vida terrenal con lo que le ocurrirá en el día del juicio: el Hijo del hombre se avergonzará de la persona que se avergüence de él y de sus palabras.

Para los discípulos, esta conversación acerca del sufrimiento y de la muerte sonaba muy extraña y de mal presentimiento. Hasta este punto Jesús había tenido un enorme éxito en obtener el aprecio de las multitudes, pero ahora se acaban de enterar de la revelación de la cruz. Este mismo capítulo encontrará a Jesús afirmando “su rostro para ir a Jerusalén” (9:51).

Aun así la finalidad no es la cruz sino el reino de Dios. El fin es la victoria y la gloria. Jesús concluye su conversación con esta bella promesa: “Pero en verdad os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios”. Ver el reino de Dios puede significar muchas cosas, puede significar la vida eterna o la segunda venida de Cristo. Pero por la forma en que Jesús habla aquí acerca de los discípulos que no gustarán la muerte antes de ver el reino de Dios, es necesario que pensemos en la revelación gloriosa del reino de Dios después de la resurrección de Jesús como se registra en el libro de Hechos. Pedro y muchos otros de los discípulos que tomaron su cruz y siguieron a Jesús vieron el cumplimiento de esta promesa. Este es un cumplimiento que aún continuamos presenciando hoy en día cuando somos testigos de la difusión del mensaje de la cruz de Cristo a todas las naciones. Esta es la clase de reino en el que Cristo reina, la clase de reino que él ganó con su muerte y resurrección.

### *La transfiguración*

**<sup>28</sup> Como ocho días después de estas palabras, Jesús tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar.**

**<sup>29</sup> Mientras oraba, la apariencia de su rostro cambió y su vestido se volvió blanco y resplandeciente. <sup>30</sup> Y dos varones hablaban con él, los cuales eran Moisés y Elías. <sup>31</sup> Estos aparecieron rodeados de gloria; y hablaban de su partida,**



**que Jesús iba a cumplir en Jerusalén. <sup>32</sup> Pedro y los que lo acompañaban estaban rendidos de sueño; pero, permaneciendo despiertos, vieron la gloria de Jesús y a los dos varones que estaban con él. <sup>33</sup> Y sucedió que, mientras estos se alejaban de él, Pedro dijo a Jesús:**

**—Maestro, bueno es para nosotros estar aquí. Hagamos tres enramadas, una para tí, una para Moisés y una para Elías.**

**Pero no sabía lo que decía. <sup>34</sup> Mientras él decía esto, vino una nube que los cubrió; y tuvieron temor al entrar en la nube. <sup>35</sup> Y vino una voz desde la nube, que decía: «Éste es mi Hijo amado; a él oíd.»**

**<sup>36</sup> Cuando cesó la voz, Jesús se encontraba solo. Ellos callaron, y por aquellos días no dijeron nada a nadie de lo que habían visto.**

Pedro había identificado correctamente a Jesús como el Cristo de Dios, pero aun así, este título que le da a Jesús es insuficiente para expresar su verdadera naturaleza. Casi ocho días después de la confesión de Pedro, ocurrió un acontecimiento que dio la respuesta del Padre celestial a la pregunta: “¿Quién es éste?”

Jesús lleva a Pedro, Juan y Jacobo (8:51) para que lo acompañen a lo alto de un monte a orar. Cuando Jesús está orando, su rostro y su vestido cambian repentinamente, es transfigurado y aparece en la gloria celestial. Dos personajes famosos del Antiguo Testamento, que habían muerto mucho tiempo antes, aparecen con Jesús: Moisés, que fue el dador de la ley en el monte Sinaí y que tuvo el privilegio de gozar de una estrecha amistad con el Señor (Éxodo 33:12-23); y Elías, que había sido arrebatado a los cielos por un torbellino sin morir (2 Reyes 2:11-18). De acuerdo con la creencia judía, se esperaba que estos dos hombres fueran a regresar al fin del mundo.

Moisés había hablado de un profeta que iba a venir: “Un profeta como yo te levantará Jehová, tu Dios, de en medio de ti, de tus hermanos; a él oiréis” (Deuteronomio 18:15). Muchos

reconocieron que Jesús era en verdad un profeta; hay ciertos aspectos que demuestran que Jesús junto con Juan el Bautista cumplieron el papel del Elías que iba a volver, pero ninguna de esas identificaciones encaja con la que Dios mismo le da aquí en la transfiguración.

La conversación que tuvo lugar entre estos tres santos glorificados en la montaña se centraba en lo mismo que Jesús les había presentado poco tiempo antes a sus discípulos: su partida. La palabra griega que se usa aquí es “*éxodo*”. Moisés había sido el líder del *éxodo* que sacó a los israelitas de la esclavitud en la tierra de Egipto a la libertad de la tierra prometida. Jesús es el líder del nuevo *éxodo* de la esclavitud del pecado a la tierra prometida en los cielos. Su propia partida iba a tener lugar en Jerusalén, un *éxodo* por medio de la cruz hacia la gloria celestial.

Pedro y sus compañeros gradualmente llegaron a darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. (¿Ocurrió la transfiguración durante la noche?) Es sólo cuando Moisés y Elías están por partir que Pedro hace un intento por perpetuar la gloriosa visión; la propuesta que hace de construir tres albergues o tiendas revela su falta de comprensión de lo que ve. Aquí hay una visión que no puede caber en una construcción terrenal.

Pedro aún se encuentra hablando cuando una nube cubre el monte (como ocurrió en el monte Sinaí) y se escucha otra voz. En el bautismo de Jesús, la voz celestial se dirigió directamente a Jesús: “Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia” (3:22). Ninguno de los tres discípulos había escuchado esas palabras; ahora se repite esa identificación para beneficio de ellos: “Este es mi Hijo amado; a él oíd”. Más que el profeta Moisés, Jesús es alguien a quien la gente está obligada a escuchar. Jesús es el mismo Hijo de Dios, y sus palabras tienen un significado mucho mayor. Él es el Verbo mismo de Dios, la revelación final y completa de la voluntad de Dios para el mundo.

La visión desapareció de manera tan súbita como había aparecido; de igual manera los representantes del Antiguo Testamento, Moisés y Elías, también desaparecieron. Los

discípulos quedan solos con Jesús. Esta había sido una experiencia emocionante pero sobrecogedora, una experiencia que no iban a compartir con los demás hasta después de que Jesús hubiera resucitado de entre los muertos (Marcos 9:9). Fue entonces cuando comenzaron a comprender lo que habían visto: un anticipo de la resurrección y de los cielos. Aquí se encuentra la respuesta de Dios a la pregunta acerca de la identidad de Jesús: “Éste es mi Hijo”.

### *Jesús sana a un muchacho endemoniado*

**<sup>37</sup> Al día siguiente, cuando descendieron del monte, una gran multitud les salió al encuentro. <sup>38</sup> Y un hombre de la multitud clamó diciendo:**

**—Maestro, te ruego que veas a mi hijo, pues es el único que tengo; <sup>39</sup> y sucede que un espíritu lo toma y, de repente, lo hace gritar, lo sacude con violencia, lo hace echar espuma y, estropeándolo, a duras penas se aparta de él. <sup>40</sup> Rogué a tus discípulos que lo echaran fuera, pero no pudieron.**

**<sup>41</sup> Respondiendo Jesús, dijo:**

**—¡Generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros y os he de soportar? Trae acá a tu hijo.**

**<sup>42</sup> Mientras se acercaba el muchacho, el demonio lo derribó y lo sacudió con violencia; pero Jesús reprendió al espíritu impuro, sanó al muchacho y se lo devolvió a su padre. <sup>43</sup> Y todos se admiraban de la grandeza de Dios.**

**Estando todos maravillados de todas las cosas que hacía, dijo a sus discípulos:**

**<sup>44</sup> —Haced que os penetren bien en los oídos estas palabras, porque acontecerá que el Hijo del hombre será entregado en manos de hombres.**

**<sup>45</sup> Pero ellos no entendían estas palabras, pues les estaban veladas para que no las entendieran; y temían preguntarle sobre esas palabras.**

Al bajar del monte de la transfiguración, Jesús se enfrentó al sufrimiento que causa el pecado en este mundo. De entre la multitud sale a su encuentro un hombre que le pide su ayuda; le describe la condición de su hijo con síntomas muy similares a lo que hoy llamamos epilepsia. El padre había llevado al niño enfermo ante los discípulos de Jesús (mientras él se encontraba en el monte), pero los discípulos no lo pudieron ayudar.

Las palabras que Jesús pronuncia en el versículo 41 están dirigidas a todos los presentes: a la multitud, al padre del muchacho y a los discípulos. La multitud siempre está lista para maravillarse ante los milagros de Jesús, pero no para manifestar verdadera fe; el padre admite su poca fe como lo relata Marcos (9:24); y los discípulos, por su incapacidad de echar fuera el demonio, muestran una falta de fe en el poder y en la autoridad que les había dado el Señor (9:1). Jesús está claramente irritado por esa generación perversa e incrédula. El peso de la cruz que él llevaba por los pecados del mundo, incluyendo el pecado de la incredulidad, era una presión muy fuerte.

Aun así, su compasión no falla. Invita al padre a traer a su hijo. En ese mismo momento el joven es presa de otra convulsión; el espíritu maligno sabe que el control que hasta ahora ha ejercido sobre el joven ha llegado a su fin. Jesús increpa al demonio, sana al muchacho, y se lo devuelve a su padre. Una vez más se ha manifestado la grandeza de Dios.

Lucas hace una estrecha conexión entre esta historia y la segunda predicción que Jesús hace de su pasión. Es casi como si Jesús tuviera la mente ocupada en algo más mientras sana al muchacho. Está pensando que, como el único hijo de su padre, él también debe ser afligido por todos los poderes de Satanás y del infierno.

Cuando Jesús se transfiguró, el Padre celestial mandó a los apóstoles que estaban ahí presentes: “Éste es mi Hijo amado; a él oíd”. Jesús presenta su afirmación de que el Hijo del hombre será traicionado al ser entregado en manos de hombres, con una

advertencia: “Haced que os penetren bien en los oídos estas palabras”. Pero lo que Jesús tenía que decirles era más de lo que ellos podían entender; ni la traición ni la cruz encajaban en sus pensamientos. Por ahora eso permanecía oculto para ellos. Jesús había dicho anteriormente: “Así no hay nada oculto que no haya de ser descubierto, ni escondido que no haya de ser conocido y de salir a la luz” (8:17). Muy pronto iban a entender el significado de la cruz.

Se insinúa que Jesús ya estaba listo para ayudarles a sus discípulos a entender, pero ellos tenían miedo de preguntar. Quizás el asunto era demasiado doloroso para discutirlo: sufrimiento, rechazo y muerte. Para uno que evidentemente estaba lleno de gran poder, esta fue una forma extraña de hablar. He ahí el misterio de la cruz.

*¿Quién será el mayor?*

**<sup>46</sup> Entonces entraron en discusión sobre quién de ellos sería el mayor. <sup>47</sup> Jesús, percibiendo los pensamientos de sus corazones, tomó a un niño, lo puso junto a sí <sup>48</sup> y les dijo:**

**—Cualquiera que reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe; y cualquiera que me recibe a mí, recibe al que me envió, porque el que es más pequeño entre todos vosotros, ése es el más grande.**

**<sup>49</sup> Entonces respondiendo Juan, dijo:**

**—Maestro, hemos visto a uno que echaba fuera demonios en tu nombre; y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros.**

**<sup>50</sup> Jesús le dijo:**

**—No se lo prohibáis, porque el que no está contra nosotros, por nosotros está.**

Si necesitamos una prueba de que Jesús incluyó a sus propios discípulos cuando calificó a su generación como perversa (9:41),

se puede encontrar en la discusión pueril que surge acerca de “quién de ellos sería el mayor”. La pregunta no parece que se refiera a la grandeza en la situación presente sino más bien a la grandeza en el reino venidero que Jesús va a establecer, como el Mesías. ¡Qué poco habían entendido los discípulos cuando Jesús les habló de sus sufrimientos y de la cruz! Esta discusión acerca de quién será el mayor se va a repetir en la última cena (22:24-27).

Jesús había sanado a un muchacho poseído por un demonio. Ahora él toma a un niño, el miembro más pequeño y débil de la sociedad humana, y se identifica con ese niño. Les dice a los discípulos: “Cualquiera que reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe; y cualquiera que me reciba a mí, recibe al que me envió”. Otra vez Jesús está respondiendo a la pregunta acerca de su identidad. Pero convertirse en un niño no es sólo para Jesús; es también para los discípulos mismos si realmente quieren llegar a ser los más grandes.

El apóstol Juan, uno de los que habían estado en el monte de la transfiguración, llama la atención de Jesús hacia otro asunto. Juan le informa que los discípulos habían intentado detener a un hombre que estaba echando demonios en el nombre de Jesús. Los discípulos pensaban que ese hombre no debía estar haciendo eso pues “no sigue con nosotros”, es decir, que el hombre no estaba en el estrecho grupo de seguidores de Jesús. Jesús no alaba la acción de los discípulos, sino más bien los anima a que acepten ayuda en la lucha contra los demonios de dondequiera que ésta venga: “El que no está contra nosotros, por nosotros está”. Los discípulos mismos no habían tenido gran éxito en echar fuera demonios (9:40).

Los dos incidentes relatados indican el peligro latente de la rivalidad entre los creyentes. No hay lugar para discusiones acerca de quién es mayor entre los seguidores de Cristo. La crítica a los que no participan de nuestra confesión luterana se debe atenuar por el bien que ellos estén llevando a cabo.

### ***Su servicio en el camino a Jerusalén***

*Jesús exhorta a la gente para que se prepare para la venida del reino – la oposición samaritana*

**<sup>51</sup> Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén. <sup>52</sup> Y envió mensajeros delante de él, los cuales fueron y entraron en una aldea de los samaritanos para hacerle preparativos. <sup>53</sup> Pero no lo recibieron, porque su intención era ir a Jerusalén. <sup>54</sup> Al ver esto, Jacobo y Juan, sus discípulos, le dijeron:**

**—Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma?**

**<sup>55</sup> Entonces, volviéndose él, los reprendió diciendo:**

**—Vosotros no sabéis de qué espíritu sois, <sup>56</sup> porque el Hijo del hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas.**

**Y se fueron a otra aldea.**

Ya en el monte de la transfiguración Moisés y Elías habían hablado con Jesús acerca de los acontecimientos culminantes que se aproximaban en Jerusalén (9:31). De aquí en adelante esa ciudad será el foco central del Evangelio de Lucas. En el versículo 51, se nos dice que Jesús “afirmó su rostro para ir a Jerusalén”, es decir, que estaba determinado de ir a esa ciudad. Lucas 13:22 habla del paso de Jesús entre los pueblos y aldeas “mientras se encaminaba a Jerusalén”. En 17:11 se dice que Jesús iba “a Jerusalén”. Finalmente la entrada triunfal se registrará en 19:28-38. Jerusalén es la ciudad de destino; ahí Jesús va a morir en la cruz, resucitará al tercer día y ascenderá a los cielos. Con la ascensión se cumplirán todos estos acontecimientos culminantes.

Para llegar a Jerusalén, Jesús propone viajar a través del territorio samaritano. La provincia de Samaria estaba entre Galilea y Judea. Se encontraba habitada por gente que había sido llevada allí por los asirios ocho siglos antes. Conservaban algunos restos

de la fe del Antiguo Testamento, pero se diferenciaban de los judíos en algunas creencias esenciales. Con el paso de los años se había desarrollado un odio intenso entre los samaritanos y los judíos. Los mensajeros que Jesús había enviado por delante para que le prepararan el camino tuvieron una recepción muy hostil.

Cuando los discípulos Jacobo y Juan, hijos del trueno (Marcos 1:37), vieron eso, estaban decididos a imitar la acción de Elías (2 Reyes 1:10,12) y hacer caer fuego del cielo para destruir la oposición. La amonestación que recibieron de Jesús tenía la intención de enseñarles la lección de que el discipulado no consiste en empeñarse en castigar a los que rechazan el evangelio. Una vez más vemos lo mucho que los discípulos tenían por aprender. El viaje a Jerusalén les iba a dar muchas oportunidades para avanzar en su preparación para el servicio de Dios.

*El costo de seguir a Jesús*

**<sup>57</sup> Yendo por el camino, uno le dijo:**

—Señor, te seguiré adondequiera que vayas.

**<sup>58</sup> Jesús le dijo:**

—Las zorras tienen guaridas y las aves de los cielos nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde recostar la cabeza.

**<sup>59</sup> Y dijo a otro:**

—Sígueme.

**Él le respondió:**

—Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre.

**<sup>60</sup> Jesús le dijo:**

—Deja que los muertos entierren a sus muertos; pero tú vete a anunciar el reino de Dios.

**<sup>61</sup> Entonces también dijo otro:**

—Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa.

**<sup>62</sup> Jesús le contestó:**

—Ninguno que, habiendo puesto su mano en el arado, mira hacia atrás es apto para el reino de Dios.



Jesús “afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (9:51). Anda a lo largo del camino con firmeza y determinación; es inquebrantable cuando va en pos de su meta. En el camino, Jesús se encuentra con un hombre que desea unirse al grupo de sus seguidores. Este hombre viene por su propia voluntad y le promete: “Señor, te seguiré adondequiera que vayas”. Esta es una promesa franca. En respuesta Jesús le hace notar que el ser uno de sus seguidores implica unirse a uno que tiene menos que las zorras y que las aves: “El Hijo del hombre no tiene dónde recostar la cabeza”. ¿Estás listo para dar tu casa y tu hogar por mi causa? Tiene un costo.

En otro caso Jesús invita a un hombre a que lo siga; el hombre parece estar listo siempre y cuando primero Jesús le permita cumplir con una sagrada obligación familiar: “Déjame que primero vaya y entierre a mi padre”. Pero Jesús no está dispuesto a darle el permiso, ya que la predicación del evangelio debe ser su más alta prioridad. Le dice que alguien más se encargará de sus obligaciones familiares. Seguir a Jesús resultará en lealtades que estarán en conflicto.

Finalmente, otro probable seguidor de Jesús quiere regresar antes con su familia sólo para despedirse y después seguirlo. Elías se lo había permitido a Eliseo (1 Reyes 19:19-21); sin embargo, Jesús no quiere que se vuelva la vista hacia atrás. Nadie que mira hacia atrás está listo para servir en el reino de Dios. El que ara en el campo debe mirar hacia adelante, y eso es también lo que deben hacer los seguidores de Jesús.

Estas son palabras duras y no se deben interpretar aparte de las Escrituras, especialmente del mandato que Jesús repitió tantas veces: “Amaos los unos a los otros”. En estas declaraciones Jesús claramente está haciendo fuerte hincapié en hacerles entender a todos los que deseen seguirlo que deberán estar preparados para hacer sacrificios. Ser seguidor de Jesús significa estar listo a cambiar las prioridades de esta vida terrenal.

*Jesús envía a los setenta*

**10** Después de estas cosas, el Señor designó también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir. <sup>2</sup> Y les dijo: «La mies a la verdad es mucha, pero los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies. <sup>3</sup> Id; yo os envío como corderos en medio de lobos. <sup>4</sup> No llevéis bolsa ni alforja ni calzado; y a nadie saludéis por el camino. <sup>5</sup> En cualquier casa donde entréis, primeramente decid: “Paz sea a esta casa.” <sup>6</sup> Si hay allí algún hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; y si no, se volverá a vosotros. <sup>7</sup> Quedaos en aquella misma casa, comiendo y bebiendo lo que os den, porque el obrero es digno de su salario. No os paséis de casa en casa. <sup>8</sup> En cualquier ciudad donde entréis y os reciban, comed lo que os pongan delante <sup>9</sup> y sanad a los enfermos que en ella haya, y decidles: “Se ha acercado a vosotros el reino de Dios.” <sup>10</sup> Pero en cualquier ciudad donde entréis y no os reciban, salid por sus calles y decid: <sup>11</sup> “¡Aun el polvo de vuestra ciudad, que se ha pegado a nuestros pies, lo sacudimos contra vosotros! Pero sabed que el reino de Dios se ha acercado a vosotros.” <sup>12</sup> Os digo que en aquel día será más tolerable el castigo para Sodoma que para aquella ciudad.

<sup>13</sup> »¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! que si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que, sentadas en ceniza y con vestidos ásperos, se habrían arrepentido. <sup>14</sup> Por tanto, en el juicio será más tolerable el castigo para Tiro y Sidón que para vosotras. <sup>15</sup> Y tú, Capernaúm, que hasta los cielos eres levantada, hasta el Hades serás abatida.

<sup>16</sup> »El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió».

**17 Regresaron los setenta con gozo, diciendo:**

**—¡Señor, hasta los demonios se nos sujetan en tu nombre!**

**18 Les dijo:**

**—Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. 19 Os doy potestad de pisotear serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará. 20 Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos.**

**21 En aquella misma hora Jesús se regocijó en el Espíritu, y dijo: «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó.**

**22 »Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.»**

**23 Y volviéndose a los discípulos, les dijo aparte:**

**—Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis, 24 pues os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron.**

A medida que Jesús avanza en su camino hacia Jerusalén, va siendo cada vez más evidente que un gran número de personas son prospectos para el reino de Dios; Samaria era un campo enteramente nuevo. Sin embargo son pocos los obreros que proclaman el mensaje de Dios. Jesús hace una comparación con la cosecha del grano que ya está maduro. No importa cuán abundante sea la cosecha, la recolección será poca si escasean los trabajadores.

Ser segador del reino es una tarea difícil. Jesús impuso exigencias estrictas sobre los que deseen seguirlo (9:57-62). La proclamación del reino de Dios exige una dedicación y un compromiso que desafortunadamente muy pocos tienen. Aun así había algunos que estaban listos para la tarea de cosechar. Se nos dice que el Señor nombró a setenta y los envió de dos en dos a las



*El hombre ara la tierra*

ciudades por las que él mismo iba a pasar. Algunos manuscritos griegos tienen el número de setenta y dos discípulos como el asignado (que es la explicación para el número que aparece en la Nueva Versión Internacional). Cualquiera que haya sido el número original, los así nombrados fueron designados en adición a los apóstoles; la obra de cosechar no estaba limitada sólo a los doce, era un trabajo demasiado grande. En realidad la primera asignación que el Señor les da a los nuevos reclutas es la de orar al dueño de la mies, a Dios mismo, para que envíe más obreros.

Jesús no les da a los setenta ninguna garantía de que les espera un tiempo fácil. Habrá peligros físicos y espirituales. Se les ordena viajar con un mínimo de equipaje. No deberían perder el tiempo en el camino con charlas superficiales, ya que el tiempo apremia. Las instrucciones de Jesús son muy similares a las que les dio a los doce apóstoles cuando los envió anteriormente (9:1-6).

En algunas ciudades y en algunos hogares esos hombres encontrarían una buena acogida. En tales lugares, deberían aceptar el hospedaje y la alimentación con agradecimiento. Sin embargo, en otras ciudades no los iban a recibir de esa manera; el acto de sacudirse el polvo que se adhiriera a los pies es símbolo del juicio venidero de Dios contra los que rechazan el mensaje de gracia. Sin embargo, fueran bienvenidos o no, los obreros debían anunciar que el reino de Dios estaba cerca en la persona de Jesús.

La idea de que algunas ciudades iban a rechazar el mensaje de Dios motiva a Jesús a hablar contra la ingratitud y la falta de arrepentimiento. Sodoma fue la ciudad destruida por azufre ardiente por causa de su impiedad (Génesis 19:24); sin embargo, hasta Sodoma será juzgada menos severamente que las ciudades que le cerraron su corazón a Jesús y a sus mensajeros.

En estos versículos, se dicen palabras de lamento (vea 6:24-26) contra Corazín, Betsaida y Capernaúm. El sitio de Corazín, recientemente excavado, está cerca del mar de Galilea. Jesús hizo el milagro de alimentar a los cinco mil cerca de Betsaida (9:10). Había hecho muchas obras poderosas en Capernaúm (4:31). Jesús

no predicó ni hizo milagros en Tiro ni en Sidón, que eran ciudades cananeas (gentiles) situadas en la costa del mar Mediterráneo. Condena a las ciudades judías porque se niegan a arrepentirse; en realidad esas ciudades se comparan de una manera desfavorable con las ciudades gentiles. Lejos de ser elevada a los cielos por ser el lugar donde el Hijo de Dios hizo muchas actividades, Capernaúm descendería hasta el Hades, el lugar de los muertos.

Jesús se siente profundamente herido por el fracaso de su ministerio en las ciudades de Galilea. No hubo ningún cambio sincero de corazón ni disposición para recibir su mensaje misericordioso de la salvación. Pocos estuvieron listos para tomar su cruz y seguirlo. Él les dijo a los setenta que los estaba enviando como sus representantes personales quienes seguramente recibirían el mismo trato. Jesús viene en las palabras de sus mensajeros; la respuesta a los mensajeros es una respuesta a Jesús y al Padre que lo envió.

Los setenta regresaron de su misión, y llenos de entusiasmo, informaron a Jesús que aun los demonios se sometían a ellos al escuchar el nombre de Jesús. No estaban acostumbrados a ejercer tal poder. Jesús comparte su regocijo y les cuenta de una visión que él tuvo de Satanás que caía del cielo como un relámpago. Esta es una visión del juicio final para Satanás y para todos sus demonios.

Cuando Jesús habla de la autoridad que les da a los misioneros “para pisotear serpientes y escorpiones” (v. 19), le podemos aplicar eso al diablo y a su descendencia (vea Génesis 3:15). Juan el Bautista se dirigió a algunos de los que estaban entre la multitud y que acudían para ser bautizados llamándolos: “generación de víboras” (3:7). Los que suponen que Cristo hoy en día les da a sus seguidores inmunidad a las picaduras de las serpientes basándose en éste y en otros pasajes de las Escrituras, pierden el punto principal. El enemigo principal de los creyentes no es ningún miembro del reino animal sino el diablo mismo.

Aun así Jesús intenta suavizar el entusiasmo de los mensajeros que regresan llenos de entusiasmo ante las obras que

han logrado. Lo que importa más que cualquier otro poder que ellos tengan sobre los poderes del diablo es el hecho de que el nombre de ellos está escrito en el cielo. Jesús había visto la caída de Satanás de los cielos, mientras a sus discípulos les promete un lugar en los cielos. De esa manera, ellos ganaron lo que Satanás había perdido con su rebelión.

El regreso triunfante de los setenta y la visión de la caída de Satanás de los cielos llenan a Jesús de gran gozo. Movidado por el Espíritu Santo, alaba a su Padre celestial por la revelación de la salvación que han visto los “niños”. Éste es un término que Jesús usa muchas veces cuando habla de sus seguidores; los pone en contraste con los sabios y los entendidos, a quienes se les ha ocultado esta revelación. Era evidente la ceguera espiritual de la gran mayoría de los contemporáneos de Jesús, especialmente la de los sabios y los entendidos. Era la voluntad del Padre darles a conocer a los niños el camino de la salvación que está en Cristo.

Esta revelación nos la da el Padre por medio de Jesús mismo. El Padre no les dio ninguna revelación inmediata ni directa a los discípulos. Más bien, ellos llegaron a conocer los secretos de la salvación mediante Jesús. Él es la Palabra de Dios. La revelación hoy en día también es mediante la palabra de Jesús; uno no se debe atrever a buscar ninguna otra manera de conocer los secretos divinos. Aun cuando el sabio y el entendido busquen otras formas de conocer las cosas divinas, esos misterios permanecen ocultos para ellos porque se niegan a convertirse en oidores de Jesús.

Anteriormente Jesús había pronunciado unos “ayes” por algunas de las ciudades de Galilea que se habían negado a oírlo. Ahora cuando se dirige a sus discípulos, equilibra los ayes al hablar de las bienaventuranzas: “Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis”. Los discípulos son bienaventurados por lo que ellos vieron y oyeron: el cumplimiento de las promesas que fueron hechas en el Antiguo Testamento. Los profetas como Isaías y los reyes como David no tuvieron el privilegio de ver ni escuchar eso. Los creyentes hoy en día también somos bienaventurados;



con los ojos de la fe tenemos el privilegio de ver lo que Cristo ha hecho por nosotros. Podemos escuchar la revelación que él mismo nos da. Con los setenta nos podemos regocijar sabiendo que nuestro nombre está escrito en el cielo.

*La parábola del buen samaritano*

**<sup>25</sup> Un intérprete de la Ley se levantó y dijo, para probarlo:**

**—Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?**

**<sup>26</sup> Él le dijo:**

**—¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?**

**<sup>27</sup> Aquél, respondiendo, dijo:**

**—Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.**

**<sup>28</sup> Le dijo:**

**—Bien has respondido; haz esto y vivirás.**

**<sup>29</sup> Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús:**

**—¿Y quién es mi prójimo?**

**<sup>30</sup> Respondiendo Jesús, dijo:**

**—Un hombre que descendía de Jerusalén a Jericó cayó en manos de ladrones, los cuales lo despojaron, lo hirieron y se fueron dejándolo medio muerto. <sup>31</sup> Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y al verlo pasó de largo.**

**<sup>32</sup> Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, al verlo pasó de largo. <sup>33</sup> Pero un samaritano que iba de camino, vino cerca de él y, al verlo, fue movido a misericordia.**

**<sup>34</sup> Acercándose, vendó sus heridas echándoles aceite y vino, lo puso en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él.**

**<sup>35</sup> Otro día, al partir, sacó dos denarios, los dio al mesonero y le dijo: “Cuidámelo, y todo lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando regrese.” <sup>36</sup> ¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?**



<sup>37</sup> **Él dijo:**

**—El que usó de misericordia con él.**

**Entonces Jesús le dijo:**

**—Ve y haz tú lo mismo.**

El intérprete de la ley que se puso de pie para poner a prueba a Jesús, es un representante de los “sabios y entendidos” para quienes las cosas de Dios permanecen ocultas (10:21). El intérprete de la ley demuestra su conocimiento de las Escrituras del Antiguo Testamento al citar Deuteronomio 6:5 con respecto al asunto de amar a Dios y Levítico 19:18 acerca del amor al prójimo. Este hombre da la respuesta correcta; Jesús lo dirige a la ley para que la ponga en práctica (8:21).

Al escuchar a Jesús, él hombre sintió avergonzado y sintió la necesidad de “justificarse a sí mismo” por haber hecho una pregunta que tenía una respuesta tan sencilla que él mismo fácilmente la pudo contestar. Así pues, el intérprete de la ley hace otra pregunta para demostrar que para poder amar al prójimo como a uno mismo, se necesita una definición legal del término “prójimo”. Generalmente, entre los judíos, el prójimo era definido como el compatriota, un hombre de la misma raza.

La historia que Jesús narra rechaza lo que se entendía por la palabra “prójimo”. Jesús dice que tres hombres pasaron por el lugar donde se encontraba el cuerpo sangrante de un hombre que había sido asaltado y dado por muerto. Dos de esos tres, un sacerdote y un levita (ayudante del Templo) vieron al hombre asaltado y no se detuvieron para auxiliarlo. Esos dos hombres representaban a los que desempeñaban cargos religiosos honorables y respetables; eran la clase de personas que sin duda este maestro de la ley hubiera incluido felizmente entre sus prójimos. El tercero que pasó por el camino era samaritano (vea los comentarios sobre 9:52). Por ser samaritano era considerado poco confiable y era despreciado por los judíos. Sin embargo, fue este extranjero el que cuidó del judío golpeado, y lo hizo en una forma que sobrepasa cualquier obligación común. El samaritano,

a quien el maestro de la ley probablemente hubiera excluido de su definición de “prójimo”, se muestra como el único que cumple el mandato de amarse los unos a los otros, en este caso inclusive a un enemigo.

El intérprete de la ley había preguntado: “¿Quién es mi prójimo?” En la parábola que Jesús narra se da la respuesta a esa pregunta. Sin embargo, Jesús va un paso más allá con la pregunta que ahora le hace: “¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo?” Para Jesús la verdadera pregunta no es quién es mi prójimo sino cómo puedo ser yo el prójimo para otros. Ser un prójimo es más importante que definir legalmente el término. Jesús hace de este odiado samaritano un modelo de lo que es ser un verdadero prójimo. El samaritano es uno de los “niños” a quien le ha sido revelada la sabiduría oculta de Dios. Él ve más allá de las divisiones raciales de este mundo al considerar la voluntad de Dios que nos manda amar a nuestro prójimo quienquiera que éste sea.

Esta es una parábola que hace pedazos los valores de la religión judía tal como la practicaban los intérpretes de la ley y los fariseos. Al sacerdote y al levita se les describe de una manera desfavorable; por el contrario, el repudiado samaritano se convierte en el ejemplo del amor. La iglesia antigua vio en el buen samaritano a Cristo mismo, ya que nadie más ha cumplido como él tan radicalmente el mandamiento del amor. La fe en Jesús es el camino a la vida eterna, una fe que se muestra viva por el amor a Dios y al prójimo.

### *En el hogar de Marta y de María*

**<sup>38</sup> Aconteció que, yendo de camino, entró en una aldea, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. <sup>39</sup> Ésta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra. <sup>40</sup> Marta, en cambio, se preocupaba con muchos quehaceres y, acercándose, dijo:**

**—Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude.**

**<sup>41</sup> Respondiendo Jesús, le dijo:**

**—Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. <sup>42</sup> Pero sólo una cosa es necesaria, y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada.**

Cuando Jesús envió a los setenta les dijo que iban a encontrar comida y bebida en los hogares que visitarían a lo largo del camino; Jesús y sus discípulos con frecuencia debieron haber tenido la misma experiencia. La invitación que Marta le hizo a Jesús es un ejemplo de esa bienvenida a lo largo del camino.

Uno puede entender por qué Marta estaba tan atareada preparando la comida, en especial si la invitación incluía también a los discípulos de Jesús. Mientras tanto, María estaba sentada a los pies del Señor, no haciendo otra cosa sino escuchar. Marta se molestó y le pidió al Señor que pusiera a trabajar a María para que la ayudara en los quehaceres. Sin embargo, Jesús no estuvo de acuerdo con la apreciación que hizo Marta del problema. Era Marta quien tenía el problema y no María. “María ha escogido la parte buena”, le dijo Jesús, “la cual no le será quitada”. Marta estaba distraída por muchas cosas, mientras María estaba satisfecha con la única cosa necesaria.

¿Son éstas las mismas Marta y María que vivían con su hermano Lázaro en el pueblo de Betania cerca de Jerusalén? (Juan 11:1). Si es así, Lucas registra esta historia fuera del orden cronológico (ya que Jesús no llegó a Betania hasta 19:29), o estas hermanas vivieron anteriormente en un pueblo diferente. Es más probable que Lucas aquí relate esta historia como un contraste con la parábola del buen samaritano.

El buen samaritano es un ejemplo de acción; María es un ejemplo de la escucha apacible. Marta está muy ocupada sirviendo a su prójimo, pero lo que ella hace no es tan esencial como lo que María hace. Un servicio que pasa por alto la palabra de Dios es un servicio que nunca tendrá un carácter duradero. El ejemplo de María es una corrección positiva para el activismo excesivo en la obra del reino.

*Jesús les enseña a orar*

**11** Aconteció que estaba Jesús orando en un lugar y, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: —Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos.

<sup>2</sup> Él les dijo:

—Cuando oréis, decid:

»«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

Venga tu Reino.

Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

<sup>3</sup> El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.

<sup>4</sup> Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben.

Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal.”

<sup>5</sup> Les dijo también:

—¿Quién de vosotros que tenga un amigo, va a él a medianoche y le dice: “Amigo, préstame tres panes, <sup>6</sup> porque un amigo mío ha venido a mí de viaje y no tengo qué ofrecerle”; <sup>7</sup> y aquél, respondiendo desde adentro, le dice: “No me molestes; la puerta ya está cerrada y mis niños están conmigo en cama. No puedo levantarme y dártelos”? <sup>8</sup> Os digo que, si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite. <sup>9</sup> Por eso os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá, <sup>10</sup> porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.

<sup>11</sup> »¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide pescado, en lugar de pescado le dará una serpiente? <sup>12</sup> ¿O si le pide un huevo, le dará un

**escorpión? <sup>13</sup> Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?**

La oración es uno de los ingredientes esenciales para alimentar la vida que se ocupa en hacer la voluntad de Dios. Jesús reconoció este hecho y pasó mucho tiempo en oración (3:21; 6:12; 9:28). Una vez más, cuando comienza este capítulo de Lucas se nos dice que Jesús estaba orando. Aunque era una persona sumamente ocupada, Jesús nunca fue tan ocupado que no pudo encontrar tiempo para la oración.

Los discípulos de Jesús observaron que la vida de oración de su maestro era muy activa; por lo cual, uno de ellos le pidió: “Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos”. En Lucas 5:33, nos enteramos de que no sólo Juan les enseñó a sus discípulos a orar, sino también lo hicieron los fariseos. A Jesús y a sus discípulos se les criticaba porque parecían pasar más tiempo comiendo y bebiendo que orando.

Es algo sorprendente para nosotros que esta petición de instrucción para orar aparezca hasta ahora en el Evangelio de Lucas. Anteriormente Jesús había enviado a los doce apóstoles y a los setenta discípulos en viajes de predicación, dándoles poder sobre los demonios y la habilidad para sanar enfermedades. ¿Pero por qué no hay ninguna exhortación a orar?

Una respuesta posible es que la historia que Lucas registra aquí realmente tuvo lugar mucho antes en el ministerio de Jesús. Se relata aquí en este punto del evangelio para dar una continuación de la historia previa en la que Jesús alaba a María porque le presta atención a la palabra de Dios. La vida de los discípulos necesita incluir también la oración constante.

El modelo o bosquejo de oración que Jesús les dio a sus discípulos ha llegado a ser conocido como el Padrenuestro. Encontramos una versión un poco más extensa de esta oración en Mateo 6:9-13, que es una parte del Sermón del Monte.

En 10:21, vimos cómo Jesús se dirigió a su Padre en oración. Ahora Jesús les enseña a sus discípulos a dirigirse a Dios con ese mismo nombre precioso. Es un gran privilegio el que nos ha otorgado Jesús de dirigirnos como hijos a nuestro Padre que está en los cielos. Esta es una forma de hablar que ni Juan el Bautista ni los fariseos se atrevían a enseñarles a sus discípulos.

Las dos primeras peticiones del Padrenuestro encajan muy bien juntas; en ellas se expresa la petición de que el Padre haga que su nombre sea santificado y de que venga su reino. En Juan 12:28, Jesús pide lo mismo: “¡Padre, glorifica tu nombre!” Hablar del nombre de Dios es simplemente otra forma de referirse a Dios mismo. En Ezequiel 36:23, el Señor le dice a Israel: “Santificaré mi gran nombre, profanado entre las naciones”. Muchos tratan a Dios con desprecio. Cuando Dios actúa en la historia, se glorifica a sí mismo y hace su nombre santo. Los creyentes glorifican el nombre de Dios debido a sus obras de la creación, la redención y la santificación. Cuando venga el fin del mundo “toda lengua [confesará] que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:11). En el Padrenuestro oramos por el día en que el nombre de Dios sea santificado y la promesa de su reino alcance su cumplimiento total.

En las tres peticiones finales Jesús les enseña a sus discípulos a orar por las bendiciones que ellos necesitan mientras viven en esta tierra esperando el fin. Tienen necesidad del pan diario, del perdón y de la ayuda divina contra las tentaciones venideras. La peor de las tentaciones es el peligro de caer de la fe y perder la vida eterna. La súplica por el perdón del Padre incluye una expresión de nuestra disposición a perdonar a los que pecan contra nosotros.

Mediante su uso repetido, esta oración ha llegado a ser muy familiar para los cristianos. Desde los tiempos antiguos estas palabras han sido incluidas en el servicio de adoración de la iglesia. La oración que Jesús les enseñó a sus discípulos sirve como un modelo o un bosquejo de oración para todas las oraciones.

Después de enseñarles el Padrenuestro, Jesús les cuenta una parábola acerca de una persona que va a medianoche a pedirle a su amigo tres panes para alimentar a un huésped inesperado. El amigo al principio rechaza la petición de ayuda porque toda la familia ya está en cama y las puertas están cerradas, pero la persistencia prueba que es un motivo mayor que la amistad, porque finalmente consigue lo que había pedido. El propósito que tuvo Jesús al contar esta parábola fue enseñar que la persistencia en la oración consigue resultados. Si un amigo humano se conmueve y responde ante la petición constante, mucho más se conmostrará nuestro Padre celestial y responderá cuando vayamos a él una y otra vez con nuestras necesidades. Nuestra petición, nuestra búsqueda y el llamado a la puerta no serán en vano.

Lo que el Padre celestial nos otorga en respuesta a la oración persistente será bueno para nosotros. Usando otra vez una comparación, Jesús hace notar que un padre terrenal no le dará a su hijo lo que le hace daño. Mucho más debemos confiar en que nuestro Padre celestial nos dará buenos dones, entre los cuales es el Espíritu Santo. En respuesta a las oraciones, nuestro Padre nos dará siempre lo que es mejor para nosotros.

### *Jesús y Beelzebú*

**<sup>14</sup> Estaba Jesús echando fuera un demonio, que era mudo; y aconteció que, después de salir el demonio, el mudo habló y la gente quedó maravillada. <sup>15</sup> Pero algunos de ellos decían:**

**—Por Beelzebú, príncipe de los demonios, echa fuera los demonios.**

**<sup>16</sup> Otros, para tentarle, le pedían señal del cielo.**

**<sup>17</sup> Pero él, conociendo los pensamientos de ellos, les dijo:**

**—Todo reino dividido contra sí mismo es asolado, y una casa dividida contra sí misma, cae. <sup>18</sup> De igual manera, si Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo permanecerá su reino? Os digo esto ya que decís que por Beelzebú echo yo fuera los demonios. <sup>19</sup> Si yo echo fuera los demonios por**

**Beelzebú, ¿vuestros hijos por quién los echan? Por tanto, ellos serán vuestros jueces. <sup>20</sup> Pero si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros.**

**<sup>21</sup> »Mientras el hombre fuerte y armado guarda su palacio, en paz está lo que posee. <sup>22</sup> Pero cuando viene otro más fuerte que él y lo vence, le quita todas las armas en que confiaba y reparte el botín.**

**<sup>23</sup> »El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama.**

**<sup>24</sup> »Cuando el espíritu impuro sale del hombre, anda por lugares secos buscando reposo; pero, al no hallarlo, dice: “Volveré a mi casa, de donde salí.” <sup>25</sup> Cuando llega, la halla barrida y adornada. <sup>26</sup> Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él; y entran y viven allí, y el estado final de aquel hombre viene a ser peor que el primero.**

**<sup>27</sup> Mientras él decía estas cosas, una mujer de entre la multitud levantó la voz y le dijo:**

**—¡Bienaventurado el vientre que te llevó y los senos que mamaste!**

**<sup>28</sup> Pero él dijo:**

**—¡Antes bien, bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la obedecen!**

La sección anterior sobre la oración concluyó con una referencia al don divino del Espíritu Santo. Una y otra vez Jesús demostró que estaba lleno del Espíritu Santo. Sin embargo, los adversarios le atribuyeron su sorprendente habilidad de echar fuera demonios y de sanar enfermedades a un espíritu diferente, al espíritu de Beelzebú. Ese era un término familiar que se usaba para referirse al diablo basándose en el nombre del ídolo filisteo Baalzebub (2 Reyes 1:2). Aunque nos parezca muy ridícula, esta idea convierte a Jesús en aliado de Satanás en el propósito de frustrar los planes de Dios.



Jesús les responde señalando lo completamente ilógica que es esa acusación. La historia humana da testimonio de la tontería de la guerra civil. ¡Satanás no es tan tonto como para darle poder a Jesús para que eche fuera a sus mismos demonios! Además Jesús hace referencia al hecho de que esos exorcismos (echar fuera demonios) era algo que los seguidores de los fariseos afirmaban que eran capaces de lograr. “¿Estaban ellos también aliados con Beelzebú? Que ellos rindan una decisión con respecto a la acusación que ustedes traen contra mí”.

A veces los seres humanos logran obras que parecen milagrosas. Los magos del faraón con “sus encantamientos” fueron capaces de duplicar algunos de los actos de Moisés y de Aarón en Egipto (Éxodo 7:22). Pero finalmente, a medida que se enfrentaban a más y más milagros, esos magos tuvieron que confesarle al faraón: “Es el dedo de Dios” (Éxodo 8:19). Decir que los milagros son obrados por el dedo de Dios pone el énfasis en la grandeza de su poder. Ahora Jesús usa esa misma expresión, amonestando a sus adversarios para que reconozcan que estos milagros son obrados por Dios y que no son “magia negra”.

El diablo ciertamente es un ser fuerte y poderoso; hace todo lo posible por conservar sus posesiones, las personas a quienes controla. Cuando Jesús arrebató a sus víctimas indefensas de las manos de él, se demuestra que él es el más poderoso.

En el versículo 23, el Señor les lanza un desafío a sus oyentes. Se debe tomar partido en la lucha que existe entre Jesús y Satanás. Los que no permanecen del lado del Señor están de parte del enemigo; los que no trabajan con Jesús en la obra de llevar personas al reino de Dios son culpables de dispersarlas. Vincular a Cristo con Satanás como si fueran colaboradores no sólo es necio, es una blasfemia y obstaculiza la obra del reino.

Jesús hizo mucho bien cuando echó fuera a los espíritus malignos de la vida de muchas personas. Sin embargo, una vez sanada, la persona tenía la responsabilidad de asegurarse de que no le diera otra oportunidad al diablo para que regresara. El demonio anda buscando un lugar de reposo (vea 8:32), y si no lo

encuentra, puede regresar con otros siete espíritus, peores que él, para volver a ocupar su primera morada. Jesús advierte contra el error de dejar vacía la vida de uno; sólo el corazón lleno del Espíritu Santo se encuentra fortificado contra los ataques de Satanás.

Los adversarios de Jesús le pueden haber atribuido sus poderes milagrosos a la obra de Beelzebú, pero una mujer que está entre la multitud que escucha a Jesús tiene otras ideas, bendice a la madre que lo dio a luz y que lo alimentó. Jesús ya había identificado anteriormente a su madre y a sus hermanos como los que “oyen la palabra de Dios y la obedecen” (8:21). Ahora repite el mismo pensamiento, expresándose en forma de bienaventuranza: “Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la obedecen”; están fortalecidos contra el maligno.

### *La señal de Jonás*

#### **<sup>29</sup> Apiñándose las multitudes, comenzó a decir:**

**«Esta generación es mala; demanda señal, pero señal no le será dada, sino la señal de Jonás, <sup>30</sup> porque así como Jonás fue señal a los ninivitas, lo será también el Hijo del hombre a esta generación. <sup>31</sup> La reina del Sur se levantará en el juicio contra los hombres de esta generación y los condenará, porque ella vino desde los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y en este lugar hay alguien que es más que Salomón. <sup>32</sup> Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio contra esta generación y la condenarán, porque ante la predicación de Jonás se arrepintieron, y en este lugar hay alguien que es más que Jonás.**

Hemos escuchado la respuesta que les dio Jesús a los que lo acusaron de usar un poder dado por Beelzebú para echar fuera los demonios. Hubo otros que pidieron una señal especial que respaldara la autenticidad de que Jesús venía realmente de Dios. Para ellos los milagros no eran pruebas convincentes; buscaban

algo más espectacular. Jesús cataloga a su generación como malvada por causa de la exigencia que hacían de una señal. Sin embargo, Jesús les dará sólo una señal: la señal de Jonás.

Jonás era el profeta del Antiguo Testamento que fue llamado por el Señor para predicarle el arrepentimiento a la ciudad gentil de Nínive y que huyó de esa misión tomando un barco que iba en dirección opuesta a Nínive. Cuando lo arrojaron del barco durante una tormenta, fue a parar en el vientre de un gran pez, donde permaneció por tres días y tres noches hasta que fue depositado en tierra firme. Entonces Jonás fue y predicó en Nínive, y como resultado la gran ciudad se arrepintió.

Lucas omite las palabras que registra Mateo 12:40, que especifican que la señal de Jonás es la resurrección de Jesús al tercer día. Esa señal incluye también el hecho de que la gente de Nínive se arrepintió cuando escuchó la predicación de Jonás; eso es algo que los contemporáneos de Jesús no fueron capaces de ver (vea 7:31-34). En el juicio final, los gentiles de Nínive condenarán a los del pueblo de Jesús. Eso ocurrirá también con la reina gentil de Sabá, que fue a escuchar la sabiduría del rey Salomón (1 Reyes 10:1-10). Jesús es más importante que Salomón y que Jonás, pero su propia generación rechazó la bienaventuranza de escuchar y obedecer su palabra (11:28). No siguieron el ejemplo de María, el ejemplo de Nínive y el de la reina de Sabá.

### *La lámpara del cuerpo*

**<sup>33</sup>»Nadie pone en oculto la luz encendida, ni debajo de una vasija, sino en el candelero, para que los que entran vean la luz. <sup>34</sup>La lámpara del cuerpo es el ojo. Cuando tu ojo es bueno, también todo tu cuerpo está lleno de luz; pero cuando tu ojo es maligno, también tu cuerpo está en tinieblas.**

**<sup>35</sup>Cuidado, pues, no sea que la luz que en ti hay no sea luz, sino tinieblas. <sup>36</sup>Así que, si todo tu cuerpo está lleno de luz, no teniendo parte alguna de tinieblas, será todo luminoso, como cuando una lámpara te alumbrá con su resplandor.»**

Anteriormente en este evangelio Jesús usó el ejemplo de la luz de una lámpara para ilustrar el hecho de que el mensaje de Dios no puede ser ocultado (8:16). Ahora Jesús usa el mismo ejemplo para decir algo acerca de sí mismo. La gente de su generación le estaba exigiendo una señal, pero no es necesaria ninguna señal porque Jesús mismo es como la luz de una lámpara. Uno sólo tiene que abrir los ojos para verla encendida; sólo tiene que mirar a Jesús, su predicación y sus obras para ver que él es de Dios. Jesús existe para que todos lo vean.

No obstante, algunos no lo ven. El problema no es con la luz de la lámpara, sino con los ojos que no ven. Jesús dice que los ojos son la lámpara del cuerpo. Los ojos permiten que la luz penetre en el cuerpo; nosotros estaríamos en una oscuridad total si no tuviéramos los ojos. Si no vemos bien es porque algo está mal con nuestros ojos. Esto también se puede aplicar en un sentido espiritual. Los que no ven a Jesús, que es la lámpara encendida, siguen sumidos en la oscuridad (Juan 3:19).

La luz que llega al cuerpo mediante los ojos está allí para beneficio de todo el cuerpo. Cuando uno ve a Jesús con los ojos de la fe, ve la verdadera luz, y eso se reflejará en las acciones del cuerpo, en practicar la palabra. Entonces la luz que está en Cristo hará también de los cristianos una luz que resplandezca en la oscuridad de este mundo (Mateo 5:14-16).

### *Seis lamentos*

**<sup>37</sup>Tan pronto terminó de hablar, un fariseo le rogó que comiera con él; y entrando Jesús en la casa, se sentó a la mesa. <sup>38</sup>El fariseo, cuando lo vio, se extrañó de que no se hubiera lavado antes de comer. <sup>39</sup>Pero el Señor le dijo:**

**—Vosotros los fariseos limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapacidad y de maldad. <sup>40</sup>¡Necios!, el que hizo lo de fuera, ¿no hizo también lo de dentro? <sup>41</sup>Dad limosna de lo que tenéis, y entonces todos os será limpio.**

**42** »Pero ¡ay de vosotros, fariseos!, que diezmáis la menta, la ruda y toda hortaliza, y pasáis por alto la justicia y el amor de Dios. Esto os era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello.

**43** »¡Ay de vosotros, fariseos!, que amáis las primeras sillas en las sinagogas y las saluciones en las plazas.

**44** »¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, que sois como sepulcros que no se ven, y los hombres que andan por encima no lo saben.

**45** Respondiendo uno de los intérpretes de la Ley, le dijo:  
—Maestro, cuando dices esto, también nos ofendes a nosotros.

**46** Él dijo:

—¡Ay de vosotros también, intérpretes de la Ley!, porque cargáis a los hombres con cargas que no pueden llevar, pero vosotros ni aun con un dedo las tocáis.

**47** »¡Ay de vosotros, que edificáis los sepulcros de los profetas a quienes mataron vuestros padres! **48** De modo que sois testigos y consentidores de los hechos de vuestros padres; a la verdad ellos los mataron, pero vosotros edificáis sus sepulcros.

**49** »Por eso la sabiduría de Dios también dijo: “Les enviaré profetas y apóstoles; y de ellos, a unos matarán y a otros perseguirán”, **50** para que se demande de esta generación la sangre de todos los profetas que se ha derramado desde la fundación del mundo, **51** desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que murió entre el altar y el Templo; sí, os digo que será demandada de esta generación.

**52** »¡Ay de vosotros, intérpretes de la Ley!, porque habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis.

**53** Diciéndoles él estas cosas, los escribas y los fariseos comenzaron a acosarlo en gran manera y a provocarlo para que hablara de muchas cosas, **54** acechándolo y procurando cazar alguna palabra de su boca para acusarlo.

El Evangelio de Juan narra la historia de la manera en que Jesús sanó a un hombre que había sido ciego desde el nacimiento (Juan 9). Los fariseos dudan de este milagro y se preguntan si el hombre estuvo realmente ciego porque no quieren admitir que Jesús le había dado la vista. En la conclusión de la historia, Jesús hace una afirmación en la que da la razón de su venida a este mundo: “Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, se vuelvan ciegos”. Los fariseos afirmaban que eran capaces de ver, pero realmente estaban espiritualmente ciegos. En consecuencia, Jesús les dice: “Vuestro pecado permanece” (Juan 9:39,41).

Jesús es la Luz del mundo, la lámpara que brilla para que todos la vean. Como líderes religiosos, los fariseos y los maestros de la Ley aseguraban que tenían una aguda sabiduría espiritual. Pero en realidad sus ojos estaban puestos sólo en puntos diminutos de la Ley, pasando totalmente por alto la práctica de la palabra que el Señor esperaba de ellos. Jesús cataloga la culpa de los fariseos y de los maestros de la Ley, condenándolos en una serie de seis lamentos.

La ocasión de esta denuncia se originó cuando Jesús recibió otra invitación (vea 7:36) para cenar en casa de un fariseo. Podríamos suponer que la razón de esa invitación fue la de atrapar a Jesús en alguna falta, algo que opacara el resplandor de su luz viva.

El fariseo encontró lo que buscaba cuando vio que Jesús no se lavó las manos antes de comer. En Marcos 7:3 se nos dice que “los fariseos y todos los judíos, aferrándose a la tradición de los ancianos, si no se lavan muchas veces las manos, no comen”. Creían que el hecho de no lavarse las manos traía una profanación ritual sobre la comida que había sido bendecida por la oración.

Jesús le responde al sorprendido fariseo culpando a la secta por ponerle demasiada atención a la limpieza externa mientras descuidan lo que hay en el interior, en el corazón. En el caso de los fariseos el interior está “lleno de rapacidad y de maldad”. Jesús los desafía a que sean generosos con el pobre, un acto de amor que

podría limpiar tanto el exterior como el interior y hacer innecesario el lavamiento ritual de las manos.

Ya que estaba hablando del tema del pecado de los fariseos y de los expertos de la ley, Jesús entonces pronunciaba seis veces las palabras: “¡Ay de vosotros!” Esta expresión de juicio se usó previamente en 6:24-26. Estos lamentos están en contraste con las bienaventuranzas que dijo Jesús en 11:28. Aunque en lo externo los fariseos parecían ser muy religiosos, en realidad no escuchaban, ni mucho menos obedecían, la palabra de Dios. Por eso son estas expresiones de lamento.

El primer lamento denuncia las prioridades equivocadas de los fariseos. Son muy detallistas en asegurarse de que le dan a Dios el diezmo de la semilla más pequeña del jardín de hortalizas como la menta o la ruda, pero descuidan la justicia y el amor a Dios. Jesús no critica el diezmo, sino más bien el hecho de que a los fariseos se les olvidaban palabras como las que dijo el profeta Miqueas: “Lo que pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, amar misericordia, y humillarte ante tu Dios” (6:8).

Luego Jesús critica severamente a los fariseos por su orgullo ostentoso, porque amaban los asientos más importantes en la sinagoga y por su hábito de ser los primeros en ser saludados en las plazas. El tercer lamento hace referencia a la costumbre de marcar con cuidado las tumbas de los muertos para que una persona no se profanara ni se hiciera inmunda al caminar sobre ellas. Los fariseos son tumbas andantes y la gente no se da cuenta de la maldad que en realidad hay dentro de ellos, ni de la contaminación que de ellos emana. Uno no debería leer estos lamentos de Jesús como condenatorios de cada fariseo en lo individual, sino como un juicio sobre su sistema teológico, que produce esas actitudes espirituales.

Uno de los maestros de la Ley interrumpe a Jesús con este comentario: “Maestro, cuando dices esto también nos ofendes a nosotros”. Ya hemos encontrado a estos expertos de la ley en varias ocasiones anteriores en el Evangelio de Lucas (vea 5:17); deben haber sido un grupo específico entre los fariseos que se

especializaba en el estudio y en la enseñanza de la ley. Cuando Jesús extiende los lamentos contra la clase de los fariseos, también incluye al grupo más pequeño de los expertos de la ley. Por lo menos uno de ellos piensa que eso es injusto.

Jesús sabe de lo que habla y ahora específicamente pronuncia un número igual de ayes contra los intérpretes de la ley. En el primero de esos ayes los condena por cargar a la gente con tantas leyes diferentes que la persona común no puede ni comenzar a guardarlas correctamente, y menos practicarlas. Por ejemplo, los expertos de la ley habían determinado cuidadosamente treinta y nueve clases de obras que estaban prohibidas en el día sábado. Y lo que era peor aún, es que esos legalistas ni siquiera levantaban un solo dedo para guardar las leyes ellos mismos.

El quinto lamento denuncia a los maestros de la Ley por su actitud respecto a los profetas. Es cierto que se estaban construyendo muchas tumbas hermosas para honrar la memoria de los profetas, pero Jesús observa que la generación presente no es mucho mejor que la de sus antepasados que mataron a los profetas. Construir tumbas de ninguna manera compensa la falla de no haber escuchado la palabra de los profetas (incluyendo a Juan el Bautista y a Jesús). Los padres del Antiguo Testamento mataron al profeta Zacarías, hijo de Joiada, en el patio mismo del Templo (2 Crónicas 24:20-22). Dios envía a los profetas y a los apóstoles del Nuevo Testamento sabiendo que van a sufrir un destino similar por causa de la hostilidad de los líderes religiosos de la generación de Jesús.

El lamento final menciona una falta que es la más seria de todas: “Habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis”. La llave de la ciencia es el plan de Dios para la salvación mediante Cristo. Los intérpretes de la ley rechazaron a Jesús y con su actitud impidieron que otros entraran al reino de Dios. Este es su más grande pecado.

Antes, en 6:11, Lucas nos dice que los fariseos “se llenaron de furor y hablaban entre sí qué podrían hacer contra Jesús”. A medida que Jesús avanza en su camino a Jerusalén y continúa



hablando contra los pecados de los fariseos y de los intérpretes de la ley, la oposición se va incrementando y es cada vez más violenta. Se hace cada vez más evidente que Jesús está haciendo un viaje cuyo destino es la cruz.

### *Advertencias y ánimo*

**12** Mientras tanto, millares de personas se habían juntado, hasta el punto que unos a otros se atropellaban. Jesús comenzó a decir primeramente a sus discípulos:

—Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía, <sup>2</sup> porque nada hay encubierto que no haya de descubrirse, ni oculto que no haya de saberse. <sup>3</sup> Por tanto, todo lo que habéis dicho en tinieblas, a la luz se oirá; y lo que habéis hablado al oído en los aposentos, se proclamará en las azoteas.

<sup>4</sup>»Os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, pero después nada más pueden hacer. <sup>5</sup> Os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que, después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno. Sí, os digo, a éste temed.

<sup>6</sup>»¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos? Con todo, ni uno de ellos está olvidado delante de Dios, <sup>7</sup> pues aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues; más valéis vosotros que muchos pajarillos.

<sup>8</sup>»Os digo que todo aquel que me confiese delante de los hombres, también el Hijo del hombre lo confesará delante de los ángeles de Dios; <sup>9</sup> pero el que me niegue delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios.

<sup>10</sup>»Todo aquel que diga alguna palabra contra el Hijo del hombre, será perdonado; pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no será perdonado.

<sup>11</sup>»Cuando os traigan a las sinagogas, ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis por cómo o qué habréis

**de responder, o qué habréis de decir, <sup>12</sup> porque el Espíritu Santo os enseñará en la misma hora lo que debéis decir.**

Jesús había hablado sin temor y abiertamente en contra de los fariseos y de los intérpretes de la ley. Al hacerlo así, sabía que estaba arriesgando su vida. Los descendientes de los que les habían dado muerte a los profetas en el pasado no iban a vacilar en el propósito de matar a los profetas de su tiempo. Y lo que era cierto para Jesús, también lo es para sus discípulos. El testimonio audaz se arriesga a la persecución y a la muerte.

Que este hecho no impida que los discípulos den testimonio acerca de Jesús, porque hay muchos que necesitan oír la palabra. En 11:29, Lucas nota que se apiñaban las multitudes. Ahora una multitud de muchos miles se apretuja alrededor de Jesús, dando evidencia de la necesidad de dar testimonio sin temor a las consecuencias.

La tentación para los discípulos es seguir la táctica de los fariseos. Los fariseos aparentan que son en verdad religiosos, pero eso es sólo fingimiento; en su interior está la muerte espiritual. Esa hipocresía es como la levadura que leuda toda la masa. Si una persona nos es auténtica o cabal no podrá trabajar bien, ni como discípulo ni como testigo de Cristo.

Para respaldar la advertencia contra la hipocresía, Jesús cita otra vez lo mismo que había dicho en una ocasión anterior (8:17). La hipocresía sólo se puede ocultar por un tiempo, y al final siempre quedará al descubierto. A los discípulos se les desafía para que hablen lo que Jesús les ha dado a conocer en sus enseñanzas privadas. Se les exhorta a proclamar desde las azoteas lo que sólo se habían comunicado unos a otros en susurros y en aposentos cerrados durante el ministerio de Jesús en la tierra. A partir del día de Pentecostés, los discípulos pusieron abiertamente en práctica este testimonio.

Ya que Jesús sabe que los discípulos necesitan ánimo para confesar su fe pese a las persecuciones, les recuerda que lo máximo que les puede hacer un ser humano es matarles el cuerpo.

Por otra parte, Dios no sólo es capaz de matar el cuerpo sino también de echarlo en el infierno por la eternidad. La palabra “infierno” es una traducción de la palabra griega “gehena”. Ese es el nombre que se le da a un valle que está localizado al sur de Jerusalén y que servía como basurero. Naturalmente, con frecuencia había fuego en ese lugar para quemar la basura. El nombre de ese basurero se convirtió en un símbolo del lugar del tormento eterno después de la muerte.

Jesús contrasta el temor falso a los hombres con el verdadero temor (la reverencia y el respeto por el Todopoderoso). Temer a Dios también significa confiar en él que cuida a los pajarillos y que sabe el número de cabellos que hay en la cabeza de uno. Nada le pasará al testigo audaz sin el permiso del Padre celestial.

El discípulo que esté tentado a negar a su Maestro se debe atener a las consecuencias eternas. El Hijo del hombre lo negará en el día del juicio ante los ángeles de Dios como testigos. Por otra parte, el discípulo que valientemente da testimonio de su fe en Jesús, será reconocido en ese día. Aquí se añade un incentivo más para dar testimonio de Jesús sin tenerle temor a las consecuencias.

El versículo 10 se puede incluir mejor con el 11 y el 12 como un nuevo párrafo en vez de unirlo con los versículos 8 y 9. Jesús habla acerca de una posible respuesta que tal vez sea provocada por el testimonio de los discípulos. Durante su ministerio terrenal como el Hijo del hombre, muchas veces se habló en contra de Jesús. Hay posibilidad de perdón para las palabras hostiles que se dijeron en contra de Cristo, pero a la gente que blasfema contra el Espíritu Santo, cuando éste habla a través de los discípulos, no se le perdonará. La gente que de una manera persistente y obstinada rechaza el mensaje del evangelio tal como lo proclaman los que representan a Cristo (vea Hechos 7:51) no tiene esperanza de salvación.

Al terminar esta sección, a los discípulos se les da la seguridad de que cuando ellos sean llevados ante las autoridades religiosas o seculares, el Espíritu Santo les enseñará lo que deben

decir. Tenemos varios ejemplos de eso en el libro de Hechos (4:8; 6:10). La dificultad para expresarse le dará paso a la fuerza y a la elocuencia que vienen del Espíritu de Dios. De esa manera, Jesús exhorta a sus seguidores a hablar de él a pesar de oposición y persecución.

*La parábola del rico insensato*

**<sup>13</sup> Le dijo uno de la multitud:**

—Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia.

**<sup>14</sup> Pero él le dijo:**

—Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidador?

**<sup>15</sup> Y les dijo:**

—Mirad, guardaos de toda avaricia, porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.

**<sup>16</sup> También les refirió una parábola, diciendo: «La heredad de un hombre rico había producido mucho. <sup>17</sup> Y él pensaba dentro de sí, diciendo: “¿Qué haré, porque no tengo donde guardar mis frutos?” <sup>18</sup> Y dijo: “Esto haré: derribaré mis graneros y los edificaré más grandes, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; <sup>19</sup> y diré a mi alma: ‘Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; descansa, come, bebe y regocíjate.’” <sup>20</sup> Pero Dios le dijo: “Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma, y lo que has guardado, ¿de quién será?” <sup>21</sup> Así es el que hace para sí tesoro y no es rico para con Dios.»**

En el camino hay muchos obstáculos que pueden impedir que un discípulo sea testigo fiel de Jesús. La tentación más grande es la de tenerles apego a los bienes terrenales. Jesús tiene la oportunidad de advertir contra la avaricia y la codicia cuando un hombre de entre la multitud le hace una petición: “Maestro, di a

mi hermano que parta conmigo la herencia”. En Lucas 15, Jesús narrará una parábola en la que un hijo le hace la misma petición a su padre.

Jesús se niega a entrar en esta disputa entre hermanos, como tampoco intervino cuando Marta quería que su hermana le ayudara en los quehaceres de la casa. Más bien, Jesús usa esta petición para advertir contra el problema que está detrás de todo esto: la avaricia. La gente se imagina con facilidad que el valor de la vida se mide de acuerdo con la abundancia de los bienes. Una de las acusaciones que les hace Jesús a los fariseos es su rapacidad (11:39). Era necesario que los discípulos estuvieran en guardia especialmente contra este pecado.

Para ilustrar este punto, Jesús cuenta una parábola. Una vez había un hombre rico que tenía una abundancia de bienes. Sin duda, sus vecinos lo consideraban como un hombre muy exitoso en la vida. Sus graneros rápidamente llegaron a ser insuficientes para almacenar todo el grano que produjeron sus campos. Entonces, él decidió construir otros más grandes. No tenía preocupaciones respecto al futuro, ya que esperaba poder jubilarse y pasar el resto de su vida descansando y divirtiéndose.

Sin embargo, este hombre rico no había contado con Dios ni con su juicio. Lejos de ser sensato y sabio, este hombre era necio. Como los fariseos que se ocupaban de las cosas externas, probando así que eran necios (11:40), también este hombre estaba mal preparado para cuando Dios lo llamara. En su afán por ganancias terrenales, él había perdido su vida (9:25).

Aquí Jesús no condena las riquezas, sino la actitud equivocada hacia ellas al considerarlas como lo más importante en la vida. Nos advierte contra la avaricia y contra el uso inapropiado de las riquezas. Exhortó a los fariseos: “Dad limosna de lo que tenéis” (11:41). Esta es una forma de ser rico ante Dios. El tema de ver la vida en los términos del juicio venidero de Dios ocupará las partes siguientes del Evangelio de Lucas.

*No os preocupéis*

**<sup>22</sup> Dijo luego a sus discípulos: «Por tanto os digo: No os angustiéis por vuestra vida, qué comeréis; ni por el cuerpo, qué vestiréis. <sup>23</sup> La vida es más que la comida, y el cuerpo más que el vestido. <sup>24</sup> Considerad los cuervos, que ni siembran ni siegan; que ni tienen despensa ni granero, y Dios los alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que las aves? <sup>25</sup> ¿Y quién de vosotros podrá, con angustiarse, añadir a su estatura un codo? <sup>26</sup> Pues si no podéis ni aun lo que es menos, ¿por qué os angustiáis por lo demás?**

**<sup>27</sup> »Considerad los lirios, cómo crecen: no trabajan ni hilan, pero os digo que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos. <sup>28</sup> Y si así viste Dios la hierba que hoy está en el campo y mañana es echada al horno, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? <sup>29</sup> Vosotros, pues, no os preocupéis por lo que habéis de comer ni por lo que habéis de beber, ni estéis en ansiosa inquietud, <sup>30</sup> porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo, pero vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de ellas. <sup>31</sup> Buscad, más bien, el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas.**

**<sup>32</sup> »No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el Reino. <sup>33</sup> Vended lo que poseéis y dad limosna; haceos bolsas que no se envejeczan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega ni polilla destruye, <sup>34</sup> porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.**

El rico de la parábola es un ejemplo de la persona cuyos depósitos y graneros están llenos hasta el tope, y sin embargo no está preparado para el futuro. Lo opuesto al hombre rico es el cuervo, el cual se alimenta de basura, sintiéndose satisfecho con los desperdicios, y no piensa en almacenar comida para el futuro. En la antigüedad los cuervos eran considerados como criaturas

descuidadas que ni aun regresaban a su nido. Pero en el Salmo 147:9, nos enteramos de que Dios les da comida “a los hijos de los cuervos que claman”.

No es el hombre rico sino el cuervo el que Jesús presenta como un ejemplo que los discípulos deben imitar. Además, Jesús dirige la atención a los lirios y a la hierba del campo. La palabra “lirio” que aquí se menciona se puede referir a cualquiera de las flores de colores que adornan las colinas de Palestina. Jesús afirma que su belleza sobrepasa el esplendor de las vestiduras del rey Salomón. Aun la hierba que viste el campo tiene cierta belleza; y sin embargo, la hierba está hoy aquí y mañana se va, siendo usado por lo común como combustible para calentar el horno.

Cuando Jesús envió a sus doce apóstoles y a los setenta discípulos, les dijo que no llevaran comida con ellos. Comerían en los hogares en los que fueran bienvenidos a lo largo del camino. Vivir de día en día fácilmente puede ponerlo a uno a pensar de dónde vendrá la siguiente comida. Sin embargo, Jesús anima a sus discípulos, diciéndoles: “No os preocupéis”. La vida es más que sólo comer y beber. Cuando Jesús rechazó la primera tentación del diablo, dijo: “No sólo de pan vivirá el hombre”. El preocuparse por algo o por todo no añadirá ni una sola hora a la vida de una persona.

La actitud que busca Jesús en sus discípulos es una actitud de fe y de confianza en el Padre celestial. Eso es lo opuesto a lo que hace mundo pagano que corre tras la comida, la bebida y la ropa por temor a no tener algún día lo suficiente. Jesús les da a sus seguidores la consoladora seguridad de que: “Vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de estas cosas”. A los discípulos se les ha enseñado a orar: “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”; la respuesta de Dios a esta oración es realmente todo lo que los discípulos necesitan para vivir en este mundo.

En vez de poner su mayor ilusión en “lo que habéis de comer” o “lo que habéis de beber”, Jesús exhorta a sus discípulos, diciéndoles: “Buscad, más bien, el reino de Dios, y todas estas

cosas os serán añadidas”. Una vez más, es cuestión de decidir cuáles son nuestras prioridades. Los fariseos tenían en desorden las suyas, así como Marta y el hombre rico. Más adelante vamos a escuchar a Jesús decir: “No podéis servir a Dios y a las riquezas” (16:13). Es esencial que los discípulos de Jesús tengan sus prioridades en el orden correcto.

El reino siempre es el centro de los pensamientos de Jesús. En este mundo, el pequeño rebaño de creyentes puede olvidar el reino y sentir miedo al tener que enfrentarse a la oposición de fuerzas poderosas. Jesús se propone disipar esos temores cuando les recuerda: “A vuestro Padre le ha placido daros el Reino”. Este es el reino que los discípulos deben buscar siempre.

El que tiene la promesa de ese reino se preocupará menos por las posesiones en este mundo. En realidad Jesús les aconseja: “Vended lo que poseéis, y dad limosna”. El tesoro que realmente importa, el tesoro que nada ni nadie puede arrebatarle al creyente fiel, está guardado en los cielos. Y si el tesoro de una persona está depositado en los cielos, entonces el cielo será el centro de los pensamientos y los deseos de esa persona. Este será un remedio contra las preocupaciones y los temores.

A través de los siglos los cristianos han preguntado cuán literalmente se deben entender estas palabras de Jesús. San Francisco de Asís regaló todo lo que tenía, incluyendo la ropa, y llevó una vida de pobreza total. ¿Es eso lo que Jesús quiere que haga cada cristiano? Difícilmente. Es necesario que leamos estas palabras de Jesús en el contexto de la revelación total de Dios. Jesús dice aquí algo que cada uno de los discípulos debe oír y oír con frecuencia. Lo que Jesús dice aquí lo dice en una forma abierta y franca; es algo que capta la atención de inmediato. Es necesario que los discípulos de Jesús se distancien de las actitudes del mundo que glorifican esta vida terrenal y los bienes materiales. El discípulo siempre debe recordar que el fin se acerca. La primera prioridad en la vida debe ser siempre el buscar el reino de Dios, es decir, escuchar lo que Jesús dice.



*La vigilancia*

**<sup>35</sup>»Tened vuestra cintura ceñida y vuestras lámparas encendidas; <sup>36</sup>sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que, cuando llegue y llame, le abran en seguida. <sup>37</sup>Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá y hará que se sienten a la mesa y vendrá a servirles. <sup>38</sup>Y aunque venga a la segunda vigilia o a la tercera vigilia, si los halla velando, bienaventurados son aquellos siervos. <sup>39</sup>Pero sabed esto, que si supiera el padre de familia a qué hora el ladrón había de llegar, velaría ciertamente y no lo dejaría entrar en su casa. <sup>40</sup>Vosotros, pues, también, estad preparados, porque a la hora que no penséis el Hijo del hombre vendrá.»**

**<sup>41</sup>Entonces Pedro le dijo:**

**—Señor, ¿dices esta parábola a nosotros o también a todos?**

**<sup>42</sup>Dijo el Señor:**

**—¿Quién es el mayordomo fiel y prudente al cual su señor pondrá sobre su casa para que a tiempo les dé su ración?**

**<sup>43</sup>Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, lo halle haciendo así. <sup>44</sup>En verdad os digo que lo pondrá sobre todos sus bienes. <sup>45</sup>Pero si aquel siervo dice en su corazón: “Mi señor tarda en venir”, y comienza a golpear a los criados y a las criadas, y a comer y a beber y a embriagarse, <sup>46</sup>vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera y a la hora que no sabe, y lo castigará duramente y lo pondrá con los infieles.**

**<sup>47</sup>»Aquel siervo que, conociendo la voluntad de su señor, no se preparó ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. <sup>48</sup>Pero el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco, porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará, y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá.**

Cuando Jesús se transfiguró, el tema de su conversación fue su éxodo, es decir, su partida de Jerusalén (9:31). Poco tiempo después, Jesús se dirigió resueltamente a Jerusalén con sus discípulos; en el camino les enseñó muchas cosas. Una verdad que sus discípulos debían aprender era el hecho de que este mismo Jesús, que iba a partir de Jerusalén, vendrá de nuevo. Como siervos del Señor, se esperaba que los discípulos se mantuvieran vigilantes y que llevaran a cabo sus responsabilidades con fidelidad.

Jesús compara su regreso con el de un amo que está lejos de su casa y que regresa para asistir a un banquete de bodas. Los siervos deben estar apropiadamente vestidos y deben estar listos para servir, con lámparas encendidas en espera de que su amo toque a la puerta. “Tened vuestra cintura ceñida” es una frase que significa: “Manténganse listos, con la ropa bien ajustada” (NVI). Cuando los israelitas salieron de Egipto, en el tiempo del Éxodo, el Señor les mandó estar “ceñidos con un cinto, con vuestros pies calzados” (Éxodo 12:11), es decir, que estuvieran listos para viajar. Los siervos están listos para servir cuando sus largos mantos están ceñidos y arreglados en su cinto, alrededor de la cintura. Este es el estado de vigilancia que Jesús espera de sus siervos.

Los siervos vigilantes serán recompensados. En la parábola que contó Jesús la recompensa es el privilegio de sentarse en un banquete y ser servidos por el amo (eso nos recuerda que Jesús les lavó los pies a sus discípulos en la última cena). Aquí se presenta un intercambio de papeles: el amo se pone el delantal y les sirve a sus siervos.

Un problema para los siervos que esperan es el hecho de que no saben la hora del regreso de su amo. Podría ser en la segunda vigilia (9-12 p.m.) o hasta la tercera vigilia (12-3 a.m.). Para hacer énfasis en la incertidumbre del momento del regreso de su amo, Jesús les presenta una ilustración diferente, el ejemplo de un padre de familia que no tiene modo de saber cuándo llegará el ladrón a robar durante la noche. San Pablo usa esta misma ilustración al escribir a los tesalonicenses: “Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como un ladrón en

la noche” (1 Tesalonicenses 5:2). El Hijo del hombre vendrá a una hora en la que nadie lo espera.

Al hablar de la venida del Hijo del hombre, Jesús se está refiriendo a su regreso al fin del mundo. ¿Cuándo habrá de ocurrir esto? Nadie lo sabe. Los que intentan calcular estas cosas están desafiando la voluntad de Dios que ha decidido no revelarnos la fecha. Lo que es cierto en cuanto al fin del mundo, también es cierto en cuanto al fin de nuestra existencia terrenal como el rico de la parábola lo descubrió. Los siervos de Cristo deben estar listos, vigilando todo el tiempo el regreso de su amo.

La pregunta que hace Pedro impulsa a Jesús a decir más acerca de lo que se espera especialmente de los líderes de la iglesia. Les presenta otro ejemplo, esta vez se trata de un mayordomo (administrador) a quien su amo le había encargado la supervisión de sus compañeros sirvientes. Tiene la responsabilidad de distribuir la comida asignada y, en general, de administrar la casa sabiamente en ausencia de su amo. Si el mayordomo cumple fielmente con sus deberes, entonces el amo lo recompensará con mayor autoridad y responsabilidad.

Sin embargo, el mayordomo puede suponer que el regreso de su amo se va a tardar y comienza a aprovecharse de su poder y de su autoridad. Empieza a golpear a sus compañeros sirvientes, tanto hombres como mujeres, y emplea su tiempo en fiestas y en borracheras. Cuando de repente el amo regrese, el castigo será severo. Jesús dice que “lo castigará duramente y lo pondrá con los infieles”. La forma violenta de castigo corresponde a los tiempos en los que vivía Jesús. Los líderes de la iglesia como Pedro y los apóstoles recibieron la severa advertencia de que no se deben atrever a abusar de la autoridad que les ha otorgado el amo.

Los siervos se deben mantener fieles y vigilantes. Sin embargo, no todos son castigados de igual manera cuando fallan en el cumplimiento de sus deberes. Los que conocen muy bien la voluntad del amo, y aun así fallan en hacer lo que él quiere, serán castigados con muchos azotes. No obstante, el siervo infiel que no está bien informado de los deseos de su amo sólo recibirá pocos

azotes. La explicación que Jesús da para esta variación en el castigo resulta de una distribución desigual de los talentos y de las oportunidades: a quien más se le haya dado, más se le exigirá.

Pedro había preguntado si Jesús hablaba solamente para los discípulos o para todos. Ciertamente las palabras de Jesús tienen aplicación para todos, pero es evidente que Jesús se dirige en particular a los discípulos, a su más estrecho círculo de seguidores, a quienes se les había dado mucho. Mucho se esperaba de ellos en vigilancia y en fidelidad. Hoy también hay algunos cristianos que reciben grandes talentos y responsabilidades y Jesús espera que ellos sean un buen ejemplo de vigilancia y de fidelidad. Y si fracasan, pueden esperar un castigo mayor, lo cual no necesariamente se refiere al castigo eterno, sino a lo que un infame líder de la iglesia experimenta en esta vida terrenal presente.

*No paz sino división*

**<sup>49</sup>»Fuego vine a echar en la tierra. ¿Y qué quiero, si ya se ha encendido? <sup>50</sup>De un bautismo tengo que ser bautizado. ¡Y cómo me angustio hasta que se cumpla! <sup>51</sup>¿Pensáis que he venido para traer paz a la tierra? Os digo: no, sino enemistad. <sup>52</sup>De aquí en adelante, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos y dos contra tres; <sup>53</sup>estará dividido el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera y la nuera contra su suegra.**

Jesús esperaba mucho de sus seguidores en cuanto a la fidelidad a su llamamiento. No obstante, ningún discípulo tiene que cumplir un papel tan exigente como el de Jesús; de nadie se espera tanto como de Jesús. Después de hablar de lo que busca de sus siervos, Jesús habla de su propia misión en este mundo, dándonos un vistazo de un alma profundamente angustiada.

La misión de Jesús incluía traer fuego sobre la tierra. Juan el Bautista había dicho de Jesús: “Él os bautizará en Espíritu Santo

y fuego” (3:16). Jacobo y Juan estaban listos para traer el fuego del juicio sobre el pueblo de Samaria que no quiso recibir a Jesús (9:54), pero la reprensión que recibieron dejó en claro que el tiempo para el juicio de fuego aún no había llegado. Sin embargo, el día del fuego vendrá; el amo regresará. El deseo que Jesús expresa de que el fuego “ya se ha encendido” sugiere que a él le gustaría que esto ya se hubiera cumplido porque es algo terrible y espantoso de contemplar.

Sin embargo, antes de que caiga el fuego del juicio sobre la tierra, Jesús mismo debe pasar por el ardiente juicio al que él se refiere como su bautismo. Al comparar el bautismo con la muerte quizás estuviera refiriéndose al gran diluvio, cuando el agua trajo el juicio de Dios sobre todo el mundo. San Pablo escoge esta conexión en Romanos 6:4: “Somos sepultados juntamente con [Cristo] para muerte por el bautismo”. El bautismo por el que Jesús debe pasar es angustiante porque todo el ardiente juicio del infierno se acumula sobre él como castigo por los pecados del mundo.

A medida que Jesús caminaba hacia Jerusalén para recibir este bautismo, se hacía más claro que muchos no estaban listos para recibir su mensaje de salvación. Los ángeles habían cantado de la paz que el nacimiento del Salvador iba a traer sobre la tierra. Dios quiere la paz para el mundo, pero muchos rechazan su ofrecimiento de reconciliación. Hubo familias que habían quedado divididas por Jesús y así continuará hasta el fin. Lo que Simeón había profetizado, Jesús vio ocurriendo en su vida. Todo era muy doloroso para él; deseaba que su misión ya hubiera terminado.

### *Interpretación de los tiempos*

**<sup>54</sup> Decía también a la multitud: «Cuando veis la nube que sale del poniente, luego decís: “Agua viene”, y así sucede. <sup>55</sup> Y cuando sopla el viento del sur, decís: “Hará calor”, y lo hace. <sup>56</sup> ¡Hipócritas! Sabéis distinguir el aspecto del cielo y de la tierra, ¿y cómo no distinguís este tiempo?**

**<sup>57</sup>»¿Por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo? <sup>58</sup>Cuando vayas al magistrado con tu adversario, procura arreglarte con él en el camino, no sea que te arrastre al juez, y el juez te entregue al guardia, y el guardia te meta en la cárcel. <sup>59</sup>Te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado aun la última blanca.»**

Es evidente que el mundo se dirige hacia el juicio final de Dios. Sin embargo, hay muchos que no quieren reconocer ese hecho, son como el rico de la parábola que estaba muy ocupado ganando más dinero y muy despreocupado acerca de su muerte inminente. Era un necio.

Jesús le dice a la multitud que le estaba siguiendo en su camino a Jerusalén que las personas son capaces de leer las señales meteorológicas pero que no quieren leer las señales de los tiempos. Son sensibles a las señales del tiempo atmosférico pero en cuanto a lo religioso son necios. Muchos muestran sabiduría en los asuntos terrenales como los negocios y el clima, pero son ciegos y testarudos en las cosas espirituales.

Al aplicarle la palabra “hipócritas” a la multitud, Jesús indica un rasgo común que se encuentra entre la gente que actúa como si no supiera nada mejor. No es como si fueran incapaces de ver el fin venidero, sino que simplemente no están dispuestos a enfrentarlo ni de hacer los cambios necesarios en su vida.

Pero aún hay tiempo para escapar. Jesús utiliza una ilustración para hacerlo claro a la multitud. En los asuntos humanos si alguien levanta una queja contra otra persona, por lo general intentan resolver el problema antes de que el acusado vaya a parar a la cárcel. Jesús probablemente se refiere a un caso en el que alguien falla en el pago de una gran deuda pendiente. Puede ser que uno salga del problema si ofrece pagar un poco menos de la cuenta con tal de satisfacer al adversario. Pero una vez que está en prisión, la deuda debe ser pagada hasta el último centavo.

Las personas deben tener buen juicio en el arreglo de sus cuentas con Dios, así como lo tienen cuando se trata de los asuntos

mundanos. Pero desgraciadamente, así como fallan en la interpretación de las señales de los tiempos, la gente no usa su buen juicio para asegurarse de escapar de la prisión eterna. Jesús se sorprende de que la gente sea tan cerrada, tan indispuesta a aprovechar las oportunidades que se les dan para el arrepentimiento antes de que sea demasiado tarde. Este es otro ejemplo de la necesidad humana.

### *Arrepentíos o pereceréis*

**13** En este mismo tiempo estaban allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos. <sup>2</sup> Respondiendo Jesús, les dijo:

—¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que los demás galileos? <sup>3</sup> Os digo: no, antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. <sup>4</sup> O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? <sup>5</sup> Os digo: no, antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.

<sup>6</sup> Dijo también esta parábola: «Un hombre tenía una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella y no lo halló. <sup>7</sup> Y dijo al viñador: “Ya hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera y no lo hallo. ¡Córtala! ¿Para qué inutilizar también la tierra?” <sup>8</sup> Él entonces, respondiendo, le dijo: “Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella y la abone. <sup>9</sup> Si da fruto, bien; y si no, la cortarás después.”»

Jesús había criticado a la multitud que lo seguía por su incapacidad para interpretar “este tiempo” (12:56). Parece ser que algunos de entre la multitud le responden a la crítica contándole a Jesús de los galileos que fueron asesinados por Pilato, para sugerir que están bien conscientes de la manera en que Dios realmente

castiga a los pecadores. No están tan cerrados como Jesús les quiere hacer ver.

Jesús se ve obligado a interpretar correctamente ese acontecimiento para la multitud. Es muy probable que haya habido un grupo grande de peregrinos de Galilea que estaba ofreciendo sacrificios en el Templo de Jerusalén cuando los soldados de Pilato atacaron, pero sólo unos cuantos de los adoradores fueron asesinados. Jesús le pregunta a la multitud si es que ellos piensan que los individuos asesinados eran peores pecadores que los que no murieron. Jesús rechaza claramente esta conclusión.

Cita otro ejemplo de muerte trágica: dieciocho personas perecieron cuando cayó sobre ellas la torre de Siloé. Esta torre estaba ubicada cerca del estanque de Siloé en la esquina sureste de Jerusalén. Jesús pregunta si esas dieciocho personas eran más culpables que los otros que vivían en Jerusalén en ese tiempo. Una vez más Jesús rechaza esta conclusión. Jesús rompe la conexión entre estas muertes trágicas y el castigo por el pecado. No debemos interpretar los sufrimientos terrenales poco comunes ni la muerte de algún individuo como un castigo específico por algún pecado que alguien haya cometido, a menos que haya prueba.

Jesús da la interpretación correcta de estos dos acontecimientos: “Antes, si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente”. Asesinatos brutales, accidentes trágicos, cualquier forma de muerte, todos son predicaciones de la ley de Dios: el alma que peque, morirá. La muerte es una forma con la que Dios llama a la gente al arrepentimiento para que no muera eternamente. Algunos concluyen falsamente que si nada realmente malo les ocurre a ellos en la vida, es una señal de que han estado llevando una vida buena. Jesús les enseña que el arrepentimiento no sólo es para la gente muy malvada, el arrepentimiento es necesario para todos.

Los asesinatos cometidos por Pilato son una predicción de la muerte de Cristo. Hubo muchos en su generación que interpretaron falsamente su muerte sobre la cruz como una señal de su propia culpa. Sabemos que ese no era de ninguna manera el caso; su



muerte fue por los pecados del mundo, que fueron cargados sobre él.

La parábola que contó Jesús acerca de la higuera estéril presenta la verdad de que Dios les da tiempo a las personas para que se arrepientan. Dios es muy paciente, y no quiere que nadie perezca sino que todos lleguen al arrepentimiento (2 Pedro 3:9). Sin embargo, la demora en el juicio no debe ser causa para que la gente posponga también el arrepentimiento. Un día llegará el tiempo en que el árbol que no dé fruto sea cortado. La oportunidad para el arrepentimiento llega a su fin.

*En día sábado Jesús sana a una mujer encorvada*

**<sup>10</sup> Enseñaba Jesús en una sinagoga en sábado, <sup>11</sup> y había allí una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada y en ninguna manera se podía enderezar. <sup>12</sup> Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo:**

**—Mujer, eres libre de tu enfermedad.**

**<sup>13</sup> Puso las manos sobre ella, y ella se enderezó al momento y glorificaba a Dios. <sup>14</sup> Pero el alto dignatario de la sinagoga, enojado de que Jesús hubiera sanado en sábado, dijo a la gente:**

**—Seis días hay en que se debe trabajar; en estos, pues, venid y sed sanados, y no en sábado.**

**<sup>15</sup> Entonces el Señor le respondió y dijo:**

**—¡Hipócrita!, ¿no desatáis vosotros vuestro buey o vuestro asno del pesebre y lo lleváis a beber en sábado? <sup>16</sup> Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en sábado?**

**<sup>17</sup> Al decir él estas cosas, se avergonzaban todos sus adversarios; pero todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas hechas por él.**

Jesús usó el viaje a Jerusalén para instruir a la gente, como se verá más claramente en 13:22: “Pasaba Jesús por ciudades y

aldeas, enseñando, mientras se encaminaba a Jerusalén”. La mayoría de esa enseñanza tuvo lugar en lugares abiertos, pero en ocasiones Jesús también se dirigía a las sinagogas judías. Esta mención de que Jesús estaba enseñando en la sinagoga es la última que encontramos en el Evangelio de Lucas.

Jesús enseñó no sólo de palabra, sino también con sus obras. Esto es particularmente cierto en el caso presente. En la sinagoga se encontraba una mujer que había estado lisiada durante dieciocho años. Su cuerpo estaba encorvado, y gozaba de poca libertad para moverse. Jesús observó su lastimosa condición y la liberó de la rigidez con un toque de sus manos. ¡Qué gozo tan grande fue para esta mujer el poder erguirse de nuevo después de dieciocho años de no poder hacerlo!

Sin embargo, el alto dignatario de la sinagoga estaba indignado porque la curación se había llevado a cabo en el día sábado. Eso nos recuerda una crítica similar que vino de los fariseos cuando Jesús sanó a un hombre que tenía la mano seca en un día sábado (6:6-11). El alto dignatario de la sinagoga no se dirige directamente a Jesús, sino que le hace este comentario a la gente, para instruirla sobre lo que él considera una acción que era ilegal hacer en sábado.

Jesús les responde a los que le criticaban llamándolos “hipócritas”. Había utilizado esa misma palabra anteriormente en 12:56 para caracterizar la poca disposición que había en las multitudes para interpretar las señales de los tiempos. Aquí es propio llamar hipócrita a la gente que desataría su animal para llevarlo a beber agua en día sábado, pero condena el acto de desatar a una compañera israelita de las cadenas que le fueron impuestas por Satanás. Jesús ve que el orden de prioridades de la gente está terriblemente equivocado.

El alto dignatario de la sinagoga no hubiera estado de acuerdo con lo que decía Jesús, pero él mismo era uno de los que necesitaban arrepentirse. El arrepentimiento no sólo es necesario por las malas obras, sino también por las actitudes falsas. El alto dignatario demostraba una mala comprensión del propósito del

sábado en el Antiguo Testamento. En lugar de encadenar a la gente con restricciones que no pueden cumplir, el sábado debía ser un día de libertad, lejos del afán del trabajo para celebrar la bondad de Dios. Para esta mujer a quien Jesús había sanado era exactamente esto, un día de libertad y de salvación. El sábado perfecto será el descanso que gozaremos en los cielos, libres de todo pecado y de toda enfermedad.

*La parábola de la semilla de mostaza y la parábola de la levadura*

**<sup>18</sup> Dijo:**

**—¿A qué es semejante el reino de Dios, y con qué lo compararé? <sup>19</sup> Es semejante al grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su huerto; y creció y se hizo árbol grande, y las aves del cielo anidaron en sus ramas.**

**<sup>20</sup> Y volvió a decir:**

**—¿A qué compararé el reino de Dios? <sup>21</sup> Es semejante a la levadura que una mujer tomó y mezcló con tres medidas de harina, hasta que todo hubo fermentado.**

Con las parábolas de la semilla de mostaza y de la levadura concluye esta primera parte del viaje de Jesús a Jerusalén. Lucas no nos da un recorrido terrenal de este viaje; al contrario describe un recorrido espiritual. Esta es una experiencia aleccionadora para los discípulos que siguen a Jesús en el camino a la cruz.

A la primera parte del viaje a Jerusalén algunos han dado el título: “Jesús exhorta a la gente a prepararse para la venida del reino”. Aunque este reino está lejos de ser evidente para los que caminan con Jesús, a ellos Jesús les asegura que el reino ciertamente vendrá. El crecimiento de la pequeña semilla de mostaza y el poder oculto de la levadura para hacer trabajar la harina demuestran esta última verdad. El viaje de Jesús y de los discípulos terminará en triunfo. Estas dos parábolas hacen sonar esta nota de triunfo.



*La mujer que vivió encorvada por dieciocho años*

La planta de mostaza era una hierba de jardín que tenía una semilla diminuta (vea 17:6 donde la semilla se usa también como un ejemplo de algo pequeño). La literatura judía describe esta semilla tan pequeña que crece hasta la altura de una higuera. Así será el cumplimiento espectacular del reino de Dios. En la otra parábola, la levadura trabaja en una gran cantidad de harina (tal vez alrededor de siete kilos). Una cantidad pequeña de levadura oculta es suficientemente poderosa para hacer que una gran cantidad de masa se leude. Así es de poderoso el reino de Dios que obra en el mundo.

En los días de Jesús las multitudes se sorprendían de las cosas maravillosas que él hacía. Y hacían bien en maravillarse, pues donde está Jesús allí está el reino de Dios. El reino viene a nosotros mediante la palabra y los sacramentos. Tendrá su cumplimiento glorioso cuando Jesús venga de nuevo al fin de los tiempos.

### *Jesús revela algunas sorpresas acerca de quién heredará el reino*

#### *La puerta estrecha*

**<sup>22</sup> Pasaba Jesús por ciudades y aldeas, enseñando, mientras se encaminaba a Jerusalén. <sup>23</sup> Alguien preguntó:**

**—Señor, ¿son pocos los que se salvan?**

**Él les dijo:**

**<sup>24</sup> —Esforzaos a entrar por la puerta angosta, porque os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. <sup>25</sup> Después que el padre de familia se haya levantado y cerrado la puerta, y estando fuera empecéis a llamar a la puerta, diciendo: “Señor, Señor, ábrenos”, él, respondiendo, os dirá: “No sé de dónde sois.” <sup>26</sup> Entonces comenzaréis a decir: “Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste.” <sup>27</sup> Pero os dirá: “Os digo que no sé de dónde sois; apartaos de mí todos vosotros, hacedores de maldad.” <sup>28</sup> Allí será el llanto y el crujir de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y**

**vosotros estéis excluidos. <sup>29</sup> Vendrán gentes del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. <sup>30</sup> Hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos.**

Lucas nos dice en 9:51 que Jesús “afirmó su rostro para ir a Jerusalén”. En esta sección se nota el hecho de que Jesús está prosiguiendo su camino a esa ciudad. En 17:11, leeremos que “yendo Jesús a Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea”. La frontera entre esas dos provincias está lejos de Jerusalén. Es claro que el viaje no sigue una ruta recta. Al contrario, es un camino espiritual interrumpido por muchas enseñanzas y varios milagros. Sin embargo, no hay ninguna duda sobre la meta final. Llegará finalmente a Jerusalén, donde se llevará a cabo la salvación del mundo.

Una pregunta que con frecuencia era tema de discusión entre los judíos trataba sobre la salvación, y ahora esa misma pregunta se la hacen a Jesús: “¿Son pocos los que se salvan?” Mientras algunos de los rabinos enseñaban que todos los israelitas tendrían parte en el mundo venidero, Jesús responde a la pregunta de una manera bastante diferente.

Algunas de las parábolas de Jesús comparan la salvación con una gran fiesta o un banquete ofrecido por un rey, y ese es el ejemplo que el Señor utiliza aquí. La entrada al banquete es por una puerta; lo primero que Jesús destaca acerca de esa puerta es su estrechez. Esta circunstancia impide que las grandes multitudes se agolpen y entren a montón. De esta manera la entrada al banquete se logra al pasar por la puerta uno por uno. La puerta angosta es símbolo de Jesús mismo, uno entra al banquete por medio de él. Jesús exhorta a sus oyentes diciéndoles: “Esforzaos a entrar”. En el texto original se usa una palabra griega que sugiere contienda para entrar. La lucha no es contra las otras personas sino más bien contra nuestra propia carne pecadora y contra las tentaciones del diablo.

Jesús tiene algo más que decir acerca de la puerta: va a llegar el momento en que el dueño de la casa cierre la puerta. Entonces vendrán algunos a tocar exigiendo que se les abra la puerta para entrar. El hecho de conocer al dueño de la casa no será razón suficiente para que él abra. Es claro que Jesús dice que él mismo es el dueño de la casa, porque las personas que tocan hablan de las enseñanzas que Jesús impartió en las calles. Así como al árbol estéril le llegó el tiempo de ser cortado (13:9), también llegará el momento en la vida de cada individuo y en la historia del mundo, en que la entrada a la salvación quedará cerrada. El mensaje es claro: no te demores, sino empuñate en entrar ahora.

Finalmente tenemos la descripción de las personas que se sientan a las mesas del banquete. Como sería de esperar, Abraham, Isaac, Jacob y los profetas están allí, pero entonces viene algo sorprendente: muchos de los contemporáneos de Jesús se encontrarán fuera mirando hacia adentro, expresando su decepción y su sorpresa con el llanto y el crujir de dientes. Verán que otras personas de todas las nacionalidades estarán sentadas en su lugar en el banquete de la salvación, mientras que los que tuvieron primero la oportunidad de responder a la predicación de Cristo se encontrarán fuera. Los que al final de la vida terrenal fueron los últimos que escucharon el mensaje del evangelio se verán honrados con asientos escogidos en el banquete celestial.

Jesús realmente no responde a la pregunta que se le había hecho, más bien les dice a todos los que lo escuchan: “Tú asegúrate de ser salvo”.

### *Lamento de Jesucristo sobre Jerusalén*

<sup>31</sup> **Aquel mismo día llegaron unos fariseos, diciéndole:**

—**Sal y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar.**

<sup>32</sup> **Él les dijo:**

—**Id y decid a aquella zorra: “Echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día termino mi obra”.**



**<sup>33</sup> Sin embargo, es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino, porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén. <sup>34</sup> ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, pero no quisiste! <sup>35</sup> Vuestra casa os es dejada desierta; y os digo que no me volveréis a ver hasta que llegue el tiempo en que digáis: “Bendito el que viene en nombre del Señor.”**

Herodes Antipas era gobernador de las provincias de Galilea y de Perea (un área que estaba al este del río Jordán). El consejo que le dan los fariseos a Jesús cuando le dicen: “Sal, y vete de aquí”, puede indicar que Jesús todavía viajaba a lo largo de una de esas dos provincias. La razón por la que algunos de los fariseos fueron a Jesús con esa advertencia se ha interpretado de varias maneras. Tal vez le dieron el consejo con la malvada intención de presionar a Jesús para que se apresurara a llegar a Jerusalén donde habría de encontrar la muerte. O tal vez algunos de los fariseos simpatizaban con Jesús y querían evitarle el destino de muerte que tuvo Juan el Bautista a quien Herodes había decapitado.

Cualquiera que sea el caso, Jesús no le presta atención a la advertencia, sino que les dice a los fariseos para que regresen a Herodes con el mensaje de que él va a continuar con su obra como siervo del Señor hasta alcanzar su meta. Jesús llama a Herodes una “zorra”. Ese era un término que usaban los rabinos judíos como epíteto para una persona astuta o mañosa. Tal vez Herodes había enviado a los fariseos a donde Jesús con esta advertencia para que se marchara de su territorio (aunque anteriormente en 9:9, se nos dijo que Herodes trató de ver a Jesús).

Sin embargo, no será Herodes quien determine el desenlace final en la vida de Jesús. Jesús sabe que morirá donde los verdaderos profetas habían muerto: en Jerusalén (11:47-51). Jesús habla en sentido figurado cuando se refiere a la meta que debe



alcanzar al tercer día. Los lectores cristianos de este evangelio pueden ver con toda facilidad que esta es una referencia a su resurrección al tercer día.

¡Es muy triste que Jesús tuviera que morir en Jerusalén! Él amorosamente quería reunir a los habitantes de esta sagrada ciudad bajo su cuidado protector. Pero hablándole directamente a la ciudad, Jesús pronuncia estas tristes palabras: “Pero no quisiste”. La “casa” de la que Jesús dice “os es dejada desierta” se puede referir a la bancarrota espiritual del Templo y de su adoración, o tal vez sea una referencia velada a la inminente destrucción de la ciudad por los romanos.

Jesús termina su mensaje a Jerusalén con palabras citadas del Salmo 118:22, palabras que los judíos usaban como parte de su liturgia en los grandes días de fiesta. Los discípulos clamaron con estas mismas palabras cuando Jesús entró a la ciudad de Jerusalén como el humilde Rey en el Domingo de Ramos (19:38). En un sentido más amplio, estas palabras se refieren a su venida final cuando todo el mundo reconocerá a Jesús como el único que viene en el nombre del Señor, no como Salvador sino como Juez.

Mateo registra palabras casi idénticas que Jesús le dijo a Jerusalén después de que él entró en la ciudad (Mateo 23:37-39). Lucas tal vez ha registrado estas palabras de Jesús en este punto debido a que son muy apropiadas. Jesús no se para literalmente ante la ciudad; pero Jerusalén es su meta y él habla como uno que ve la ciudad claramente frente a él.

### *Jesús en la casa de un fariseo*

**14** Aconteció que un sábado Jesús entró a comer en casa de un gobernante fariseo, y ellos lo acechaban. <sup>2</sup>Y estaba delante de él un hombre hidrópico. <sup>3</sup>Entonces Jesús habló a los intérpretes de la Ley y a los fariseos, diciendo:

—¿Es lícito sanar en sábado?

**<sup>4</sup> Pero ellos callaron. Él, tomándolo, lo sanó y lo despidió.  
<sup>5</sup> Y dirigiéndose a ellos, dijo:**

**—¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cae en algún pozo, no lo saca inmediatamente, aunque sea sábado?**

**<sup>6</sup> Y no le podían replicar a estas cosas.**

**<sup>7</sup> Observando cómo los convidados escogían los primeros asientos a la mesa, les refirió una parábola, diciéndoles:**

**<sup>8</sup> «Cuando seas convidado por alguien a unas bodas no te sientes en el primer lugar, no sea que otro más distinguido que tú esté convidado por él, <sup>9</sup> y viniendo el que te convidó a tí y a él, te diga: “Da lugar a éste”, y entonces tengas que ocupar avergonzado el último lugar. <sup>10</sup> Más bien, cuando seas convidado, ve y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó te diga: “Amigo, sube más arriba.” Entonces tendrás el reconocimiento de los que se sientan contigo a la mesa. <sup>11</sup> Cualquiera que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.»**

**<sup>12</sup> Dijo también al que lo había convidado:**

**—Cuando hagas comida o cena, no llares a tus amigos ni a tus hermanos ni a tus parientes ni a vecinos ricos, no sea que ellos, a su vez, te vuelvan a convidar, y seas recompensado. <sup>13</sup> Cuando hagas banquete, llama a los pobres, a los mancos, a los cojos y a los ciegos; <sup>14</sup> y serás bienaventurado, porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos.**

En Lucas 13:22-30, Jesús comparó la salvación con un banquete en un salón al que se entra por la puerta estrecha. Después de que el dueño ya había cerrado la puerta, algunos vinieron a tocar para poder entrar, diciendo: “Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste” (v. 26). Esta historia es un ejemplo de las personas que hubieran podido decir esto. Jesús fue invitado una vez más a la casa de uno de los fariseos para un banquete en sábado (vea 7:36-50 y 11:37-54 respecto a comidas previas con los fariseos).

Cuando Jesús se reclina en la mesa, se encuentra cara a cara con un hombre que sufre de hidropesía. Esta es una enfermedad que causa una acumulación anormal de líquido en los tejidos conjuntivos y en las cavidades del cuerpo con síntomas de hinchazón y de una circulación deficiente. En general es una señal de problemas médicos más serios.

Antes de ayudar a este hombre enfermo Jesús les hace una pregunta a los fariseos y a los intérpretes de la ley que se encuentran presentes en la comida: “¿Es lícito sanar en sábado?” En el caso de la mujer encorvada que Jesús sanó en la sinagoga en día sábado, él no preguntó nada antes de sanarla (13:10-17). Pero en 6:6-11, tenemos una historia en la que Jesús hace una pregunta similar acerca de lo que es lícito hacer en sábado.

La pregunta de Jesús produce un silencio incómodo. Un estudio de las enseñanzas religiosas judías revela que en este punto había desacuerdo sobre la respuesta correcta. En uno de los libros de códigos legales está escrito: “Nadie deberá ayudar a parir a un animal en día sábado. Aun si cae (el animal recién nacido) en una cisterna o en un hoyo, nadie lo debe sacar en día sábado”, pero otros maestros decían que se les debía ayudar a los animales aun en día sábado si fuera necesario.

Cuando las autoridades religiosas que estaban presentes se negaron a responder a la pregunta, Jesús sanó al hombre que tenía hidropesía. La pregunta siguiente que hace Jesús implica que las acciones hablan con más fuerza que las palabras. No importaba lo que los intérpretes de la ley enseñaran en teoría, realmente en la práctica le ayudarían a un niño o a un animal que cayera dentro de un pozo en día sábado. Eso prueba que es lícito sanar en día sábado aun si la curación pudiera haber sido pospuesta para otro día. Nuevamente sólo hay silencio de parte de los que critican a Jesús. Su mismo silencio lo dice todo.

Mientras permanecen sentados a la mesa, Jesús les narra tres parábolas. La primera está motivada por la costumbre que tienen los invitados de escoger los asientos de honor en la mesa. Jesús narra una historia acerca de una persona que había sido invitada

al banquete de una boda y que se sienta en un lugar de honor. El anfitrión se ve obligado a pedirle a esa persona que se mueva a otro asiento más lejano de la cabecera de la mesa para darle el lugar a un invitado más distinguido. Tal como algunos de los de la nación de Jesús son reemplazados en la fiesta de salvación por personas de lejanas tierras (13:28-30), así aquí la humillación viene a una persona orgullosa que es bajada de categoría. Jesús sugiere la forma correcta: comenzar sentándose en los lugares más bajos; así todos los invitados notarán cuando el anfitrión le pida a esa persona que ocupe un lugar más elevado. La regla general que establece Jesús en el versículo 11 se repetirá en la conclusión de la parábola del fariseo y el publicano (18:14). Jesús espera que aun si el fariseo no quiere escuchar esa advertencia, por lo menos sus discípulos aprendan a practicar la humildad.

La segunda parábola va dirigida al anfitrión de Jesús. Se refiere a la lista de invitados para un banquete como al que Jesús fue invitado. Las cuatro categorías de personas que no se deben incluir en la lista de invitados se comparan con cuatro categorías de invitados que sí deberían ser invitados. Lo que Jesús sugiere es lo opuesto a la práctica común. Las personas de las primeras cuatro categorías probablemente son las de las que le podrán corresponder el favor al anfitrión; las de la segunda categoría no lo podrán hacer. Sin embargo, lo que un anfitrión no gozará en la tierra como recompensa por su generosidad lo gozará en el banquete de la salvación. Dios mismo es el modelo de uno que invita a toda clase de personas a su gran cena de salvación (14:21).

### *La parábola del gran banquete*

**<sup>15</sup> Oyendo esto uno de los que estaban sentados con él a la mesa, le dijo:**

**—¡Bienaventurado el que coma pan en el reino de Dios!**

**<sup>16</sup> Entonces Jesús le dijo: «Un hombre hizo una gran cena y convidó a muchos. <sup>17</sup> A la hora de la cena envió a su siervo a decir a los convidados: “Venid, que ya todo está preparado.”**

**18 Pero todos a una comenzaron a excusarse. El primero dijo: “He comprado una hacienda y necesito ir a verla. Te ruego que me excuses.” 19 Otro dijo: “He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlos. Te ruego que me excuses.” 20 Y otro dijo: “Acabo de casarme y por tanto no puedo ir.” 21 El siervo regresó e hizo saber estas cosas a su señor. Entonces, enojado el padre de familia, dijo a su siervo: “Ve pronto por las plazas y las calles de la ciudad, y trae acá a los pobres, a los mancos, a los cojos y a los ciegos.” 22 Dijo el siervo: “Señor, se ha hecho como mandaste y aún hay lugar.” 23 Dijo el señor al siervo: “Ve por los caminos y por los vallados, y fuérganlos a entrar para que se llene mi casa, 24 pues os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados gustará mi cena.”»**

A Jesús se le había preguntado: “Señor, ¿son pocos los que se salvan?” (13:23). Jesús respondió sin dar números, sino exhortando a la audiencia a entrar al banquete por la puerta estrecha. También les dijo a sus oyentes que habrá algunas sorpresas entre los que están sentados a la fiesta de salvación. Jesús continúa con este pensamiento en la tercera parábola que contó durante la cena que había sido ofrecida por el fariseo.

La parábola del gran banquete está motivada por el comentario que hizo uno de los compañeros de mesa de Jesús: “Bienaventurado el que coma pan en el reino de Dios”. La bienaventuranza le hace recordar a otras declaraciones hechas por Jesús anteriormente (6:20-22; 11:27,28), y es muy semejante a las palabras de Apocalipsis 19:9: “Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero”.

Sin embargo, llega a ser evidente por la parábola que Jesús narra, que no todo el mundo considera el banquete de la salvación que nos ofrece Dios como algo maravilloso. El hombre que ofreció el gran banquete estaba preparado para recibir muchos invitados; las invitaciones ya habían sido enviadas. Cuando todo estaba listo,

el anfitrión envió personalmente a su siervo para que les avisara a los invitados que era hora de ir y comer.

Sin embargo, sorpresivamente el siervo se encuentra con muchas excusas. Jesús da tres ejemplos de las muchas excusas que escuchó. Las dos primeras ponen las propiedades y las posesiones como más importantes que tomar parte en el banquete de la salvación. Para ellos, su interés en el dinero tiene prioridad (16:13), y formalmente piden ser disculpados de asistir.

La tercera excusa implica las responsabilidades familiares. El recién casado es similar al discípulo que no pudo seguir a Jesús porque tenía la obligación de enterrar a su padre que había muerto (9:59). Su rechazo es menos cortés que el de los otros dos, ya que él considera que los asuntos familiares son más importantes que aceptar la invitación. Por tanto, se pierde también del banquete de Dios.

El siervo personifica a Cristo, que viene a invitar a sus contemporáneos para que entren por la puerta estrecha a la fiesta del reino de Dios. El llamado que hace al arrepentimiento y a la fe es recibido con hostilidad y con críticas por los prominentes. El siervo del Señor está profundamente desilusionado por esta recepción (13:34).

El anfitrión está indignado ante el rechazo a su amable invitación; pues ha hecho preparativos para recibir a muchos y está decidido a llenar la casa. Envía a su siervo para que vaya esta vez a las calles y a los callejones de la ciudad para traer a los pobres, a los inválidos, a los cojos y a los ciegos. Note que estas son las mismas categorías de personas a quienes Jesús le había dicho previamente a su anfitrión que invitara (14:13). Estas son las personas que viven en los alrededores de la misma ciudad, gente que no sabe nada de invitaciones a grandes banquetes. Esta es la misma clase de personas que respondieron positivamente a la predicación de Jesús.

Sin embargo, aún hay lugar para más. Por tercera vez el anfitrión envía al siervo. Esta vez debe ir a la gente de las áreas

rurales, a las veredas de los caminos que son poco transitados. El anfitrión le dice a su siervo: “Fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa”. Aquí tenemos un maravilloso cuadro de personas que fluyen hacia el banquete desde los más apartados confines de la tierra. Los que habían sido invitados primero perdieron su oportunidad; la puerta había sido cerrada y por eso no probarán la cena del banquete. Se negaron a escuchar la predicación de Jesús y se excluyeron a sí mismos.

Nadie puede entrar en el reino de Dios sin una invitación. Las buenas nuevas son que Dios tiene todo listo y que su invitación se extiende a todos. Los que permanecen fuera, los que rechazan su misericordioso ofrecimiento, son los únicos culpables. La gente no se puede salvar a sí misma, pero sí se puede condenar a sí misma.

Esta parábola le da una respuesta parcial a la pregunta original en cuanto a si sólo unos pocos serán salvos. Esta es una respuesta que hace énfasis en la abundancia del amor de Dios por los pecadores, pero también es una respuesta que advierte del peligro que hay en rechazar la misericordiosa invitación que les hace Dios a todos los hombres.

### *El costo del discipulado*

**<sup>25</sup> Grandes multitudes iban con él; y volviéndose, les decía:**  
**<sup>26</sup> «Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, madre, mujer, hijos, hermanos, hermanas y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo. <sup>27</sup> El que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. <sup>28</sup> ¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? <sup>29</sup> No sea que, después que haya puesto el cimiento, no pueda acabarla y todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, <sup>30</sup> diciendo: “Este hombre comenzó a edificar y no pudo acabar.” <sup>31</sup> ¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente**

**con diez mil al que viene contra él con veinte mil? <sup>32</sup>Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos le envía una embajada y le pide condiciones de paz. <sup>33</sup>Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.**

**<sup>34</sup>»Buena es la sal; pero si la sal se hace insípida, ¿con qué se sazonará? <sup>35</sup>Ni para la tierra ni para el muladar es útil; la arrojan fuera. El que tiene oídos para oír, oiga.»**

Jesús ha terminado su charla de sobremesa y continúa su camino acompañado (como casi siempre) de grandes multitudes. La gente no había perdido su curiosidad y esperaba con gran entusiasmo el próximo milagro que haría Jesús. Las palabras que ellos ahora escuchan de Jesús son como un balde de agua fría que se derrama sobre el ardor que la multitud tan frecuentemente mostraba.

Jesús establece tres condiciones para seguirlo. Primero, tienen que estar dispuestos a dejar los lazos familiares, así como también estar dispuestos a perder su propia vida. La palabra “aborrecer” se oye dura a nuestros oídos; no está de acuerdo con el mandato de amar hasta al enemigo (6:27). Jesús quiere sacudir a su audiencia con esta palabra, para llevarlos a que se den cuenta de que nada debe tener prioridad antes que él en la vida del discípulo.

La segunda condición es cargar la cruz, lo cual se explica en los comentarios de 9:23-27. La tercera condición para seguirlo es la disposición a abandonar todas las cosas materiales. Esta fue la condición que el hombre rico no fue capaz de cumplir (18:22,23). Estas tres condiciones deben ser puestas junto a las que se mencionan en 9:57-62.

A estas condiciones Jesús les agrega tres ilustraciones. La primera se trata de un hombre que piensa construir una torre. El constructor se asegurará de que tiene el dinero suficiente para terminar el trabajo antes de empezarlo, porque de otra forma será el hazmerreír de sus vecinos.



De la misma manera, ningún rey piensa en iniciar una batalla sin tener el ejército suficiente para terminarla. Si ve que está perdiendo la batalla, la mejor opción es enviar una embajada para negociar los términos de paz.

Finalmente Jesús utiliza la ilustración de la sal que pierde todo su sabor por lo cual llega a ser totalmente insípida, y no sirve ni para el muladar.

Es necesario primero examinarse con madurez antes de unirse a la multitud de peregrinos que siguen a Jesús en el camino a la cruz. Ser un seguidor de Jesús exige renunciar a la familia, a sí mismo y a las pertenencias. A menos que esto ocurra, los seguidores serán como el constructor que no pudo terminar la torre o como un rey que no pudo ganar la guerra. Cuando la marcha se vaya haciendo difícil, la lealtad a Jesús se irá enfriando. No es suficiente un corazón que se da a medias.

La exhortación final a oír ya se había dicho antes al final de la parábola del sembrador cuya semilla cayó en cuatro clases de tierra (8:8). La posibilidad de escuchar la palabra y de dar frutos se ve asfixiada por las amenazas y tentaciones de este mundo, sus riquezas y placeres. El seguidor de Jesús necesita escuchar todo lo que él dice, no sólo lo que uno quiere oír. Eso significa escuchar lo que nos dice acerca de la gran cena de la salvación y de la invitación que Dios da a todos en su gracia. Eso significa escucharlo cuando él describe la puerta estrecha por la que se entra al banquete.

### *Parábola de la oveja perdida*

**15** Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírlo, <sup>2</sup>y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo:

—Éste recibe a los pecadores y come con ellos.

<sup>3</sup>Entonces él les refirió esta parábola, diciendo: <sup>4</sup>«¿Qué hombre de vosotros, si tiene cien ovejas y se le pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la

**que se perdió, hasta encontrarla? <sup>5</sup> Cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso, <sup>6</sup> y al llegar a casa reúne a sus amigos y vecinos, y les dice: “Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido.” <sup>7</sup> Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.**

La sección anterior de este evangelio, que tuvo como tema: “El costo del discipulado”, concluyó con la advertencia: “El que tiene oídos para oír, oiga”. Este nuevo capítulo nos dice quiénes se reunieron para escuchar: los cobradores de impuestos y los pecadores. ¡Y no sólo escucharon a Jesús, sino que hasta fueron acogidos a comer con él!

La palabra “pecador” se puede referir a personas que son especialmente inmorales e impías. Sin embargo, aquí esta palabra se puede referir también a las personas que no seguían estrictamente el cumplimiento de las variadas exigencias de la ley ceremonial. Eran “pecadores” a los ojos de los fariseos por causa de su actitud poco religiosa. Los cobradores de impuestos son un ejemplo notable de esos pecadores.

El asunto de comer con los cobradores de impuestos y con los pecadores ya se había suscitado anteriormente en 5:30, después que Jesús llamó a Leví para que fuera uno de sus seguidores. Los fariseos y los maestros de la Ley nuevamente murmuraban acerca de las personas con las que se asociaba Jesús. Un comentario judío sobre Éxodo 18:1 dice: “Que ningún hombre se asocie con los impíos, ni siquiera para llevarlos a la Ley”. Jesús está haciendo lo opuesto a lo que decía este consejo rabínico.

En respuesta a las críticas, Jesús narra tres parábolas que tienen que ver con el gozo que tiene una persona después de haber encontrado lo que se había perdido. Primero, un pastor se regocija porque ha encontrado a una de sus cien ovejas que se había perdido; luego una mujer se regocija por haber encontrado una de las diez monedas que se le había perdido; y finalmente un padre

que tenía dos hijos da un alegre banquete para celebrar el regreso de uno de sus hijos que se había perdido.

A Lucas 15 se le ha titulado: “El capítulo de lo perdido y de lo encontrado”; también se ha dicho que es el corazón del tercer evangelio. Este capítulo presenta una unidad larga que sigue hasta 19:27 en la que se presenta una serie de historias acerca de lo perdido. Escucharemos a Jesús que dice: “El Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (19:10). El perdido encuentra en Jesús un Salvador; el orgulloso que confía en sus propios méritos sólo encuentra en él un juez.

Era muy normal que un pastor tuviera un rebaño de cien ovejas, lo cual también lo catalogaba como un hombre que era moderadamente rico. Pensar que ese pastor dejara su rebaño en el campo abierto para buscar una de las ovejas que se le había perdido parece un poco fuera de la realidad, y también lo es la conducta del padre que se alegra y hace fiesta cuando su hijo perdido regresa a casa. Ambos hechos hacen notar un amor por lo perdido que va más allá de lo humano; es el amor divino que busca lo perdido.

La descripción que hace Jesús del pastor lleno de gozo que regresa a casa llevando a la oveja perdida sobre sus hombros es alentadora. Invita a sus amigos a venir y celebrar con él porque ha recuperado la oveja perdida. No se mencionan para nada las otras noventa y nueve que se quedaron abandonadas en el campo; toda la atención se centra en la oveja perdida que fue recuperada. Jesús dice que en los cielos ocurre exactamente lo mismo; hay más regocijo por el pecador perdido que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse.

La sugerencia de que algunas personas no necesitan arrepentirse nos parece como una herejía. Jesús les había dicho a las multitudes: “Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (13:5). Tenemos que entender la afirmación que hace aquí Jesús como una crítica a los fariseos que se creían tan justos que no necesitaban arrepentirse. Jesús les está diciendo: “Dios no se

regocija en ti, ni en tu actitud. Al contrario, Dios se regocija en el pecador perdido que se arrepiente.”

En la parábola hay una invitación que les extiende el pastor a sus amigos para que compartan el gozo por haber encontrado lo que se había perdido. Es necesario hacer esta pregunta: ¿Somos capaces de compartir el gozo de Dios por el pecador que se arrepiente? Eso fue algo que el hermano mayor no podía hacer, era algo que ni los fariseos ni los expertos de la ley tampoco pudieron hacer, pero los ángeles de Dios participan en su gozosa celebración.

### *Parábola de la moneda perdida*

**<sup>8</sup>»¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, barre la casa y busca con diligencia hasta encontrarla? <sup>9</sup>Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, y les dice: “Gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido.” <sup>10</sup> Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.»**

Esta segunda parábola de lo perdido y de lo encontrado presenta un contraste con la anterior. Aquí el sujeto no es un pastor moderadamente rico sino una mujer pobre. Puede haber algunas personas ricas que no se esforzarían mucho en buscar una moneda perdida, pero esta mujer la busca con diligencia hasta que la encuentra.

La palabra que se usa para designar la moneda perdida es la palabra “dracma” y es la única vez que se menciona esta moneda griega de plata en la Biblia. Mucho más común en el Nuevo Testamento es el denario romano. Ambas monedas valían casi lo mismo: eran la paga de un día del asalariado. Esta campesina vive en una casa muy débilmente iluminada por ventanas pequeñas y una puerta baja. Sería difícil encontrar la moneda perdida en el

piso de tierra, pero ella usa los todos medios posibles para recuperar lo que se había perdido, pues para ella la moneda es muy valiosa.

No nos sorprende que una mujer pobre busque con tanta diligencia una moneda perdida, pero que invite a sus amigas y vecinas para que se reúnan para celebrar con ella lo que ha encontrado, es demasiado. Sin embargo, ésta es la forma en que Jesús le da énfasis al gozo divino por el arrepentimiento de un solo pecador.

### *Parábola del hijo pródigo*

**<sup>11</sup> También dijo: «Un hombre tenía dos hijos, <sup>12</sup> y el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde.” Y les repartió los bienes. <sup>13</sup> No muchos días después, juntándolo todo, el hijo menor se fue lejos a una provincia apartada, y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente. <sup>14</sup> Cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia y comenzó él a pasar necesidad. <sup>15</sup> Entonces fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual lo envió a su hacienda para que apacentara cerdos. <sup>16</sup> Deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba. <sup>17</sup> Volviendo en sí, dijo: “¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! <sup>18</sup> Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: ‘Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. <sup>19</sup> Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros.’” <sup>20</sup> Entonces se levantó y fue a su padre. Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y fue movido a misericordia, y corrió y se echó sobre su cuello y lo besó. <sup>21</sup> El hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo.” <sup>22</sup> Pero el padre dijo a sus siervos: “Sacad el mejor vestido y vestidle; y poned un anillo en su dedo y**

calzado en sus pies. <sup>23</sup> Traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta, <sup>24</sup> porque éste, mi hijo, muerto era y ha revivido; se había perdido y es hallado.” Y comenzaron a regocijarse.

<sup>25</sup> »El hijo mayor estaba en el campo. Al regresar, cerca ya de la casa, oyó la música y las danzas; <sup>26</sup> y llamando a uno de los criados le preguntó qué era aquello. <sup>27</sup> El criado le dijo: “Tu hermano ha regresado y tu padre ha hecho matar el becerro gordo por haberlo recibido bueno y sano.”

<sup>28</sup> Entonces se enojó y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrara. <sup>29</sup> Pero él, respondiendo, dijo al padre: “Tantos años hace que te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. <sup>30</sup> Pero cuando vino este hijo tuyo, que ha consumido tus bienes con rameras, has hecho matar para él el becerro gordo.” <sup>31</sup> Él entonces le dijo: “Hijo, tú siempre estás conmigo y todas mis cosas son tuyas. <sup>32</sup> Pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano estaba muerto y ha revivido; se había perdido y ha sido hallado.”»

El título tradicional para esta tercera parábola es “El hijo pródigo”. Este título se remonta a la Vulgata latina. La Nueva Versión Internacional llama a esta parábola la “Parábola del hijo perdido”. Sin embargo, la figura central de esta parábola no es el hijo sino el padre. Se ha sugerido que un título mejor podría ser: “La parábola del amor del padre”.

Las dos primeras parábolas de esta serie suscitaron la pregunta: “¿Qué hombre...? ¿Qué mujer...?” Pero la acción de este padre está tan fuera de lo ordinario que Jesús ni se atreve a hacer esa pregunta en el caso del recibimiento que se le da al hijo que regresa.

Aquí tenemos a un padre que es más que humano. No obstante, el hijo dice que ha pecado “contra el cielo y ante ti”,

diferenciando a su padre terrenal del Padre celestial. Este padre no está tan fuera de este mundo que no sea capaz de servir como modelo para los oyentes de esta parábola.

Mientras que las dos primeras parábolas tratan respectivamente de la pérdida de un animal y de una moneda, aquí se trata de un padre que pierde a su hijo. El retrato de este hijo evoca sentimientos negativos; se ganó la designación de “pródigo” por ser derrochador. No puede esperar hasta que su padre muera para tomar su parte de la herencia, que de inmediato cambió por dinero. No se queda en su casa para cuidar de su anciano padre, sino que se va a una tierra lejana en donde vive entre gentiles, y allí malgasta su dinero en una vida desenfrenada. El hermano mayor agrega el detalle de que el dinero fue gastado en prostitutas.

Sin embargo, llegó el momento en que el dinero se acabó. El hambre invadió la tierra y el joven se vio obligado a trabajar en una granja de cría de cerdos, donde tenía que cuidar animales que eran considerados impuros. Los cerdos comían partes de un árbol llamado algarrobo, un árbol que se encuentra en toda el área del Mediterráneo; sus partes comestibles son unas envolturas largas contienen una pulpa dulce y una semilla que son difíciles de digerir y se usaban como alimento para los animales y en algunas ocasiones también para los humanos.

El hijo pródigo tiene mucho tiempo para reflexionar acerca de su sucio trabajo. Compara su condición con la que gozan los siervos asalariados de su padre, y resuelve regresar a él, confesar su pecado, admitir que es indigno de llamarse su hijo y rogarle que lo deje trabajar como un asalariado más.

No obstante, aún antes de que haga su confesión, el padre, que estaba esperando el regreso de su hijo en el camino, corre a él y le da la bienvenida con abrazos y besos. Ama al pecador aún antes de que él declare su arrepentimiento. Ordena que se le vista con la mejor ropa, que se le ponga un anillo y sandalias, y que se haga una gran fiesta. Además, manda que maten el becerro gordo el que se estaba guardando para una ocasión especial. Entonces

comienza la celebración. El hijo muerto vive; el que se había perdido ha sido encontrado.

Los excesos del hijo pródigo van a la par con los excesos del amoroso padre. Lo que este padre hace es sorprendente: corre a encontrarse con su hijo rebelde; no lo pone a prueba ni le da un sermón por sus pecados. El padre es pródigo en la bienvenida que le da a su hijo. Estas no son las reacciones normales de un padre humano. Aquí tenemos un cuadro del gozo divino por un pecador arrepentido.

Esta alegría no es del todo compartida por el hermano mayor. Podemos desaprobamos su conducta, pero en verdad entendemos la razón de su disgusto. Cuando regresa del campo donde había estado trabajando fielmente al servicio de su padre, escucha la música y la danza (la palabra griega que se usa aquí es similar a “sinfonía” y “coro”). Cuando el hermano mayor se entera de la razón de la gran fiesta, se niega a entrar en la casa, permaneciendo afuera enfurruñado.

El padre amoroso aparece de nuevo y le ruega a su hijo mayor que tome parte en la alegre celebración. Sin embargo, lo que el padre oye es una crítica a su amor. El hermano mayor le recuerda al padre los años de servicio diligente que le ha prestado, pero sus virtudes no han sido recompensadas ni aun con un cabrito para pasar un buen rato con sus amigos. En cambio, el vicio de “este tu hijo” (no lo llama “mi hermano”) es perdonado; y hasta matan el becerro gordo en su honor. Parece que hay muy buenas razones para que el hijo mayor esté enojado.

Uno no puede dejar de ver que Jesús aquí está describiendo por completo a los fariseos y a los expertos de la Ley. Ellos estaban orgullosos de la forma diligente en que cumplían todos los mandamientos de Dios. Se sentían totalmente justificados en la crítica que le hacían a Jesús porque se asociaba con pecadores y cobradores de impuestos. No se iban a unir a la celebración gozosa del arrepentimiento de un pecador.



La parábola termina con un último intento por parte del padre para explicar lo que ha hecho. Dice que el pródigo es “este tu hermano” y repite la razón que tienen para celebrar. Jesús no nos dice si persuadió o no al hijo mayor. La parábola termina abierta, invitando al oyente a responder: ¿Podemos participar en ese gozo?

A esta parábola algunos la han llamado la mejor de las parábolas de Jesús. Ha sido interpretada muchas veces en música, arte y drama. ¿Quién puede dejar de conmoverse por la infinita abundancia de amor y gozo de este padre que le da la bienvenida al hijo perdido? Esa es la naturaleza de nuestro Padre celestial tal como lo demostró su único Hijo, Jesucristo.

### *Parábola del mayordomo infiel*

**16** Dijo también a sus discípulos: «Había un hombre rico que tenía un mayordomo, y éste fue acusado ante él como derrochador de sus bienes. <sup>2</sup> Entonces lo llamó y le dijo: “¿Qué es esto que oigo acerca de ti? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás más ser mayordomo.” <sup>3</sup> Entonces el mayordomo dijo para sí: “¿Qué haré?, porque mi amo me va a quitar la mayordomía. Cavar, no puedo; mendigar, me da vergüenza. <sup>4</sup> Ya sé lo que haré para que, cuando se me quite la mayordomía, me reciban en sus casas.” <sup>5</sup> Y llamando a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: “¿Cuánto debes a mi amo?” <sup>6</sup> Él dijo: “Cien barriles de aceite.” Le dijo: “Toma tu cuenta, siéntate pronto y escribe cincuenta.” <sup>7</sup> Después dijo a otro: “Y tú, ¿cuánto debes?” Éste contestó: “Cien medidas de trigo.” Él le dijo: “Toma tu cuenta y escribe ochenta.” <sup>8</sup> Y alabó el amo al mayordomo malo por haber actuado sagazmente, porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz.

<sup>9</sup>»Y yo os digo: Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas.

**<sup>10</sup>»El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto. <sup>11</sup> Si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero? <sup>12</sup> Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?**

**<sup>13</sup>»Ningún siervo puede servir a dos señores, porque odiará al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.»**

**<sup>14</sup> Oían también todas estas cosas los fariseos, que eran avaros, y se burlaban de él. <sup>15</sup> Entonces les dijo: «Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones, pues lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación.**

**<sup>16</sup>»La Ley y los Profetas llegan hasta Juan. Desde entonces es anunciado el reino de Dios y todos se esfuerzan por entrar en él.**

**<sup>17</sup>»Pero más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que se frustre una tilde de la Ley.**

**<sup>18</sup>»Todo el que repudia a su mujer y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada del marido, adultera.**

En el capítulo anterior Jesús introdujo el tema del dinero con la parábola de la mujer que diligentemente buscó una moneda que había perdido. Luego, el hijo pródigo fue un ejemplo de un derrochador del dinero que había heredado. Este capítulo dieciséis del Evangelio de Lucas continúa tratando el tema de la administración del dinero.

Aquí encontramos dos parábolas mayores, en las cuales se presenta a un hombre rico. Uno de ellos se ve obligado a despedir a su mayordomo deshonesto porque derrochó sus posesiones. El otro rico es culpable de negligencia egoísta ya que no le importaron las necesidades del pobre Lázaro. Las dos parábolas

son una lección a los discípulos para que hagan buen uso de su dinero.

El mayordomo que está por ser despedido toma providencias para asegurarse un futuro decente. Les indica a los que le deben dinero a su amo que reduzcan la cantidad de lo que deben. A uno le es descontada la mitad de su deuda y al otro el veinte por ciento. El hombre rico alaba a su mayordomo por la forma sagaz y prudente en la que usó el dinero (aun cuando no era suyo) para garantizar un futuro más seguro para sí mismo. Este mayordomo no es muy diferente del hijo pródigo que fue muy generoso con el dinero que él no había ganado.

La aplicación que hace Jesús de esta parábola comienza en la última frase del versículo 8. Usando las palabras del hombre rico, comenta que los hijos de este mundo son más sagaces en el manejo del dinero que sus propios seguidores, los hijos de la luz. A Jesús le gustaría ver que sus discípulos usen el dinero de una manera más sensata. Les dice: “Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando estas falten, os reciban en las moradas eternas”.

El significado exacto del versículo 9 ha sido tema de mucha discusión. Donde la Reina-Valera traduce “riquezas injustas” el texto original en griego dice “Mamón”. Este término se remonta a la misma palabra hebrea de la que procede el “Amén”, que significa “en lo que uno pone su confianza”. Mamón llegó a significar simplemente “dinero” o “posesiones”, las cosas terrenales en las que tantos confían. A esto se le llama “injusto” o “mundano” (Nueva Versión Internacional) en contraste al verdadero tesoro celestial.

Mientras la versión 1977 de la Reina-Valera dice “cuando tengáis que dejarlas” las otras versiones de la Reina-Valera dicen “cuando éstas (posesiones) falten”. Los manuscritos griegos difieren en este punto. Es posible entender la versión de la Reina-Valera que se usada en la versión 77 como una referencia a la muerte (así como traduce la Versión Autorizada en inglés). Las otras ediciones de la Reina-Valera, junto con la Nueva Versión

Internacional, se refieren al momento en el que el dinero se acaba. Ya sea que se trate de lo uno o de lo otro, la persona que ya ha ganado amigos con sus posesiones mundanas tendrá un futuro seguro en los cielos. El punto es este: usa el dinero de una manera sensata para asegurar tu futuro. Una forma sabia de usar el dinero es darles a los pobres (vea 11:41 y 12:33,34). El dar limosnas es un testimonio del discipulado y de la abnegación.

Jesús prosigue con algunas aplicaciones adicionales basadas en esta parábola. Allí hay contrastes entre “lo muy poco” y “lo mucho”, entre “riquezas injustas” (v. 11), y “lo verdadero”, entre “los bienes ajenos”, y “lo que es vuestro”. Los bienes mundanos que Dios puede colocar en las manos de una persona no son realmente nada en comparación con las verdaderas riquezas de los cielos. La persona que hace mal uso de los bienes mundanos al convertirlos en el objeto de su confianza, o al usarlos en una forma egoísta, no es apta para que se le dé el tesoro celestial.

Jesús concluye con la afirmación familiar de que uno no puede servir a dos señores: “No podéis servir a Dios y a las riquezas”. Aquí el texto original en griego usa otra vez el término “Mamón”. Dios nos da los bienes mundanos para que los usemos a su servicio. El Amo que da el dinero es siempre más importante que el dinero que él da. Cuando el dinero tiene prioridad sobre el Amo, entonces uno tiene un clásico ejemplo del mal uso de los bienes. Eso fue cierto respecto del hombre rico cuyo fin trágico describió Jesús en 12:16-21. También será cierto del hombre rico que se describe en la siguiente sección.

Aunque Jesús les estaba hablando a sus discípulos, los fariseos estaban escuchando y se burlaron de lo que oyeron. Ellos consideraban a las riquezas como una señal del favor especial de Dios hacia una persona; tenían el concepto de que las riquezas eran la recompensa por llevar una vida buena. Por esa razón los fariseos amaban las riquezas.

Jesús los reprende por su actitud incorrecta hacia las riquezas. Ellos quieren utilizar sus bienes como una señal a la gente de que su vida y enseñanzas son del agrado de Dios. Jesús ve en las

riquezas sólo el excesivo brillo externo que no dice nada acerca del corazón. La gente puede tener en gran estima las riquezas, pero ellas no causan ningún impacto en Dios. Dios está interesado en la administración correcta de las riquezas, de una manera que le den gloria a él y que demuestren el amor para con los que están en necesidad.

En los versículos 16-18, parece que el tema cambia por un tiempo breve. Tal vez Jesús está respondiendo a algún comentario hecho por uno de los fariseos, en el sentido de que él no tiene derecho a hablar acerca de lo que es “delante de Dios es abominación” (v. 15), en vista de la forma poco estricta en la que Jesús parece considerar algunas de las leyes (6:2). El Señor hace notar que desde el Antiguo Testamento hasta el tiempo de Juan, se proclamaron la Ley y los profetas. En el período del Nuevo Testamento la gente escucha ansiosamente las buenas nuevas y busca entrar en el reino de Dios. Mientras que algunas personas podrían pensar que, en este período del Nuevo Testamento, la ley ya no tiene más validez, Jesús afirma que no vino para reducir lo estricto de la ley en lo más mínimo. En 16:31, Abraham afirma que Moisés (la Ley) y los profetas son suficientes para la salvación.

Como un ejemplo de la seriedad con la que Jesús considera la ley, menciona la cuestión del divorcio. Muchos de los fariseos habían hecho que fuera muy fácil que un hombre se divorciara de su esposa. Un maestro de la Ley judía dijo que uno se podía divorciar de la esposa “si ella echaba a perder un platillo de comida; si se volteaba indecorosamente en la calle; si hablaba con un hombre extraño; si levantaba la voz como para que los vecinos la escucharan”.

La ley en contra del adulterio se observaba estrictamente, pero esa misma ley podía ser burlada por un hombre que se divorciaba de su esposa y se casaba con la mujer que deseara. La esposa llegó a ser nada más que una posesión de la que el esposo se podía deshacer a su antojo. Jesús muestra su preocupación por la santidad del matrimonio y por los derechos de la mujer al

declarar que si un hombre se divorcia de su esposa y se casa con otra comete adulterio; también dijo claramente que se quebrantaba el Sexto Mandamiento cuando un hombre se casaba con una mujer divorciada. En verdad, Jesús no era culpable de reducir lo estricto de la Ley, sino que él estableció una línea de conducta más elevada para sus discípulos de lo que hicieron los fariseos.

### *El rico y Lázaro*

**<sup>19</sup>»Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino y hacía cada día banquete con esplendidez. <sup>20</sup> Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquél, lleno de llagas, <sup>21</sup> y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas. <sup>22</sup> Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado.**

**<sup>23</sup>»En el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. <sup>24</sup> Entonces, gritando, dijo: “Padre Abraham, ten misericordia de mí y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama.” <sup>25</sup> Pero Abraham le dijo: “Hijo, acuérdate de que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro, males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado. <sup>26</sup> Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quieran pasar de aquí a vosotros no pueden, ni de allá pasar acá.”**

**<sup>27</sup>»Entonces le dijo: “Te ruego, pues, padre, que lo envíes a la casa de mi padre, <sup>28</sup> porque tengo cinco hermanos, para que les testifique a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento.” <sup>29</sup> Abraham le dijo: “A Moisés y a los Profetas tienen; ¡que los oigan a ellos!” <sup>30</sup> Él entonces dijo: “No, padre Abraham; pero si alguno de los muertos va a ellos, se arrepentirán.” <sup>31</sup> Pero Abraham le dijo: “Si no oyen**

**a Moisés y a los Profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos.”»**

El rico que Jesús presenta en esta parábola no es muy diferente del que se describe en 12:16-21. Ese hombre pensaba que su vida en el futuro iba a ser “descansar, comer, beber, divertirse”, pero nunca tuvo la oportunidad de hacerlo. El rico de esta parábola sí tiene esa oportunidad, pero el resultado es el mismo cuando le llega el momento de la muerte.

A veces a ese hombre rico se le da el nombre de “Dives”. La palabra viene de la traducción latina de los primeros versículos: “Homo quidem erat *dives*”, lo cual significa simplemente “rico”. El hombre rico es una persona sin nombre, pero el pobre sí tiene un nombre: Lázaro (“Dios ha ayudado”). Lázaro también fue el nombre del hermano de María y de Marta a quien Jesús resucitó de entre los muertos (Juan 11).

La condición de Lázaro nos recuerda la del hijo pródigo que se encontró casi muerto de hambre en una tierra lejana. Jesús usa las mismas palabras en el texto original para describir el hambre extrema del hombre: “Deseaba llenar su vientre” (vea 15:16). No se nos dice si a ese pobre hombre siquiera se le permitió comer de las migajas que caían de la mesa del rico. En su debilidad, se encuentra incapaz de ahuyentar a los perros que se acercan a lamerle las llagas, y que hacen que su desgracia sea mayor.

Sin embargo, no hay un acto de bondad por parte del rico para ayudar a ese pobre pordiosero. El hombre rico “no es rico para con Dios” (12:21). No se limpia a sí mismo al dar al pobre (11:41). Lejos de vender sus posesiones para dárselas a los pobres, ni siquiera les da las sobras, ni siquiera se le ocurre prepararse un tesoro en los cielos donde no se le terminará (12:33). El rico no usó sus bienes terrenales para ganar amigos de modo que, cuando muriera, pudiera ser acogido en las moradas eternas (16:9).

Cuando les llegó la muerte, tanto a Lázaro como al hombre rico, cada uno experimentó un gran cambio en su situación. María había cantado alabando a Dios diciendo que “a los hambrientos

colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos” (1:53). Jesús dijo en las bienaventuranzas: “Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados”. Por otra parte también dijo: “Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados, porque tendréis hambre” (6:21,25). Estas afirmaciones son vívidamente ilustradas por la situación en la que Lázaro y el hombre rico se encuentran en la otra vida. El hombre pobre se encuentra en el banquete de la salvación, reclinado junto a Abraham; a su contraparte le caería muy bien una sola gota de agua fría. Pronto el rico se da cuenta de que no hay ninguna esperanza de que el bienaventurado Lázaro pueda aliviar su sed.

Los pensamientos del rico pronto se vuelven a sus cinco hermanos que aún viven en la tierra. Le sugiere a Abraham que si Lázaro va del mundo de los muertos a visitar a sus hermanos probablemente los haría reflexionar y cambiar. Abraham le contesta que ya tienen a Moisés y a los profetas, y que los deben escuchar. Con “Moisés y los profetas” se refiere a las Escrituras del Antiguo Testamento. El rico suplica por su causa, diciendo que sólo una resurrección de entre los muertos llevará a sus hermanos al arrepentimiento. Abraham rechaza ese argumento; si la palabra de Dios no los convence, tampoco lo hará una resurrección de los muertos. Más adelante un hombre también llamado Lázaro será resucitado de entre los muertos, y el resultado será una creciente hostilidad contra Jesús (Juan 11:46-53). De la misma manera, la resurrección del mismo Jesús no provocó ninguna conversión en masa.

Es mejor no forzar los detalles de esta parábola con el propósito de saber con exactitud cómo son el cielo y el infierno. Esta es una historia que Jesús dijo para hacer notar un punto; tal vez podemos decir con más precisión que Jesús quiere hacer notar dos puntos. Primero, le da énfasis a algo que él les ha estado señalando repetidamente: que utilicen sabiamente el dinero que Dios pone en sus manos. Una forma sensata de hacerlo es ayudando al pobre.



El segundo punto de esta parábola es hacer énfasis en la suficiencia de la palabra de Dios para llevar a cabo el arrepentimiento, un cambio de vida. Jesús fue acusado por los fariseos de hacer menos estricta la ley de Dios, pero él rechaza esa acusación (16:17). Con esta parábola Jesús otra vez marca la importancia de proclamar toda la palabra de Dios, tanto la ley como el evangelio, para la conversión de los pecadores.

### *El pecado, la fe y el deber*

**17** Dijo Jesús a sus discípulos: «Imposible es que no vengan tropiezos; pero ¡ay de aquel por quien vienen! <sup>2</sup> Mejor le fuera que le ataran al cuello una piedra de molino y lo arrojaran al mar, que hacer tropezar a uno de estos pequeñitos. <sup>3</sup> ¡Mirad por vosotros mismos! Si tu hermano peca contra ti, repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo. <sup>4</sup> Y si siete veces al día peca contra ti, y siete veces al día vuelve a ti, diciendo: “Me arrepiento”, perdónalo.»

<sup>5</sup> Dijeron los apóstoles al Señor:

—Auméntanos la fe.

<sup>6</sup> Entonces el Señor dijo:

—Si tuvierais fe como un grano de mostaza, podríais decir a este sicómoro: “Desarráigate y plántate en el mar”, y os obedecería.

<sup>7</sup> »¿Quién de vosotros, teniendo un siervo que ara o apacienta ganado, al volver él del campo, luego le dice: “Pasa, siéntate a la mesa”? <sup>8</sup> ¿No le dice más bien: “Prepárame la cena, cíñete y sírveme hasta que haya comido y bebido. Después de esto, come y bebe tú”? <sup>9</sup> ¿Acaso da gracias al siervo porque hizo lo que se le había mandado? Pienso que no. <sup>10</sup> Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: “Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos.”»

El tema específico de la administración del dinero se deja atrás cuando entramos en este capítulo diecisiete del Evangelio de Lucas. No obstante, Jesús va a hablar del tema de las riquezas varias veces a medida que continúe su viaje a Jerusalén.

La Nueva Versión Internacional titula esta sección “El pecado, la fe y el deber”. Tenemos cuatro dichos de Jesús que establecen varios aspectos del discipulado. Estos dichos se concentran en dos preguntas: 1) ¿Qué es lo que son llamados a hacer los discípulos de Jesús? 2) ¿Tienen los discípulos la capacidad para hacer estas cosas?

El tema de los dos primeros dichos es el pecado: la seriedad del pecado y la forma en que el discípulo debe tratar con los que pecan. Sin duda ocurren cosas que hacen que la gente peque, pero esa no es razón para promover la idea de que el pecado es un asunto poco serio. El enojo de Jesús se enciende contra las personas que hacen pecar a “uno de estos pequeñitos”. El término “pequeño” se usa para cualquier cristiano, pero especialmente para un cristiano nuevo en la fe o que no ha avanzado mucho en los conocimientos de la fe cristiana. Jesús pronuncia un “¡ay!” contra la persona que lleve al inocente a pecar y declara que una muerte violenta sería mucho mejor para esa persona que enfrentarse a la ira de Dios. Jesús les hace esta advertencia a sus discípulos: “Mirad por vosotros mismos”.

Inevitablemente ocurrirá que un discípulo se enterará de que un hermano en la fe está pecando. En vez de albergar malos sentimientos contra el hermano o de hablarles a otros acerca del pecado, Jesús les dice a sus discípulos: “Repréndelo”. La palabra “reprender” contiene la idea de una advertencia franca pero amable: dile cortésmente lo que ha hecho mal. Si la reprensión lleva al hermano al arrepentimiento, entonces se le debe perdonar. Esto no sólo es cierto respecto a los pecados en general sino específicamente a los pecados “contra ti”. Jesús insiste en que los discípulos practiquen el perdón siete veces al día si fuera necesario. El número siete no es para ser tomado literalmente, sino



*Lázaro a la puerta del hombre rico*

que sugiere cualquier número de veces. Aunque el pecado es serio y no se debe tomar a la ligera, no hay razón para retener el perdón de un pecador arrepentido.

La afirmación que hace Jesús acerca del pecado apremia a los apóstoles a hacerle una petición: “Auméntanos la fe”. Esto es algo por lo que deben haber orado con frecuencia, pero aquí se dan cuenta de lo difícil que es tratar correctamente con el hermano pecador. Necesitan la ayuda de Jesús para cumplir con lo que él les ha encomendado.

La respuesta que Jesús les da a sus apóstoles sugiere que no deben usar la falta de fe como un pretexto para no tratar correctamente con el hermano pecador. Jesús dice que aun con poca fe, se pueden hacer grandes cosas. Si respondes con fe al perdón de Dios, entonces serás capaz de perdonar. Usa la poca fe que tienes.

Finalmente Jesús les cuenta una parábola que comienza en forma parecida a la que contó acerca del pastor que perdió a una de sus ovejas: “¿Quién de vosotros...?” (15:4). En otras palabras, Jesús está diciendo: “Tan sólo imagínense esto...” La parábola pregunta: ¿Acaso un amo disculpará a su siervo (que ha trabajado todo el día en el campo) de prepararle la cena? ¿O le agradecerá a su siervo por hacer lo que se le había dicho que hiciera? Jesús dice que ningún discípulo debe buscar alabanzas ni elogios especiales por hacer solamente lo que es su deber.

Jesús hace énfasis en algo bastante diferente en la parábola que cuenta en 12:35-37. En esa historia el amo que regresa recompensa a sus siervos que lo esperan fielmente al asumir él mismo el papel de un siervo. Cada una de las parábolas tiene su propio significado y su propósito. Se deben tomar en cuenta todas las Escrituras para entender correctamente las partes individuales de cada una.

Esta parábola intenta mostrarles a los discípulos que no deben tener un concepto muy elevado de ellos mismos en comparación a otros que tal vez hacen menos o que son sorprendidos en pecados serios. Al fin de cuentas, el discípulo es un siervo indigno que

necesita de la gracia y el perdón de Dios. Así termina la segunda fase del viaje de Jesús a Jerusalén con sus discípulos, con esta nota acerca de la indignidad de ellos para servir en el reino. Jesús quiere que la gente esté consciente de que la obra del reino ya está en acción ahora mismo.

*Jesús sana a diez leprosos*

**<sup>11</sup> Yendo Jesús a Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. <sup>12</sup> Al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon de lejos <sup>13</sup> y alzaron la voz, diciendo:**

**—¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!**

**<sup>14</sup> Cuando él los vio, les dijo:**

**—Id, mostraos a los sacerdotes.**

**Y aconteció que, mientras iban, quedaron limpios.**

**<sup>15</sup> Entonces uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió glorificando a Dios a gran voz, <sup>16</sup> y se postró rostro en tierra a sus pies dándole gracias. Este era samaritano. <sup>7</sup> Jesús le preguntó:**

**—¿No son diez los que han quedado limpios? Y los nueve, ¿dónde están? <sup>18</sup> ¿No hubo quien volviera y diera gloria a Dios sino este extranjero?**

**<sup>19</sup> Y le dijo:**

**—Levántate, vete; tu fe te ha salvado.**

Con esta sección comienza la tercera fase del viaje de Jesús hacia Jerusalén. El paso se hará más rápido a medida que Lucas incluya notas geográficas adicionales de este viaje. Jesús va a predecir nuevamente su muerte en Jerusalén (18:31-33); se registrarán dos historias que ocurrieron en Jericó, a tan sólo veintisiete kilómetros de Jerusalén; Jesús dirá una parábola cuando se encuentre “cerca de Jerusalén” (19:11); y finalmente llegará a la ciudad de su destino y entrará triunfante (19:28).

La información de que “yendo Jesús a Jerusalén, pasaba entre de Samaria y Galilea” ha presentado un poco de problema. Como se dijo al comentar 13:22, la frontera entre Samaria y Galilea está lejos de Jerusalén; entonces, si Jesús ya había comenzado el viaje en 9:51 para ir a Jerusalén, había progresado muy poco. Eso sugiere que el viaje no sería tanto para un viaje literal (aunque lo fue), sino más bien para un peregrinaje espiritual. Posiblemente la referencia que se hace a “Galilea” en esta sección incluya la provincia de “Perea”, que está situada al este del río Jordán, territorio sobre el que también gobernaba Herodes Antipas. En ese caso se supone que Jesús estaría mucho más cerca de Jerusalén cuando sanó a los diez leprosos.

Jesús había sanado a un solo leproso al principio de su ministerio en Galilea (5:12-16). Ahora diez de ellos vienen a él pidiendo “misericordia”. En el caso del leproso solo, Jesús primero lo sanó y luego lo envió a los sacerdotes para que verificaran su curación; aquí Jesús envía primero a los diez ante los sacerdotes y se sanan en el camino.

De los diez, sólo uno regresó para darle las gracias y para glorificar a Dios. Ahora el lector se entera de que el único de los diez leprosos sanados que regresó para dar gracias era samaritano; se presume que los otros nueve eran judíos. Aunque judíos y samaritanos usualmente no eran amigos, sabemos que uno no quiere estar solo cuando sufre una desdicha. Jesús elogia a ese “extranjero” por su acto de adoración y con decepción pregunta por los otros nueve.

Al principio del viaje a Jerusalén, Jesús y sus discípulos llegaron a un pueblo de Samaria que se negó a darle la bienvenida. Jesús reprendió a Jacobo y a Juan cuando quisieron destruir a ese pueblo con fuego (9:51-55). Jesús había contado una parábola en la que el personaje principal era el buen samaritano (10:30-35); esta vez el leproso samaritano expresa su fe. Los discípulos están aprendiendo que la respuesta al mensaje del evangelio echa abajo las barreras raciales. Muchas personas que vendrán de lo más recóndito de la tierra se sentarán en el banquete de la salvación.

*La venida del reino de Dios*

**20 Preguntado por los fariseos cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo:**

—El reino de Dios no vendrá con advertencia, <sup>21</sup> ni dirán: “Helo aquí”, o “Helo allí”, porque el reino de Dios está entre vosotros.

**22 Y dijo a sus discípulos:**

—Tiempo vendrá cuando desearéis ver uno de los días del Hijo del hombre y no lo veréis. <sup>23</sup>Y os dirán: “Helo aquí” o “Helo allí”. No vayáis ni los sigáis, <sup>24</sup> porque como el relámpago que al fulgurar resplandece desde un extremo del cielo hasta el otro, así también será el Hijo del hombre en su día. <sup>25</sup> Pero primero es necesario que padezca mucho y sea desechado por esta generación. <sup>26</sup> Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del hombre. <sup>27</sup> Comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca y vino el diluvio y los destruyó a todos. <sup>28</sup> Asimismo, como sucedió en los días de Lot, cuando comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; <sup>29</sup> pero el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre y los destruyó a todos. <sup>30</sup> Así será el día en que el Hijo del hombre se manifieste.

<sup>31</sup> »En aquel día, el que esté en la azotea y tenga sus bienes en casa, no descienda a tomarlos; y el que esté en el campo, asimismo no vuelva atrás. <sup>2</sup> Acordaos de la mujer de Lot. <sup>33</sup> Todo el que procure salvar su vida, la perderá; y todo el que la pierda, la salvará.

<sup>34</sup> »Os digo que en aquella noche estarán dos en una cama: el uno será tomado y el otro será dejado. <sup>35</sup> Dos mujeres estarán moliendo juntas: la una será tomada y la otra dejada. <sup>36</sup> Dos estarán en el campo: el uno será tomado y el otro dejado.

**37 Respondiendo, le dijeron:**

—¿Dónde, Señor?



**Él les dijo:**  
**—Donde esté el cuerpo, allí se juntarán también las águilas.**

Esta sección comienza con la pregunta de los fariseos: “¿Cuándo vendrá el reino de Dios?”, y termina con la pregunta de los discípulos acerca de “dónde” se revelará el Hijo del hombre cuando venga otra vez. Desde entonces hasta ahora mucha gente busca la manera de calcular el cuándo y el dónde de la segunda venida de Cristo. En los días de la iglesia antigua, algunos enseñaban que Jesús había regresado en una forma que no fue reconocida por la persona común; esta misma enseñanza se ha extendido en los tiempos modernos. Las palabras de Jesús que se registran aquí alertan a los cristianos para que no intenten predecir la cercanía del reino de Dios. Es mejor que estemos preparados para el día y el lugar en que haya de venir.

La pregunta que le formularon los fariseos es semejante a la que le harán los discípulos a Jesús en el momento de su ascensión: “Señor, ¿restaurarás el reino de Israel en este tiempo?” (Hechos 1:6). El viaje a Jerusalén puede haber apremiado a los fariseos a hacer esta pregunta. Con la respuesta que les da, Jesús quiere hacer resaltar la verdad de que uno no debe buscar el reino de Dios en el futuro; todo el ministerio de Jesús debió de haberles demostrado a los de su tiempo que el reino de Dios ya estaba entre ellos (17:21). “El reino de Dios ha llegado a vosotros” (11:20). La curación de los diez leprosos demostró esta verdad.

En la instrucción que les da acerca de la futura venida del Hijo del hombre, Jesús deja en claro seis puntos: 1) ese día no vendrá tan pronto como ellos lo desean; 2) será conocido por todos y no ocurrirá en secreto; 3) primero debe venir un tiempo de sufrimiento; 4) ese día vendrá en forma inadvertida y sorprenderá a muchos desprevenidos; 5) el fin será en un momento; y 6) familias y amigos quedarán separados por el día del juicio. Después de llegar a Jerusalén, Jesús hablará más acerca del fin del mundo (Lucas 21).



La mención de los sufrimientos muestra otro breve anuncio de lo que Jesús debe de pasar en Jerusalén (vea en 9:22 y 44 las predicciones anteriores; otra predicción vendrá en 18:31-33). Ni los discípulos ni tampoco los judíos en general estaban preparados para la venida de un Mesías sufriente. Lo que esperaban era más bien un héroe conquistador.

En medio de su conversación acerca del fin del mundo Jesús exhorta a sus discípulos para que estén listos a dar su vida por causa de él. Ya les había dicho lo mismo después de haber escuchado la confesión que hizo Pedro de que él es el Cristo (el Mesías) de Dios (9:24). Jesús no será el único que tendrá que sufrir antes del día final, también los discípulos habrán de sufrir.

Jesús compara el día del Hijo del hombre con los días de Noé y de Lot. Los hombres de antes del diluvio no respondieron a la predicación de Noé, y el diluvio vino en medio de sus actividades normales sin que ellos tuvieran ninguna noción del juicio venidero. Así también los habitantes impíos de Sodoma y de Gomorra no estaban preparados cuando vino la destrucción de fuego sobre esas ciudades en los días de Lot. Lo mismo habrá de ocurrir en el día en que el Hijo del hombre venga otra vez.

La palabra “tomado” que usa Jesús en los versículos 34 y 35 ha hecho que algunos lectores de la Biblia piensen que habrá un “rapto” antes del día final, es decir, que algunas personas serán literalmente arrebatadas a los cielos y otras se quedarán para continuar viviendo en esta tierra. Este uso de la palabra “tomado” es sugerido por el ejemplo de Noé y de Lot que fueron llevados a un lugar seguro, lejos de la destrucción. Pero eso ocurrió al mismo tiempo en que los que fueron dejados encontraron la destrucción. No habrá ningún “rapto” de ese tipo. En el último día es cuando Dios tomará a los creyentes y los llevará a la seguridad de los cielos.

Los discípulos muestran que realmente no han escuchado muy bien cuando le hacen la pregunta: “¿Dónde?” Jesús les había advertido contra los que se preocupan por el “dónde”: “Helo aquí” o “helo allá”. El dónde y el cuándo no son importantes. La

respuesta que le da Jesús a la pregunta de los discípulos se la da en la forma de un proverbio. Es como si estuviera diciendo: “Las aves de rapiña vuelan en círculo en el cielo para darles evidencia a todos de la presencia de un cadáver; el ‘dónde’ del Hijo del hombre será igual de evidente para todos en el último día. No es necesario hacer la pregunta.”

El dónde y el cuándo de la venida del Hijo del hombre no es algo acerca de lo que nosotros los cristianos nos debemos preocupar. Lo que importa es que sabemos que ese día vendrá y que debemos estar preparados.

El versículo 36 que dice: “Dos estarán en el campo; el uno será tomado y el otro dejado”, no aparece en muchos los manuscritos más antiguos. Este versículo sí aparece en Mateo 24:40, y fue insertado por algunos en el Evangelio de Lucas.

### *La parábola de la viuda persistente*

**18** También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desmayar, <sup>2</sup> diciendo: «Había en una ciudad un juez que ni temía a Dios ni respetaba a hombre. <sup>3</sup> Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él diciendo: “Hazme justicia de mi adversario.” <sup>4</sup> Él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: “Aunque ni temo a Dios ni tengo respeto a hombre, <sup>5</sup> sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo me agote la paciencia.”»

<sup>6</sup> Y dijo el Señor: «Oíd lo que dijo el juez injusto. <sup>7</sup> ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? <sup>8</sup> Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿hallará fe en la tierra?»

Jesús les anunció a sus discípulos: “Tiempo vendrá cuando desearéis ver uno de los días del Hijo del hombre, y no lo veréis”

(17:22). De esa manera les habló de los sufrimientos que iban a venir sobre él y exhortó a sus discípulos para que estuvieran listos a dar su vida (17:33). Vienen tiempos difíciles, y los seguidores de Jesús pueden suponer que Dios no es justo, ante la realidad de las persecuciones que él permite que soporten. Jesús les cuenta a sus discípulos una parábola corta para alentarlos a seguir orando por justicia, con la seguridad de que su oración persistente será escuchada por el Juez justo.

En la parábola, el juez malvado, inepto para su oficio, se niega primeramente a escuchar las súplicas de justicia que le hace una pobre viuda contra un adversario que le está causando problemas. La única arma que tiene esta viuda es su persistencia; le insiste tanto al juez, que al final él se decide a actuar y le hace justicia. La razón que da el juez para actuar se afirma literalmente en el griego: “No sea que viniendo de continuo me ponga un ojo morado”. El juez utiliza un término pugilístico, porque no puede seguir soportando la insistencia de los golpes que son sus peticiones. Esta parábola es similar a la del amigo persistente (11:5-8).

Jesús aplica esta parábola de la siguiente manera: si un juez injusto finalmente actuará como resultado de la oración persistente, cuánto más rápidamente Dios les hará justicia a sus escogidos si tan sólo ellos insisten en la oración. “Os digo que pronto les hará justicia”. A los discípulos se les exhorta para que continúen orando en medio de los sufrimientos. Dios verá que se haga justicia.

La pregunta que Jesús hace en el versículo 8 sugiere que los discípulos necesitan orar especialmente por una fe fuerte. La demora del fin y los sufrimientos que deben soportar serán una verdadera prueba para su fe. La mención de la venida del Hijo del hombre lleva al lector a la sección previa en donde se hace la pregunta: ¿Cuándo sucederá esto? El “cuándo” no es importante; lo importante es que se encuentre fe en el mundo. Cada individuo es llamado a responder a esta pregunta de Jesús: “Cuando venga

el Hijo del hombre, ¿hallará fe sobre la tierra?” La implicación parece ser que la fe será difícil de encontrar.

*Parábola del fariseo y del publicano*

**<sup>9</sup> A unos que confiaban en sí mismos como justos y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola:**  
**<sup>10</sup> «Dos hombres subieron al Templo a orar: uno era fariseo y el otro publicano. <sup>11</sup> El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; <sup>12</sup> ayuno dos veces a la semana, diezmo de todo lo que gano.” <sup>13</sup> Pero el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “Dios, sé propicio a mí, pecador.” <sup>14</sup> Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro, porque cualquiera que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido.»**

Esta es otra parábola sobre la oración, pero muy diferente de la anterior. Esta parábola también dice algo sobre cómo es la justicia de Dios. Jesús la dirige a algunos que confiaban en su propia justicia y veían con desprecio a los demás. Aunque no se nos dice de manera explícita, esta caracterización se ajusta a los fariseos que se veían a sí mismos como “justificados” ante los ojos de los hombres (16:15).

Los momentos usuales para la oración en el Templo eran las 9:00 AM y 3:00 P.M. El fariseo se acercó hasta el frente del patio de Israel en el Templo, cerca del lugar santo. En realidad, las palabras del fariseo no son una oración, sino una expresión de jactancia de sí mismo, de su justicia y de su superioridad moral sobre los otros. El fariseo se refiere específicamente a “este publicano” (cobrador de impuestos). Los fariseos ayunaban los lunes y los jueves, aunque la ley exigía que se ayunara sólo un día

al año (Levítico 16:29). Anteriormente ya nos habíamos enterado de que los fariseos daban el diezmo aun de las hierbas aromáticas que se daban en su jardín (11:42). El fariseo se jactaba de lo mucho que Dios lo necesitaba.

En agudo contraste, el cobrador de impuestos confiesa lo mucho que necesita a Dios. Se pone de pie en la parte más distante del Templo que le es posible, no levanta los ojos sino que se golpea el pecho en señal de arrepentimiento. La oración del publicano es una verdadera oración, basada en las palabras de David en el Salmo 51: “Dios, sé propicio a mí, pecador”. Hoy en día su oración viene a nosotros en la liturgia de la iglesia como un clamor perfecto que pide la ayuda y la gracia de Dios.

Jesús da su veredicto: no fue el fariseo que fue justificado ante Dios, sino el cobrador de impuestos. Las palabras que se traducen como “justo”, “malvado” y “justificado” vienen todas de la misma raíz griega. El fariseo confiaba en que él era recto y no injusto como los demás. Sin embargo, según el juicio de Dios, el cobrador de impuestos fue el justo ya que su justicia se basaba en la confesión de que era pecador y en su fe en la misericordia de Dios. Esta es la justicia que cuenta para la salvación. Como lo hace muy a menudo, Dios hace lo que es contrario a la razón humana: humilla al que se enaltece y exalta al que se humilla. Esta es la justicia de Dios.

### *Los niños y Jesús*

**<sup>15</sup>Traían a él niños para que los tocara. Al verlo los discípulos, los reprendieron. <sup>16</sup>Pero Jesús, llamándolos, dijo: —Dejad a los niños venir a mí y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de Dios. <sup>17</sup>De cierto os digo que el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él.**

El reino de Dios les pertenece al samaritano leproso y al cobrador de impuestos, pero también les pertenece a los bebés. Jesús ya había usado a un niño pequeño para enseñarles a los

discípulos una lección acerca de la verdadera grandeza (9:47). Aquí los discípulos aprenden acerca de la clase de personas que entran al reino de Dios.

El toque de Jesús sanó al leproso (5:13). La gente que le llevaba los bebés a Jesús esperaba que, al tocarlos él, les impartiera una bendición. No obstante, los discípulos pensaban que todo eso era una pérdida de tiempo para Jesús, y que quizás era incluso algo sin sentido. Jesús invita a los pequeños que se le acerquen. Marcos 10:16 nos dice que los tomó en sus brazos y los bendijo. A todo el que desee entrar en el reino de Dios se le dice que lo reciba “como un niño”. Así como hizo el pecaminoso cobrador de impuestos, quien suplicó misericordia, la persona que desee entrar al reino se debe acercar con la debilidad de un niño y recibir lo que Dios le ofrece.

Esta historia tiene un lugar tradicional en el orden litúrgico del bautismo de niños pequeños. El bautismo de un bebé es un ejemplo excelente de la pura gracia de Dios. No hay nada que los bebés lleven al bautismo excepto su estado de pecaminosidad. La gracia de Dios obra el perdón y los prepara para su reino.

### *El joven rico*

**<sup>18</sup> Un dignatario le preguntó, diciendo:**

—Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?

**<sup>19</sup> Jesús le dijo:**

—¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino sólo Dios. <sup>20</sup> Los mandamientos sabes: “No adulterarás; no matarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre.”

**<sup>21</sup> Él dijo:**

—Todo esto lo he guardado desde mi juventud.

**<sup>22</sup> Al oír esto, Jesús le dijo:**

—Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme.

**<sup>23</sup> Entonces él, oyendo esto, se puso muy triste porque era**

**muy rico. <sup>24</sup>Al ver Jesús que se había entristecido mucho, dijo:**

**—¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! <sup>25</sup>Porque es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios.**

**<sup>26</sup>Los que oyeron esto dijeron:**

**—¿Quién, pues, podrá ser salvo?**

**<sup>27</sup>El les dijo:**

**—Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios.**

**<sup>28</sup>Entonces Pedro dijo:**

**—Pues nosotros hemos dejado nuestras posesiones y te hemos seguido.**

**<sup>29</sup>Y él les dijo:**

**—De cierto os digo que no hay nadie que haya dejado casa, o padres o hermanos o mujer o hijos, por el reino de Dios,**

**<sup>30</sup>que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna.**

Varios hombres ricos han sido el tema de algunas parábolas dichas por Jesús. Uno fue un agricultor que almacenó muchos bienes para sí mismo pero no era rico para con Dios (12:16-21). Otro vivía lujosamente sin que le importaran los apuros por los que pasaba el pobre Lázaro (16:19-31). En la presente historia un joven rico se acerca a Jesús con una pregunta. Tal vez este era el principal de una sinagoga (8:41) o posiblemente alguna clase de líder político. Le pregunta a Jesús qué es lo que tiene que hacer para heredar la vida eterna. La misma pregunta se la había hecho anteriormente un experto de la ley (10:25). Heredar la vida eterna es lo mismo que recibir el reino de Dios. Acabamos de oír que uno debe recibir el reino de Dios como un niño pequeño. Para el joven rico que hizo la pregunta, esto significaba vender todas sus posesiones, dar el dinero a los pobres y seguir a Jesús.

El joven rico se dirige a Jesús llamándolo “maestro bueno”. Los estudiantes de literatura judía afirman que a los maestros

(rabinos) nunca se les describió con el adjetivo “bueno”, que se reservaba solamente para Dios. Algunos se han preguntado por qué Jesús rechaza este título, ya que él es el Hijo de Dios, es Dios mismo. No hay duda de que Jesús encuentra a este nombre fuera de lugar en su papel como el Hijo del hombre que va de camino a la cruz. Esta es una adulación más que una verdadera devoción. El joven rico debería haber seguido a Jesús si verdaderamente hubiera creído en él como el Hijo de Dios.

Jesús dirige al rico a los mandamientos y oye que él se jacta de haberlos guardado todos desde su niñez. El joven rico quería hacer algo más que le diera la seguridad de que iba a heredar el reino. Sin embargo, cuando Jesús le da la doble tarea de vender todo para repartir la ganancia entre los pobres (12:33) y después seguirlo a él, el hombre rico se entristece en gran manera y se va. Las riquezas le obstruyen la entrada al reino. Él no reconoció que la codicia es una forma de idolatría (Colosenses 3:5). A este joven le importaba más servir al dinero más que servir a Dios (16:13). El costo de seguir a Jesús era demasiado grande para él (9:57-62).

Después de que el joven rico siguió su camino, Jesús hace un comentario acerca de lo difícil que es para la gente rica entrar en el reino de Dios: que es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico pase por la puerta estrecha para entrar al banquete de la salvación. Algunos han tratado de eliminar esta comparación sorprendente y exagerada al afirmar que Jesús realmente habla acerca de una pequeña abertura en el muro de una ciudad por la referencia que hace al “ojo de una aguja”. Pero eso no es comprender el verdadero sentido que Jesús establece claramente en respuesta a la pregunta que le hizo Pedro sobre quién puede ser salvo: “Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios”. Uno debe orar con la fe de un niño como lo hizo el cobrador de impuestos en el Templo: “Dios, sé propicio a mí, pecador”. La salvación es un regalo.

Pedro y los otros seguidores de Jesús lo habían hecho lo que el joven rico no pudo hacer (5:11). Jesús les da la seguridad de que los sacrificios que se hacen por el beneficio del reino serán



recompensados muchas veces más en esta vida y en la vida venidera. La gente rica, que conmovida por el Espíritu de Dios usa sus bienes para beneficio de los que están necesitados, encontrará cumplida en su vida esta afirmación de Jesús.

*Jesús predice nuevamente su muerte*

**<sup>31</sup> Tomando Jesús a los doce, les dijo:**

**—Cuando llegemos a Jerusalén se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del hombre, <sup>32</sup> pues será entregado a los gentiles, se burlarán de él, lo insultarán y le escupirán. <sup>33</sup> Y después que lo hayan azotado, lo matarán; pero al tercer día resucitará.**

**<sup>34</sup> Sin embargo, ellos nada comprendieron de estas cosas, porque esta palabra les era encubierta y no entendían lo que se les decía.**

En tres ocasiones anteriores Jesús les había hablado a sus discípulos de su muerte inminente (9:22; 9:44; 17:25), pero en ninguna de esas predicciones dijo que eso iba a ocurrir en la ciudad santa de Jerusalén. Hay un indicio del lugar de su muerte en 13:33, pero ahora se les dice por primera vez con toda claridad a los discípulos por qué Jesús “afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (9:51). La siguiente historia encontrará al grupo de viajeros en la ciudad de Jericó, muy cerca de la meta de su viaje.

Lo que también es nuevo en esta predicción es el hecho de que la muerte de Jesús iba a ser el cumplimiento de lo que habían escrito los profetas. Jesús tiene presente especialmente a Isaías 53. Los discípulos también oyen por primera vez que Jesús será entregado a los gentiles. Su propio pueblo le iba a pedir al gobernador extranjero Poncio Pilato que pronunciara la sentencia de muerte.

Los discípulos están totalmente desprevenidos para aceptar la cadena de acontecimientos. Escuchan las palabras que les dice

Jesús, pero no las entienden; su significado permanece oculto. Sólo después de su resurrección, Jesús “les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras” (24:45). En este punto de su ministerio está conforme en permitir que los discípulos permanezcan en ignorancia.

*Un ciego recibe la vista*

**<sup>35</sup> Aconteció que, acercándose Jesús a Jericó, un ciego estaba sentado junto al camino mendigando, <sup>36</sup> y al oír a la multitud que pasaba, preguntó qué era aquello. <sup>37</sup> Le dijeron que pasaba Jesús nazareno. <sup>38</sup> Entonces gritó, diciendo:**

**—¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!**

**<sup>39</sup> Los que iban delante lo reprendían para que callara; pero él gritaba aún más fuerte:**

**—¡Hijo de David, ten misericordia de mí!**

**<sup>40</sup> Jesús entonces, deteniéndose, mandó traerlo a su presencia. Cuando llegó, le preguntó, <sup>41</sup> diciendo:**

**—¿Qué quieres que te haga?**

**Y él dijo:**

**—Señor, que reciba la vista.**

**<sup>42</sup> Jesús le dijo:**

**—Recíbela, tu fe te ha salvado.**

**<sup>43</sup> Al instante recobró la vista, y lo seguía glorificando a Dios; y todo el pueblo, cuando vio aquello, dio alabanza a Dios.**

La antigua ciudad de Jericó había sido reconstruida por Herodes el Grande en un nuevo lugar; estaba localizada a doscientos cincuenta metros bajo el nivel del mar. Su clima tropical la convirtió en un lujoso lugar de placer, especialmente en los meses de invierno. Jericó era una ciudad militar y por costumbre era un centro de impuestos de aduana. Estaba ubicada en el camino principal que en su ruta hacia el oeste llevaba a Jerusalén, y que dominaba un vado a través del río Jordán.

Lucas nos dice que cuando Jesús se aproximaba a Jericó, había un ciego que estaba sentado a la orilla del camino. Mateo escribe acerca de dos ciegos a quienes encontró Jesús al salir de la ciudad (Mateo 20:29-34). El Evangelio de Marcos habla de un solo ciego llamado Bartimeo que esperaba a Jesús cuando éste salió de la ciudad (Marcos 10:46-52). A menos que Jesús haya sanado a varios ciegos cerca de Jericó, las diferencias que existen en estos relatos se explican mejor al suponer que Jesús sanó a dos ciegos cuando estaba en el camino entre la antigua ciudad de Jericó y la nueva ciudad construida por Herodes. Lucas menciona sólo a uno de los dos ciegos, que estaba sentado cerca de la entrada a la nueva ciudad.

En respuesta a la pregunta que hizo ciego, la multitud le informa que “pasaba Jesús nazareno”. La mención de Nazaret nos pone sobre aviso del hecho de que este galileo se encuentra ahora en la región de Judea, bastante lejos de su hogar. El ciego le da otro nombre a Jesús; lo llama “Hijo de David”. El ángel Gabriel le había dicho a María que a su hijo se le iba a dar “el trono de su padre David”, pero hasta este punto ninguna persona en el Evangelio de Lucas se había dirigido a Jesús con el título de “Hijo de David”. Este término se encuentra en la literatura judía como nombre para el Mesías.

Pese a que fue increpado por la multitud, el ciego continuó pidiendo misericordia. Este ciego toma su lugar al lado de los diez leprosos (7:13) y del publicano en el Templo (18:13) en el acto de acudir a Jesús en busca de ayuda, y no es decepcionado. La curación del ciego es el cuarto milagro que registra Lucas en el viaje de Jesús a Jerusalén. Este ciego tenía fe en Jesús mientras que muchos que lo podían ver físicamente permanecieron espiritualmente ciegos. Este hombre se convirtió en un seguidor de Jesús, lo que el joven rico no fue capaz de hacer.

*Zaqueo el cobrador de impuestos*

**19** **Habiendo entrado Jesús en Jericó, iba pasando por la ciudad. <sup>2</sup>Y sucedió que un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos, y rico, <sup>3</sup>procuraba ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la multitud, pues era pequeño de estatura. <sup>4</sup>Y, corriendo delante, se subió a un sicómoro para verlo, porque había de pasar por allí. <sup>5</sup>Cuando Jesús llegó a aquel lugar, mirando hacia arriba lo vio, y le dijo:**

—Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que me hospede en tu casa.

<sup>6</sup>Entonces él descendió aprisa y lo recibió gozoso. <sup>7</sup>Al ver esto, todos murmuraban, diciendo que había entrado a hospedarse en casa de un hombre pecador. <sup>8</sup>Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor:

—Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguien, se lo devuelvo cuadruplicado.

<sup>9</sup>Jesús le dijo:

—Hoy ha venido la salvación a esta casa, por cuanto él también es hijo de Abraham, <sup>10</sup>porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.

Hasta este punto del Evangelio de Lucas, la gente rica no ha salido muy bien parada. Jesús cuenta varias parábolas en las que describe a hombres ricos que abusaron de sus bienes (12:16-21; 16:19-31). Cuando el joven rico no lo pudo seguir, Jesús habló de la gran dificultad que tiene la gente que posee riquezas para entrar en el reino de Dios (18:24,25). Sin embargo, Jesús agregó: “Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios” (18:27). Cuando Jesús pasa por la ciudad de Jericó, esa posibilidad se convierte en una realidad. Lucas presenta a un hombre rico que es verdaderamente hijo de Abraham, que también era un hombre rico.

El nombre de Zaqueo viene de una palabra que significa “limpio” o “inocente”. Era el principal de los cobradores de impuestos de Jericó, una importante ciudad comercial. En su cargo tenía que trabajar en estrecha colaboración con el gobernador romano. Con el paso de los años había acumulado una gran cantidad de riquezas, y éstas le podrían obstaculizar fácilmente su entrada al reino de Dios.

Era evidente que Zaqueo había oído acerca de Jesús. Tal vez hasta conocía a uno de los seguidores del Señor que también había sido cobrador de impuestos: Leví/Mateo (5:27). Zaqueo era un hombre de baja estatura y no podía ver sobre las multitudes que rodeaban a Jesús, así que se adelantó y se subió a un árbol llamado sicómoro o higuera silvestre. Este árbol, que pertenece a la misma familia de la moráceas y no tiene relación con el sicómoro que se encuentra en las Américas, produce higos (la palabra griega para higo es “sicon”).

Cuando Jesús llega al lugar en el que se encuentra Zaqueo subido en el árbol, le ordena que se baje inmediatamente. Una necesidad divina hace que Jesús se quede en la casa de Zaqueo y cene con él. Hay un antiguo poema inglés que describe la prisa con la que este hombre pequeño baja del sicómoro:

Paréceme ver, con qué apurada urgencia  
Subió Zaqueo al árbol. Pero, oh, qué prisa,  
Con qué velocidad, ¿puedes imaginar, cuando nuestro  
Salvador lo llamó, se aceleró a bajar también?  
Pájaro herido nunca descendió tan rápido como él.

La reacción de la multitud a la entrada de Jesús en la casa de este “pecador” fue la que era de esperar, si nos basamos en las reacciones anteriores (15:2). La gente pensaba que era un acto despreciable que un rabino judío entrara en la casa de un cobrador de impuestos. Sin embargo, para Zaqueo la entrada de Jesús fue verdaderamente su día de salvación. Zaqueo expresa su gran gozo por haber sido aceptado por Jesús, y promete que les dará la mitad de sus pertenencias a los pobres y que va a restituir cuatro veces a cualquiera que hubiera defraudado.

El comentario final que hace Jesús pone el énfasis en que él ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido. Los fariseos y los intérpretes de la ley consideraban “perdidos” a todos los que eran como Zaqueo, y más allá de toda esperanza de salvación, por causa de su oficio y de su cooperación con los odiados romanos. Sin embargo, este hombre demostró que era más justo que los fariseos que amaban el dinero (16:14) y que fallaron en limpiar su vida al no dar al pobre (11:41). Zaqueo es el modelo del hombre rico.

*Parábola de las diez minas*

**<sup>11</sup> Oyendo ellos estas cosas, prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén y ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente.**

**<sup>12</sup> Dijo, pues: «Un hombre noble se fue a un país lejano para recibir un reino y volver. <sup>13</sup> Llamó antes a diez siervos suyos, les dio diez minas y les dijo: “Negociad entre tanto que regreso.” <sup>14</sup> Pero sus conciudadanos lo odiaban y enviaron tras él una embajada, diciendo: “No queremos que éste reine sobre nosotros.”**

**<sup>15</sup> »Aconteció que, al regresar él después de recibir el reino, mandó llamar ante él a aquellos siervos a los cuales había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno. <sup>16</sup> Se presentó el primero, diciendo: “Señor, tu mina ha ganado diez minas.” <sup>17</sup> Él le dijo: “Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades.” <sup>18</sup> Llegó otro, diciendo: “Señor, tu mina ha producido cinco minas.” <sup>19</sup> También a éste dijo: “Tú también sé sobre cinco ciudades.”**

**<sup>20</sup> »Se presentó otro, diciendo: “Señor, aquí está tu mina, la cual he tenido guardada en un pañuelo, <sup>21</sup> porque tuve miedo de ti, por cuanto eres hombre severo que tomas lo que no pusiste y siegas lo que no sembraste.” <sup>22</sup> Entonces él le dijo:**

**“Mal siervo, por tu propia boca te juzgo. Sabías que yo soy hombre severo que tomo lo que no puse y siego lo que no sembré.”<sup>23</sup> ¿Por qué, pues, no pusiste mi dinero en el banco para que, al volver, lo hubiera recibido con los intereses?”<sup>24</sup> Y dijo a los que estaban presentes: “Quitadle la mina y dadla al que tiene las diez minas.”<sup>25</sup> Ellos le dijeron: “Señor, tiene diez minas.”<sup>26</sup> “Pues yo os digo que a todo el que tiene, se le dará; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.”<sup>27</sup> Y también a aquellos mis enemigos que no querían que yo reinara sobre ellos, traedlos acá y decapitadlos delante de mí.”»**

De acuerdo con el historiador judío Josefo, que vivió cerca de la época de Jesús, la distancia entre Jericó y Jerusalén era de ciento cincuenta estadios a lo largo de una tierra “desértica y rocosa”. Un estadio romano era casi doscientos metros; eso hace de la etapa final del viaje de Jesús una distancia recorrida de más casi treinta kilómetros cuesta arriba todo el camino. No hay forma de saber cuán grande era la multitud que lo seguía. Era la primavera y pronto se iba a celebrar la fiesta judía de la Pascua.

Esa fiesta despertaba sentimientos nacionalistas ya que se conmemoraba la independencia judía de la esclavitud en Egipto. El ánimo de la gente que caminaba junto a Jesús era de expectativa: “El reino de Dios muy pronto aparecerá; estamos marchando con el rey”.

Para enfriar el entusiasmo de la multitud, Jesús dice una parábola acerca de un hombre de cuna noble que se fue a un país lejano para ser designado rey. Antes de dejar su ciudad le dio una mina a cada uno de sus diez siervos, y les dio instrucciones para que pusieran el dinero a trabajar. La palabra mina viene del griego “mna”, que era una moneda valorada en la sexta parte de un talento y equivalente a casi tres meses de salario. En Mateo 25:14-30 hay una parábola en la que un hombre les distribuyó talentos a sus siervos, lo que era una cantidad mucho más grande de dinero.

Después de que el hombre se marchó del hogar, algunos de sus siervos enviaron una delegación para que les informaran a las autoridades distantes que no lo querían como rey. Eso realmente ocurrió cuando una delegación de judíos fue a Roma a comparecer ante César Augusto para oponerse al nombramiento de un hijo de Herodes el Grande como rey. Tal vez Jesús tenía presente ese incidente en sus pensamientos. En esta parábola sus protestas no tuvieron efecto, pues terminan siendo muertos por orden del nuevo rey por haberse opuesto a él. Sin duda Jesús piensa en aquellos de sus contemporáneos que se oponen a su reinado, los cuales serán condenados en el juicio final por haberlo rechazado.

Cuando el nuevo rey regresa a casa, reúne a sus siervos para informarse de lo que han hecho con las minas que les encomendó. Oímos informes de tres de los diez siervos. El primero ganó diez minas más; el segundo cinco más. Ambos son elogiados y puestos al mando de algunas de las ciudades del rey.

Sin embargo, uno de los diez siervos le informa al rey que ha guardado su mina “en un pañuelo”. Sabía que el nuevo rey tenía una personalidad muy exigente y tenía miedo de perder su mina si hacía una inversión con ella en el banco. El rey lo condena, dice que es un siervo malo, y ordena que se le dé la mina devuelta al siervo al que se le habían entregado diez. Cuando se le pregunta acerca de lo injusto que esto parece, el rey cita un proverbio que dice que a la persona que tenga mucho, más se le dará; y a la persona que no tenga nada hasta eso lo perderá. El mismo proverbio lo cita Jesús en 8:18 donde lo aplica a la importancia de oír la palabra de Dios.

Esta parábola es otra de las que tratan el tema de la mayordomía, es decir, la administración responsable. Dos de los siervos fueron buenos mayordomos (administradores), el tercero no utilizó lo que había recibido de su amo. Los discípulos de Jesús necesitaban darse cuenta de que el reino de Dios no habría de manifestarse en el futuro cercano. Mientras esperan el regreso de Jesús se deben ocupar en usar los recursos que les han sido



confiados. Como los siervos de los que habla Jesús en 12:35-48, él quiere que sean fieles en el cumplimiento de sus responsabilidades. La mina que se le ha dado a cada uno de los discípulos de Jesús, no es otra que el evangelio. Jesús quiere que todos sus seguidores inviertan este tesoro del evangelio que han recibido para que pueda producir mucho fruto.

**EL SIERVO LLEVA A CABO LA OBRA DE ABRIR LAS  
PUERTAS DEL REINO CON SU: SUFRIMIENTO,  
MUERTE Y RESURRECCIÓN**  
**19:28-24:53**

---

*Jesús llega a Jerusalén*  
*La entrada triunfal*

**<sup>28</sup> Dicho esto, iba delante subiendo a Jerusalén. <sup>29</sup> Al acercarse a Betfagé y a Betania, al monte que se llama de los Olivos, envió a dos de sus discípulos, <sup>30</sup> diciendo:**

**—Id a la aldea de enfrente, y al entrar en ella hallaréis un asno atado en el cual ningún hombre ha montado jamás; desatadlo y traedlo. <sup>31</sup> Y si alguien os pregunta: “¿Por qué lo desatáis?” le responderéis así: “Porque el Señor lo necesita.”**

**<sup>32</sup> Fueron los que habían sido enviados y hallaron como les dijo. <sup>33</sup> Cuando desataban el asno, sus dueños les dijeron:**

**—¿Por qué desatáis el asno?**

**<sup>34</sup> Ellos dijeron:**

**—Porque el Señor lo necesita.**

**<sup>35</sup> Lo trajeron a Jesús; y habiendo echado sus mantos sobre el asno, subieron a Jesús encima. <sup>36</sup> Y a su paso tendían sus mantos por el camino. <sup>37</sup> Cuando ya se acercaba a la bajada del Monte de los Olivos, toda la multitud de los discípulos, gozándose, comenzó a alabar a Dios a grandes voces por todas las maravillas que habían visto. <sup>38</sup> Decían:**

**—¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor! ¡Paz en el cielo y gloria en las alturas!**

**<sup>39</sup> Entonces algunos de los fariseos de entre la multitud le dijeron:**

**—Maestro, reprende a tus discípulos.**

**<sup>40</sup> Él, respondiendo, les dijo:**

**—Os digo que si estos callaran las piedras clamarían.**

<sup>41</sup> Cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró por ella,  
<sup>42</sup> diciendo:

—¡Si también tú conocieras, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Pero ahora está encubierto a tus ojos.

<sup>43</sup> Vendrán días sobre ti cuando tus enemigos te rodearán con cerca, te sitiarán y por todas partes te estrecharán; <sup>44</sup> te derribarán a tierra y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.

Cuando uno se aproxima a Jerusalén desde el este, el camino cruza por el Monte de los Olivos que se eleva a unos noventa metros sobre la ciudad. Betfagé era una aldea pequeña que estaba situada sobre el Monte de los Olivos y que hoy en día es difícil localizar el lugar exacto que ocupaba. Betania está localizada en la ladera oriental del monte a unos cinco kilómetros de Jerusalén. Esta es la aldea en donde vivían unos amigos de Jesús: María, Marta y Lázaro. Por el Evangelio de Juan nos enteramos de que Jesús pasó algún tiempo en Betania en el hogar de María y de Marta. Hacía poco tiempo que él había resucitado a Lázaro de entre los muertos (Juan 11 y 12).

El domingo anterior a la fiesta de la Pascua, Jesús pone en marcha una acción que resultará en una demostración pública a favor suyo. Envía a dos de sus discípulos a Betfagé para que le traigan un pollino sobre el que nadie ha montado. Tal vez Jesús había hecho arreglos previos para usarlo cuando lo necesitara. Los discípulos le llevaron el pollino a Jesús y lo ayudaron a montar.

El significado de lo que hizo Jesús es inmediatamente evidente para la gente que lo sigue. Jesús está cumpliendo conscientemente las palabras del profeta Zacarías: “¡Alégrate mucho, hija de Sión! ¡Da voces de júbilo, hija de Jerusalén! Mira que tu rey vendrá a ti, justo y salvador, pero humilde, cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna” (Zacarías 9:9). Mateo y Juan citan esta profecía en la narración de la historia de la entrada triunfal a Jerusalén. La gente tiende sus mantos sobre el camino

como una especie de alfombra. Juan nos dice que llevaban ramas de palmas (Juan 12:13), por lo cual este domingo recibió su nombre especial en el calendario de la iglesia cristiana.

A medida que la procesión triunfal cruza sobre la colina en lo alto del Monte de los Olivos y comienza a descender, la ciudad de Jerusalén con su bello Templo está totalmente a la vista. Finalmente Jesús ha alcanzado la meta de su viaje, que se menciona por primera vez en 9:51. No viene para establecer un reino terrenal ni para llevar a este mundo a su fin, sino viene como Rey y Mesías para morir en la cruz. Con su muerte y resurrección les abrirá las puertas del reino de Dios a todas las personas.

A medida que avanza la procesión real, una multitud de discípulos grita alabanzas a Dios. Usando las palabras del Salmo 118 honran a este rey que viene en el nombre del Señor. Las palabras de la gente incluyen una remembranza de la canción que entonaron los ángeles en el nacimiento de Jesús (2:14): “¡Gloria a Dios en las alturas; y en la tierra paz!” Estas palabras son demasiado para los fariseos; Lucas los menciona por última vez en su evangelio cuando le piden a Jesús que haga callar a sus discípulos. En respuesta, Jesús dice que si la gente se callara, entonces las piedras gritarían.

Repentinamente se detienen los gritos de la multitud; sólo se escuchan los sollozos de Jesús, llorando por la ciudad de Jerusalén. Anteriormente Lucas había registrado las palabras que Jesús había dicho con tristeza por esta ciudad sagrada que rechazó su ministerio (13:34,35). Jesús fue el portador de la paz, la paz de la que habían cantado los ángeles y la multitud de discípulos. Pero Jerusalén, al igual que los fariseos, no estaba buscando la paz que Jesús vino a traer. En consecuencia, no iban a tener la paz sino una guerra espantosa. El futuro permanece oculto para los habitantes de esta ciudad amurallada, pero Jesús sabe lo que está por venir.

Las palabras de Jesús describen el sitio de Jerusalén por parte de los romanos que terminó en su captura en el año 70. Las palabras que pronuncia Jesús, anunciando que “no dejarán en ti piedra sobre piedra”, son el cumplimiento de la afirmación que les

hizo a los fariseos. Si la gente calla, las piedras hablarán. La gente de Jerusalén no estaba lista para pronunciar palabras de alabanza en honor del rey venidero. Y como no iban a hablar, las piedras caídas hablarán las palabras del juicio de Dios.

### *Jesús en el Templo*

**<sup>45</sup> Entrando en el Templo comenzó a echar fuera a todos los que vendían y compraban en él, <sup>46</sup> diciéndoles:**

**—Escrito está: “Mi casa es casa de oración”, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.**

**<sup>47</sup> Enseñaba cada día en el Templo; pero los principales sacerdotes, los escribas y los altos dignatarios del pueblo procuraban matarlo. <sup>48</sup> Pero no hallaban nada que pudieran hacerle, porque todo el pueblo estaba pendiente de sus palabras.**

Cuando Jesús tenía cuarenta días de nacido, María y José lo habían llevado al Templo para presentarlo delante del Señor (2:22). A los doce años de edad Jesús fue encontrado por su madre en los atrios del Templo, sentado entre los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas (2:46). En esa ocasión le había dicho a su madre que ella debía haber sabido que era necesario que él estuviera “en los negocios de [su] Padre”.

Como el maduro siervo del Señor que es ahora, Jesús entra otra vez al área del Templo y se perturba por lo que encuentra. Dentro de los patios del Templo hay gente que vende palomas para el sacrificio y cambia moneda extranjera en moneda circulante para pagar el impuesto del Templo. Lejos de ser una casa de oración (Isaías 56:7), el Templo se había convertido en una cueva de ladrones (Jeremías 7:11). El lucro había reemplazado a la oración como la característica dominante de la actividad del Templo. Aquí hay otro ejemplo de una mala mayordomía.

Jesús actúa en su papel de Rey para limpiar el Templo, lo cual tenía que hacer para poder usarlo como lugar de enseñanza de la

palabra de Dios. El relato que hace Marcos de la purificación del Templo ubica este acontecimiento en el lunes de la semana santa (Marcos 11:15-19). El interés de Lucas es continuar con el informe de las enseñanzas de Jesús en el Templo. Lo que molestó a los líderes no fue tanto la limpieza del Templo, sino las enseñanzas de Jesús.

Se mencionan tres grupos de oposición: el principal de los sacerdotes que tenía a su cargo todos los negocios y actividades del Templo; los maestros de la Ley, que eran intérpretes e instructores de las Escrituras del Antiguo Testamento; y los líderes del pueblo, que se refieren a los ancianos y miembros elegidos de la alta corte judía, el sanedrín. Todos querían matar a Jesús, pero el apoyo popular, que las enseñanzas de Jesús habían logrado entre la gente, hizo esto muy difícil de cumplir.

### *Se pone en duda la autoridad de Jesús*

**20** Sucedió un día que, enseñando Jesús al pueblo en el Templo y anunciando el evangelio, llegaron los principales sacerdotes y los escribas, con los ancianos, <sup>2</sup> y le hablaron diciendo:

—Dinos ¿con qué autoridad haces estas cosas? ¿o quién es el que te ha dado esta autoridad?

<sup>3</sup> Respondiendo Jesús, les dijo:

—Os haré yo también una pregunta. Respondedme: <sup>4</sup> El bautismo de Juan, ¿era del cielo, o de los hombres?

<sup>5</sup> Entonces ellos discutían entre sí, diciendo:

—Si decimos “del cielo”, dirá: “¿Por qué, pues, no le creísteis?” <sup>6</sup> Y si decimos “de los hombres”, todo el pueblo nos apedreará, porque están persuadidos de que Juan era profeta.

<sup>7</sup> Respondieron que no sabían de dónde era. <sup>8</sup> Entonces Jesús les dijo:

—Yo tampoco os diré con qué autoridad hago estas cosas.

El hecho de que una persona llegue de la despreciada Galilea e invada los patios del Templo en Jerusalén como lo hace Jesús, es un desafío para los que están a cargo del Templo. Se alarman porque la gente acude a escuchar a este maestro que es un forastero. El forastero proclama las buenas nuevas de que la puerta del reino de Dios está abierta para todos los que se arrepienten y crean en él. A nadie le sorprende que los líderes del Templo se acerquen y le pregunten a Jesús acerca del origen de la autoridad de sus palabras y de obras. En realidad, se podría decir que ellos sólo estaban cumpliendo con su deber.

Jesús le responde a la delegación oficial con otra pregunta: ¿Quién le dio autoridad a Juan para bautizar en el Jordán (3:1-18)? ¿Fue esto algo que Dios lo autorizó para hacer o fueron los líderes de Jerusalén quienes le dieron ese derecho?

Los que interrogan a Jesús se encuentran ahora en un dilema; están atrapados en la alternativa que Jesús pone delante de ellos. Si Juan fue realmente el profeta de Dios como la gente había creído que era, entonces ellos debían haberlo aceptado, pero si negaban que Juan viniera de Dios, entonces el pueblo los podría apedrear por blasfemia. Moisés había ordenado que “el que blasfeme contra el nombre de Jehová ha de ser muerto” por apedreamiento (Levítico 24:16). La mejor salida para los líderes del Templo parece ser la de expresar su ignorancia. Confiesan que no sabían de dónde había obtenido Juan esta autoridad, algo que resultaba bastante penoso de admitir para ellos.

Jesús hace lo mismo que ellos y se niega a decir con qué autoridad está enseñando. Su autoridad no provenía de un grupo de hombres como los principales sacerdotes, sino de Dios. Jesús había demostrado esa autoridad una y otra vez durante su ministerio terrenal (5:24). Las multitudes la reconocieron también (4:32). Fue una autoridad confirmada por el Padre celestial en la transfiguración (9:35). Si Jesús hubiera identificado el origen de la misma, aun así sus interrogadores no lo hubieran creído (22:67).

De aquí en adelante se intensificará el conflicto entre Jesús y los líderes religiosos judíos; habrá más encuentros verbales entre

él y sus interrogadores. Finalmente vendrá el arresto, el juicio y la cruz. Qué ciertas las palabras de Jesús: ¡Si también tú conocieras a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Pero ahora está encubierto a tus ojos” (19:42).

### *La parábola del arrendatario*

**<sup>9</sup> Comenzó luego a decir al pueblo esta parábola: «Un hombre plantó una viña, la arrendó a labradores y se ausentó por mucho tiempo. <sup>10</sup> A su tiempo envió un siervo a los labradores para que le dieran del fruto de la viña, pero los labradores lo golpearon y lo enviaron con las manos vacías. <sup>11</sup> Volvió a enviar otro siervo; pero ellos a éste también golpearon, insultaron y enviaron con las manos vacías. <sup>12</sup> Volvió a enviar un tercer siervo; pero ellos también a éste echaron fuera, herido.**

**<sup>13</sup>»Entonces el señor de la viña dijo: “¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; quizás, cuando lo vean a él, le tendrán respeto.” <sup>14</sup> Pero los labradores, al verlo, discutían entre sí, diciendo: “Éste es el heredero; venid, matémoslo para que la heredad sea nuestra.” <sup>15</sup> Lo echaron fuera de la viña y lo mataron. ¿Qué, pues, les hará el señor de la viña? <sup>16</sup> Irá, destruirá a estos labradores y dará su viña a otros.»**

**Cuando ellos oyeron esto, dijeron:**

**—¡Dios nos libre!**

**<sup>17</sup> Pero él, mirándolos, dijo:**

**—¿Qué, pues, es lo que está escrito?:**

**»“La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo.”**

**<sup>18</sup>»Todo el que caiga sobre aquella piedra, será quebrantado; pero sobre quien ella caiga, lo desmenuzará.**

**<sup>19</sup> En aquella hora, los principales sacerdotes y los escribas procuraban echarle mano, porque comprendieron que contra ellos había dicho esta parábola; pero temían al pueblo.**



La parábola que Jesús le narra a la gente es una clara revelación de su muerte inminente y del juicio que caerá sobre sus asesinos. El profeta Isaías había descrito a la gente de Israel como una viña que fracasó en el propósito de producir fruto (Isaías 5:1-7). En la parábola de Jesús, el problema no es con la viña, sino con los arrendatarios a quienes el dueño les ha alquilado su propiedad. Los arrendatarios claramente representan a los líderes religiosos de los judíos como ellos mismos lo reconocen en la conclusión de la parábola; pues estaban tratando de matar a Jesús (19:47).

El dueño quiere obtener fruto de su viña. Anteriormente Jesús había dicho la parábola de un árbol que falló en el propósito de producir fruto (13:6-8). Tanto Mateo como Marcos relatan que, en uno de sus viajes diarios de Betania a Jerusalén, Jesús había maldecido a una higuera porque no había producido fruto (Mateo 21:18,19; Marcos 11:12-14). Estos arrendatarios que no cumplen el compromiso de darle el fruto debido al dueño son otro ejemplo de una mayordomía deficiente en la administración de lo que Dios da para el uso de su pueblo.

Los tres siervos del dueño son tratados rudamente, y los arrendatarios los envían de regreso con las manos vacías. Esos siervos representan a los profetas como Elías, Jeremías y Juan el Bautista. Como un último recurso, el dueño decide enviar a su amado hijo pensando que los arrendatarios lo respetarán. Sin embargo, el hijo amado sufre peor suerte: los arrendatarios lo echan fuera de la viña y lo matan. Se imaginan que, como el heredero ya está muerto, serán ellos los que heredarán la viña. ¡Pero en qué gran error están! El dueño llega y mata a los arrendatarios y les da la viña a otros. Los arrendatarios sufren el mismo destino que tendrán los ciudadanos que no querían a “un hombre noble” como rey (19:27). Jesús se refiere a la destrucción que caerá sobre la ciudad de Jerusalén y sobre la nación judía a manos de los romanos en el año 70. Los “otros” a quienes se les da la viña son los gentiles.

La gente también capta la dirección de las palabras de Jesús. La expresión que usan se encuentra varias veces en las cartas de

Pablo, pero sólo una vez aquí en los evangelios. La Reina-Valera traduce con la expresión: “¡Dios nos libre!” La Nueva Versión Internacional dice: “¡Dios no lo quiera!”, lo que expresa una fuerte reacción o negación.

Jesús enfrenta las objeciones al hacerles una pregunta acerca del significado del Salmo 118:22: “La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser piedra principal del ángulo”. La piedra desechada es Jesús mismo, el hijo rechazado por los arrendatarios de la viña (vea Hechos 4:11 y 1 Pedro 2:7 donde este versículo se le aplica a Jesús). Esta piedra que desecharon finalmente llega a ser la más importante de todo el edificio, la “cabeza del ángulo”. En la antigüedad, la piedra angular era “la que en los edificios hace esquina juntando y sosteniendo dos paredes”. Sobre Jesús descansa toda la estructura del reino de Dios.

¿Y qué hay de los que rechazan esta piedra? La retribución divina cae sobre ellos. La piedra rechazada no sólo es importante en el edificio; también es una piedra que trae el juicio de Dios. La persona que cae o tropieza sobre ella quedará partida en pedazos; la persona sobre la que caiga la piedra, será aplastada. En cualquiera de los casos, no es la piedra sino la persona la que sale perjudicada. El efecto de estas palabras es similar al del proverbio judío que dice: “Si una piedra cae sobre una olla, ¡ay de la olla! Si la olla cae sobre la piedra, ¡ay de la olla! En cualquier caso, ¡ay de la olla!” Así también pasará con cualquiera que se atreva a rechazar la piedra que es Jesús el Salvador.

### *El pago del tributo al Cesar*

**<sup>20</sup>Y, acechándolo, enviaron espías que simularan ser justos, a fin de sorprenderlo en alguna palabra, para entregarlo al poder y autoridad del gobernador. <sup>21</sup>Le preguntaron, diciendo:**

**—Maestro, sabemos que dices y enseñas rectamente, y que no haces acepción de persona, sino que enseñas el camino de Dios con verdad. <sup>22</sup>¿Nos es lícito dar tributo a César, o no?**

**<sup>23</sup> Pero él, comprendiendo la astucia de ellos, les dijo: —¿Por qué me tentáis? <sup>24</sup> Mostradme la moneda. ¿De quién es la imagen y la inscripción?**

**Respondiendo dijeron:**

**—De César.**

**<sup>25</sup> Entonces les dijo:**

**—Pues dad a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios.**

**<sup>26</sup> Y no pudieron sorprenderlo en palabra alguna delante del pueblo, sino que, maravillados de su respuesta, callaron.**

Los enemigos de Jesús, frustrados en sus intentos por deshacerse de él por causa de su popularidad entre la gente, ahora deciden intentar una nueva táctica. Mediante halagos esperan engatusar a Jesús para que haga una afirmación que lo meta en problemas con el gobernador romano, Poncio Pilato. Mateo y Marcos identifican a los espías enviados a hacerle preguntas, como fariseos y partidarios de la familia de Herodes. Pretenden que son honestos y sinceros, aparentando que están realmente interesados en tener una respuesta a la pregunta respecto del pago de impuestos al emperador romano. Su discurso comienza con palabras de halago para Jesús, reconociéndolo como uno que enseña verdaderamente el camino de Dios sin consideración a la autoridad humana.

Había algunos grupos dentro de la sociedad judía que enseñaban que era incorrecto el pago de impuestos a los romanos. En el año 6 d.C., Judas de Galilea dirigió una sublevación de hombres armados que denunciaron el pago de impuestos a los romanos. Una secta conocida como los Zelotes era fuertemente anti-romana y promovía todo lo que era judío. El acto de pagar impuestos con una moneda romana en la que estaba grabada la imagen del César les parecía una forma de idolatría. Dios le había ordenado a su gente que no hiciera imágenes de piedra ni de metal fundido, y las monedas judías no tenían la figura de ningún ser humano.

Jesús no se dejó embaucar por sus interrogadores, sino vio las dos caras que tenían; vio que eran hipócritas. Esto se hace evidente cuando son capaces de sacar de su bolsillo una moneda romana, ante la petición de Jesús. El denario valía aproximadamente un día de salario; esa moneda tenía la imagen del César romano con las palabras: “Tiberio César Augusto, hijo del divino Augusto”. Si los judíos se oponían tan religiosamente a pagar impuestos a los romanos por causa de esta imagen y de la inscripción idólatra, entonces no debían llevar consigo la moneda. Este episodio es vergonzoso para los espías.

La afirmación que hace Jesús indica claramente que lo correcto es pagarle los impuestos al gobierno, aun si se trata de un poder extranjero y pagano. El pago de los impuestos no interfiere con las obligaciones que tiene el cristiano para con Dios. Así como la moneda con que se paga a César llevaba su imagen, también la gente lleva la imagen de Dios y una obligación para con él. Podemos ser buenos ciudadanos y buenos cristianos al mismo tiempo.

A pesar del hecho de que Jesús apoya el pago de impuestos a César, esto se convirtió en uno de las acusaciones que levantaron contra él cuando lo llevaron a juicio ante Pilato (23:2). Los enemigos de Jesús no se van a molestar en decir la verdad ni en jugar limpio.

### *La resurrección y el matrimonio*

**<sup>27</sup> Se acercaron entonces algunos de los saduceos, los cuales niegan que haya resurrección, y le preguntaron, <sup>28</sup> diciendo: —Maestro, Moisés nos escribió: “Si el hermano de alguno muere teniendo mujer y no deja hijos, que su hermano se case con ella y levante descendencia a su hermano.” <sup>29</sup> Hubo, pues, siete hermanos: el primero tomó esposa y murió sin hijos. <sup>30</sup> Y la tomó el segundo, el cual también murió sin hijos. <sup>31</sup> La tomó el tercero, y así todos los siete, y murieron sin dejar descendencia. <sup>32</sup> Finalmente murió también la mujer.**

**<sup>33</sup> En la resurrección, pues, ¿de cuál de ellos será mujer, ya que los siete la tuvieron por mujer?**

**<sup>34</sup> Entonces respondiendo Jesús, les dijo:**

**—Los hijos de este siglo se casan y se dan en casamiento, <sup>35</sup> pero los que son tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan ni se dan en casamiento, <sup>36</sup> porque ya no pueden morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios al ser hijos de la resurrección. <sup>37</sup> Pero en cuanto a que los muertos han de resucitar, aun Moisés lo enseñó en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, <sup>38</sup> porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven.**

**<sup>39</sup> Respondiéndole algunos de los escribas, dijeron:**

**—Maestro, bien has dicho.**

**<sup>40</sup> Y no osaron preguntarle nada más.**

Después de tratar la cuestión política, le hacen a Jesús una pregunta cuyo único propósito es demostrar que la idea de la resurrección de entre los muertos es ridícula. Los saduceos aparecen por primera vez aquí en el Evangelio de Lucas. Ese partido judío tomó su nombre del sacerdote Sadoc (2 Samuel 8:17). Los saduceos generalmente apoyaban al gobierno romano y no hay duda de que estaban complacidos con la respuesta de Jesús. Los hombres importantes de Jerusalén, incluyendo a muchos sacerdotes, pertenecían a esa secta.

Josefo, el historiador judío, dice que los saduceos eliminan la creencia en “la persistencia del alma, las penalidades y recompensas” más allá de la muerte. Creían que “el alma perece junto con el cuerpo”. Algunos de ellos ahora presentan una ridícula cadena de acontecimientos para respaldar su posición en contra de la resurrección de los muertos.

Moisés le había dado a Israel la ley del levirato respecto del matrimonio. “Levir” es la palabra latina para referirse al “hermano

del esposo, cuñado”. Si una mujer llegara a enviudar, al hermano de su marido muerto se le pedía que la tomara en matrimonio y que procurara procrear niños que llevaran el nombre del hombre muerto (Deuteronomio 25:5,6). El ejemplo hipotético que aducen los saduceos es el de una mujer que se casó con siete hermanos antes de que ella misma muriera sin hijos. Ahora le hacen esta pregunta: “En la resurrección... ¿de cuál de ellos será mujer?”

Jesús resuelve el dilema mostrando la diferencia entre dos épocas, la época presente y la venidera. Uno de los propósitos del matrimonio es traer hijos al mundo, pero en la vida venidera, no habrá nacimientos ni muerte, ni habrá matrimonio. La gente será como los ángeles (cuya existencia también negaban los saduceos). A aquellos que por el juicio de gracia de Dios tengan el privilegio de vivir en esa época, Jesús los llama simplemente “hijos de Dios”. Las relaciones familiares de este mundo terrenal llegarán a perder toda su vigencia.

Sin embargo, Jesús no se limita simplemente a responder a la pregunta que le hacen los saduceos; continúa atacando su incredulidad. Les recuerda lo que le dijo Dios a Moisés en la zarza ardiente: “Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob” (Éxodo 3:6). En los tiempos de Moisés esos tres patriarcas ya hacía mucho tiempo que habían muerto físicamente, pero el Dios viviente siguió hablando de su relación con ellos en el presente; eso significa que aún viven. Las relaciones humanas terminan con la muerte, pero la relación que una persona tiene con Dios continúa por la eternidad.

Algunos de los maestros de la Ley alabaron la respuesta de Jesús; tal vez lo alabaron los fariseos, que sí creían en la resurrección de los muertos (vea Hechos 23:6). Las respuestas que Jesús les había dado a las diferentes preguntas demostraron su autoridad y su sabiduría. La próxima vez que sus enemigos lo interroguen será durante su juicio.

*¿De quién es hijo el Cristo?*

**<sup>41</sup> Entonces él les dijo:**

**—¿Cómo dicen que el Cristo es hijo de David?, <sup>42</sup> pues el mismo David dice en el libro de los Salmos:**

**»“Dijo el Señor a mi Señor:**

**‘Siéntate a mi diestra,**

**<sup>43</sup> hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.”**

**<sup>44</sup> »David, pues, lo llama Señor; ¿cómo entonces es su hijo?**

**<sup>45</sup> Oyéndolo todo el pueblo, dijo a sus discípulos:**

**<sup>46</sup> —Guardaos de los escribas, que gustan de andar con ropas largas, aman las salutations en las plazas, las primeras sillas en las sinagogas y los primeros asientos en las cenas; <sup>47</sup> que devoran las casas de las viudas y, por pretexto, hacen largas oraciones. Estos recibirán mayor condenación.**

Uno de los títulos que los maestros judíos le dieron al Mesías fue el de “Hijo de David”. El ciego se había dirigido a Jesús en esta forma (18:38); el ángel Gabriel le había dicho a María que a su hijo se le iba a dar “el trono de su padre David” (1:32). Hablar de Jesús como “el Hijo de David” es correcto (vea Romanos 1:3), pero el título es inadecuado y no expresa enteramente la naturaleza del Mesías.

Para probar esto, Jesús cita el Salmo 110:1. En ese salmo, el rey David no habla del Mesías como su hijo, sino como su Señor. En la cita, el primer uso de “Señor” se refiere a Dios el Padre; en la segunda vez que ocurre la palabra, la referencia es al Hijo de Dios. A él se le da un asiento a la diestra del Padre con la certeza de que sus enemigos le servirán como estrado de los pies del Hijo. Jesús no responde su propia pregunta pero da a entender que el Mesías es más que simplemente un hijo de David. Es el Señor de David que gobernará a la diestra de Dios.



*“A César lo que es de César”*



Después de demostrar que los maestros de la Ley eran falsos intérpretes de las Escrituras, Jesús continúa advirtiendo contra algunas de sus ridículas enseñanzas. En 11:45-52, se encuentran palabras similares de condenación. Mateo incluye un capítulo entero de lamentos contra los fariseos y los escribas en este punto de su evangelio (Mateo 23).

Jesús regaña a los maestros de la Ley en varios aspectos: llevan ropa llamativa, están ansiosos de recibir los elogios de la gente y encubren el despojo financiero de las viudas con oraciones piadosas. No se dan los detalles de la manera en que ellos “devoran las casas de las viudas”, pero quizá la historia siguiente dé una ilustración de los métodos que usaban. Su destino contrastará agudamente con el de los “hijos de la resurrección” (20:36).

### *La ofrenda de la viuda*

**21** Levantando los ojos, vio a los ricos que echaban sus ofrendas en el arca de las ofrendas. <sup>2</sup> Vio también a una viuda muy pobre que echaba allí dos blancas. <sup>3</sup> Y dijo: —En verdad os digo que esta viuda pobre echó más que todos, <sup>4</sup> pues todos aquellos echaron para las ofrendas de Dios de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo el sustento que tenía.

Con frecuencia se alaba a esta pobre viuda que “echó todo el sustento que tenía” en el arca del Templo. Jesús señala que la ofrenda de la viuda, consistente en dos de las más pequeñas monedas en circulación, era realmente más que lo que el rico puso en el arca. Como es tan frecuente en el Evangelio de Lucas, Jesús critica las acciones de los ricos.

Sin embargo, esta historia también se puede entender en una forma diferente, especialmente si se considera en el contexto. Al final del capítulo anterior, Jesús advirtió contra los intérpretes de la ley que “devoran las casas de las viudas”. Una forma en la que eso podía ocurrir era mediante los líderes religiosos que ataban la

conciencia de las personas diciéndoles que debían dar una ofrenda que Dios mismo no esperaba. ¿Realmente Dios quería que esa pobre viuda diera todo el dinero que tenía para sostener un Templo que había llegado a ser una “cueva de ladrones”? (19:46).

En Marcos 7:10-13, Jesús enseña que hay ocasiones en que las necesidades humanas son más importantes que lo que uno le puede ofrecer al Señor. Si la historia de la ofrenda de la viuda se entiende de esta manera, entonces Jesús está afligido por lo que vio: otro ejemplo de cómo el rico abusaba del pobre. Los ricos daban de lo que ellos podrían conseguir fácilmente; esta pobre viuda dio lo que ella no se podía procurar fácilmente.

### *Señales del fin del mundo*

**<sup>5</sup> A unos que hablaban de que el Templo estaba adornado de hermosas piedras y ofrendas votivas, dijo:**

**<sup>6</sup> —En cuanto a estas cosas que veis, días vendrán en que no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida.**

**<sup>7</sup> Le preguntaron, diciendo:**

**—Maestro, ¿cuándo será esto? ¿y qué señal habrá cuando estas cosas estén para suceder?**

**<sup>8</sup> Él entonces dijo:**

**—Mirad que no seáis engañados, porque vendrán muchos en mi nombre diciendo: “Yo soy el Cristo” y: “El tiempo está cerca.” Pero no vayáis en pos de ellos. <sup>9</sup> Cuando oigáis de guerras y de revueltas, no os alarméis, porque es necesario que estas cosas acontezcan primero; pero el fin no será inmediatamente.**

**<sup>10</sup> Entonces añadió:**

**—Se levantará nación contra nación y reino contra reino; <sup>11</sup> habrá grandes terremotos y, en diferentes lugares, hambres y pestilencias; y habrá terror y grandes señales del cielo.**

**<sup>12</sup> »Pero antes de todas estas cosas os echarán mano, os perseguirán, os entregarán a las sinagogas y a las cárceles, y seréis llevados ante reyes y ante gobernadores por causa de**

mi nombre. <sup>13</sup> Pero esto os será ocasión para dar testimonio. <sup>14</sup> Proponéos en vuestros corazones no pensar antes cómo habréis de responder en vuestra defensa, <sup>15</sup> porque yo os daré palabra y sabiduría, la cual no podrán resistir ni contradecir todos los que se opongan. <sup>16</sup> Seréis entregados aun por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos; y matarán a algunos de vosotros. <sup>17</sup> Seréis odiados por todos por causa de mi nombre, <sup>18</sup> pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá. <sup>19</sup> Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas.

<sup>20</sup> »Pero cuando veáis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado. <sup>21</sup> Entonces los que estén en Judea huyan a los montes; y los que estén en medio de ella, váyanse; y los que estén en los campos no entren en ella, <sup>22</sup> porque éstos son días de retribución, para que se cumplan todas las cosas que están escritas. <sup>23</sup> Pero ¡ay de las que estén encinta y de las que críen en aquellos días!, porque habrá gran calamidad en la tierra e ira sobre este pueblo. <sup>24</sup> Caerán a filo de espada y serán llevados cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será pisoteada por los gentiles hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan.

<sup>25</sup> »Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas. <sup>26</sup> Los hombres quedarán sin aliento por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra, porque las potencias de los cielos serán conmovidas. <sup>27</sup> Entonces verán al Hijo del hombre que vendrá en una nube con poder y gran gloria. <sup>28</sup> Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca.

<sup>29</sup> También les dijo una parábola: «Mirad la higuera y todos los árboles. <sup>30</sup> Cuando veis que ya brotan, sabéis por vosotros mismos que el verano está cerca. <sup>31</sup> Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios.

**<sup>32</sup>»De cierto os digo que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca. <sup>33</sup>El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.**

**<sup>34</sup>»Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y de embriaguez y de las preocupaciones de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día, <sup>35</sup>porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de la tierra. <sup>36</sup>Velad, pues, orando en todo tiempo que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del hombre.»**

**<sup>37</sup>De día enseñaba en el Templo y por la noche salía y se quedaba en el monte que se llama de los Olivos. <sup>38</sup>Y todo el pueblo acudía a él por la mañana para oírlo en el Templo.**

El Templo de Jerusalén fue el centro de las actividades de Jesús en la semana antes de su crucifixión. Luego de su entrada triunfal en la ciudad, Jesús fue al Templo y echó fuera a los que estaban usando sus patios para llevar a cabo sus negocios. Luego, usó el mismo patio con el propósito de enseñarle a la gente la palabra de Dios. El Templo es el escenario de la confrontación entre Jesús y sus adversarios que se describe en el capítulo veinte. Mientras que está en el Templo, Jesús observa tanto a los ricos como a los pobres cuando ponen dinero en las arcas del tesoro. Ese dinero se usaba para mantener el edificio y para sostener las actividades religiosas que tenían lugar diariamente.

El Templo era un edificio bello, como algunos de los discípulos de Jesús lo hicieron notar. El primer Templo, que fue construido por el rey Salomón, había sido destruido por los babilonios en el año 586 a.C. El segundo Templo fue terminado cerca del año 515 a.C. El rey Herodes el Grande decidió renovar el antiguo Templo, y ese proyecto continuó incluso después de su muerte. Josefo dice que “al exterior de la estructura no le faltaba nada que pudiera impresionar a la mente ni al ojo”. Algunas de las piedras del Templo eran de más de dieciocho metros de largo y de

más de dos metros de alto. Aun así, el espléndido edificio estaba condenado, como dice Jesús: “No quedará piedra sobre piedra”. Él había dicho lo mismo acerca de la ciudad de Jerusalén (19:44).

La caída de la ciudad de Jerusalén y la destrucción del Templo son para Jesús anuncios vívidos del fin de la época presente. Anteriormente ya les había hablado a los discípulos acerca de este acontecimiento. En 12:35-48, les advierte que se mantengan alerta para ese día; y en 17:20-37, Jesús hace énfasis lo repentino y en la certeza de la venida del Hijo del hombre.

Cuando Jesús se sienta en el Monte de los Olivos observando el área del Templo (Marcos 13:3), les habla nuevamente a sus discípulos del fin cercano de Jerusalén y del fin del mundo. Este largo discurso de Jesús es motivado por la doble pregunta que le hacen los discípulos: 1) ¿Cuándo ocurrirán estas cosas? 2) ¿Cuáles son las señales de que esto está por ocurrir?

En respuesta, lo primero que Jesús dice es: “Mirad que no seáis engañados”. Antes les había hecho la misma advertencia (17:23). Se hablará mucho acerca del fin venidero de esta época y algunos afirmarán que son el Cristo que regresa a la tierra. “No vayáis en pos de ellos”, les advierte Jesús. Habrá guerras y revueltas pero los discípulos no deben temer. Jesús deja bien en claro que el fin no vendrá tan rápidamente como algunos suponen. El Señor es paciente (2 Pedro 3:8,9).

Jesús agrega otras señales del fin venidero, aparte de las guerras: terremotos, hambres, pestes, acontecimientos terribles, extrañas señales en los cielos. Sin embargo, todo esto es sólo un anuncio general de lo que realmente vendrá. Esas son señales de las que seguimos siendo testigos en nuestra generación. Son anuncios de que el fin se acerca, pero ninguna de ellas responde a la pregunta específica: ¿Cuándo?

Comenzando con el versículo 12, Jesús se aparta del tema de las señales del fin para concentrarse en lo que los discípulos van a experimentar en su propia época. Se deben preparar para la persecución cuando lleven el mensaje del evangelio al mundo. El hecho de que los lleven ante reyes y gobernantes tendrá un

resultado bienaventurado: la oportunidad de dar testimonio acerca de Jesús.

Jesús no quiere que sus discípulos se preocupen respecto de lo que dirán cuando sean llevados a juicio. No deben practicar ni memorizar ningún discurso antes de tiempo. Jesús les asegura a sus discípulos que él mismo les dará las palabras apropiadas que dirán en presencia de sus adversarios. Anteriormente había prometido que el Espíritu Santo les enseñará lo que deban decir (12:12). La obra del Espíritu y la ascensión de Jesús están estrechamente relacionadas.

Los discípulos no sólo encontrarán oposición en las autoridades del mundo, sino también encontrarán que los miembros de su familia y sus amigos se convertirán en sus enemigos por causa de su fidelidad a Cristo. Se verán rodeados de odio, y algunos morirán; pero ni aún la muerte separará a los discípulos del amoroso cuidado de Dios. “Pues aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados” (12:7). Al permanecer firmes los discípulos ganarán la vida (9:24).

La salvación que los discípulos de Jesús tendrán por mantenerse firmes en el testimonio de él está en agudo contraste con el destino que le espera a la ciudad sagrada de Jerusalén. Con anterioridad Jesús había hablado dos veces de las tristes consecuencias del rechazo de esa ciudad a aceptarlo a él y a la paz que él les ofrecía (13:34,35; 19:41-44). Jesús les dice a sus discípulos que cuando vean a la ciudad rodeada de ejércitos enemigos, sabrán que ya se encuentra a las puertas la desolación amenazadora (13:35).

Lo que Jesús describe aquí sucedió cuando la ciudad de Jerusalén fue puesta bajo sitio por los romanos en el año setenta. Grandes lomas o rampas de tierra fueron levantadas y la ciudad entera fue rodeada por un muro de más de ocho kilómetros de largo. Josefo informa que 1.100.000 judíos de Jerusalén y de Judea fueron asesinados y otros 97.000 fueron llevados a Roma como parte de la procesión triunfal al entrar a la capital. Para ilustrar el lamento que pronunció Jesús sobre las mujeres con niños, uno

puede señalar la historia que relata Josefo acerca de María, una mujer de Perea, que vivía entre los judíos que estaban muriendo de hambre en Jerusalén y que cogió a su bebé, un niño de pecho, lo mató y lo asó para comérselo. ¡Con razón Jesús los apremia para que huyan de la ciudad condenada a la desolación!

Jesús dice que la desolación que Jerusalén va a experimentar es un castigo por sus pecados y que será en cumplimiento de lo que se escribió en el Antiguo Testamento. Se podrían señalar pasajes como Miqueas 3:12 y Jeremías 6:1-8 y 26:1-9 como ejemplos de esas profecías. Esta ciudad tan orgullosa de su heredad judía iba a ser pisoteada por los gentiles hasta que el tiempo del castigo se cumpliera.

Jesús, luego de hablar acerca del fin de Jerusalén pasa hablar de un acontecimiento aún más devastador. Este fin será marcado por señales espectaculares que harán que la gente se desmaje de terror. Los cuerpos celestes serán sacudidos y el mar se agitará y rugirá. Será como si la creación se estuviera derrumbando, y entonces el Hijo del hombre vendrá en una nube con poder y gran gloria. Su venida no será en secreto, sino “como el relámpago que al fulgurar resplandece desde un extremo del cielo hasta el otro” (17:24).

Los acontecimientos que Jesús describe aquí son aterradores; sin embargo, para el creyente tienen un significado consolador. El fin significa la redención final, la liberación final de todo el mal de este mundo: el pecado, la muerte y el poder del diablo. Con buenas razones Jesús exhorta a los discípulos para que levanten la cabeza con esperanza cuando las señales del fin del mundo se comiencen a revelar. La parábola de la higuera ilustra la verdad de que estas señales significan que ya se acerca el reino de Dios.

El discurso de Jesús sobre el fin de los tiempos fue en respuesta a la doble pregunta que le hicieron los discípulos acerca de la destrucción del Templo: ¿Cuándo y cuáles serán las señales? Jesús no les da una respuesta precisa acerca de cuándo ocurrirá esto; sin embargo, asegura en el versículo 32 que “todo esto” pasará en la vida de sus contemporáneos. Al mencionar “todo

esto”, Jesús no habla acerca de la venida del Hijo del hombre ni de los catastróficos acontecimientos del fin del mundo. Ni siquiera Jesús según su naturaleza humana, mientras estuvo en la tierra, sabía cuándo sería ese día (Mateo 24:36; Marcos 13:32). Su afirmación aquí se debe entender dentro del contexto de la doble pregunta de los discípulos. La gente que vivía cuando Jesús dijo estas palabras fue testigo de la destrucción de Jerusalén y de las señales generales que fueron anuncios de que vendrá el fin del mundo.

El fin de Jerusalén fue un anticipo, un preludio, del final de los tiempos. Jesús da la solemne seguridad de que “el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras de ningún modo pasarán”. Nada en este mundo, ni el Templo, ni la ciudad de Jerusalén ni ninguna otra cosa, permanecerá. Sólo las palabras de Jesús son eternas. Sus palabras se cumplieron en cuanto a la destrucción de Jerusalén; y se cumplirán acerca del fin del mundo.

Este pensamiento dirige a Jesús a la exhortación final que les hace a sus discípulos: “Velad”. El mismo hecho de que no haya una fecha precisa acerca del fin del mundo, es una razón más que suficiente para estar siempre listos. Jesús advierte contra varias actividades que agobian a la gente y que hacen que no esté alerta. La expresión “se carguen” significa lo mismo que “estar deprimido”. La palabra traducida como “embriaguez” se refiere a una vida de derroches caprichosos. Esta clase de vida con frecuencia resulta por la depresión; es un síntoma de la falta de fe.

Velar significa llevar a una vida de oración. Jesús les había dado a sus discípulos el ejemplo vivo de la persona que se dedica a la oración. Los exhorta a orar para que puedan escapar a la destrucción terrible que caerá sobre Jerusalén y para que finalmente puedan “estar en pie delante del Hijo del hombre” como las personas que confiesan fielmente su nombre.

Los últimos dos versículos del capítulo veintiuno son un resumen breve del ministerio de Jesús en el Templo. Tienen relación con el relato que se encuentra al principio de esta sección de enseñanzas, y se encuentra en 19:47,48. Mateo y Marcos relatan



que Jesús pasó la noche en el pueblo de Betania, que está localizada en el Monte de los Olivos. Jesús continúa siendo muy popular entre la gente. Este hecho crea un problema para los líderes que se quieren deshacer de él.

### ***Jesús sufre y muere***

#### *Judas consiente entregar a Jesús*

**22** Estaba cerca la fiesta de los Panes sin levadura, que se llama la Pascua. <sup>2</sup> Los principales sacerdotes y los escribas buscaban cómo matarlo, porque temían al pueblo.

<sup>3</sup> Entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariote, el cual era uno de los doce; <sup>4</sup> éste fue y habló con los principales sacerdotes y con los jefes de la guardia, de cómo se lo entregaría. <sup>5</sup> Ellos se alegraron y convinieron en darle dinero. <sup>6</sup> Él aceptó y buscaba una oportunidad para entregárselo a espaldas del pueblo.

La fiesta principal de los judíos es la Pascua. Se celebraba a la caída del sol que marcaba el principio del decimoquinto día de Nisán, el primer mes en el calendario (que corresponde a marzo/abril). El cordero pascual se sacrificaba al caer la tarde del decimocuarto día de Nisán, era asado y se comía en un círculo familiar a la puesta del sol. La comida no sólo era una comida con pan sin levadura, sino que el pan sin levadura se continuaba comiendo por siete días después, por lo cual se le da el nombre de “la fiesta de los Panes sin levadura”. Dado que el mes judío empieza con la luna nueva, la Pascua siempre se celebra cuando la luna está llena.

Esos días santos atraían muchos peregrinos a Jerusalén. Los principales sacerdotes y los maestros de la Ley temían que eso hiciera más difícil el propósito de deshacerse de Jesús, porque él tenía el apoyo de la gente común, algunos de los cuales vendrían de su nativa Galilea. Así que los líderes judíos se alegran bastante cuando uno de los doce, Judas Iscariote, viene a ellos con el

ofrecimiento de traicionar a Jesús. Se hizo el trato: a Judas le pagaron treinta monedas de plata (Mateo 26:15), y él comienza a buscar la oportunidad de entregar a Jesús a las autoridades cuando no esté presente la multitud.

Ha habido mucha especulación acerca de lo que motivó a Judas a traicionar a Jesús. Algunos sugieren que estaba decepcionado de Jesús, porque pensaba que había venido para establecer un reino terrenal. Otros se preguntan si quizás el único propósito de Judas era el dinero. Lucas señala al que está detrás de todo: Satanás. Jesús había resistido las tentaciones del diablo en el desierto (4:1-13), pero ahora Satanás vio la ocasión oportuna para tratar de vencer a Jesús y usa a Judas para llevar adelante su diabólico propósito.

### *La última cena*

**<sup>7</sup> Llegó el día de los Panes sin levadura, en el cual era necesario sacrificar el cordero pascual. <sup>8</sup> Entonces Jesús envió a Pedro y a Juan, diciendo:**

**—Id, preparadnos la Pascua para que la comamos.**

**<sup>9</sup> Ellos le preguntaron:**

**—¿Dónde quieres que la preparemos?**

**<sup>10</sup> Él les dijo:**

**—Al entrar en la ciudad os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo hasta la casa donde entre <sup>11</sup> y decid al padre de familia de esa casa: “El Maestro te dice: ‘¿Dónde está el aposento donde he de comer la Pascua con mis discípulos?’” <sup>12</sup> Entonces él os mostrará un gran aposento alto, ya dispuesto; preparadla allí.**

**<sup>13</sup> Fueron, pues, y hallaron como les había dicho; y prepararon la Pascua.**

**<sup>14</sup> Cuando era la hora se sentó a la mesa, y con él los apóstoles. <sup>15</sup> Y les dijo:**

**—¿Cuánto he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que padezca!, <sup>16</sup> porque os digo que no la comeré más**

hasta que se cumpla en el reino de Dios.

<sup>17</sup> Tomando la copa, dio gracias y dijo:

—Tomad esto y repartidlo entre vosotros, <sup>18</sup> porque os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta que el reino de Dios venga.

<sup>19</sup> También tomó el pan y dio gracias, y lo partió y les dio, diciendo:

—Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí.

<sup>20</sup> De igual manera, después de haber cenado, tomó la copa, diciendo:

—Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama. <sup>21</sup> Pero la mano del que me entrega está conmigo en la mesa. <sup>22</sup> A la verdad el Hijo del hombre va, según lo que está determinado; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!

<sup>23</sup> Entonces ellos comenzaron a discutir entre sí sobre quién de ellos sería el que habría de hacer esto.

<sup>24</sup> Hubo también entre ellos una discusión sobre quién de ellos sería el mayor. <sup>25</sup> Pero él les dijo:

—Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; <sup>26</sup> pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el más joven, y el que dirige, como el que sirve, <sup>27</sup> pues, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Pero yo estoy entre vosotros como el que sirve.

<sup>28</sup> »Y vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. <sup>29</sup> Yo, pues, os asigno un Reino, como mi Padre me lo asignó a mí, <sup>30</sup> para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

<sup>31</sup> Dijo también el Señor:

—Simón, Simón, Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; <sup>32</sup> pero yo he rogado por ti, para que tu fe no

**falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos.**

**<sup>33</sup> Él le dijo:**

**—Señor, estoy dispuesto a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte.**

**<sup>34</sup> Y él le dijo:**

**—Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces.**

**<sup>35</sup> Les dijo:**

**—Cuando os envié sin bolsa, alforja ni calzado, ¿os faltó algo?**

**Ellos dijeron:**

**—Nada.**

**<sup>36</sup> Y les dijo:**

**—Pues ahora el que tiene bolsa, tómela, y también la alforja; y el que no tiene espada, venda su capa y compre una. <sup>37</sup> Os digo que es necesario que se cumpla todavía en mí aquello que está escrito: “Y fue contado con los inicuos”, porque lo que está escrito de mí, tiene cumplimiento.**

**<sup>38</sup> Entonces ellos dijeron:**

**—Señor, aquí hay dos espadas.**

**Y él les dijo:**

**—Basta.**

Cuando Jesús tenía doce años de edad, había ido con María y José a Jerusalén para celebrar la fiesta de la Pascua. Esa fue una ocasión memorable para él, pero difícilmente se compara en significado con la comida de la Pascua que celebra con sus discípulos la noche antes de su muerte en la cruz. Se lo dice cuando se reclinan a la mesa: “¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que padezca!” A esta última comida con frecuencia se le ha llamado “La última cena”.

Esta Pascua en particular es aun más importante para nosotros porque durante la cena Jesús instituyó el Sacramento del Altar. Cada vez que celebramos la Santa Comunión, nos viene a la mente esta comida de la noche en que Jesús fue entregado. En este

sacramento, Cristo nos sigue dando su verdadero cuerpo y su verdadera sangre junto con el pan y el vino. Aquí tenemos un anticipo del banquete celestial de la salvación.

La Pascua celebra la libertad de la esclavitud de Egipto que Dios les dio a los hijos de Israel. El Señor les dijo a los israelitas que sacrificaran un cordero a la hora del crepúsculo del decimocuarto día del mes y que pusieran algo de la sangre sobre el dintel de la puerta de su casa. El cordero debía ser asado y comido por las familias. Durante la noche el ángel de la muerte pasó por la tierra matando al primogénito en cada casa de los egipcios, pero pasó de largo frente al hogar de los israelitas que había sido marcado con la sangre (Éxodo 12:1-13).

Jesús toma la iniciativa al planear esta comida de la Pascua con sus discípulos. Envía a Pedro y a Juan a la ciudad y les da instrucciones para que sigan a un hombre que lleva un cántaro de agua. Este hombre los llevaría a un aposento alto y espacioso. Ver a un hombre llevando un cántaro de agua hubiera sido algo raro, ya que por lo general era un trabajo que solamente hacían las mujeres.

Pedro y Juan hacen todos los preparativos. El cordero es sacrificado en el patio del Templo; y ellos consiguen el pan sin levadura, el vino y las hierbas aromáticas. A la hora señalada, Jesús y sus discípulos suben al aposento alto y se reclinan alrededor de la mesa. La comida de la Pascua consistía en cuatro partes: 1) lo primero que se servía consistía en la primera copa de vino y un plato de hierbas; 2) se relataba la historia de la Pascua y se bebía la segunda copa de vino; 3) la comida propiamente dicha comenzaba con la bendición del pan sin levadura, el comer del cordero con hierbas amargas, y la copa de vino después de la comida; 4) se concluía con el canto de los Salmos 114-118.

Lucas menciona dos copas de vino. La primera (v.17) es probablemente la que viene después de la narración de la Pascua, antes de la comida misma. La segunda copa (v.20) viene después de la cena. Lo que es bastante diferente respecto de esta comida Pascual es el significado que Jesús les da al pan y a la copa de

vino. Al darles a los discípulos el pan sin levadura, Jesús dice: “Esto es mi cuerpo que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí”. Junto con el pan, los discípulos reciben el verdadero cuerpo de Jesús. Al darles la segunda copa Jesús les dice: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama”. La cena de la Pascua celebraba el antiguo pacto en el que se derramaba la sangre de un cordero para salvar a la gente de la esclavitud. El nuevo pacto consiste en el derramamiento de la sangre de Jesús por los pecados del mundo. ¡Es con razón que Jesús quería tener esta cena con sus discípulos en la noche antes de su sacrificio en la cruz!

Los discípulos difícilmente están preparados para las palabras dichas por Jesús cuando les da el pan y el vino. Y aun están menos preparados para la revelación de que uno de los doce va a traicionar al Maestro. Que Jesús debía morir en la cruz, es parte del plan de Dios para la salvación de los hombres. Sin embargo, eso no disculpa la obra malvada de Judas.

El descubrimiento de que uno de los doce es un traidor provoca una discusión entre los discípulos. Se preguntan cuál de ellos podría hacer algo así. Esas averiguaciones llevan a una discusión acalorada sobre la pregunta de cuál de ellos es el más importante. Esta no es la primera vez que discuten este tema (9:46). Aun después de haber recibido el bendecido sacramento, demuestran que son pecadores. Aunque en realidad sólo uno de los doce traicionó a Jesús, todos demuestran que tienen necesidad de un Salvador.

Jesús se niega a nombre a ninguno de ellos como más importante que los demás para así resolver la disputa entre los discípulos. Al contrario, les dice cómo se debe comportar el que se considere a sí mismo mayor o más importante. Los discípulos de Jesús no deben imitar a los reyes de los gentiles ni su manera de gobernar. A ninguno de los discípulos se le da el título rimbombante de “benefactor”, como lo hacían los césares romanos. Jesús demostró lo que significa ser siervo al lavarles los pies a sus discípulos en esta cena de Pascua (Juan 13:3-16). Este

fue solamente un símbolo muy pequeño del último y máximo servicio que iba a ejecutar muriendo en la cruz.

La clase de servicio que Jesús instaba a sus discípulos con frecuencia no es reconocido ni recompensado en este mundo. Sin embargo, Jesús les da la seguridad que habrá una recompensa celestial para aquellos sus siervos que permanezcan firmes y que sean testigos fieles de las buenas nuevas del reino de Dios. Jesús les hace tres promesas a sus discípulos: “Os asigno un reino... para que comáis y bebáis a mi mesa... os sentaréis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel”. Tendremos que esperar hasta llegar al cielo para darnos cuenta por completo del significado de estas promesas.

Lo cierto es que Jesús no designa a ninguno de los apóstoles como el más importante. Sin embargo, la historia de la iglesia antigua, tal como está registrada en los Hechos de los Apóstoles, nos muestra que Pedro pronto es puesto en el papel de líder (Hechos 1:15). Este hombre que abandonó su barca para seguir a Jesús (5:1-11), ahora escucha que el Señor lo llama por su nombre de nacimiento “Simón”. Jesús le revela que Satanás había pedido permiso de Dios para probar la fe de todos los apóstoles (“para zarandearos como a trigo”). Jesús había orado para que la fe de Pedro no fallara, y para que después de su arrepentimiento pudiera fortalecer a sus hermanos apóstoles. Pedro dice que no necesita oraciones especiales ya que está listo para ir a prisión y aun morir con Jesús. Lo poco que sabe Pedro acerca de sus debilidades se lo revela Jesús: tres veces negará a su Señor antes que comience un nuevo día. Sólo las oraciones de Jesús lo salvaron de caer totalmente de la fe.

El discurso de despedida de Jesús en la última cena está llegando a su fin... pero no sin antes mirar una vez más al futuro que está reservado para sus apóstoles. Cuando habían estado en Galilea, Jesús los había enviado fuera sin provisiones (9:4). A lo largo del camino siempre hubo alguien que proveyó para sus necesidades, pero en la misión que va a seguir después del día de Pentecostés, su camino no será fácil. Las multitudes no los

apoyarán. Necesitarán bolsas (dinero), alforjas y espadas. En cumplimiento de la profecía de Isaías 53:12, Jesús será contado entre los inicuos; los apóstoles deberán estar preparados para enfrentarse al mismo tipo de trato.

Los discípulos captan inmediatamente la palabra “espada”, que Jesús había usado, y le informan al Señor Jesús que tienen dos. Esta afirmación provoca una reprimenda de parte de Jesús. Lo que les dijo se ha interpretado en varias formas. El “basta” suena como si Jesús estuviera diciendo que dos espadas son suficientes para la tarea que hay que hacer. No obstante, visto que en el momento de su arresto Jesús prohibió el uso de la espada (Mateo 26:52), difícilmente puede ser esto lo que quiso decir. La mención que hace de la espada significa simplemente una advertencia para los discípulos acerca del tiempo difícil y peligroso que les espera por delante. El decir: “Basta” se debe entender como si estuviera diciendo a sus discípulos: “Basta de hablar así”. Y con este comentario final, Jesús y su grupo de seguidores salen del aposento alto y emprenden el camino hacia el Monte de los Olivos.

### *La oración de Jesús en el Monte de los Olivos*

**<sup>39</sup> Salió y se fue, como solía, al Monte de los Olivos; y sus discípulos lo siguieron. <sup>40</sup> Cuando llegó a aquel lugar, les dijo: —Orad para que no entréis en tentación.**

**<sup>41</sup> Se apartó de ellos a distancia como de un tiro de piedra, y puesto de rodillas oró, <sup>42</sup> diciendo: «Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.»**

**<sup>43</sup> Entonces se le apareció un ángel del cielo para fortalecerlo. <sup>44</sup> Lleno de angustia oraba más intensamente, y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra.**

**<sup>45</sup> Cuando se levantó de la oración y fue a sus discípulos, los halló durmiendo a causa de la tristeza; <sup>46</sup> y les dijo:**

**—¿Por qué dormís? Levantaos y orad para que no entréis en tentación.**



El aposento alto donde Jesús comió la Pascua con sus discípulos tradicionalmente se localiza en la sección suroeste de Jerusalén. El camino que Jesús tomó desde ahí lo hizo bajar por el valle Cedrón, que estaba al este de la ciudad, y luego subir al Monte de los Olivos. Esta no era la primera vez que Jesús había ido ahí a orar. Lucas ya le dijo al lector que, durante el tiempo que Jesús estaba en Jerusalén, “por la noche salía y se quedaba en el monte que se llama de los Olivos” (21:37). Jesús no hace nada para despistar a Judas, sino que se dirige a su lugar de oración como usualmente lo hacía.

Cuando Jesús les enseñó a sus discípulos el Padrenuestro, incluyó la petición “no nos dejes caer en la tentación”. Los discípulos ahora se enfrentan a la prueba más severa. El diablo intentará apartarlos de su fe en Jesús como el Mesías prometido de Dios. Satanás tenía el permiso para sacudirlos como al trigo (22:31). Tanto antes como después de la angustiada súplica a su Padre celestial, Jesús exhorta a sus discípulos a orar para que no sucumban al poder malvado de Satanás ni caigan en su trampa; pero abrumados por la pena, los discípulos buscan escapar de la inminente crisis por medio del sueño. No están fortalecidos para el encuentro que les espera.

En su oración, Jesús le hace a su Padre la petición de que “si quieres, pasa de mí esta copa”. Esta es la copa de la ira de Dios (Isaías 51:17), el castigo por los pecados del mundo. Sin embargo, lo que finalmente le importa a Jesús no es tanto su propia voluntad, sino la voluntad de su Padre. La respuesta que el Padre le da a su Hijo es enviar un ángel para que lo fortalezca. Todavía continúa su angustia y el sudor de su cuerpo cae al suelo como gotas de sangre que brotan de una herida abierta. Aquí, como se ha registrado en todas partes del evangelio, se revela la verdadera naturaleza humana de Jesús. No hay nada falso acerca de sus sufrimientos. Ningún ser humano puede entender completamente la agonía por la que pasó Jesús. “Mas él fue herido por nuestras rebeliones” (Isaías 53:5).

*Jesús es arrestado*

**<sup>47</sup> Mientras él aún hablaba, se presentó una turba. El que se llamaba Judas, uno de los doce, que iba al frente de ellos, se acercó hasta Jesús para besarlo. <sup>48</sup> Entonces Jesús le dijo:**

**—Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?**

**<sup>49</sup> Cuando los que estaban con él se dieron cuenta de lo que había de acontecer, le dijeron:**

**—Señor, ¿heriremos a espada?**

**<sup>50</sup> Entonces uno de ellos hirió a un siervo del Sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. <sup>51</sup> Entonces, respondiendo Jesús, dijo:**

**—Basta ya; dejad.**

**Y tocando su oreja, lo sanó. <sup>52</sup> Entonces Jesús dijo a los principales sacerdotes, a los jefes de la guardia del Templo y a los ancianos que habían venido contra él:**

**—¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y palos? <sup>53</sup> Habiendo estado con vosotros cada día en el Templo, no extendisteis las manos contra mí; pero ésta es vuestra hora y la potestad de las tinieblas.**

Judas había abandonado la cena de la Pascua después de haber recibido de Jesús un trozo de pan mojado en la salsa que había en el plato. Juan el evangelista dice: “Era ya de noche” (Juan 13:26-30). La oscuridad es interrumpida sólo por el brillo de la luna pascual cuando Judas dirige a una multitud de sacerdotes, ancianos y funcionarios del Templo por el camino que lleva hasta el lugar donde Jesús está orando. Judas había acordado una señal con la que ellos podrían reconocer a Jesús: Lo saludaría con un beso. La pregunta que le hace Jesús a Judas hace notar la hipocresía de su acción.

Viendo al grupo de hombres armados, los discípulos están listos para pelear. Deben haber recordado las palabras que Jesús les dijo en el aposento alto acerca de proveerse de espadas (22:36). Uno de ellos (en Juan 18:10 se le identifica como Pedro) no espera

ninguna indicación de Jesús sino que arremete con su espada. La oreja derecha de Malco, siervo del sumo sacerdote, cae a tierra. Lo que Pedro ha hecho es una obra de las tinieblas. Con compasión Jesús invierte la maldad, sanando con un toque de su mano la oreja herido. Luego ordena que la violencia cese al instante.

La misión nocturna de estas autoridades religiosas es la de arrestar a alguien que había enseñado cada día en los patios del Templo. Jesús pregunta a qué viene la necesidad de cargar espadas y palos como si estuvieran tratando con el líder de una rebelión armada. Jesús tiene una explicación para el curso completo de los acontecimientos: “Esta es vuestra hora y la potestad de las tinieblas”. Por el momento el príncipe de las tinieblas está haciendo de las suyas.

### *Pedro niega a Jesús*

**<sup>54</sup> Lo prendieron, lo llevaron y lo condujeron a casa del Sumo sacerdote. Y Pedro lo seguía de lejos. <sup>55</sup> Encendieron fuego en medio del patio y se sentaron alrededor; también Pedro se sentó entre ellos. <sup>56</sup> Pero una criada, al verlo sentado al fuego, se fijó en él y dijo:**

**—También éste estaba con él.**

**<sup>57</sup> Pero él lo negó, diciendo:**

**—Mujer, no lo conozco.**

**<sup>58</sup> Un poco después, viéndolo otro, dijo:**

**—Tú también eres de ellos.**

**Y Pedro dijo:**

**—Hombre, no lo soy.**

**<sup>59</sup> Como una hora después, otro afirmó, diciendo:**

**—Verdaderamente también éste estaba con él, porque es galileo.**

**<sup>60</sup> Y Pedro dijo:**

**—Hombre, no sé lo que dices.**

**Y en seguida, mientras él todavía hablaba, el gallo cantó.**

**<sup>61</sup> Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: «Antes que el gallo cante, me negarás tres veces.» <sup>62</sup> Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente.**

Después de arrestar a Jesús en el Monte de los Olivos, las autoridades del Templo lo llevaron a la casa del sumo sacerdote. Tradicionalmente a esa casa se le localiza en la sección suroeste de Jerusalén, no muy lejos del aposento alto donde Jesús había comido la Pascua. Caifás era sumo sacerdote entre los años 18-36 d.C., pero su suegro Anás, el anterior sumo sacerdote, continuaba ejerciendo fuerte influencia y tomó parte en el interrogatorio a Jesús (Juan 18:12,13). Lucas no da los detalles de este interrogatorio nocturno que se encuentran en Mateo 26:59-66 y en Marcos 14:55-64.

Pedro había dicho que estaba dispuesto a ir a prisión y aun a morir con Jesús (22:33). Había demostrado su disposición a defender a Jesús con una espada, pero no contó con el poder del diablo que lo iba a hacer caer en la trampa de negar a su Señor tres veces.

Cuando Pedro se encuentra sentado cerca al fuego en el patio de la casa del sumo sacerdote, es reconocido por una criada. Sin embargo, Pedro niega que conozca a Jesús. Luego, una segunda persona vincula a Pedro con el grupo de discípulos que seguía a Jesús, y su afirmación provoca una franca negación de parte de Pedro. Casi una hora después alguien hace notar que el acento de Pedro es el de Galilea, la provincia de la que Jesús provenía. La tercera negación de Pedro llega con el estridente canto del gallo. Ha llegado un nuevo día y la profecía de Jesús se ha cumplido.

En ese momento el Señor tiene la oportunidad de mirar directamente a los ojos de Pedro. Pedro recuerda sus palabras, sale y llora amargamente. Estas lágrimas de arrepentimiento son lo que Jesús quiso decir cuando habló de la vuelta de Pedro (22:32). Todo este incidente hizo de Pedro un hombre mejor, un hombre que fue capaz de fortalecer a sus hermanos.

*Los soldados se burlan de Jesús*

**<sup>63</sup> Los hombres que vigilaban a Jesús se burlaban de él y lo golpeaban. <sup>64</sup> Vendándole los ojos, le golpeaban el rostro y le preguntaban, diciendo:**

**—Profetiza, ¿quién es el que te golpeó?**

**<sup>65</sup> Y lo insultaban diciéndole muchas otras cosas.**

El reino de las tinieblas se manifiesta en el trato que Jesús recibió de los que lo custodiaban. Jugaron el juego de la gallina ciega para ridiculizar la afirmación que hizo Jesús de que era un profeta (13:33). Lo que Jesús sufre cumple su propia profecía: “Se burlarán de él, lo insultarán y le escupirán. Y después que lo hayan azotado, lo matarán” (18:32,33). Pedro trató de evitarse sufrimientos al negar a su Señor. Jesús los acepta sin ninguna queja. “Cuando lo maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba” (1 Pedro 2:23).

*Jesús ante el concilio judío*

**<sup>66</sup> Cuando se hizo de día, se juntaron los ancianos del pueblo, los principales sacerdotes y los escribas, y lo llevaron al Concilio, diciendo:**

**<sup>67</sup> —¿Eres tú el Cristo? Dínoslo.**

**Les dijo:**

**—Si os lo digo, no creeréis; <sup>68</sup> y también, si os pregunto, ni me responderéis ni me soltaréis. <sup>69</sup> Pero desde ahora el Hijo del hombre se sentará a la diestra del poder de Dios.**

**<sup>70</sup> Dijeron todos:**

**—Luego, ¿eres tú el Hijo de Dios?**

**Y él les dijo:**

**—Vosotros decís que lo soy.**

**<sup>71</sup> Entonces ellos dijeron:**

**—¿Qué más testimonio necesitamos?, porque nosotros mismos lo hemos oído de su boca.**

El viernes temprano por la mañana Jesús es trasladado de la casa del sumo sacerdote, donde había sido interrogado, para que comparezca ante el alto concilio de los judíos, llamado el sanedrín. Este grupo consistía de setenta y un miembros incluyendo al sumo sacerdote, que oficiaba como presidente. Su circunscripción estaba dividida entre los ancianos, sacerdotes y maestros de la Ley (mayormente fariseos). Su lugar de reunión estaba en el área suroeste del patio interno del Templo o en un lugar que estaba justo al oeste del Templo mismo. El sanedrín poseía poder absoluto en asuntos religiosos, pero no podía decretar la sentencia de muerte.

El concilio primero interroga a Jesús acerca de si es o no es el Cristo. Los judíos estaban buscando al Mesías prometido y esperaban que él les diera libertad política. Jesús es el Cristo, como Pedro lo había confesado (9:20), pero Jesús había prohibido que sus discípulos hicieran saber esto, ya que eso se podría malinterpretar. En este juicio Jesús también se niega a responder a esta pregunta. En lugar dice que “el Hijo del hombre se sentará a la diestra del poder de Dios”. Jesús utilizó con frecuencia el título de “Hijo del hombre” para describirse a sí mismo. Dirige la atención de ellos lejos de las falsas esperanzas de un Mesías terrenal, hacia su papel celestial como Hijo del hombre a la diestra de Dios.

La sugerencia de que Jesús estará sentado a la diestra de Dios hace que todo el concilio le pregunte: “¿Luego, eres tú el Hijo de Dios?” Jesús no se niega a responder sino que dice: “Vosotros decís que lo soy”. Su respuesta afirmativa nos recuerda el principio mismo del Evangelio de Lucas cuando el ángel Gabriel le dijo a María: “El Santo Ser que va a nacer será llamado Hijo de Dios” (1:35). Para el concilio judío esta afirmación de Jesús constituyó la peor blasfemia. No están dispuestos a considerar la evidencia que respalda esta afirmación. Lo único que les interesa es su muerte.

*Jesús ante Pilato y Herodes*

**23** Levantándose entonces todos, llevaron a Jesús a Pilato. <sup>2</sup> Y comenzaron a acusarlo, diciendo:

—Hemos encontrado que este pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César diciendo que él mismo es el Cristo, un Rey.

<sup>3</sup> Entonces Pilato le preguntó, diciendo:

—¿Eres tú el Rey de los judíos?

Respondiéndole él, dijo:

—Tú lo dices.

<sup>4</sup> Pilato dijo a los principales sacerdotes y a la gente:

—Ningún delito hallo en este hombre.

<sup>5</sup> Pero ellos porfiaban, diciendo:

—Alborota al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí.

<sup>6</sup> Entonces Pilato, cuando oyó decir «Galilea», preguntó si el hombre era galileo. <sup>7</sup> Y al saber que era de la jurisdicción de Herodes, lo remitió a Herodes, que en aquellos días también estaba en Jerusalén. <sup>8</sup> Herodes, al ver a Jesús, se alegró mucho, porque hacía tiempo que deseaba verlo, porque había oído muchas cosas acerca de él y esperaba verlo hacer alguna señal. <sup>9</sup> Le hizo muchas preguntas, pero él nada le respondió. <sup>10</sup> Estaban los principales sacerdotes y los escribas acusándolo con gran vehemencia. <sup>11</sup> Entonces Herodes con sus soldados lo menospreció y se burló de él, vistiéndolo con una ropa espléndida; y volvió a enviarlo a Pilato. <sup>12</sup> Y aquel día, Pilato y Herodes, que estaban enemistados, se hicieron amigos.

<sup>13</sup> Entonces Pilato, convocando a los principales sacerdotes, a los gobernantes y al pueblo, <sup>14</sup> les dijo:

—Me habéis presentado a éste como un hombre que perturba al pueblo; pero, habiéndolo interrogado yo delante de vosotros, no he hallado en él delito alguno de aquellos de que lo acusáis. <sup>15</sup> Ni tampoco Herodes, porque os remití a él.

**Nada digno de muerte ha hecho este hombre, <sup>16</sup> así que lo soltaré después de castigarlo.**

**<sup>17</sup> Tenía necesidad de soltarles uno en cada fiesta.**

**<sup>18</sup> Pero toda la multitud gritó a una, diciendo:**

**—¡Fuera con ése; suéltanos a Barrabás!**

**<sup>19</sup> Éste había sido echado en la cárcel por rebelión en la ciudad y por un homicidio. <sup>20</sup> Les habló otra vez Pilato, queriendo soltar a Jesús; <sup>21</sup> pero ellos volvieron a gritar, diciendo:**

**—¡Crucificalo, crucificalo!**

**<sup>22</sup> Él les dijo por tercera vez:**

**—¿Pues qué mal ha hecho éste? Ningún delito digno de muerte he hallado en él; lo castigaré y lo soltaré.**

**<sup>23</sup> Pero ellos insistían a gritos, pidiendo que fuera crucificado; y las voces de ellos y de los principales sacerdotes se impusieron. <sup>24</sup> Entonces Pilato sentenció que se hiciera lo que ellos pedían. <sup>25</sup> Les soltó a aquel que había sido echado en la cárcel por rebelión y homicidio, a quien habían pedido, y entregó a Jesús a la voluntad de ellos.**

A través de los siglos, los cristianos han confesado que Cristo “padeció bajo el poder de Poncio Pilato”. El hecho de que el nombre de Poncio Pilato haya sido incluido tanto en el Credo Apostólico como en el Credo Niceno proviene de su período de gobernador de las provincias de Judea y Samaria en los años 26-36 d.C. Se sabe muy poco acerca de Pilato, excepto lo que dicen los evangelios y unas cuantas referencias de Josefo. Sin embargo, debido a que es el juez que condenó a Jesús a muerte, se desarrolló una gran variedad de literatura que pretende dar una crónica de su vida anterior, durante y después de los acontecimientos que se registran en los evangelios.

El gobierno romano asignó a Pilato como representante suyo y él actuaba como juez supremo en los casos criminales. Por lo general el gobernador romano residía en la ciudad costera de Cesárea, pero en ciertos tiempos críticos iba a Jerusalén. La fiesta



de la Pascua era uno de esos días en que se elevaban los sentimientos nacionalistas entre los judíos. En la ciudad había una multitud de peregrinos y era de esperar que estallaran algunos disturbios. Por lo menos en esta visita a la ciudad, Pilato probablemente permaneció en la fortaleza de Antonia, ubicada al norte del Templo.

Después de que Jesús hubo testificado ante el concilio judío el viernes temprano en la mañana, fue llevado ante Pilato. Se presentaron tres acusaciones contra él: 1) Sublevar (agitar) a la nación; 2) prohibir el pago de impuestos a César; 3) afirmar que es un rey. De todos estos cargos, Pilato no parecía preocuparse acerca de los dos primeros. Es probable que se haya dado cuenta de que el segundo cargo era mentira (20:20-25). Tal vez Pilato sabía que Jesús había entrado cabalgado en Jerusalén el domingo anterior y que había sido aclamado como un rey por las multitudes. Así que le pregunta directamente a Jesús: “¿Eres tú el Rey de los judíos?” Jesús responde: “Tú lo dices”. Jesús debe haber respondido con un tono de voz tal, que Pilato se convenció de que la tercera acusación también era falsa. Pilato les anuncia a los principales de los sacerdotes y a la gente que está presente que no ha encontrado nada en contra de Jesús; que ellos no tenían ningún caso contra él. El juicio debía haber terminado aquí.

Sin embargo, a voz en cuello los sacerdotes y los del pueblo gritan que las enseñanzas de Jesús estaban agitando a la gente por toda la tierra comenzando en Galilea. Con la mención de Galilea, Pilato paró el oído ya que Galilea era cuna de revolucionarios. Tal vez las actividades de Jesús se debían investigar más a fondo. Quién mejor para hacer esto que Herodes, que era gobernador de Galilea y que en ese tiempo estaba en Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Pilato decidió enviarle a Jesús. Probablemente Herodes se había quedado en el palacio que llevaba su nombre y que había sido construido dentro de los muros al oeste de Jerusalén.

Este hombre era el hijo de Herodes el Grande, que era rey en el tiempo del nacimiento de Jesús. Anteriormente había expresado interés en ver a Jesús (9:9). No parecía interesarle tanto Jesús como

maestro, sino Jesús como el obrador de milagros. Herodes queda totalmente desilusionado en lo que observa. Jesús no dio ninguna respuesta a las preguntas o acusaciones que se le formularon. Herodes y sus soldados terminaron jugando burlonamente con él antes de enviarlo de regreso ante Pilato, vestido con una ropa “espléndida”. No es fácil decir lo que simbolizaba la ropa. Algunos sugieren que Herodes probablemente vistió así a Jesús para que se viera como un payaso; otros toman la ropa como muestra de la inocencia de Jesús o tal vez para burlarse de ella. En cualquier caso, este breve episodio sirvió para reconciliar a Pilato y a Herodes que antes habían estado enemistados. Ahora se unen para condenar a muerte a un hombre en quien no habían encontrado ninguna culpa.

La muchedumbre regresa a la corte de Pilato. Éste reúne a los principales sacerdotes y otros líderes, así como también al pueblo, y por segunda vez declara inocente a Jesús. Informa que Herodes ha llegado a la misma determinación. Pilato propone castigar a Jesús y dejarlo en libertad. El castigo que tenía pensado era azotarlo con un látigo que tenía las puntas de metal. Ese castigo es evidentemente injusto en el caso de un inocente, pero Pilato espera apaciguar a la gente de esta forma.

Después del versículo 16, algunas copias del texto griego de Lucas no incluyen las palabras: “Tenía necesidad de soltarles uno en cada fiesta”. Palabras muy similares se encuentran en Mateo 27:15 y en Marcos 15:6. Algún copista quizás las incluyó en el texto del Evangelio de Lucas con el fin de presentar la petición que ahora se le hace a Pilato, de que libere a un hombre llamado Barrabás que estaba en prisión por varios crímenes graves. Era costumbre del gobierno romano otorgarle el perdón en ocasiones especiales a un prisionero que estuviera en custodia. Pilato espera liberar a Jesús, pero la gente le exige que libere al peligroso Barrabás.

En este procedimiento por primera vez se presenta la palabra “crucificar”. Esa palabra no sale de labios de Pilato, sino que es el grito de la multitud que exige la muerte de Jesús. Por tercera vez

Pilato declara inocente a Jesús, pero de nada sirve. Cediendo ante los líderes judíos, les entrega a Jesús para que hagan lo que quieran con él. Pilato decide conservar la paz en Jerusalén sacrificando la vida de un inocente.

### *La crucifixión*

**<sup>26</sup> Cuando lo llevaban, tomaron a cierto Simón de Cirene, que venía del campo, y le pusieron encima la cruz para que la llevara tras Jesús.**

**<sup>27</sup> Lo seguía una gran multitud del pueblo, y de mujeres que lloraban y hacían lamentación por él. <sup>28</sup> Pero Jesús, volviéndose hacia ellas, les dijo:**

**—Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos, <sup>29</sup> porque vendrán días en que dirán: “Bienaventuradas las estériles y los vientres que no concibieron y los pechos que no criaron.” <sup>30</sup> Entonces comenzarán a decir a los montes: “Caed sobre nosotros”, y a los collados: “Cubridnos”, <sup>31</sup> porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué no se hará?**

**<sup>32</sup> Llevaban también con él a otros dos, que eran malhechores, para ser ejecutados. <sup>33</sup> Cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, lo crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. <sup>34</sup> Jesús decía:**

**—Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.**

**Y repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes. <sup>35</sup> El pueblo estaba mirando, y aun los gobernantes se burlaban de él diciendo:**

**—A otros salvó; sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo, el escogido de Dios.**

**<sup>36</sup> Los soldados también se burlaban de él, y se acercaban ofreciéndole vinagre <sup>37</sup> y diciendo:**

**—Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo.**

**<sup>38</sup> Había también sobre él un título escrito con letras griegas, latinas y hebreas: «Éste es el Rey de los judíos».**

**<sup>39</sup> Uno de los malhechores que estaban colgados lo insultaba diciendo:**

—Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros.

**<sup>40</sup> Respondiendo el otro, lo reprendió, diciendo:**

—¿Ni siquiera estando en la misma condenación temes tú a Dios? <sup>41</sup> Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; pero éste ningún mal hizo. <sup>42</sup> Y dijo a Jesús:

—Acuérdate de mí cuando vengas en tu Reino.

**<sup>43</sup> Entonces Jesús le dijo:**

—De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.

La tradición cristiana ha bautizado el camino a la cruz con el nombre de la Vía Dolorosa (el camino de dolor o aflicción). El camino empieza en la fortaleza Antonia y termina en la iglesia del Santo Sepulcro, una distancia aproximada de un kilómetro. Dentro de la iglesia están los sitios en que se presume que ocurrió la crucifixión y la sepultura de Jesús. En los tiempos del Nuevo Testamento, este lugar estaba junto al lado exterior del muro noroeste de la ciudad.

Según Plutarco, el historiador romano, “Cada uno de los criminales llevaba su propia cruz” hasta el lugar de la ejecución. Simón, un hombre de la ciudad de Cirene, que estaba al norte de África, es obligado por los soldados a llevar la cruz detrás de Jesús. Simón literalmente sigue los pasos del Salvador, y no es tanto el ayudante sino el que es ayudado. A este Simón se le identifica en Marcos 15:21 como el padre de Alejandro y de Rufo. Es probable que los tres hayan sido unos de los primeros miembros de la iglesia (Pablo menciona a un hombre llamado Rufo en Romanos 16:13).

La procesión de los que llevan las cruces llama la atención de la gente que se agolpa para verla pasar. Entre los presentes hay mujeres que lloran por Jesús. En el Domingo de Ramos las

multitudes le habían dado la bienvenida a la ciudad con gritos de aclamación; ahora hay lágrimas cuando es sacado de la ciudad. Jesús les dice a estas hijas de Jerusalén que guarden sus lágrimas para ellas mismas, y no para él. Recordemos que Jesús mismo lloró por la ciudad de Jerusalén (19:41).

La razón de las lágrimas es la destrucción inminente que iba a caer sobre Jerusalén (21:20-24), porque llegará un tiempo en que los niños no serán una bendición del Señor. Por el contrario, las mujeres estériles serán consideradas como bienaventuradas. Éste será un tiempo en el que la gente llorará de nuevo pidiendo la protección de las montañas y de las colinas, ante la violenta destrucción, como ocurrió en los días de Oseas el profeta (Oseas 10:8). La pregunta concluyente de Jesús se basa en un asomo de sabiduría proverbial: Si la leña verde arde, entonces piensa qué hoguera no resultará de la seca. Jesús hace un contraste entre su propio sufrimiento inocente y el sufrimiento merecido que va a caer sobre Jerusalén.

Jesús es crucificado en el lugar llamado de la Calavera, cuya palabra aramea es “gulgulta” (Gólgota). El griego es calavera, que fue traducida al latín como “calvaria” (Calvario). A ese lugar se le dio este nombre, sin duda, debido a su forma tan especial.

Crucifican a dos criminales, uno a cada lado de Jesús. Josefo, el historiador judío, dijo que la crucifixión fue “la más deplorable de las muertes”. Cicerón, el autor romano y político, describió esta clase de muerte como “el colmo de las torturas que se le pueden infligir a un esclavo”. Jesús soportó el dolor de los clavos que le perforaron las manos y los pies para luego ser alzado en el aire para morir.

Es costumbre decir que Jesús dijo siete palabras en la cruz. Eso se basa en la compilación de las afirmaciones que se toman de los cuatro evangelios. Ningún evangelio contiene todas las siete palabras. En Lucas encontramos la primera, la segunda y la séptima. La primera palabra es la oración de Jesús que pide perdón para los que le infligieron la muerte. Ellos verdaderamente no

saben lo que hacen. Estaban matando al Hijo de Dios por cuya muerte el mundo es rescatado del pecado.

Jesús fue crucificado a las 9:00 AM y murió seis horas más tarde. En ninguno de los evangelios se dan todos los detalles de lo que ocurrió durante el tiempo que Jesús permaneció colgado en la cruz. La repartición de las ropas de Jesús entre los soldados es un cumplimiento del Salmo 22:19. La multitud que se había reunido junto con los líderes judíos y los soldados, todos se mofaron de Jesús, burlándose de su capacidad para salvar a otros cuando ni siquiera podía salvarse a sí mismo. Se usan tres títulos con escarnio: Cristo de Dios, el escogido (9:35), y el Rey de los Judíos. Aun el título escrito por Pilato sobre la cruz tiene el propósito de burlarse de él: ÉSTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS. La primera parte del versículo 38, donde dice que el título fue escrito en griego, latín y hebreo, fue copiada de Juan 19:20 y no parece ser parte del texto original de Lucas.

Uno de los criminales se une a los espectadores para ridiculizar a Jesús. Burlonamente le pide que lo salve, aunque a él realmente no le importa la salvación que Jesús da. El otro criminal, por su parte, experimenta esa salvación. Confiesa su propia culpa y afirma la inocencia de Jesús. Le ruega a Jesús que lo recuerde cuando llegue a su reino. La segunda palabra de la cruz es la seguridad personal que Jesús le da a este pecador arrepentido: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”. Su salvación estaba mucho más cerca de lo que él pensaba.

### *La muerte de Jesús*

**<sup>44</sup> Cuando era como la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. <sup>45</sup> El sol se oscureció y el velo del Templo se rasgó por la mitad. <sup>46</sup> Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo:**

**—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.  
Habiendo dicho esto, expiró.**

**47 Cuando el centurión vio lo que había acontecido, dio gloria a Dios diciendo:**

**—Verdaderamente este hombre era justo.**

**48 Toda la multitud de los que estaban presentes en este espectáculo, viendo lo que había acontecido, se volvían golpeándose el pecho. 49 Pero todos sus conocidos, y las mujeres que lo habían seguido desde Galilea, estaban mirando estas cosas de lejos.**

La muerte de Jesucristo, el siervo de Dios, está marcada por tres acontecimientos notables y tres respuestas de los espectadores. Primero tenemos las tinieblas desacostumbradas que cubrieron toda la tierra desde el mediodía hasta las tres de la tarde. Esta oscuridad no se puede explicar por un eclipse de sol, ya que eso no es posible cuando la luna está llena, como en ese tiempo de la Pascua. Lucas simplemente dice que “el sol se oscureció” y no dice más. Toda la creación gimió en la oscuridad cuando la luz del mundo se extinguió.

Sigue el rasgamiento sorprendente del velo del Templo. En el Templo había unas cortinas grandes que separaban el lugar santo del lugar santísimo. Una vez al año, en el día de la Expiación, el sumo sacerdote pasaba a través de esa cortina, del lugar santo al lugar santísimo, con la sangre de un becerro para rociarla sobre el propiciatorio. No hay duda de que esa cortina se rasgó en dos por la muerte del supremo sumo sacerdote cuya sangre limpia a todos del pecado (Hebreos 9:12). Al rasgarse la cortina se abrió el camino hacia el santuario celestial, y esto marca el fin del antiguo pacto.

Finalmente, a través de las tinieblas, desde la cruz se escucha la voz de Jesús que ora con lo último del aliento que le queda, diciendo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Las palabras, que son del Salmo 31:5, fueron usadas por los judíos como una oración antes de acostarse. El Hijo se pone en las manos de su Padre, cuya voluntad acaba de cumplir.

La reacción del centurión romano, que era gentil, ante la muerte de Jesús, es lo primero que se registra. El centurión es movido a alabar a Dios y a pronunciar su propio veredicto sobre todo lo que había ocurrido ante sus ojos: “Verdaderamente, este hombre era justo”. Cuando la gente de Jerusalén se comenzó a retirar de esa escena terrible de muerte, todos comenzaron a golpearse el pecho, tal como lo había hecho el cobrador de impuestos en el Templo cuando suplicó la misericordia de Dios (18:13).

La tercera reacción es de silencio: los conocidos de Jesús, tanto hombres como mujeres, situados a la distancia, observan. No están seguros de lo que les espera en el futuro. Las mujeres que habían seguido a Jesús todo el camino desde Galilea (8:2,3) serán las primeras que irán a su tumba al tercer día.

### *La sepultura de Jesús*

**<sup>50</sup> Había un varón llamado José, de Arimatea, ciudad de Judea, el cual era miembro del Concilio, hombre bueno y justo. <sup>51</sup> Éste, que también esperaba el reino de Dios y no había consentido en el acuerdo ni en los hechos de ellos, <sup>52</sup> fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. <sup>53</sup> Bajándolo de la cruz, lo envolvió en una sábana y lo puso en un sepulcro abierto en una peña, en el cual aún no se había puesto a nadie.**

**<sup>54</sup> Era día de la preparación y estaba para comenzar el sábado.**

**<sup>55</sup> Las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea lo siguieron y vieron el sepulcro y cómo fue puesto su cuerpo.**

**<sup>56</sup> Al regresar, prepararon especias aromáticas y ungüentos; y descansaron el sábado, conforme al mandamiento.**

La sepultura apropiada de los muertos era un asunto de gran importancia para la gente en los tiempos de la Biblia. En la Ley de Moisés se establecía que el cuerpo de una persona colgada de



un árbol no debía ser dejado a la intemperie toda la noche, sino que debía ser enterrado el mismo día (Deuteronomio 21:23). En la Biblia hay muchas referencias a los entierros, y las excavaciones arqueológicas han encontrado miles de tumbas. El darle sepultura a otra persona era considerado como una acción virtuosa y el no hacerlo era una gran tragedia.

Un hombre importante fue ante Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús. Esta es la primera mención de José de Arimatea que se hace en los evangelios. Como Simeón y Ana, él también esperaba el reino de Dios. Se piensa que el pequeño pueblo de donde venía pudo haber sido el mismo Ramataim donde había nacido Samuel (1 Samuel 1:1). Como miembro del concilio supremo de los judíos, estuvo presente en el juicio de Jesús aunque no estuvo de acuerdo con el veredicto. El hecho de que él fuera dueño de una tumba excavada en la roca sugiere que José no era un hombre pobre.

No se puede fijar con exactitud el lugar de la tumba de Jesús. Desde el siglo cuarto, el sitio tradicional es el lugar donde ahora se encuentra la iglesia del Santo Sepulcro. Existen algunos factores que van en contra de esta ubicación. La cuestión principal es si la tumba estaba en verdad fuera de los muros de la ciudad durante el tiempo de la muerte de Jesús.

La sepultura se tenía que apresurar debido a que con la puesta del sol, que ya había comenzado, se iniciaba el día de reposo. Al igual que el asno sobre el que Jesús cabalgó en Jerusalén, la tumba de roca dentro de la que se puso su cuerpo tampoco había sido previamente usada. José amortajó el cuerpo en una tela de lino. Es dudosa la afirmación de que el famoso sudario de Turín sea esta misma pieza de tela. La sepultura de Jesús es la evidencia de que él verdaderamente murió.

José hizo por Jesús lo que ninguno de los que lo seguían desde Galilea pudo haber hecho de tan buena gana: le dio a Jesús un entierro honorable cerca del lugar de la crucifixión. El hecho de haberse atrevido a presentarse y reclamar el cuerpo de Jesús para bajarlo de la cruz debe haber manchado su reputación entre los líderes judíos. Esa fue su forma de tomar la cruz y de seguirlo.

Las mujeres galileas que observaron cómo murió Jesús siguieron a José y se fijaron en qué tumba habían puesto el cuerpo, y se apresuraron a preparar especias y perfumes para mostrarle a su amado maestro un último acto de amor después de que el sábado ya hubiera pasado. Para Jesús el sábado es un día de descanso en la tumba. Él espera su día de triunfo.

### *La resurrección de Jesús y su ascensión al cielo*

**24** El primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro llevando las especias aromáticas que habían preparado, y algunas otras mujeres con ellas.

<sup>2</sup> Hallaron removida la piedra del sepulcro <sup>3</sup> y, entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. <sup>4</sup> Aconteció que estando ellas perplejas por esto, se pararon junto a ellas dos varones con vestiduras resplandecientes; <sup>5</sup> y como tuvieron temor y bajaron el rostro a tierra, les dijeron:

—¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? <sup>6</sup> No está aquí, sino que ha resucitado. Acordaos de lo que os habló cuando aún estaba en Galilea, <sup>7</sup> diciendo: “Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado y resucite al tercer día.”

<sup>8</sup> Entonces ellas se acordaron de sus palabras, <sup>9</sup> y volviendo del sepulcro dieron nuevas de todas estas cosas a los once y a todos los demás. <sup>10</sup> Eran María Magdalena, Juana y María, madre de Jacobo, y las demás con ellas, quienes dijeron estas cosas a los apóstoles. <sup>11</sup> Pero a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creyeron. <sup>12</sup> Pedro, sin embargo, levantándose, corrió al sepulcro; y cuando miró dentro vio sólo los lienzos, y se fue a casa maravillándose de lo que había sucedido.

En todo este episodio hay un sentimiento de maravilla. Las mujeres fueron a la tumba de Jesús esperando encontrar su cadáver. Cuando vieron que la piedra había sido removida y que

la tumba estaba vacía, se nos dice que “estando ellas perplejas por esto”, se les aparecieron dos ángeles. Un sentimiento de desconcierto, casi de duda, cayó sobre ellas. No sabían qué pensar de lo que habían visto. Necesitaban alguna interpretación.

Lucas nos dice que después de que Pedro llegó a la tumba y vio las vendas de amortajar solas, “se fue a casa maravillándose de lo que había sucedido”. La palabra griega que aquí se traduce como “maravillándose” indica que Pedro estaba sobrecogido, perplejo y sorprendido. Siente que ha ocurrido un milagro.

La tumba vacía en sí no prueba la resurrección; hay otras posibles explicaciones de por qué el cuerpo de Jesús no se encontraba en la tumba. Los enemigos de la fe cristiana por años han usado esas otras explicaciones en un esfuerzo por desacreditar la verdad de la resurrección. Sin embargo, si las mujeres que fueron a la tumba hubieran encontrado el cuerpo de Jesús, eso podría haber sido una prueba segura de que él no estaba vivo. Tanto ellas como Pedro encontraron la tumba vacía y se maravillaron. Necesitaban una explicación.

Los dos varones “con vestiduras resplandecientes” dan la explicación: “¡Ha resucitado!” A las mujeres se les recuerda amablemente que Jesús mismo había profetizado tanto su crucifixión como su resurrección (9:22). Fue necesario que esos mensajeros celestiales hablaran para que las mujeres recordaran las palabras que Jesús había dicho. ¡Qué difícil es recordar aun para estos cercanos seguidores de Jesús!

Lucas no identifica a las mujeres hasta después que ellas visitaron la tumba. Encabezando la lista está el nombre de María Magdalena, de quien Jesús había arrojado siete demonios (8:2). Esta mujer ocupa un lugar prominente en el relato que hace Juan de la resurrección (Juan 20:10-18). También se menciona a Juana, la esposa de Cuza, que era administrador de la casa de Herodes (8:3) y a María la madre de Jacobo. Marcos agrega el nombre de Salomé (Marcos 16:1) donde Lucas simplemente dice “y las demás”. Estas mujeres habían ido desde Galilea y tomaban como responsabilidad principal el atender a las necesidades de Jesús.

Ahora sirven como los primeros testigos humanos de la resurrección, al contarles a los once apóstoles lo que habían visto.

Su testimonio es recibido con incredulidad; las palabras de las mujeres les parecen un disparate a los apóstoles. Que las mujeres, cuyo testimonio por lo general se consideraba como poco confiable en aquellos tiempos, hayan sido escogidas por Dios como los primeros testigos de la resurrección, es otro ejemplo de que Dios obra en formas contrarias a la manera de pensar de los humanos. Sólo Pedro y un discípulo no identificado (Juan 20:3-9) van para investigar el informe de las mujeres. Encuentran la tumba vacía. Pero aún no tienen el privilegio de ver al Señor resucitado.

Las mujeres habían ido a la tumba “el primer día de la semana”. La resurrección de Jesús marca un nuevo inicio en la historia del mundo. Así como el acto original de la creación se inició el primer día de la semana, también en la Pascua hay el amanecer de un nuevo día. Han sido vencidos el pecado, Satanás, la muerte y el infierno. Los creyentes continúan celebrando este acontecimiento decisivo cada primer día de la semana. Domingo tras domingo se recuerdan las palabras de Jesús, su cuerpo y su sangre son compartidos y se le cantan alabanzas. Un antiguo himno latino expresa bien esa verdad:

“¡Bienvenida, feliz mañana!” dirán en toda etapa;

“¡El infierno hoy vencido está; el cielo hoy ganado!”

He aquí el muerto se ha resucitado, y es Dios ahora por siempre.

A él, su Creador verdadero, todas sus criaturas adoran.

“¡Bienvenida, feliz mañana!” dirán en toda etapa:

“¡El infierno hoy vencido está; el cielo hoy ganado!”

(Christian Worship 163:1; traducción libre del inglés)

*En el camino a Emaús*

**<sup>13</sup> Dos de ellos iban el mismo día a una aldea llamada Emaús, que estaba a sesenta estadios de Jerusalén.**

**<sup>14</sup> Hablaban entre sí de todas aquellas cosas que habían**

**acontecido.** <sup>15</sup> Y sucedió que, mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó y caminaba con ellos. <sup>16</sup> Pero los ojos de ellos estaban velados, para que no lo reconocieran.

<sup>17</sup> Él les dijo:

—¿Qué pláticas son éstas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes?

<sup>18</sup> Respondiendo uno de ellos, que se llamaba Cleofas, le dijo:

—¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días?

<sup>19</sup> Entonces él les preguntó:

—¿Qué cosas?

Y ellos le dijeron:

—De Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; <sup>20</sup> y cómo lo entregaron los principales sacerdotes y nuestros gobernantes a sentencia de muerte, y lo crucificaron. <sup>21</sup> Pero nosotros esperábamos que él fuera el que había de redimir a Israel. Sin embargo, además de todo, hoy es ya el tercer día que esto ha acontecido. <sup>22</sup> Aunque también nos han asombrado unas mujeres de entre nosotros, las cuales antes del día fueron al sepulcro; <sup>23</sup> como no hallaron su cuerpo, volvieron diciendo que también habían visto visión de ángeles, quienes dijeron que él vive. <sup>24</sup> Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro, y hallaron así como las mujeres habían dicho, pero a él no lo vieron.

<sup>25</sup> Entonces él les dijo:

—¡Insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! <sup>26</sup> ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas y que entrara en su gloria?

<sup>27</sup> Y comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían.

**<sup>28</sup> Llegaron a la aldea adonde iban, y él hizo como que iba más lejos. <sup>29</sup> Pero ellos lo obligaron a quedarse, diciendo:**

**—Quédate con nosotros, porque se hace tarde y el día ya ha declinado.**

**Entró, pues, a quedarse con ellos. <sup>30</sup> Y aconteció que, estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y les dio. <sup>31</sup> Entonces les fueron abiertos los ojos y lo reconocieron; pero él desapareció de su vista. <sup>32</sup> Y se decían el uno al otro:**

**—¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino y cuando nos abría las Escrituras?**

**<sup>33</sup> Levantándose en esa misma hora, volvieron a Jerusalén; y hallaron a los once reunidos y a los que estaban con ellos, <sup>34</sup> que decían:**

**—Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón.**

**<sup>35</sup> Entonces ellos contaron las cosas que les habían acontecido en el camino, y cómo lo habían reconocido al partir el pan.**

Lucas es el único que registra esta historia de la aparición de Jesús a los dos discípulos en el camino a Emaús. Hay una controversia respecto de la ubicación exacta del pueblo de Emaús. El pueblo mejor conocido por este nombre está a unos treinta kilómetros al noroeste de Jerusalén, pero Lucas dice que Emaús estaba a once kilómetros de distancia (en el griego, sesenta estadios). Josefo habla de un pueblo que tenía ese nombre y que estaba a unos cinco y medio kilómetros al noroeste de Jerusalén. Entonces la distancia en kilómetros que Lucas da podría ser para un viaje de ida y vuelta. Otro lugar localizado a once kilómetros de Jerusalén fue identificado posteriormente como Emaús, pero durante el primer siglo no se hace ninguna mención de este pueblo. Es probable que Lucas nos dé la distancia total de un viaje de ida y vuelta. Así los dos discípulos sólo tenían que hacer un viaje



*La gente se golpea el pecho*

relativamente corto de regreso a Jerusalén para contarles su historia a los discípulos que estaban reunidos.

Se podría calificar esto como una “historia de reconocimiento”. Aunque en verdad los dos discípulos vieron a Jesús resucitado, se les impidió reconocerlo al comienzo. Sólo después de que Jesús ya les había partido el pan, los ojos de estos discípulos les fueron abiertos y “lo reconocieron”. Después le contaron al grupo “cómo lo habían reconocido al partir el pan”.

Algunos han querido interpretar esta comida como una celebración del sacramento del altar. Hay quienes afirman que la expresión “partimiento del pan” que aparece en Hechos 2:42 y en otros textos se refiere a la Santa Comunión. Aunque eso es posible, sin embargo la expresión “partir el pan” con alguien para algunos simplemente significa tener una comida juntos (vea Hechos 27:35 donde es evidente que no hay ninguna celebración del sacramento). Y como no se nos dice que Jesús compartió la copa con los dos discípulos de Emaús, no se debe entender esta comida como una celebración del sacramento.

Hay algo significativo en el hecho que esos discípulos reconocieron a Jesús en el partimiento del pan. Muchas veces los seguidores de Jesús habían experimentado su presencia en esta misma forma: en la alimentación de los cinco mil (9:16), en las veces que comió con los cobradores de impuestos y con los pecadores (15:2), y también en la última cena (22:19). Cada vez que nosotros los cristianos de hoy en día celebramos la Santa Cena, la fe reconoce a Jesús como al Señor resucitado que permanece a nuestro lado en el camino.

Uno de los dos discípulos se llama Cleofas. Lucas posiblemente registra el nombre debido a las actividades posteriores que desempeñaría en la iglesia antigua. ¿Quién era la otra persona? Se han hecho una serie de conjeturas con el paso de los años, incluyendo la conjetura de que el viajero que acompañaba a Cleofas era su misma esposa. Tal vez, el nombre Cleofas (que se escribe Cleopas en griego) es el equivalente del Cleofas en Juan 19:25, cuya esposa, María, se encontraba a los pies de la cruz.



Ellos fueron los que tuvieron el privilegio de ser testigos del Señor resucitado.

A medida que los dos siguen su camino hablando acerca de los recientes acontecimientos ocurridos en Jerusalén, se les une una tercera persona. El lector del Evangelio de Lucas sabe de quién se trata, pero los dos discípulos permanecen en la oscuridad. A ellos les extraña que los acontecimientos ocurridos en los últimos días hubieran pasado inadvertidos para cualquier persona que estaba visitando a Jerusalén (o para cualquier persona que moraba en Jerusalén, como algunas traducciones sugieren).

Respondiendo a la pregunta de Jesús, le cuentan acerca de la amarga decepción de sus esperanzas truncadas. Parecía que el poderoso profeta de Nazaret le iba a traer la redención a Israel, pero su muerte por crucifixión hundió a sus seguidores en la más profunda desesperación. Y ni siquiera los relatos de las mujeres acerca de la tumba vacía y del mensaje de los ángeles lograron animar su espíritu. Faltaba algo: nadie había visto al resucitado Jesús.

Las mujeres que habían ido a la tumba no habían podido recordar las palabras proféticas de Jesús acerca de su muerte y su resurrección. Estos discípulos de Emaús habían fallado en creer las Escrituras proféticas. Jesús los amonesta por la necedad de no creer lo que fue escrito, por ejemplo, en Isaías 53. Jesús les hace la esta pregunta retórica: “¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?” El resto del camino a Emaús se convierte en una clase bíblica con Jesús como maestro y como tema de enseñanza. Más tarde los dos discípulos de Jesús se preguntan mutuamente acerca del maravilloso sentir de su corazón, “mientras nos hablaba por el camino, y cuando nos abría las Escrituras”. Examinar las Escrituras es una preparación para reconocer al Jesús viviente.

Los dos discípulos no están dispuestos a dejar que se marche este dinámico extranjero. Cuando comienza a atardecer le piden que se quede con ellos. Cuando se sientan a la mesa, el invitado se convierte en el anfitrión: toma el pan, da gracias, lo parte y se

lo da. En el momento en que ellos lo reconocen, el extraño desaparece. Los dos discípulos se apresuran a regresar a Jerusalén para informar de su encuentro con el Señor glorificado. Se enteran de las maravillosas noticias de que Jesús se le había aparecido a Simón. El misterio de la tumba se está resolviendo rápidamente, y con esto viene la esperanza renovada.

*Jesús se les aparece a los discípulos*

**<sup>36</sup> Mientras aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos y les dijo:**

**—¡Paz a vosotros!**

**<sup>37</sup> Entonces, espantados y atemorizados, pensaban que veían un espíritu. <sup>38</sup> Pero él les dijo:**

**—¿Por qué estáis turbados y vienen a vuestro corazón estos pensamientos? <sup>39</sup> Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy. Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo.**

**<sup>40</sup> Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. <sup>41</sup> Pero como todavía ellos, de gozo, no lo creían y estaban maravillados, les dijo:**

**—¿Tenéis aquí algo de comer?**

**<sup>42</sup> Entonces le dieron un trozo de pescado asado y un panal de miel. <sup>43</sup> Él lo tomó y comió delante de ellos.**

**<sup>44</sup> Luego les dijo:**

**—Éstas son las palabras que os hablé estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos.**

**<sup>45</sup> Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras; <sup>46</sup> y les dijo:**

**—Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciera y resucitara de los muertos al tercer día; <sup>47</sup> y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén.**

**48 Vosotros sois testigos de estas cosas. 49 Ciertamente, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén hasta que seáis investidos de poder desde lo alto.**

A medida que avanzaba la tarde de ese primer Domingo de Pascua, los once apóstoles y los demás seguidores de Jesús, hombres y mujeres, estaban cada vez más convencidos de que la tumba estaba vacía porque Jesús había resucitado realmente, pero tenían poco entendimiento en cuanto a lo que eso significaba. En aquellos días la gente generalmente creía que el alma de los muertos podía vagar en la tierra. Había entonces un gran temor a los fantasmas. Sin embargo, era impensable que una persona muerta se pudiera aparecer corporalmente.

Y eso fue exactamente lo que hizo Jesús: con su cuerpo glorificado se les apareció a María Magdalena, a Pedro, a los discípulos de Emaús, y aquí al grupo que estaba reunido. Su saludo es el familiar: “Paz a vosotros”. Esas son unas palabras que todos necesitaban oír, porque era comprensible que ellos se sintieran llenos de temor.

Jesús primero quiere convencer a sus discípulos de que no están viendo a un fantasma, sino a una persona realmente viva. Les muestra sus manos y pies aún marcados con las heridas que había sufrido. Los invita a que lo toquen para demostrar que es de carne y hueso, y que no es un fantasma. Finalmente come un pedazo de pescado asado ante los ojos dudosos de sus discípulos. Hay una gran lucha dentro de su corazón entre el gozo de creer y el temor de ser engañados. Así es como lucha la fe con la duda en el corazón del cristiano.

No solamente ésta es la misma persona que comió y bebió con sus discípulos durante su ministerio terrenal, su mensaje también es el mismo. Jesús les recuerda que todo su ministerio es un cumplimiento de las Escrituras del Antiguo Testamento. El primer sermón público predicado por Jesús, como se relata en

Lucas, comenzó con esta afirmación temática: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (4:21). Jesús repasa el contenido de varios libros del Antiguo Testamento abriéndoles la mente a sus discípulos para demostrarles que todo se había cumplido en él mismo. El Antiguo Testamento es la promesa; el Nuevo Testamento es el cumplimiento. El mensaje es el mismo: el arrepentimiento y el perdón de los pecados.

Cuando el hombre rico que estaba en el infierno pidió que alguno de los muertos fuera y les hablara a sus cinco hermanos, Abraham le respondió que “si no oyen a Moisés y a los Profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos” (16:31). Cuando Jesús se les aparece aquí a sus discípulos no sólo se muestra como una persona viva, sino que también les abre la mente para que entiendan las Escrituras. Hoy en día no tenemos el privilegio de ver el cuerpo de nuestro Señor resucitado cara a cara, pero tenemos las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento que dan testimonio de él. Esas Escrituras son suficientes para nuestra fe y para nuestro testimonio.

Jesús concluye dándoles a sus seguidores un mandato y una promesa. Su tarea será la de predicar a todas las naciones, dando testimonio todo lo que han visto y oído. Es una tarea tremenda la que les da Jesús, pero junto con ella viene la promesa a los discípulos de que serán “investidos de poder desde lo alto”. El libro de los Hechos de los Apóstoles (también escrito por Lucas) narra la historia de cómo el Espíritu Santo les dio poder a los discípulos para que llevaran el mensaje del evangelio a todas partes. El viaje de Jesús terminó en Jerusalén; la misión de la iglesia comenzaría en esta misma ciudad y finalmente llegaría a todos los confines de la tierra.

### *La ascensión*

**<sup>50</sup> Después los sacó fuera hasta Betania y, alzando sus manos, los bendijo. <sup>51</sup> Aconteció que, mientras los bendecía,**



*Los discípulos en el camino de Emaús*

**se separó de ellos y fue llevado arriba al cielo.<sup>52</sup> Ellos, después de haberlo adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo;<sup>53</sup> y estaban siempre en el Templo, alabando y bendiciendo a Dios. Amén.**

El evangelio según Lucas termina con una nota de bendición y de alabanza: Jesús bendice a sus discípulos con las manos en alto; los discípulos lo bendicen y alaban a Dios. Esta es la esencia de la adoración cristiana. Lucas comenzó su evangelio con el sacerdote Zacarías quemando incienso en el Templo; el último versículo describe a los discípulos en este mismo Templo alabando a Dios por su siervo, Jesucristo. Aquí está el verdadero reconocimiento del Salvador resucitado.

Después que Jesús ya había bendecido a sus discípulos, leemos que “se separó de ellos y fue llevado arriba al cielo”. Por el contexto en el que se pone esta historia, parecería que esta ascensión a los cielos tuvo lugar en el atardecer del Domingo de Pascua. En Hechos 1:9-11 tenemos un relato de Jesús que asciende al cielo después de pasar cuarenta días con sus apóstoles. Por esto es que la iglesia celebra la ascensión de Jesús cuarenta días después de la Pascua.

En cierto sentido, cada vez que el Señor resucitado se apartó de sus discípulos durante aquellos cuarenta días fue una ascensión. Jesús estaba preparando a sus seguidores para el día en que ya no iban a contar más con su presencia visible. Entonces, aunque Jesús ya se había ido de su vista, su corazón estaba lleno del gran gozo de haberlo conocido como el siervo de Dios, que vino a rescatar al mundo del pecado y de la muerte. Estaban preparados para dar su vida como testigos suyos.

## ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

## NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
<b>LUCAS</b>	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1º TESALONICENSES	APOCALIPSIS
2º TESALONICENSES	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Lucas, un médico, viajó con el apóstol Pablo en sus viajes misioneros, compartiendo el mensaje de Jesús. Antes de escribir su evangelio Lucas investigó cuidadosamente los eventos de la vida de Jesús y habló con testigos presenciales. Su escrito enfatiza que Jesús es El Salvador de todo el mundo, y fue escrito para nuevos cristianos quienes querían saber más acerca de Jesús.